AUTOR *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

ROBERT DUGONI

«Extraordinario. Yo seguiría a Robert Dugoni a cualquier parte.»

LISA GARDNER, AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*



UN JUEGO MORTAL

¿Qué hacer cuando descubres que solo eres un peón en el juego mortal de otro?

La abogada Keera Duggan estaba construyendo una prometedora carrera como fiscal en Seattle hasta que una relación fallida con un colega la obligó a abandonar la fiscalía y volver al bufete familiar, donde conviven la genialidad de su padre y los viejos conflictos con sus hermanas.

La gran oportunidad para que Keera recupere su carrera llega con la defensa de Vince LaRussa, un poderoso asesor financiero acusado de asesinar a su esposa en pleno divorcio. Con la cadena perpetua en juego, Keera se enfrentará a un fiscal implacable: Miller Ambrose, su antiguo amante, quien hará todo lo necesario para ganar el caso.

Mientras sigue las pistas, Keera se adentra en un juego letal de engaños y revelaciones inesperadas que pondrán a prueba su lealtad al cliente, a su familia y a sí misma. En un tablero donde nada es lo que parece, cada movimiento puede decidir su futuro. ¿Qué ficha moverá ahora?

Robert Dugoni

Un juego mortal

Título original: *Her Deadly Game*
Robert Dugoni, 2023
Traducción: Patricia Mata, 2025

Revisión: 1.0

 30/07/2025

A Jim Fick, una mente fuerte, una voluntad férrea y un cuerpo imparable. Espero verte escalar montañas a los noventa.
Y a Doug Harvey, mi mentor y amigo, te fuiste demasiado pronto.

«La verdad pocas veces es pura y nunca
simple».

Oscar Wilde, *La importancia de llamarse Ernesto*

Parte I

Prólogo

1 de abril de 2022
Seattle, Washington

Frank Rossi, inspector de homicidios de Seattle, condujo junto al bordillo hasta los adoquines de Pioneer Square. Los faros delanteros del Chevrolet negro reflejaban una lluvia intensa y los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro en un intento inútil de despejar el cristal. Las luces rojas y blancas de la ambulancia parpadeaban sobre la arenisca gris de la primera planta del edificio Pioneer y el tótem tlingit de cedro rojo, de quince metros de altura, que domina la plaza. Los ojos del cuervo, la talla más baja, miraban fijamente a Rossi, como si cuestionaran su presencia a esas horas de la madrugada.

—Yo pienso lo mismo —le dijo Rossi al apagar el motor.

Formar parte del equipo de inspectores de guardia era como ser médico de guardia. Podían llamar a Rossi y a su compañero Billy Ford a cualquier hora del día o la noche, aunque, a diferencia de los médicos, ellos nunca tenían la oportunidad de salvar a nadie.

El día de Rossi comenzaba cuando terminaba el de la víctima.

El viento sopló con fuerza y sacudió el agua de las hojas empapadas de un arce, que cayeron sobre el capó y el techo del coche como si fueran granizo. Rossi vio dos coches patrulla en la plaza, además del suyo. Uno sería el del sargento Chuck Pan y el otro el de Ford. Por mucho que Rossi se apresurara a acudir a la

escena de un crimen, nunca había conseguido llegar antes que Ford en los dos años que llevaba trabajando en el equipo de homicidios.

Rossi se cubrió la cabeza con la chaqueta de Gore-Tex, salió del coche, subió rápidamente los escalones de mármol y se dirigió hacia la entrada abovedada del edificio, donde se refugiaba un agente uniformado. Rossi le mostró la placa y entró al vestíbulo. Se sacudió la lluvia de la chaqueta mientras repasaba con la mirada el directorio de empresas en la vitrina de la pared. Vio que la Asesoría Cliff Larson estaba en la tercera planta. El nombre le sonaba, aunque a las cuatro de la madrugada, con la mente aturdida, no recordaba de qué.

Alzó la vista hacia el techo acristalado a dos aguas. Había enredaderas en los rellanos, una cortina verde que colgaba en el patio interior. Los despachos estaban situados en el perímetro de los rellanos, a los que se accedía por las escaleras o un ascensor de jaula, una trampa mortal, según Rossi. El inspector subió por las ornamentadas escaleras de mármol, con un pasamanos decorativo de hierro forjado, y pasó por delante de las fotografías enmarcadas que colgaban en la pared revestida de madera, que documentaban los ciento treinta años de historia del edificio situado en la esquina de la Primera con Yesler. El olor a humedad del interior le recordó al de dentro del armario de su abuelo.

En la tercera planta, Rossi siguió el sonido de las voces apagadas hasta la esquina noroeste del edificio. Dos técnicos de emergencias estaban con un agente uniformado, presuntamente el primero en llegar a la escena, y Billy Ford. Una cinta roja prohibía el paso al despacho. Cruzarla implicaba la obligación de presentar un informe documentando el motivo de la entrada en la escena del crimen, qué se vio y con quién se habló. La mayoría de los agentes lo evitaban a toda costa.

Ford miró el reloj cuando Rossi se acercó.

—Te he ganado por seis minutos. Cada vez eres más lento —soltó con una voz de barítono, grave como un saxofón.

—Empiezo a pensar que los rumores de que duermes en

comisaría son ciertos —bromeó Rossi—. Eso o eres un superhéroe.

Rossi apuntó su nombre en el registro que sostenía el agente uniformado y vio que los de Chuck Pan y Ford constaban debajo de las firmas de los primeros en llegar a la escena. Pan usó su segundo nombre por un buen motivo. Sus padres, inmigrantes vietnamitas de primera generación, pusieron a su hijo un nombre estadounidense para que encajara en el colegio. Como no sabían mucho de literatura infantil, lo llamaron Peter. Todos los del Departamento de Policía de Seattle lo llamaban Pan.

Rossi empatizaba mucho con él. Sus padres italianos lo bautizaron con el nombre de Francesco y sufrió acoso escolar hasta que se decidió a usar el diminutivo.

—¿Has entrado? —preguntó Rossi a Ford.

—Estaba esperándote —respondió.

—¿Habéis confirmado que la víctima está muerta? —El inspector se dirigió a los técnicos de emergencias. Parecían especialmente jóvenes y alterados, igual que el agente que sostenía el registro. Con treinta y ocho años, Rossi había llegado a la cima de su carrera, ya no podía ascender más, salvo que optara por el trabajo de oficina, a lo que no estaba dispuesto. Se hizo policía para evitar precisamente eso. Su trabajo consistía en resolver homicidios.

—La víctima está en el despacho del fondo —informó el agente —. Es espantoso.

«Suele ser así», pensó Rossi, aunque no dijo nada.

—¿Tú o tu compañero habéis tocado algo?

—No —aseguró el chico.

—¿Y pisado algo?

—Nada.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—El conserje del edificio. La esposa de la víctima llamó pasadas las dos de la madrugada porque no conseguía localizar a su marido.

—¿Por qué tardó tanto en llamar?

—Porque su marido le dijo que trabajaría hasta tarde. La mujer explicó que se había quedado en la oficina hasta altas horas de la

noche todo el mes.

«Es temporada de impuestos», pensó Rossi.

—El conserje espera en el despacho, al fondo del pasillo —informó el agente, señalando por encima del hombro de Rossi con el bolígrafo—. Mi compañero está tomándole declaración. Hay un poco de vómito en la recepción, cerca del mostrador. Es del conserje.

—¿Os ha dejado entrar él?

—No, la puerta estaba abierta y él nos esperaba fuera. Estaba muy nervioso.

Probablemente, el conserje habría tocado el pomo de la puerta. Tomarían muestras de sus huellas, aunque solo para descartarlas.

—¿Habéis hecho algo más? —preguntó Rossi.

El agente negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No se podía hacer nada más.

—Pan ha llamado a la Policía Científica y al médico forense —añadió Ford.

—Avisadnos cuando lleguen —ordenó Rossi al agente.

Ford abrió el kit de intervención. La bolsa, de nailon negro, tenía varios bolsillos exteriores, como las de herramientas. En el interior había cuadernos y bolígrafos, una pequeña grabadora y pilas, guantes y cubrebotas desechables, una linterna, una navaja, un botiquín, bridas, cinta americana, tarjetas de presentación, una hoja plastificada con los Derechos Miranda para los sospechosos, una lupa y munición extra para las pistolas Glock.

Rossi y Ford se pusieron los guantes y los cubrebotas. Antes de entrar en el despacho, Rossi leyó las letras estampadas en el cristal esmerilado de la puerta:

ASESORÍA CLIFF LARSON

El nombre seguía sonándole, pero no tenía tiempo para pensar de qué.

Las paredes del despacho eran de ladrillo rojo y unas fotografías enmarcadas colgaban con alambre de las molduras del techo. Rossi

se fijó en el mostrador de recepción, estaba lleno de carpetas de papel manila, documentos y formularios de impuestos. «Por suerte, yo no he terminado aquí», pensó. Su madre tenía la certificación de contabilidad pública, igual que sus dos hermanas y su hermano mayor. El negocio familiar. Rossi cursó la carrera en la Universidad de Washington y aprobó las cinco partes del examen de contabilidad pública en solo dos intentos. Pero cambió de opinión. No se imaginaba sentado en un despacho, rodeado de números.

«Nunca os faltará trabajo —decía su madre—. Solo hay dos cosas inevitables en esta vida: la muerte y los impuestos».

Aunque en realidad son tres. Su madre olvidaba el crimen. Tristemente, cada día, alguien, en algún lugar, cometía un crimen. A Rossi le llamó la Policía. Suponía que era una pasión, aunque su madre no compartía su elección. «Me acostaré todas las noches preocupada por ti».

La llamaba a menudo.

Rossi vio el charco de vómito amarillo sobre la moqueta de color beis. Las cortinas cubrían las ventanas de los dos despachos que estaban detrás de la recepción. Pan salió del de la izquierda. El sargento era corpulento como un muro de ladrillo: cuadrado y fuerte. Rossi no pudo evitar pensar que su complexión tenía algo que ver con su nombre de pila. Los niños podían ser muy crueles, hasta que temían por su seguridad.

Pan, que nunca se quedaba sin palabras, hizo una mueca.

—Este es brutal —murmuró.

—¿Un disparo? —preguntó Rossi.

Pan señaló con la cabeza hacia el despacho.

—A ver qué te parece, pero no te acerques mucho. A lo mejor deberías ponerte un buzo. —Eso quería decir que había mucha sangre y posiblemente también fluidos corporales.

Rossi se acercó a la puerta del despacho vacilando. Vio salpicaduras de sangre en la ventana exterior, que estaba un poco abierta, y en las carpetas de manila, sobre el escritorio. Una franja de salpicadura con forma de arco iris atravesaba una lámina

enmarcada de Ansel Adams: un árbol solitario cubierto de nieve, un contraste total con la violencia que Rossi tenía delante. En la habitación flotaba un olor con el matiz metálico del hierro.

Unos pantalones de color caqui asomaban por detrás de un escritorio. Rossi dio un paso hacia la izquierda con mucho cuidado. La persona, presuntamente Cliff Larson, yacía boca abajo. La silla de cuero verde estaba volcada y había un charco de sangre, del color del vino, en la alfombrilla de plástico sobre la que descansaba la cabeza deformada. Al principio, Rossi pensó que había sido un disparo, pero al observar con más detenimiento se dio cuenta de que se equivocaba. Salió a la recepción, donde lo esperaban Pan y Ford.

—Lo han matado a golpes —soltó Rossi.

—Eso me ha parecido a mí también —corroboró Pan.

—No sé con qué, pero para hacerle esas heridas…

Rossi no terminó la frase. No hacía falta. Pan y Ford ya sabían lo que iba a decir. El asesino había golpeado a Larson repetidamente, incluso después de hundirle el cráneo, cuando no quedaba ninguna duda de que estaba muerto. Había sido un acto de ira. Rossi ya entendía por qué los que esperaban fuera del despacho apenas podían articular palabra.

Aquello era una pesadilla que los perseguiría cada vez que cerraran los ojos para dormir.

Rossi compartiría la misma pesadilla.

Capitulo 1

2 de junio de 2023
Seattle, Washington

Keera Duggan recorrió con la mirada la sala de audiencias del condado de King hasta la puerta batiente de madera y deseó con todas sus fuerzas ver entrar a su padre. Permitir que fuera a comer solo había sido un error.

El alguacil entró por una puerta de detrás del estrado y ordenó a los asistentes que se pusieran en pie para recibir a la jueza de la Corte Superior de Justicia Ima Patel, quien volvió a su puesto en el estrado, indicó a las tres personas de la galería que se sentaran e invitó al agente Greg Walsh a volver al estrado de los testigos. Walsh abrió la puertecita que separaba al público del tribunal y pasó por delante de los miembros del jurado. Parecía muy formal con su uniforme de color azul marino y el cinturón con cartuchera. La placa del Departamento de Policía de Seattle resplandecía. Walsh se puso el cinturón porque así se lo había pedido la joven abogada que estaba de pie en la mesa contigua. Keera también daba ese consejo a los agentes, por mucho que algunos jueces se empecinaran en prohibir las armas en las salas de audiencias.

Patel se centró en Keera.

—Letrada —empezó—, ¿nos acompañará el señor Duggan esta tarde?

Patrick Duggan llevaba cuatro décadas peleándose con los

fiscales del condado de King, incluida Ima Patel antes de que ascendiera a jueza. Aunque decir «peleándose» era un eufemismo. Patsy los había derrotado uno tras otro hasta tal punto que lo apodaron el Luchador Irlandés, un alias que llevaba como una medalla de honor. Aunque la oficina del fiscal no lo entendía así. Patsy no tenía reparos en dar golpes bajos, usar los codos en el cuerpo a cuerpo o lanzar puñetazos por la espalda aprovechando los momentos de descanso. Defendía a sus clientes igual que ganó el Torneo de Boxeo Guantes de Oro en su juventud: con cualquier medio necesario. Sin embargo, el abuso de alcohol había suavizado sus golpes y ralentizado sus movimientos, aunque su mente no había perdido ni un ápice de lucidez. Todos los abogados y juristas del condado de King estaban al tanto de su relación con la bebida. Cuando Keera trabajaba de fiscal, oyó que algunos compañeros de la oficina decían: «Si quieres tener alguna posibilidad de ganar al Luchador, resérvate a los mejores testigos para la tarde y cruza los dedos para que Patsy Duggan se tome un par de copas».

Clancy Doyle, al que en ese momento representaba Keera por la ausencia de su padre, miró con un rostro de genuina preocupación al asiento vacío en la mesa de la defensa. Y con razón. Keera ejercía de segunda abogada en el juicio por conducción bajo los efectos del alcohol solo porque su hermana mayor, Ella, actual soda y directora de Patrick Duggan y Asociados, había insistido. Tenía que hacer de niñera. Ella sospechaba que Patsy estaba al borde de otra de sus juergas y no se equivocó.

Keera apenas sabía nada del caso de Doyle.

—¿Letrada? —la interpeló Patel con un tono impaciente.

Keera se levantó y se alisó las solapas del traje negro.

—El señor Duggan llegará con retraso —respondió como si su padre tuviera una cita en el dentista que se hubiera alargado—. Yo me encargaré del contrainterrogatorio al agente Walsh.

Los labios de Patel estuvieron a punto de esbozar una sonrisa. Era evidente que, como mínimo, a la jueza no la engañaba.

—Proceda —ordenó Patel.

Cuando Keera se acercó, el agente Walsh estaba muy tenso. Parecía esperar una confrontación. La fiscal, también joven, se sentó al borde de la silla, preparada para levantarse y defender a Walsh con protestas e interrupciones intentando desconcentrar a Keera.

Pero no lo conseguiría.

Keera se acercó al estrado sin sus notas. Sonrió.

—Buenas tardes, agente Walsh. ¿Qué tal la comida?

Walsh dudó antes de decir.

—Demasiado corta. —Su respuesta arrancó la risa a unos cuantos miembros del jurado.

—Supongo que se cansa durante el turno de noche o tercer turno. —Keera sabía que el agente trabajaba ese turno porque tenía veintitrés años. Todavía le faltaban muchas guardias nocturnas para conseguir los mejores horarios. Además, también sabía que nadie se acostumbraba a los turnos de noche. Algunos agentes le habían explicado que sus cuerpos se adaptaban, pero sus relojes biológicos anhelaban normalidad.

—Estoy deseando llegar a casa y acostarme. —Walsh miró al jurado. Su cara de chico bueno y su sonrisa tímida jugaban a su favor.

—Imagino que resulta difícil concentrarse con el reloj biológico desfasado.

—Uno se acaba acostumbrando —respondió Walsh con cautela, como la joven fiscal le había aconsejado. Keera empatizaba con ella. La pobre iba a perder el caso y su superior no quedaría nada contento.

—¿Sigue teniendo el informe policial?

—Sí. —Walsh le mostró un documento de varias páginas.

—Testificó usted en su declaración inicial que había hecho un informe completo, preciso y honesto.

—Veraz —la corrigió Walsh.

Keera lo hizo a propósito.

—Completo, preciso y veraz —repitió para que la oyera el jurado. Todas las preguntas tenían un porqué. Keera había pensado varias

preguntas con antelación y eligió la siguiente basándose en la respuesta del agente. Walsh encontró a Doyle dormido al volante del coche en una carretera del condado. La prueba de alcoholemia de Doyle dio un resultado de 0,08, por lo que lo acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol y esta era su segunda infracción en dos años. Se enfrentaba a una multa de cinco mil dólares y a una pena de entre 30 y 364 días de prisión. Patsy logró desestimar esa prueba, ya que Doyle no conducía cuando el agente Walsh lo encontró, pero la fiscal decidió proceder con la acusación porque el resultado de la prueba de sobriedad sobre el terreno de Doyle también fue positivo.

—Pues vayamos al grano —dijo Keera—. En la academia y en las instrucciones previas al inicio de turno se les enseña que la seguridad de los agentes es la prioridad número uno, ¿verdad?

Waish parecía sorprendido por la pregunta.

—Sí.

—Y, precisamente por la seguridad de los agentes, se les enseña a interactuar con gente en todo tipo de situaciones, entre ellas, durante la detención de una persona ebria, ¿correcto?

—Correcto.

—Corríjame si me equivoco. Su formación policial en la academia es de setecientas horas, ¿no es así?

—Setecientas veinte. —Sonrió.

—Y de esas setecientas *veinte* horas, ¿cuántas se destinan a la detección de un conductor sospechoso de estar bajo los efectos del alcohol? —Keera sabía la respuesta por una clase que recibió en la oficina del fiscal, pero era mejor que respondiera Waish.

—Lo desconozco.

Keera aprovechó la ocasión.

—Veo que la clase no le dejó huella, entonces —soltó.

Waish se apresuró a corregir el error.

—Sí que me marcó. Pero no recuerdo cuántas horas le dedicamos.

—El curso que hice yo sobre los casos de conducción bajo los

efectos del alcohol fue de dos horas. ¿Le parece correcto?

—Supongo que sí —concedió con una sonrisa desconfiada.

—En la academia también les enseñan que acercarse a un vehículo puede resultar peligroso, ¿verdad?

—A veces, sí.

—Y todavía más peligroso cuando es de noche y está usted en una carretera del condado totalmente a oscuras, ¿cierto?

—Tengo una linterna e ilumino el interior del vehículo desde la luna trasera —corrigió Waish.

—Está alerta, ¿puede que incluso nervioso?

—Yo no me pongo nervioso. Uno se acaba acostumbrando —respondió. Pensaba haber descubierto el siguiente movimiento de la letrada.

—¿De verdad? Con la cantidad de publicidad negativa que reciben últimamente los policías, ¿no se pone usted nervioso cuando se acerca solo y de noche a un coche estacionado en el arcén de la carretera?

—A ver, uno siempre está un poco nervioso, pero nada incontrolable. —Waish miró a la fiscal, que asintió ligeramente en un gesto de aprobación.

—De acuerdo. Y también les enseñan que el conductor del vehículo puede estar nervioso, ¿verdad?

—Así es.

—Hay un protocolo de actuación especial para las detenciones nocturnas, ¿no? Se avisa de la detención y se comparte la ubicación con la Central de Policía.

—Exacto.

—Es decir, que no se sale del coche con el arma en las manos, ¿verdad?

Waish soltó una risita.

—No. Compruebo el número de la matrícula para ver si el conductor tiene alguna orden de arresto pendiente.

—¿Clancy Doyle tenía alguna?

—No.

—¿Y luego se sale rápidamente del coche?

—No. Se estaciona el vehículo de tal modo que si el conductor retenido da marcha atrás no choque con el coche patrulla. Entonces se ilumina al ocupante u ocupantes del vehículo para cerciorarse de que no intentan esconder ni coger algo. Para descartar actividades sospechosas.

—¿Vio usted que el señor Doyle hiciera algo sospechoso?

Otra pausa.

—No.

—Y cuando se acercó a la ventanilla del conductor para hablar con el señor Doyle, no le puso ningún reparo, ¿verdad?

—Creo que no.

—Porque, en ese caso, usted lo habría añadido a su informe completo, preciso y veraz, ¿no es así?

—No me puso ningún reparo.

—Fue cordial. Educado. Razonable.

—Supongo. —Walsh se encogió de hombros, restándole importancia.

—Usted le pidió que saliera del vehículo y él obedeció sin objeciones, ¿verdad?

—No recuerdo ningún problema.

—Usted no anotó ningún problema en su informe completo, preciso y veraz, ¿verdad?

—No.

Keera cogió el informe del agente Walsh.

—En su declaración inicial usted dijo que lo primero que hizo después de ordenar al señor Doyle que saliera del vehículo fue ponerle un bolígrafo delante de la cara y pedirle que lo siguiera con los ojos. ¿Lo he leído bien?

—Así es. Y no pudo. —Otra sonrisa de los jurados.

—Pero no tuvo en cuenta que, apenas unos segundos antes de esa prueba, el señor Doyle tenía unas luces intensas apuntándole directamente a los ojos, en una carretera completamente a oscuras, ¿verdad?

—Bueno…

—Eso no figura en su informe tan completo, preciso y veraz.

—De acuerdo.

—Hablemos de otra cosa que no aparece en su informe…, y no dude en consultarlo cuando quiera, no intento confundirlo. —Keera se dio cuenta de que varios miembros del jurado contenían la risa—. El señor Doyle no tenía los ojos rojos.

—No.

—Ni vidriosos.

—No.

—Ni estaba sonrojado.

—No había mucha visibilidad.

—No aparece en el informe.

—No.

—No arrastraba las palabras.

—No.

—Ni se tambaleó, tropezó o perdió el equilibrio al salir del coche.

—No.

—Ni vomitó ni parecía encontrarse mal.

—No.

—Declaró usted que todas las pruebas parecían indicar que mi cliente estaba ebrio. Entiendo que también tuvo en cuenta los elementos que indicaban que no lo estaba, ¿no es así?

—Cuando le hice la prueba de coordinación, se tambaleaba.

—¿Me está diciendo que el señor Doyle, que admitió estar nervioso y al que usted apuntó con una luz cegadora, no caminó en una línea recta perfecta cuando le ordenó que pusiera el talón de un pie justo delante de la punta del otro con los brazos a ambos lados del cuerpo y que avanzara por una línea recta imaginaria en un arcén irregular de tierra y gravilla?

El agente suspiró.

—Se tambaleó.

—Pero siguió sus órdenes al dedillo, dio exactamente nueve pasos, se giró y dio nueve pasos más, ¿me equivoco? —Keera hizo

una breve demostración.

—Siguió las instrucciones que le di, pero se tambaleó.

—Y usted consideró que obedecer sus instrucciones correctamente era una prueba de su estado de sobriedad, ¿verdad?

—Tuve en cuenta las cosas que hizo mal.

Keera frunció el ceño, como si lamentara lo que iba a hacer a continuación.

—Entonces no consideró todas las pruebas, como afirma en el informe, porque no tuvo en cuenta las que indicaban que el señor Doyle no estaba ebrio, ¿verdad?

—Lo tuve todo en cuenta, pero me centré en lo que hizo mal —corrigió Walsh, con un tono desafiante.

Otro error.

—Entonces, ¿el hecho de ignorar las pruebas que indicaban que el señor Doyle no estaba ebrio fue solo un descuido y no un intento deliberado de engañar a la jueza y a los miembros del jurado?

—Protesto —objetó la fiscal, que se puso en pie—. Es una pregunta capciosa.

Patel suspiró.

—Denegada.

—Retiro la pregunta —dijo Keera. No le hacía falta oír la respuesta—. ¿Escribió usted en el informe que el vehículo olía a alcohol?

—Así es —contestó Walsh.

—No puso que el señor Doyle olía a alcohol.

—¿Cómo? Yo…

—¿Acaso estaba borracho el coche?

—Protesto, señoría.

—¿Cuál es la objeción, fiscal? —preguntó Patel.

—¿El sarcasmo?

—Denegada.

—No había nadie más en el coche —continuó Walsh con un tono combativo.

—En la academia, en la clase de dos horas sobre la conducción

bajo los efectos del alcohol, les dijeron que el alcohol no huele, ¿no es así?

—Me he perdido.

—En la academia les dijeron que el alcohol no huele a nada. —Técnicamente, era verdad. Si el agente había olido algo en el aliento del conductor tenía que ser algún aditivo de la bebida.

—Sé perfectamente cómo huele la cerveza y él olía… a lúpulo… Olía a lúpulo.

—¿El coche olía a cacahuetes?

Walsh se quedó callado.

—No me acuerdo.

—Mi cliente tenía una bolsa de cacahuetes en el coche, ¿no es así? Lo escribió usted en el informe.

—Así es.

—Entonces, puede que oliera usted a cacahuetes o a lúpulo, pero no a alcohol, porque en la academia les enseñaron que el alcohol no huele a nada.

La fiscal se puso en pie.

—Protesto, señoría. El testigo ya ha declarado que el acusado olía a cerveza.

—No es así, señoría. El agente Walsh ha dicho que el acusado olía a lúpulo.

—Protesta denegada —respondió Patel.

Keera puso una expresión que parecía indicar que las respuestas del agente Walsh le resultaban dolorosas, pero se apiadó y decidió no seguir avergonzándolo. Se giró hacia la jueza. La mujer ya no intentaba disimular una sonrisa, cosa que no podía decirse de algunos miembros del jurado.

Capítulo 2

La fiscal expuso su alegato final y Keera la siguió con un breve resumen. La jueza Patel quiso aplazar la sesión hasta el próximo día, pero los miembros del jurado dijeron que preferían deliberar para no volver la mañana siguiente. Patel, que sabía lo que sucedería, accedió. Al cabo de menos de media hora, el jurado declaró no culpable al acusado.

Clancy Doyle le dio las gracias efusivamente a Keera mientras la abogada guardaba el portátil.

—La recomendaré a todos mis amigos. Es incluso mejor que su padre.

—¡No, por favor! Doyle parecía confundido.

—No quería decir…

—Se ha librado por los pelos, señor Doyle. El agente y la fiscal eran jóvenes e inexpertos. Han cometido muchos errores. Puede que la próxima vez no tenga usted tanta suerte. Además, podría estrellarse contra otro vehículo o atropellar a un peatón y en ese caso ya no hablaríamos de una pena por conducir bajo los efectos del alcohol, el cargo sería homicidio imprudente y pasaría usted el resto de su vida entre rejas. ¿Quiere hacerle eso a su mujer y a sus hijos? ¿A sus nietos? He visto que ni Dolores ni sus hijos han venido al juicio. —Dejó que la insinuación hablara por sí sola.

Parecía que Doyle había recibido una bofetada.

—Esta vez sí que dejaré de beber, Keera. Lo juro.

Su padre le había hecho esa misma promesa tantas veces que ya ni siquiera se enfadaba. Solo sentía lástima. Con promesas vacías, las tardes como esa parecían todavía más dolorosas.

—Hágame un favor, no se mienta. No va a dejar de beber.

—Yo…

—La próxima vez que beba, hágalo en casa. O dé las llaves del coche al barman cuando llegue al bar y dígale que le pida un taxi. Descárguese las aplicaciones de Uber y Lyft en el móvil. Un trayecto le costará una cantidad irrisoria en comparación con lo que le ha pagado a mi padre. Y puede que salve alguna vida. La suya, probablemente. —Se colgó la correa del maletín del hombro y pasó junto a él cargando la caja de archivos y documentos de su padre—. Salude a Dolores de mi parte.

Keera abrió la puerta empujándola con la espalda y salió al vestíbulo de mármol. Cuando se dio media vuelta, Miller Ambrose, su antiguo jefe y expareja se separó de la pared en la que se apoyaba. Intentó que el encuentro pareciera fortuito, pero tardó un segundo de más en reaccionar. La esperaba. Keera lo ignoró y se acercó a los ascensores.

—¿Ahora te dedicas a ensañarte con los novatos? —le preguntó Ambrose.

—¿Qué haces aquí, Miller?

—No te emociones. Tengo un juicio al otro lado del vestíbulo.

Keera apoyó la caja en la rodilla para pulsar el botón del ascensor.

—¿En el juzgado municipal? ¿Ahí es donde se juzga ahora a los delincuentes más peligrosos?

Ambrose era fiscal sénior del equipo especializado en delitos graves. En Seattle, un fiscal experto acude a la escena de los peores crímenes para colaborar con los inspectores en la recogida de pruebas y asesorarlos sobre citaciones y otros tecnicismos legales. Se hace para evitar posibles errores de los que un abogado defensor pudiera aprovecharse.

—¿A dónde vas? A lo mejor podemos tomar algo como en los

viejos tiempos.

—Sí, sería como en los viejos tiempos, sí —contestó la abogada.

Sonó la campanita de uno de los ascensores y las puertas se abrieron. Keera dejó que saliera la gente del interior.

—¿A esto te dedicas ahora? ¿A casos de conductores ebrios? ¿A machacar a los abogados y policías sin experiencia?

Keera entró en el ascensor.

—Así que solo pasabas por aquí, ¿no?

—Esperaba mucho más de ti.

Keera respondió mientras las puertas se cerraban:

—¿En serio? Yo siempre he esperado mucho menos de ti.

Suspiró y se apoyó en la pared del fondo. Keera y Ambrose salieron discretamente ocho meses. A Keera al principio le atrajo la mente legal y la seguridad inquebrantable de Miller. A veces, controlaba la sala de audiencias como un juez, no como un fiscal. Ambrose conocía los cuerpos de las mujeres con la misma precisión que las salas de vistas, pero su seguridad era narcisista y muchas de las noches que pasaron juntos estuvieron marcadas por el alcohol y los instintos más animales. Finalmente, Keera captó las señales de alarma. Un cóctel cada noche de aperitivo. Una buena botella de vino para cenar. Un oporto antes de acostarse. Keera no quería convertirse en su madre, la cuidadora de un borracho, así que le expuso a Ambrose su preocupación. Él dijo que podía dejar de beber, pero no lo hizo. Entonces llegaron las excusas de siempre: que bebía para socializar, para acompañarla o porque había tenido un día de mierda. Luego seguían las disculpas. A esas también estaba acostumbrada.

Cuando intentó poner fin a la relación de una forma discreta, Ambrose se volvió verbalmente agresivo y hostil. Keera le dio muchas oportunidades para que dejara de acosarla. Cuando un día se presentó en la puerta de su casa, ella cambió las cerraduras. Cuando la esperó a la salida del trabajo para hablar, Keera cambió la rutina de aparcamiento. Cuando él insistió, ella lo amenazó con una orden de alejamiento y con contar a todo el mundo lo que hacía. En

la época del movimiento *Me Too*, aquello habría acabado con su carrera profesional. Muchos decían que Ambrose sería el próximo fiscal del condado de King. O incluso el alcalde. Él reculó, pero poco tiempo después Keera empezó a recibir solo casos de delitos menores. No tenía ningún futuro en la Fiscalía. Soportó un mes más y terminó pidiendo trabajo a su padre con el rabo entre las piernas.

Había jurado que nunca trabajaría en Patrick Duggan y Asociados.

Salió del ascensor. En el exterior, una brisa fuerte y cálida soplaba desde la bahía de Elliott hacia el este, por James Street. Hacía un calor sorprendente para Seattle y los meteorólogos predecían varios días más de temperaturas por encima de los cuarenta grados. Habían tenido más días de calor extremo aquella semana que en los últimos cien años juntos.

Cuando llegó a Occidental Square, tenía el traje empapado de sudor y quería tirar la caja de archivos de su padre en el primer contenedor de basura que encontrara. El calor había empujado a la mayoría de la gente cuerda a meterse en casa con el aire acondicionado, y las mesas de color azul cielo y las sillas bajo la sombra de los árboles estaban totalmente vacías.

Keera se acercó al Paddy Wagon, una taberna irlandesa en la planta baja del edificio que su padre recibió como pago de un cliente insolvente hacía treinta años. Que su padre alcohólico tuviera una taberna solo tres plantas por debajo era como tener una tienda de golosinas en el mismo edificio de un colegio de primaria. Liam la saludó desde la terraza de la taberna, como siempre hacía.

—Hola, Keera. Ven a comer algo —le dijo con su melódico acento irlandés.

Sonrió y levantó la caja, que parecía pesar más a cada paso.

—Estoy trabajando.

—Qué aburrida, solo trabajas, también necesitas comer.

—Tengo un juicio. —Sonrió y esperó que su negativa desanimara al chico. Su insistencia era halagadora y molesta a partes iguales.

Keera apoyó la caja en la rodilla, marcó el código de acceso,

entró en el vestíbulo y se dirigió al ascensor de jaula. Dejó la caja en el suelo, cerró la puerta y se santiguó antes de pulsar el botón. No pensaba cargar la caja por las escaleras hasta la tercera planta, aunque no se fiara ni un pelo del ascensor.

Una parte de ella deseaba quedarse atrapada dentro.

La conversación que le esperaba no sería fácil.

Keera salió del ascensor y llegó a la recepción de Patrick Duggan y Asociados. Sabía que su padre quería que la empresa se llamara algún día Patrick Duggan e Hijos, pero los dos hermanos mayores de Keera, Shawn y Michael se habían decantado por la otra pasión de su padre: la bebida. Aunque Michael llevaba quince años sobrio.

Así que la herencia legal de la familia recayó sobre Ella, la tercera de los hijos, lo que le supuso una carga muy grande. Ella era abogada a la vez que cuidadora, una tarea que compartía con la segunda hija, Margaret. Keera llegó por sorpresa, diez años después de Maggie. Con una niña pequeña en casa, su madre ya no podía cuidar a Patsy, así que Ella y Maggie la relevaron. Ella no se había casado. Se declaraba una trabajadora incansable sin tiempo para novios. Keera llegó a pensar que era lesbiana, pero más tarde comprendió que las secuelas del alcoholismo de su padre la habían alejado de los hombres, del matrimonio y de la idea de familia. Aunque tenía encuentros amorosos para satisfacer sus necesidades sexuales, nunca tuvo una pareja seria.

Cuando Keera se acercó al vestíbulo, Maggie se apresuró hacia la recepción. Parecía agobiada y molesta, una combinación perdedora. Maggie cogió el teléfono.

—Duggan y Asociados. Un momento, por favor. —Fulminó a Keera con la mirada—. ¿Cómo se te ocurre dejar que vaya a comer solo?

—¿Es culpa mía?

—Se suponía que ibas a vigilarlo.

—No. Se suponía que era la segunda abogada en el juicio de hoy. Patsy me dijo que tenía una reunión y me pidió que llevara a Clancy Doyle a almorzar.

—¿Y todavía no sabes qué significa eso?

—Teníamos un juicio, Maggie. —Keera intentó mantener la compostura—. Le he dicho a Ella…

—¿Cuándo ha sido eso un inconveniente para él? ¿Desde cuándo un juicio le ha impedido beber? No tendrías que haberlo dejado solo.

—No tendría que haber ejercido de segunda abogada en el juicio. Se lo hemos puesto muy fácil. Ella se lo ha puesto en bandeja. Ya le dije…

—Si tienes algún problema, háblalo con la socia directora. Gracias a los dos, llego tarde a una cita. De hecho, es un milagro que conserve a mi pareja cuando tengo que lidiar con esta mierda familiar todo el tiempo.

Keera se mordió la lengua. Maggie trataba a las parejas como algunas mujeres a los zapatos. Los desgastaba por completo.

—¿Dónde está ahora?

—¿Patsy? En casa. He tenido que ir a buscarlo por sus bares favoritos y llevarlo a casa, borracho como una cuba. Siempre recordaré este día con mucho cariño.

La tarea de traer a Patsy a casa era cosa de Maggie. A los dieciocho años, Ella se fue a estudiar a la Universidad de Notre Dame, el *alma mater de* su padre. En la casa de los Duggan, estudiar en Notre Dame era casi tan obligatorio como ir los domingos a misa. Keera hizo lo mismo doce años después. Pero Margaret, que sufría ansiedad y brotes de depresión, nunca fue una alumna sobresaliente, así que Notre Dame no era una opción para ella. Estudió en un centro de formación profesional, consiguió un título técnico y luego un certificado de ayudante legal. Culpaba de todo aquello a cómo la habían criado.

—Gracias por ir a buscarlo —dijo Keera.

—Ahórratelo —contestó Maggie.

—Solo quiero… —empezó Keera.

—No seas condescendiente.

—No es condescendencia —protestó Keera, aunque cuando Maggie se ponía así no se podía razonar con ella.

Ella se acercó corriendo por el pasillo.

—¡Eh! —gritó—. Puede que ya hayamos cerrado, pero esto es un bufete de abogados. Comportaos como es debido.

—La abeja reina sale de su colmena —soltó Maggie.

—Cierra el pico, Maggie —ordenó Ella—. No ha sido un día fácil para ninguna. —Maggie miró a su hermana como si le estuviera tomando el pelo, pero Ella dijo la última palabra—: Vete a casa. Ya son más de las cinco.

Maggie cogió el bolso y la chaqueta de debajo del escritorio y le lanzó una mirada asesina a Keera de camino al ascensor.

—Deberías dominarte y no darle cuerda cuando está de mal humor —dijo Ella.

—¿Yo soy la que debería dominarse?

—Maggie piensa que el mundo entero está en su contra, Keera. Encontrar un culpable para cada uno de sus problemas es su mecanismo de supervivencia. Siempre lo ha sido. —Le hizo un gesto con la cabeza a Keera para que la siguiera por el pasillo hasta el despacho del fondo. El despacho contiguo, el de Patsy, estaba a oscuras.

Ella se sentó detrás del escritorio. Sus despachos no eran esas monstruosidades de espacio mal aprovechado tan valorados en las oficinas modernas; el edificio era de otra época. Ella hizo el suyo muy acogedor, con lámparas Tiffany, plantas, cuadros coloridos y recuerdos de sus viajes por el extranjero. Keera ignoró las dos sillas frente al escritorio y se dirigió al sofá de cuero marrón, junto a los tres ventanales de arco orientados al oeste. Desde que demolieron el viaducto de Alaskan Way, dañado por un terremoto, Ella tenía vistas a la bahía de Elliott, la isla de Bainbridge y las lejanas y nevadas montañas Olímpicas, aunque no quedaba mucha nieve, dado el persistente calor.

—Menos mal que insistí en poner aire acondicionado. ¿Cuarenta y un grados en Seattle? Las oficinas habrían parecido un horno de ladrillo —rezongó Ella suspirando—. Cuéntame qué ha pasado.

—Hemos ganado —respondió Keera, dejándose caer en el sofá—.

He confundido al agente y el jurado no ha deliberado ni media hora.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Clancy Doyle ha llamado quejándose de ti.

—¿Qué? —Keera se incorporó y levantó el tono—. Será desagradecido el hijo de puta.

—Asegura que lo has insultado diciéndole que bebía demasiado y que la próxima vez mataría a alguien y terminaría en prisión.

—Si la verdad le parece un insulto no es mi problema.

—¿No lo has insultado?

—Le he hecho una crítica constructiva.

—Clancy tiene setenta y dos años, igual que Patsy. ¿Han funcionado alguna vez nuestras intervenciones con Patsy? —Levantó la mano antes de que Keera pudiera responder—. Tu trabajo es defender a los clientes, no regañarlos.

Keera se mordió la lengua.

—Se suponía que yo solo tenía que vigilar a Patsy, tú me pediste eso, no que librara a Clancy Doyle de la cárcel.

—Bueno, pues has fracasado en lo primero, pero has conseguido lo segundo. No ha ido tan mal.

—¿Cómo que he fracasado en lo primero?

—Se suponía que debías asegurarte de que Patsy no se emborrachara.

—Me ha dicho que…

—Sé lo que te ha dicho. ¿Es que crees que no conozco sus excusas y justificaciones? La próxima vez te atas a su pierna.

—No habrá una próxima vez —soltó Keera—. Al estar yo allí, solo se lo hemos puesto más fácil. Siempre hacemos lo mismo.

—¿Hacemos? —preguntó Ella con la ceja arqueada.

Keera solo quería marcharse a casa, quitarse el traje y sentarse al lado de un ventilador.

—¿Hemos acabado?

Ella se reclinó en la silla de cuero, que crujió.

—¿Eso piensas que hemos hecho todos estos años? Es

alcohólico, Keera. Lo ha sido desde los diecisiete años. Tiene una enfermedad, y no va a cambiar.

—Ya no.

—Nos adaptamos e intentamos limitar los daños. No es perfecto, pero es lo único que podemos hacer.

—Vale —respondió Keera para evitar un sermón.

—Ya no tiene la misma capacidad que antes —aseguró Ella.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró y miró el reloj en la pared.

—Es tarde, vete a casa. Hoy has hecho un trabajo muy bueno.

Keera se dirigió hacia la puerta del despacho preguntándose qué había querido decir su hermana.

—¿Keera?

Se dio media vuelta.

—Este domingo cenamos en casa de mamá y papá.

Gruñó.

—¿Este domingo?

—Es el primero del mes. ¿Vendrás?

Ella lo planteó como pregunta, pero sonó a orden.

—Sí, mi capitana —respondió Keera con un saludo militar y se marchó.

Capítulo 3

4 de junio de 2023
Barrio Denny-Blaine, Seattle

Frank Rossi se fijó en la cámara encima del tejadillo del garaje, centrada sobre una canasta de baloncesto, situada entre dos puertas. Salió del coche y miró hacia la entrada en pendiente. Había pasado junto a un coche patrulla, otro sin distintivos del cuerpo, una ambulancia y algunos vecinos de pie en la acera. Pronto se les unirían la furgoneta gris de la Policía Científica, la azul del médico forense, los coches del parque móvil del equipo de detectives de guardia y, probablemente, algunos jefes de la Policía, además de reporteros y furgonetas de los equipos de informativos.

¡Santo cielo!

El circo llegaba al exclusivo barrio de Denny-Blaine. Rossi ya podía buscar un sombrero de copa y una chaqueta de esmoquin rojo. Como inspector jefe dirigiría el espectáculo igual que Hugh Jackman en el papel de P. T. Barnum, en *El gran showman*. De ninguna manera convencería a Ford de llevar la batuta en ese caso, salvo que fuera una roleta, algo sencillo y fácil de resolver. Pero, sin motivo alguno, Rossi presentía que no sería así.

A propósito de Ford, ¿dónde estaba su compañero, puntual como un reloj suizo?

El coche sin distintivos era sin duda el de Chuck Pan.

Rossi vio a un agente uniformado moviendo la barricada de

caballetes que bloqueaba la entrada justo antes de que apareciera un coche negro del cuerpo. Ford aparcó al lado del Pontiac GTO, de 1969, de Rossi, personalizado en color verde británico de competición. Sí, Rossi se había saltado unos cuantos límites de velocidad para llegar, pero a veces uno tenía que pisar el acelerador para vencer a un superhéroe.

Ford se desplegó del coche como el tallo de la planta de las habichuelas mágicas de Jack. Elevó su masa de metro noventa de altura. Rossi, desde su poco menos de metro ochenta, lo admiraba literalmente.

Ford señaló con la cabeza el coche de Rossi.

—Por fin me has ganado, ¿eh? ¿No has pasado a recoger un coche de la flota?

—Estaba cenando en Madison Park —respondió Rossi—. No quería ir con el coche al centro y volver hasta aquí. Además, pensé que me retrasaría mucho.

—Sandeces. Querías ganarme.

Rossi no pudo disimular la sonrisa. Era cierto. Y lo había conseguido. Le encantaba ganar. ¡Por fin!

—¡Qué calor! —exclamó Ford—. Me mudé a Seattle para huir de las temperaturas abrasadoras. —Ford había crecido en Texas.

—Pues va a seguir así toda la semana. —Rossi se abanicó con la camisa—. He leído que el humo y las partículas de los incendios de California y del este de Washington han creado una especie de sistema de presión.

—Yo solo sé que hace muchísimo calor. —Ford suspiró. Hizo una pausa y miró el jardín—. Pensaba que conseguiríamos acabar la semana sin sobresaltos. —En pocas horas, Ford y Rossi habrían terminado el turno y el aparente homicidio habría sido responsabilidad del siguiente equipo de investigación. Ford señaló el tejadillo a dos aguas y dijo—: Sonríe.

—Ya la he visto. Espero que funcione.

Rossi sabía por experiencia que muchas casas tenían cámaras de seguridad, pero no todas funcionaban. Muchas se ponían con muy

buenas intenciones, pero solo como elemento disuasorio.

—¿Quién está de guardia? —preguntó Ford. Los detectives de guardia ayudarían en la escena del crimen y visitarían las casas vecinas para determinar si alguien había visto u oído algo.

—Creo que los sementales italianos —respondió Rossi, usando uno de los apodos de Vic Fazzio y Del Castigliano—. ¿Quieres llevar tú el caso?

—Ni de coña. Te lo dejo todo a ti, compañero. Te ha tocado, amigo.

—¿Lo hacemos a piedra, papel o tijera?

—¿Por qué apostaría contra mí mismo? Ni lo sueñes.

—¿A doble o nada?

—Que no.

Rossi miró hacia la canasta de baloncesto.

—¿Un uno contra uno? Parece que el tablero está recién pintado.

—La canasta de mi casa parece nueva y no porque esté recién pintada. Mis hijos han salido a su padre. No le daría a un granero ni sentado encima. —En más de una ocasión, la gente suponía que, como Ford era negro y alto, había jugado al baloncesto, pero puede que fuera la persona menos atlética que Rossi había conocido en su vida. Lo que se le daba bien a Ford era la música. El tío tocaba el piano, la guitarra, el bajo, el saxofón y la trompeta y era capaz de interpretar cualquier canción de oído—. De ningún modo.

—Tenía que intentarlo.

Ford se agachó para sacar el kit de intervención del asiento trasero del coche y juntos caminaron hacia dos imponentes leones de piedra que adornaban ambos lados de los tres tramos de escalera que descendían entre un seto de laurel de casi dos metros y medio de alto. Sobre uno de los laterales había una rampa que conducía a un sendero de piedra. Otros dos leones custodiaban la puerta principal bajo el pórtico. La casa, que Rossi describiría en su informe como «estilo Tudor inglés», tenía tejados a dos aguas de pizarra y frontones. Unas vigas de madera sobresalían del estuco amarillo y las ventanas eran estrechas con cristales emplomados.

—Cuánto calculas que vale, ¿entre cinco y siete millones de dólares? —preguntó Rossi a Ford.

—Puede que eso en un mercado inmobiliario normal —respondió Ford—. Aquí, yo diría que entre siete y diez millones.

—Hemos llegado a un punto en el que un funcionario que se mata a trabajar no puede permitirse vivir en la ciudad de su puesto laboral —soltó Rossi. Ni él ni Ford vivían en Seattle.

Cumplieron el procedimiento habitual en la entrada, donde un agente sostenía la hoja de registro. Rossi leyó los nombres de los dos técnicos de emergencias que estaban a un lado, el de Pan y el de las dos primeras personas que llegaron a la escena. Firmó y entregó el registro a Ford.

—No han aparecido los jefes.

—Todavía no. —Ford escribió su nombre y su número de placa y devolvió el portadocumentos—. Un asesinato en este barrio saldrá en las noticias y eso para los altos mandos es como la hierba gatera.

Para disuadir a los mirones, Rossi pediría que acordonaran toda la finca.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Rossi al agente uniformado.

—En la sala de estar con su sargento, hablando con el marido.

—¿El marido habla? —dijo Ford.

—Eso parece —contestó el agente—. Nos esperaba en el exterior de la casa.

—¿Cómo habéis entrado?

—La puerta principal estaba abierta y el marido nos invitó a entrar. No es una escena agradable.

—¿Habéis confirmado el fallecimiento de la víctima? —preguntó Rossi a los sanitarios.

Ambos negaron con la cabeza y el agente que estaba en la puerta respondió:

—No ha hecho falta.

Rossi sabía a qué se refería. Ya vio bastantes cosas espeluznantes en el caso de Cliff Larson, el año anterior. Siempre

que trabajaba en ese caso y llegaba a otro callejón sin salida, recordaba la brutalidad de la paliza mortal. Veinticuatro golpes según el forense. Hubo varios sospechosos, clientes descontentos, pero todos tenían una coartada que Rossi y Ford no pudieron desmontar. Lo único que Rossi consiguió averiguar era de qué le sonaba tanto el nombre de Cliff Larson. CLA, Clifton Larson Alien, era una de las empresas de contabilidad más importantes del país, muy diferente del pequeño despacho de contabilidad de Pioneer Square.

Antes de entrar, Rossi se fijó en el teclado que había al lado de la puerta y pensó que deberían averiguar quién conocía el código de entrada. Ni la puerta ni el marco tenían daños. No forzaron la entrada.

En el interior, la decoración de la casa era sobria y el mobiliario escaso. En los suelos de madera y mármol no había alfombras. Las ventanas daban a las aguas gris azuladas del lago Washington, a las casas de Medina, de Clyde Hill y de otras ciudades demasiado caras para que Rossi se atreviera siquiera a soñar con ellas.

«Definitivamente entre siete y diez millones».

En una habitación contigua a la sala de estar, Pan y un agente uniformado hablaban con un hombre de unos cuarenta y cinco años. Tenía un rostro joven, pero el pelo marrón empezaba a canear en las sienes. Vestía un esmoquin negro, pero ya sin chaqueta ni corbata, con el cuello abierto y algunos botones desabrochados.

Rossi echó un vistazo a las estanterías empotradas de la pared sur. Los libros, esculturas y marcos de fotos parecían estar en su sitio, igual que los muebles y las revistas perfectamente colocadas en la mesa de centro. No había muestras de forcejeo en esa habitación.

Rossi saludó con la cabeza a Pan y el sargento les pidió que salieran al vestíbulo.

—Una víctima, una mujer, con un tiro en la nuca —explicó Pan en voz baja.

—¿Dónde la mataron?

—En la cocina. —Pan hizo un gesto hacia la puerta batiente al otro lado del comedor, con cinta de prohibido el paso.

—¿Es necesario que los SWAT revisen la casa? —preguntó Rossi.

—La registraron los dos agentes cuando llegaron. No hay nadie.

—¿Y quién es el tío del traje?

—El marido de la víctima. Vincent LaRussa. Afirma que llegó a casa de no sé qué gala en el Four Seasons y encontró a su esposa muerta.

—No resultará difícil comprobarlo, al menos lo de la gala —dijo Rossi—. Pediré una orden de registro que incluya el móvil. —Los teléfonos proporcionan datos de geolocalización que revelan la ubicación del móvil y, presuntamente, del dueño. Los inspectores los usan para construir una cronología y así, quizá, descubrir las mentiras de los sospechosos—. He visto que hay una cámara en el tejadillo del garaje.

—El sistema de seguridad —asintió Pan—. He pedido las imágenes. Podremos confirmar a qué hora llegó a casa.

—¿Registra solo imágenes o también audio? —preguntó Rossi. Si la víctima había muerto de un tiro y el vídeo tenía audio, quizá se oyera, y eso determinaría la hora exacta de la muerte.

—No he llegado a tanto —respondió Pan—. Pregunta al marido. La patrulla ha establecido el perímetro en la parte alta de la entrada, pero le he pedido que lo amplíen un poco más, por la probable presencia mediática.

—Que amplíen también la cinta roja —pidió Rossi.

—Ya me he adelantado. Comportaos como es debido. —Pan los miró a los ojos—. No quiero ver caras sonrientes en el periódico de mañana ni en el informativo de las seis.

—¿Por qué hace tantísimo calor aquí? —preguntó Ford—. Pensaba que tendríamos suerte y trabajaríamos en un sitio con aire acondicionado.

—El marido no lo sabe. Dice que la casa tiene aire acondicionado pero que alguien lo ha apagado.

—Pues hoy es el día perfecto para usarlo —soltó Ford.

Pan miró el reloj y a continuación cogió el móvil.

—Voy a llamar para preguntar cuánto tardarán la científica y el forense.

Cuando Pan se marchó, Rossi y Ford se acercaron al agente y al marido y se presentaron. LaRussa parecía agotado y tenía los ojos rojos. No les dio la mano para saludarlos. Puede que fuera un hábito de la pandemia de COVID… u otra cosa. Rossi miró con atención la camisa blanca de LaRussa para comprobar si tenía salpicaduras de sangre. Nada.

—¿Son ustedes inspectores de homicidios? —preguntó.

—De la unidad de delitos graves —contestó Rossi—. Pero sí, de homicidios. Lamentamos mucho su pérdida. Debo hacerle unas cuantas preguntas en estos momentos tan difíciles, señor LaRussa. ¿Le parece bien que empecemos?

El hombre asintió.

—¿Puede contarnos qué ocurrió cuando llegó a casa? —preguntó Rossi.

El hombre inhaló con fuerza y dijo:

—No lo sé. Yo estaba en una gala benéfica en el centro y al llegar a casa… —A LaRussa se le quebró la voz. Rossi observó si le caían lágrimas, pero ni una—. Cuando he llegado he encontrado a Anne. Alguien le había disparado.

—¿Anne es su esposa?

—Sí.

—¿Dónde le dispararon?

—Yo… no lo sé…, ¿en la nuca?

—Me refiero al lugar de la casa.

—Lo siento. En la cocina.

El agente uniformado señaló con el bolígrafo que tenía en la mano.

—Está al cruzar la puerta batiente, detrás del comedor.

—¿Tiene usted hijos, señor LaRussa? —Rossi vio por el rabillo del ojo que Ford observaba las fotografías enmarcadas de los estantes.

—No.

—¿Vive alguien más en la casa además de su esposa y usted?

—No.

—¿Quién frecuentaba la casa? ¿Algún familiar, empleada de hogar, el encargado de la piscina?

—Familiares, no, bueno, la familia de Anne, pero… La señora de la limpieza viene los jueves y no tenemos piscina.

—¿Y jardinero? —Al ver el jardín tan cuidado, Rossi dedujo que alguien se ocupaba de él.

—Viene cada dos semanas.

—¿Le tocó esta semana?

—No estoy seguro.

—Necesito que me facilite su nombre y el de la empleada de hogar.

—Los conseguiré.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que alguien quisiera matar a su mujer?

Negó con la cabeza.

—Era una buena mujer.

—¿Ha notado que falte algo? ¿Cree que han revuelto alguna habitación?

—¿A qué se refiere?

—A un robo —intervino Ford—. ¿Ha notado que hayan tocado las cortinas, movido libros de las estanterías o abierto la caja fuerte?

—La verdad es que no me he fijado —respondió el hombre—. He llamado inmediatamente a la Policía y la persona que me atendió me dijo que saliera de la casa y esperara fuera a que llegaran los agentes.

Rossi revisaría la grabación de la cámara para comprobarlo y verificar el tiempo que LaRussa pasó dentro de la casa antes de salir.

—¿Cómo entró en casa?

—Por la puerta principal.

—¿Estaba abierta?

—No. Usé el código.

—¿Estaba cerrada?

—Yo no…, supongo. Se cierra automáticamente.

—¿Tiene registro de movimientos?

—No entiendo.

—¿Tiene algún chip que registre los datos de cuándo se abre y cierra?

—Creo que no. No lo sé.

Rossi pensó comprobarlo más tarde.

—He visto que hay una cámara de seguridad sobre el garaje. ¿Tienen más cámaras?

—Otra en el jardín trasero. —Había casas a ambos lados y Rossi sabía por experiencia que a los vecinos no les gusta que las cámaras apunten hacia sus viviendas.

—¿Graban audio también?

—No —respondió el hombre.

Del y Faz tendrían que preguntar a los vecinos si habían oído un tiro o si tenían cámaras de seguridad y, en caso afirmativo, si sus cámaras registraban sonido.

—¿Cada cuánto tiempo borra los vídeos el sistema?

—No lo sé.

—¿Dónde se guardan? ¿En la nube?

—En la nube y en un grabador digital de vídeo que hay en el vestíbulo, al lado de la cocina.

—¿Ha dicho usted que estaba en una gala benéfica? —insistió Rossi.

—Soy miembro del consejo del Hospital Infantil de Seattle y anoche fue la cena anual para recaudar fondos. Es la primera desde la pandemia.

—¿Dónde se celebró?

—En el Hotel Four Seasons, en el centro.

—¿Y su esposa no lo acompañó? —preguntó Rossi.

—Ella nunca asiste a este tipo de actos, no.

A Rossi le pareció raro.

—¿Alguien podrá confirmar que estuvo en la gala ayer?

—Pronuncié un discurso. Puedo facilitarles los nombres de

algunos asistentes.

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—Fui directamente desde la oficina, en el centro. Llegué sobre las seis y media, durante la subasta silenciosa.

—¿Y a qué hora regresó a casa?

—Después de las nueve. Sobre las nueve y cuarto.

Eso también lo comprobarían con la geolocalización del móvil y las cámaras de seguridad. El forense les daría la franja horaria de la muerte.

—¿A qué hora terminó la gala?

—No lo sé. Después de la cena hay una subasta en directo y baile.

—¿Y a su mujer no le gusta bailar? —insistió el inspector para presionar un poco al hombre y ver cómo reaccionaba.

LaRussa lo miró fijamente, pero Rossi no entendió el significado de la mirada.

—No —respondió—. Mi esposa no baila.

—De acuerdo, señor LaRussa, puede echar un vistazo a la casa con un agente para determinar si hay alguna ventana o puerta rota o abierta, o si falta algo —dijo Rossi, que quería que el hombre siguiera allí por si surgían preguntas, pero sin estorbar—. No toque nada. Es solo un examen visual. Si ve algo fuera de lo normal, comuníqueselo al agente. ¿Le permite que registre su casa y haga algunas fotografías?

—Sí, claro.

Rossi llamaría al fiscal de homicidios de guardia y le pediría una orden de registro para la vivienda y el jardín, por si LaRussa decidía no cooperar. El fiscal le transmitiría la orden al juez de guardia y así recibiría por correo electrónico la autorización o una autorización parcial.

—¿Se ha lavado las manos desde que ha llegado a casa? —preguntó Rossi al marido.

—¿Que si me he lavado las manos?

—Un equipo de la Policía Científica está en camino. Le tomarán

una muestra de las manos para analizar si hay restos de pólvora. —Era una treta que los inspectores de homicidios usaban para observar la reacción de los sospechosos. Ya no se hacían esas pruebas porque no eran fiables, pero los sospechosos no lo sabían.

LaRussa entrecerró los ojos.

—¿Piensa que he matado a mi esposa?

El marido siempre es el primer sospechoso.

—Es una forma de descartarlo como sospechoso —dijo Rossi—. También le tomaremos las huellas dactilares, las de las suelas de los zapatos y una muestra de ADN, también para descartarlo. ¿Nos lo permite?

—Supongo que sí. Hagan lo que sea necesario para encontrar al culpable.

Rossi y Ford le entregaron sus tarjetas de visita y, a continuación, LaRussa se marchó con el agente.

—Señor LaRussa —lo llamó Ford. El hombre se volvió—. Creo que la casa tiene aire acondicionado.

LaRussa asintió.

—Hay un termostato, y el aire se enciende y apaga automáticamente a determinada temperatura.

—Entonces, con el calor de hoy debería estar encendido, ¿no? —preguntó Ford.

—Sí. Alguien lo ha apagado. Me he dado cuenta al llegar.

—¿Está seguro? ¿No puede ser que se haya roto o…, por ejemplo, que haya saltado la red eléctrica por sobrecarga?

—No lo sé —contestó LaRussa—. Pensé que quizá lo apagó Anne, a veces tenía frío, pero… lo desconozco, la verdad.

—¿Ha intentado usted volver a encenderlo? —preguntó el inspector.

—No.

—¿Podemos hacerlo nosotros? Para comprobar si funciona.

LaRussa caminó hacia el termostato de la pared del vestíbulo. Rossi hizo varias fotos para registrar la temperatura en el interior de la casa y a continuación ordenó:

—Intente encenderlo.

LaRussa toqueteó el teclado. Al cabo de unos segundos, Rossi oyó el aire que salía por un conducto cercano.

—Parece que funciona —sentenció LaRussa.

—Qué raro —dijo Ford después de que el dueño de la casa y el agente se marcharan—. ¿Por qué apagaría alguien el aire acondicionado el día más caluroso del año?

—No lo sé —respondió Rossi—. ¿Te has dado cuenta de cómo me ha mirado cuando le he preguntado si su esposa bailaba?

—Ya sabes que no pillo esas cosas. Pero sí, me he dado cuenta. No le ha hecho gracia la pregunta.

—Yo pienso lo mismo.

Ford cogió los cubrebotas y los guantes de nitrilo azul del kit y ambos se los pusieron.

—Tengo el presentimiento de que este caso me producirá pesadillas —soltó Rossi.

—Y a mí —añadió Ford.

Caminaron por el comedor. De las paredes colgaban grandes cuadros abstractos.

—Vaya. —Ford se detuvo a admirar una escultura de bronce sobre el aparador: un vaquero a caballo bajando por una pendiente escarpada, con una mula de carga detrás.

—Sin segundas, ¿eh? —espetó Rossi.

—Una Remington.

—¿La escopeta?

—La escultura.

—¿Muy cara? —preguntó Rossi, aunque dedujo la respuesta por la reacción de su compañero.

—Si es original y certificada, sí. Acabo de leer que alguna se ha vendido por más de diez millones.

—Por esa cantidad preferiría un Chevy Corvette Sting Ray de 1967. Descapotable.

—Es que no tienes ni idea de arte —le reprochó Ford.

—La belleza está en los ojos del que mira, amigo. Y a mí la

belleza me gusta conducirla.

Rossi empujó la puerta batiente y pisó con cuidado los azulejos blancos y negros. Una isla del tamaño de un portaaviones, con el fregadero y cuatro taburetes, dominaba en el centro de la habitación. A un lado de la isla había una cocina de acero inoxidable, dos hornos en columna, un frigorífico, un microondas y armarios para almacenar comida suficiente para abastecer a toda la tripulación del portaaviones.

Se detuvo cuando vio por encima de la isla a Anne LaRussa sentada, con la cabeza y el torso caídos hacia la izquierda. Estaba de espaldas a la encimera, como si mirara por la puerta corredera de cristal, que daba a una terraza con unas vistas espectaculares. Sería una imagen pintoresca si no fuera por la sangre que se apelmazaba en la nuca y manchaba la encimera.

Rossi rodeó la isla. Anne LaRussa estaba sentada en una silla de ruedas. Ya entendía por qué había una rampa junto a los escalones de la entrada principal.

«Mi esposa no baila».

—¡Mierda! —exclamó Rossi.

—Compañero, cuando metes la pata, la metes hasta el fondo —le reprochó Ford.

Capítulo 4

4 de junio de 2023
Seattle, Washington

Keera salió rumbo a la cena familiar dominical antes de perder la noción del tiempo y faltar a la cita mensual. Tentador, pero Ella y Maggie la acribillarían, y su madre le infligiría una culpa irlandesa, similar a la católica y tan insidiosa que su madre era experta en imponer.

Compró una tarta de queso con arándanos en la pastelería de Madison Park y unos minutos después aparcó junto a la entrada en pendiente de casa de sus padres, por si necesitaba escapar rápidamente. No quería que ningún lunático que llegara más tarde le bloqueara el coche, aunque, al echar un rápido vistazo a los vehículos estacionados, se dio cuenta de que ella era la última lunática en llegar al manicomio.

En una ocasión, un psicólogo calificó a su familia de «enredada» y no de forma halagadora. A pesar de las rencillas aparentes, vivían todos muy cerca, trabajaban juntos y estaban íntimamente involucrados en la vida personal de los demás, demasiado íntimamente para Keera. Nunca les habló de Miller Ambrose ni les explicó por qué había dejado la Fiscalía.

Keera escapó temporalmente de los interrogatorios familiares mientras estudiaba bachillerato y luego Derecho en la facultad de Notre Dame. Pensaba que había conseguido mantener su

independencia al negarse a trabajar en el bufete familiar, pero acabó arrastrándose a la pegajosa telaraña familiar cuando su desastrosa relación con Ambrose terminó. Además, vivía alquilada en un piso de un cliente de Patsy, por lo tanto, tenía que soportar unos interrogatorios mensuales que acabarían hasta con la bruja más dura de Salem.

¿Por qué?

Porque evitarlos sería aún peor. Su madre había decretado que las reuniones del primer domingo del mes eran sagradas. Solo valían como excusa una urgencia médica, un viaje al extranjero o una muerte. Y, aunque todos estaban locos, era su familia. Adoraba a sus hermanos, aunque no siempre le caían bien. Eran como el agua y el aceite: no mezclaban bien.

Keera abrió la guantera, se roció espray de menta en la boca y se echó el aliento en las manos ahuecadas. Ni rastro de olor del *whisky* que se había tomado por la tarde para sobrellevar la velada. Salió del coche hacia la acera bordeada de árboles y caminó por los adoquines entre el césped inmaculado y los arriates perfectamente cuidados. La temperatura seguía rondando los treinta y cinco grados.

Subió los escalones que llevaban al porche, respiró hondo, abrió la puerta y se lanzó a las aguas infestadas de tiburones.

El interior era un caos. Evitó a Lucas, el hijo del segundo matrimonio de su hermano Michael, luego a Nicholas y a Sophia, los hijos del también segundo matrimonio de su hermano Shawn. Al parecer, a Shawn le tocaban ese fin de semana.

—Hola, tía Keera —saludó Lucas al pasar corriendo junto a la barandilla de las escaleras.

—Hola, tía Keera —repitieron Nicholas y Sophia.

Keera levantó la tarta de queso para mantenerla fuera de peligro.

—Michael e Isabella, Shawn, venid a dar de comer a vuestros hijos —gritó la madre de Keera saliendo de la cocina y acercándose por el pasillo—. Keera. ¿Cuándo has llegado? —Se miró la muñeca, pero no llevaba el reloj, así que miró el reloj de péndulo del pasillo —. Te has retrasado.

—Ella me dijo que viniera a las siete en punto.

—Mentirosa —gritó Ella, acercándose por el pasillo—. No me eches a los leones. —Se dio media vuelta y le dijo a su madre, Bernadette—: Tengo que hacer una llamada.

—No tardes mucho. Es hora de cenar.

La madre se inclinó para que Keera le diera un beso en la mejilla y le cogió la tarta de las manos.

—¿Es casera?

—Alguien la ha hecho, sí —respondió.

—Voy a ver si tengo algo de fruta para alegrarla un poco. Ayuda a tu hermana a poner la mesa. Vuelve a estar de malhumor porque ha roto con su último novio.

—¿Con el pintor que iba a ser el nuevo Pablo Picasso?

—No, el mecánico que tenía los dientes tan feos.

—¿Qué le pasó a Pablo?

—No lo sé. Yo ya no le sigo el ritmo.

—¿A quién? —preguntó Maggie desde el umbral sujetando los tenedores y cuchillos como si se los fuera a lanzar.

—A estos críos —respondió la madre. Keera se preguntaba cómo inventaba excusas con tanta rapidez.

Tenía mucha práctica.

—Te parecerá bonito llegar cuando ya está todo hecho —le reprochó Maggie.

—Ella me dijo que la cena era a las siete —respondió Keera.

—La cena es a las siete. ¿Y piensas que la comida se hace sola y la mesa se pone por arte de magia?

—Ya vale —las reprendió la madre—. Nada de peleas en la cena de los domingos.

—¿Desde cuándo? —preguntó Maggie.

—Desde que lo digo yo. Así que terminad de poner la mesa. El asado ya está listo.

Keera siguió a Bernadette a la cocina, que siempre olía a comida y especias. La comida de su madre y los domingos eran lo que mantenía unida a la familia.

Bernadette dejó la tarta de queso sobre la encimera de azulejos, le dio un plato decorativo a Keera, buscó en el frigorífico y cogió arándanos y fresas.

—Ponlos alrededor —le ordenó, caminando hacia el horno—. Ya he oído lo que ocurrió el viernes en el juicio de Clancy Doyle.

—Fue muy divertido —dijo Keera.

—Está pasando una mala época, cariño.

—¿Clancy?

—Tu padre.

—¿Cuándo ha tenido una buena?

—Esto es diferente —respondió su madre, que siempre excusaba a su marido.

—¿A qué te refieres?

—Está empezando a perder facultades —dijo Bernadette con un tono que la dejó paralizada. Su madre parecía triste, aunque Keera no la vio llorar. Los irlandeses no lloran. Son estoicos.

Keera se dio cuenta de que Patsy no se centró la mañana del juicio de Doyle. No protestó en un par de ocasiones, cuando Keera lo hubiera hecho y le faltó fuerza en el contrainterrogatorio de los testigos.

—El derecho es su vida —añadió su madre—. Yo acepté que el derecho fuera su amante, porque sé lo muchísimo que lo quería. Pero ahora ya no se considera el abogado que fue. Ha perdido confianza y se siente inútil. Y es una sensación horrible para alguien que envejece, Keera.

—¿Está enfermo?

—Lleva enfermo toda la vida. —Bernadette exhaló sonoramente —. Está mayor, Keera. El alcohol lo ha envejecido. Sabe que no podrá ejercer mucho más. Ten un poco de empatía, es lo único que te pido.

Keera se preguntó cómo sobreviviría la empresa cuando Patsy ya no pudiera ejercer. Su reputación era lo que mantenía el bufete a flote. Keera ya se había dado cuenta de que desde que ella empezó a trabajar allí, llegaban menos casos de delitos graves y más casos

menores.

—Está disgustado por lo que pasó. Ve a saludarlo —le pidió su madre, quitándole los arándanos—. Ya termino yo. Anda, ve. Está en la parte de atrás, viendo el partido de los Mariners con tus hermanos e Isabella. Seguro que le vendrá bien distraerse un poco de esos tres.

—Sabes que no entiende nada de béisbol —intervino Maggie, sumándose a la conversación—. Solo finge que le interesa para librarse de colaborar.

—Mejor así. No conseguiría doblar una servilleta ni con un libro de instrucciones. —Bernadette sonrió—. Ve a saludar a tu padre. Te echa de menos.

Keera esquivó a sus sobrinos y fue hasta el estudio. Su padre estaba sentado en su sillón reclinable de cuero, con una cerveza Rainier en uno de los reposabrazos. Shawn miraba el móvil con cara de pocos amigos, en el sofá de cuero rojo, justo al lado, había dos latas de cerveza Coors Light abiertas en la mesita de centro. Su hermano había llevado su propia cerveza y eso no auguraba nada bueno. Michael y su segunda esposa, Isabella, estaban sentados en el otro extremo. Isabella se examinaba las uñas recién pintadas mientras Michael dirigía una mirada perdida a la pantalla. Se conocieron en un centro de desintoxicación.

—Qué ambientazo —soltó Keera—. ¿Ha muerto alguien?

—Los Mariners —respondió Michael—. Van a perder cinco a uno.

El padre de Keera sonrió y dijo:

—Hola, hija.

Ella se inclinó para besarle la cabeza.

—Hola, papá.

—Gracias por cubrirme el viernes —añadió en voz baja—. Me han dicho que lo hiciste de maravilla.

—Al parecer, Clancy Doyle no está de acuerdo —protestó Keera.

—Ya me he encargado de que recapacite. Eso no será un problema.

—¿Clancy Doyle? ¿Qué ha hecho ese cerdo ahora? —preguntó

Shawn, apartando la vista del móvil.

—No te metas, Shawn —le ordenó Patsy.

—Mamá quiere que vayáis a dar de comer a los niños —dijo Keera a sus hermanos.

Shawn se puso de pie.

—Será lo mejor. Total, el partido ya está perdido. Que alguien cave un hoyo para enterrar al equipo. —Michael e Isabella salieron de la habitación con él.

Patsy sonrió.

—Me ha gustado trabajar contigo en un caso.

—Habría sido mejor si lo hubiéramos terminado juntos.

Su padre suspiró y Keera tuvo la sensación de que iba a decir algo, aunque al final se contuvo.

—Podrías pasar la noche aquí y jugar al ajedrez conmigo, junto a la chimenea, como en los viejos tiempos.

—Hace un calor insoportable, papá.

—Pues no la encendemos.

—Ya veremos —contestó Keera, porque era más fácil que negarse.

Fueron al comedor. Bernadette sirvió pan francés y ternera con puré de patatas y zanahorias *baby*. Ella había preparado una ensalada con pepino, sandía y queso feta.

—¿Tenemos salsa ranchera? —preguntó Shawn.

—La ensalada está aliñada —respondió Ella.

—No sabe a nada. ¿Tú notas el aliño? —protestó Maggie, que estaba sentada a su lado.

—Es una ensalada de verano —se defendió Ella—. Se supone que muy fresca.

—No parece aliñada —insistió Isabella moviendo las hojas con un tenedor.

—Keera, trae la salsa ranchera a tu hermano —ordenó Bernadette.

—No —respondió Ella—. Que se la coma así o que no se la coma.

—¿Qué más te da cómo me la coma? —espetó Shawn.

—Es un insulto al cocinero que la ha hecho.

—Yo no veo ningún cocinero aquí y no entiendo qué tiene de malo echar salsa a la ensalada —respondió Shawn.

—Ella, déjalo estar —dijo su madre—. Shawn, si quieres salsa, ve a buscarla tú.

Shawn se levantó de la silla y dejó la servilleta sobre la mesa.

Ella dejó caer el tenedor en el plato.

—¿En serio? —gritó por encima del hombro—. Oye, Shawn, ya que estás, trae el kétchup. Quiero ponerle un poco a la ternera.

—Ni se te ocurra —la amenazó Bernadette.

Patsy dio unos golpecitos con el cuchillo en el lateral de la copa.

—Tengo que decir una cosa. Bueno, Ella y yo tenemos algo que anunciar. —El ruido de los cubiertos se detuvo—. Ella y yo hemos decidido hacer a Keera socia de Patrick Duggan y Asociados.

—Soda profesional —añadió Ella rápidamente.

—¿Estás de puta coña? —Maggie cogió la copa y bebió el vino de un trago.

—Esa boca, Margaret —la reprendió Bernadette.

—Pero si no lleva ni un año. ¿Qué pasa con mi aumento y mi ascenso? —preguntó Maggie.

—¿Tu ascenso a qué? ¿A reina de las recepcionistas? —se mofó Shawn.

—Es muy gracioso, sobre todo viniendo de alguien que terminó en un almacén a base de beber y que recibe órdenes de un crío de veinte años.

—Es el hijo del jefe… Anda, espera… Tú eres la hija del jefe, ¿no? —soltó Shawn, con sorna.

—¡Basta! —Patrick Duggan golpeó la mesa con los nudillos—. Este es el momento de Keera, no el vuestro, así que cerrad el pico. —Alzó la copa de vino hacia ella.

Keera tenía el estómago revuelto.

—¿Alguna vez he tenido mi momento? —farfulló Maggie. Se giró hacia su hermana, levantó la copa vacía y le ofreció una sonrisa falsa y cargada de dolor.

Keera sintió que la telaraña pegajosa de los Duggan la estaba envolviendo.

—¡Qué hable, que hable! —canturreó Shawn.

—Eso, di unas palabras, superestrella —la animó Maggie.

Sonó un móvil en la cocina. Keera no reconoció el tono de llamada, pero agradeció la interrupción de todos modos.

Ella echó la silla hacia atrás.

—Es mi móvil —dijo.

—Salvada por la campana —exclamó Shawn, riendo.

—Pensaba que estaban prohibidos los teléfonos en las cenas familiares —protestó Lucas, viniendo de la cocina—. Papá, ¿me das el móvil? La tía Ella tiene el suyo.

—Las reglas no son las mismas para todos —espetó Maggie—. Ya te darás cuenta.

Capítulo 5

El circo había llegado.

Rossi y Billy Ford, junto con el sargento de la Científica, dirigían a la videógrafa y a los detectives de la Policía Científica, que señalaban las posibles pruebas con marcadores. Había oscurecido, pero la temperatura se mantenía persistente en torno a los treinta grados. Menos mal que consiguieron encender el aire acondicionado.

Dos detectives de la Científica usaban un equipo topográfico para crear un plano a escala de la escena del crimen. Los inspectores, que trabajaban en la cocina, llevaban cubrebotas, guantes y mono. Los del equipo forense esperaban para fotografiar el cadáver, tomarle la temperatura y estimar la hora de la muerte. También había especialistas en huellas dactilares latentes y ADN que esperaban las órdenes de Rossi, y los detectives de guardia, Vic Fazzio y Del Castigliano, peinaban la zona. Rossi había llamado al fiscal y conseguido una orden de registro firmada por un juez del condado de King.

El inspector jefe dio un paso atrás y se detuvo un momento como hacía con todos los homicidios, para recordar que la víctima antes era un ser vivo que respiraba y sentía. Aunque en este caso no necesitaba la pausa. Había algo en las circunstancias de Anne LaRussa, en el hecho de que estuviera confinada en una silla de ruedas, que lo empujaba a empatizar más con ella. Asesinar a alguien tan desprotegido resultaba más atroz aún.

—¿Cómo lo llevas, compañero? —preguntó Ford.

—Que estuviera en una silla de ruedas… ¿Lo notas?

—Sí. Le disparó por la espalda. Menudo cobarde.

—¿Crees que fue el marido?

—¿No es siempre el marido? La puerta no está forzada.

Rossi examinó la escena del crimen e intentó meterse en la mente del asesino para reconstruir lo que había sucedido. Cuando Ford y él entraron en la cocina, Rossi encontró una pistola en el suelo, al lado de la silla de ruedas, y un vaso roto que parecía de agua. Lo incomprensible era el agua que caía por el borde de la encimera detrás de la víctima y formaba un charco en el suelo. También localizó un casquillo de bala a unos tres metros a la derecha del arma. La herida de salida de la bala había arrancado gran parte del lado derecho del rostro de la víctima, y los de la Científica extrajeron una bala del friso de madera, junto a la puerta corredera de cristal, al otro lado de la habitación. En la encimera, detrás de Anne LaRussa, había una vela aromática encendida en un tarrito de cristal. La cocina olía a vainilla.

—Parece el acertijo que intentábamos resolver de niños —dijo Ford.

Rossi se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Ya sabes —insistió Ford—. El acertijo en el que Mary aparece asesinada junto a una mesa y una ventana abierta. Hay cristales en el suelo y un charco de agua. La autopsia determina que Mary murió de un susto y falta de oxígeno. ¿Qué ha ocurrido?

Rossi pensó un momento en el acertijo, pero solo porque sabía que era lo que Ford esperaba.

—Ni idea.

—Pues que Mary era un pez dorado. El cristal era de la pecera y una corriente de aire la tiró de la mesa. A veces en el acertijo aparece un gato, pero siempre me ha parecido que así resultaba demasiado fácil.

—¿Y qué pinta la vela?

—No lo sé. Es parte de nuestro acertijo.

—¿Crees que podría haberse disparado ella misma? —preguntó Rossi, con un atisbo de duda en la voz. Al principio pensó en un suicidio, pero la herida en la nuca parecía descartarlo por completo.

Ford negó con la cabeza.

—Dependería del grado de discapacidad. Mírale las manos. —Anne LaRussa tenía los dedos como la abuela de Rossi, torcidos por la artritis reumatoide. Al final de su vida, parecían garras más que manos.

Rossi revisó la hoja plastificada del kit del equipo, una lista de verificación para asegurar que se hacía todo lo necesario y correctamente.

—¿Has pedido a los de la Científica que revisen los cuartos de baño? —preguntó Rossi.

—No había nada, pero les he dicho que busquen huellas dactilares en los pomos de las puertas, el tirador de la cisterna del inodoro y del asa del frigorífico de la cocina.

Se sabía que algunos asesinos, como el del Golden State, en California, abrían la nevera para comer algo o usaban el cuarto de baño antes de abandonar la casa de sus víctimas, por lo que a veces dejaban sus huellas o incluso ADN. Por eso, comprobar los lavabos y los electrodomésticos formaba parte del protocolo.

—¿Cuál es tu teoría? —preguntó Rossi.

Ford suspiró.

—La víctima está sentada de cara a la ventana, bebiendo un vaso de agua. El asesino entra, se acerca por detrás y… —Ford dibujó una pistola con los dedos índice y pulgar—. Le dispara en la nuca y tira la pistola.

—¿La víctima podía sostener un vaso de agua?

—No lo sé —respondió Ford.

—¿Y el agua en la encimera?

—También estoy dando vueltas a eso.

—No han forzado la entrada.

—O la mujer dejó entrar al asesino o este se metió en la casa de algún modo —planteó Ford—. O ha sido el marido. Él llamó a la

Policía, así que…

—¿—Y por qué dejaría el arma?

—¿Qué iba a hacer con ella? —preguntó Ford—. ¿Cuántas veces se ha condenado a un culpable porque guardó el arma o fue tan tonto como para esconderla en algún sitio donde podíamos encontrarla?

Rossi miró la pistola del suelo. Una semiautomática de nueve milímetros. Le habían hecho fotos desde varias perspectivas antes de cogerla para examinarla. No encontró el número de serie ni en el armazón ni en la corredera, tampoco señales de que lo hubieran borrado.

—¿Una pistola fantasma? —dijo Rossi.

—Seguro.

Las pistolas fantasmas eran una pesadilla para la Policía: Cualquiera podía fabricarlas comprando un kit en Internet o en ferias de armas sin tener que identificarse y sin que nadie comprobara sus antecedentes. Además, esas armas no tenían número de serie, así que no se podían rastrear. En 2019, el estado de Washington aprobó una ley que prohibía las armas de plástico hechas con impresoras 3D, pero no las fantasmas.

—¿Entonces crees que ha sido premeditado? —preguntó Rossi.

—Probablemente. —Ford miró la pistola—. Ahí tirada parece que está provocándonos, ¿verdad?

La videógrafa se acercó.

—Todo listo —dijo.

—Avisaré al sargento de la científica de que ya pueden empezar a trabajar y especificaré que presten especial atención al agua y los trozos de cristal —pensó Ford en voz alta. Se agachó, tocó el agua con un dedo enfundado en el guante y la olió. Se encogió de hombros—. Huele a agua.

Cuando Ford salió, Rossi entró en la sala de estar. Vince LaRussa y el primer agente que llegó a la escena del crimen habían vuelto de inspeccionar la casa.

—¿Y bien? —preguntó Rossi.

El agente negó con la cabeza.

—El señor LaRussa no ha notado nada extraño.

Rossi llamaría a Kaylee Wright, una rastreadora, para que buscara pruebas en el exterior de la casa.

—¿Es eso cierto, señor LaRussa? —preguntó Rossi.

LaRussa levantó la mirada como si no hubiera entendido la pregunta.

—¿Cómo dice?

—¿No ha visto usted nada anormal? ¿Una ventana rota, una cerradura forzada o alguna puerta o ventana abierta?

—No —respondió, perdido en sus pensamientos—. Nada.

—¿Tenían armas usted o su esposa? —Rossi pensó que quizá tendrían una pistola para defenderse, pero claro, con las manos de la mujer…

LaRussa negó con la cabeza.

—Mi esposa no podría usarla —aseguró—. Sufría daños en los nervios de las manos y los pies.

—Quería disculparme por la pregunta de si a su mujer le gustaba bailar.

LaRussa negó con la cabeza e hizo un gesto de desestimación.

—¿Y podía coger un vaso de agua? —preguntó Rossi.

—Sí.

—¿Y sostener un arma?

—Sostenerla sí. Apretar el gatillo… no estoy seguro. Creo que no, pero…

—¿Puedo preguntarle cómo terminó en silla de ruedas? —Rossi pensó que a lo mejor padecía parálisis cerebral.

—Hace unos años tuvo un accidente montando a caballo. Competía en saltos de obstáculos. ¿Sabe algo de caballos?

—Solo de los del tiovivo.

LaRussa no sonrió.

—Anne estuvo a punto de entrar en el equipo olímpico dos veces. En una competición, el caballo se asustó y la tiró, Anne se dañó la médula espinal. Al principio pensamos que quedaría totalmente

paralizada, pero con una rehabilitación intensiva y masajes recuperó algo de movilidad en las extremidades inferiores, los brazos y las manos.

—¿Cuándo ocurrió?

—El 15 de agosto de 2018. Nos cambió la vida a los dos para siempre.

—Lo siento.

LaRussa resopló.

—Ahora parece una tontería.

—¿Sabe usted si su esposa esperaba a alguien esta noche?

—No me dijo nada.

—Entonces, que usted sepa, ¿estaba sola en casa?

—Por eso vine a casa justo después del discurso. No me gusta dejarla sola. Desde el accidente, he trabajado mucho en casa y he reducido la jornada laboral para estar con ella. —LaRussa soltó un suspiro—. Lo llevaba muy bien. No necesitaba seguir con el ritmo de antes.

—¿A qué se dedica, señor LaRussa?

—A la gestión patrimonial. Superviso fondos de inversión y decido los valores a comprar y las cantidades.

—¿Fondos mutuos, fondos de inversión cotizados, mercado monetario y fondos de cobertura?

LaRussa no respondió inmediatamente, pero finalmente, dijo:

—¿Invierte usted?

—Tengo formación financiera y hago mis propias inversiones.

—Fondos de inversión abiertos —precisó LaRussa—. Bienes raíces: reventa de viviendas, residencias de ancianos, locales comerciales, valores hipotecarios y contratos inmobiliarios financiados por el vendedor o hipotecas privadas. La mayor parte del trabajo no tengo que hacerlo en la oficina, lo que me ha permitido pasar más tiempo en casa con Anne.

—¿Su mujer participaba también en el negocio?

—No. Anne se dedicaba a los caballos y las competiciones hípicas. La mantenían ocupada y le encantaba.

—¿Cómo se llama su empresa?

—GPL. Gestión Patrimonial LaRussa.

—Y después del accidente, ¿qué hizo su esposa?

—Aquello fue… como un accidente de coche. Es la mejor forma de describirlo. Un día das un beso de despedida a tu esposa y, de pronto, te ves delante de una habitación de hospital, con unos médicos diciéndote que tu mujer no podrá volver a mover las extremidades.

—Debe haber sido muy difícil para ambos —insinuó Rossi. LaRussa estaba haciendo un buen trabajo presentándose como un marido cariñoso y atento, pero quizá se había cansado de cuidar de su mujer y quería gastar parte de su dinero viajando a lugares exóticos o cenando en restaurantes de lujo con alguien plenamente funcional.

—¿Qué tal la salud mental de su esposa después del accidente?

—Inestable.

—¿Puede explicarse?

—No sé. Al principio, Anne no se imaginaba vivir el resto de su vida con una discapacidad. Pero a medida que avanzaba la rehabilitación y recuperaba algo de movimiento en brazos, manos y piernas, empezó a tener esperanza.

—Entonces, ¿podía caminar?

—No. Aunque estaba decidida a hacerlo. Creo que ella pensaba que algún día se levantaría de la silla y volvería a cabalgar.

—Y cuando eso no ocurrió…

—La realidad puede ser muy dura. Su progreso se estancó y los médicos le aseguraron que no mejoraría mucho más.

—¿Cómo reaccionó?

—No muy bien.

—¿Qué quiere decir?

—Sufría episodios de depresión, ataques de pánico y ansiedad.

—¿Tenía pensamientos suicidas? —insinuó Rossi. El hombre se quedó callado y apartó la mirada del inspector—. ¿Señor LaRussa?

—Es posible. Tenía dolores físicos constantemente. Contraté a un

fisioterapeuta que venía cuatro mañanas a la semana para darle masaje y estirarle las extremidades, pero eso no ayudaba demasiado.

—¿Cuándo fue la última sesión?

—Hace semanas. Anne no quiso seguir.

—Necesitaré el nombre del fisioterapeuta.

—Es una mujer. Se lo conseguiré.

—¿Hacía su esposa algún tipo de terapia?

Negó con la cabeza.

—Al principio sí, pero también la dejó hace poco.

—¿Cuánto hace de eso?

—Puede que un mes o mes y medio.

—¿Tomaba algún medicamento?

LaRussa asintió lentamente.

—Su armario del lavabo parece una farmacia.

—¿Podría enseñármelo?

—Claro.

—Antes de eso… había una vela encendida en la encimera de la cocina.

—Anne las tenía por toda la casa. Creo que se llama aromaterapia. En teoría los olores la ayudaban a calmarse cuando se alteraba.

Rossi hizo clic con el bolígrafo.

—Entonces, ¿dice que puedo echar un vistazo al botiquín de su esposa?

—Acompáñeme.

Rossi se giró hacia Ford, pero su compañero ya tenía el teléfono preparado para pedir una ampliación de la orden de registro y asegurarse de que incluía el contenido del botiquín.

LaRussa guio a Rossi por un pasillo con el suelo de mármol hasta un dormitorio más o menos del mismo tamaño que la casa del inspector. De la habitación pasaron al cuarto de baño revestido completamente de mármol blanco y adaptado para personas con discapacidad. Había dos lavabos, uno más bajo que el otro, con un

armario encima.

Rossi lo abrió con los guantes de nitrilo. Aunque LaRussa lo había advertido, el inspector no pudo evitar sorprenderse al ver la cantidad ingente de medicamentos.

Miró al hombre.

—Pediré a un farmacéutico forense que haga un inventario de todo.

—Que se lo lleven. No me hace falta.

—Tendrá que firmar usted una autorización.

Alguien llamó a la puerta y los distrajo. Ford.

—Acaba de llegar el fiscal. Quiere hablar contigo fuera.

—Ahora voy —respondió Rossi captando algo sutil en el tono y la expresión de Ford. No les tocaba el fiscal que querían.

—Señor LaRussa, habrá mucha gente en su casa hoy. ¿Tiene algún otro lugar donde pasar la noche?

—Un apartamento en el centro. No lo he usado mucho últimamente, pero podría dormir allí.

—De acuerdo. Permita que me reúna con el fiscal. Le avisaré cuando pueda marcharse.

—¿Soy sospechoso?

—De momento, no.

—Pero ¿podría serlo?

—Ahora mismo nuestro trabajo es reunir pruebas que determinen qué le pasó a su esposa —respondió Rossi, esperando que la frase no pareciera mecánica, aunque la usaban muy a menudo.

LaRussa lo miró a los ojos. Fue más que una mirada, algo tan intenso que a Rossi le recorrió un escalofrío por la espalda.

—Yo no he matado a mi esposa, inspector.

—Y yo no he dicho que lo hiciera, señor LaRussa.

—Tampoco ha dicho que no.

Capítulo 6

Keera aparcó en la entrada, junto al camino elevado que conducía a la casa de ladrillo, de unos ochenta y cuatro metros cuadrados, que había alquilado en el barrio de North Beacon Hill, antes conocido como Boeing Hill, porque eran viviendas de los años cincuenta y sesenta destinadas a los trabajadores de la industria aeroespacial.

—Bienvenida a tu horno de ladrillo —murmuró.

La mayoría de las casas de Seattle no tenían aire acondicionado. Seattle era sinónimo de lluvia, no de calor. Keera tendría que poner en marcha los ventiladores e intentar con todas sus fuerzas no derretirse.

Una vez dentro, dejó las llaves en el cuenco de cristal de la mesa del recibidor. En el comedor, cogió del mueble bar la botella de *whisky* escocés Dalmore Port Wood Reserve, buscó un vaso en el armario de la cocina y se sirvió dos dedos. Añadió un cubito de hielo y un poco de agua; recordó uno de los mantras de su padre: «Un chorrito solo. No lo bautices».

Había sido otra cena familiar agotadora. Con la discusión por la ensalada, casi se olvidó de que la habían nombrado socia profesional. ¿Por qué?

Llevaba menos de un año trabajando en la empresa y a todas luces no había aportado muchos clientes. Pensó en lo que ocurrió en el último juicio, Patsy no apareció en la sala por la tarde, en que Ella parecía querer decirle algo y en la conversación con su madre en la

cocina.

«Está mayor, Keera. El alcohol lo ha envejecido. Sabe que no podrá ejercer mucho más. Ten un poco de empatía, es lo único que te pido».

Keera no pudo evitar sentirse como si la hubieran subido a un barco que se hundía y le hubieran dado un cubo.

Como necesitaba relajarse, volvió a la mesa del comedor, donde tenía un tablero de ajedrez de cristal junto al portátil. Jugaba *online* con contrincantes desconocidos, pero usaba el tablero para calcular mejor los movimientos. Abrió la aplicación de ajedrez e introdujo la contraseña y el nombre de usuario: Lacomepeonesdeseattle. El director de un torneo le puso ese nombre cuando Keera competía, en la adolescencia. Consiguió el título de experta de la Federación Estadounidense de Ajedrez, con una clasificación de 2192 puntos, solo ocho por debajo del nivel de *master*. Pero no jugaba por los títulos. Empezó a jugar al ajedrez para pasar ratos con su padre. Sus hermanos ya no vivían en casa y su madre pasaba muchas horas de voluntaria en la iglesia local. Patsy accedió a enseñarle a jugar, pero solo si se comprometía. Le dijo que el ajedrez era más que un juego. Podía ser una forma de entender la vida.

Jugaban por la noche, después de cenar y hacer los deberes. Delante de un fuego chisporroteante, Patsy le enseñó a evaluar los movimientos del adversario antes de reaccionar, a crear estrategias y a considerar no solo su siguiente movimiento, sino también las opciones del contrincante para contrarrestarlas. Le contó que los mejores abogados litigantes eran también muy buenos jugadores de ajedrez.

Cuando Keera empezó a ganarle de forma habitual, Patsy la inscribió en las competiciones. No solo se le daban bien, ¡las ganaba! Hasta que un día Patsy se presentó borracho en una y la puso en evidencia. Keera dejó el ajedrez y así perdió el último vínculo verdadero con su padre.

En el ordenador, abrió la partida que tenía empezada contra el Caballero Oscuro. Los nombres de usuario resultaban un poco

melodramáticos a veces, pero ese jugador en concreto era más que competente, aunque todavía no había derrotado a Keera.

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle
Una jugada muy ambiciosa, Cazadora
Me rindo respetuosamente.
¿Te apetece la revancha?
Creo que me toca empezar.
Peón d2 a d3

Keera dio un trago al *whisky* y volvió a colocar las piezas en el tablero de ajedrez. Movió el peón blanco del Caballero Oscuro de la casilla d2 a la d3 y se detuvo a considerar la jugada. Conservadora, algo extraño para alguien que jugaba con blancas. Un jugador fuerte, que empezaba la partida, procuraba dominar el centro del tablero. En sus tres partidas anteriores, el Caballero Oscuro fue agresivo, lanzado, hasta temerario. Quizá decidió una táctica defensiva.

Keera escribió:

De: Comepeonesdeseattle
Para: Caballerooscuro
Acepto tu rendición y la revancha.
Peón a e5.

Dominó el centro del tablero.

El Caballero Oscuro respondió moviendo el peón a c3 y manteniendo así su táctica conservadora. Keera movió el peón a d5 para seguir ganando espacio en el centro del tablero. El Caballero Oscuro jugó peón a g3, empujando por el flanco derecho. Intrigada por ver cómo seguía la partida, Keera avanzó el caballo a c6. El Caballero Oscuro respondió con el alfil a g2, presionando ligeramente el centro; Keera se planteó que, quizá, el Caballero Oscuro tenía intenciones ocultas. Atacar con el alfil le permitía sacar su dama y presionar más en el centro.

Podía ser una trampa.

Decidió ser conservadora y movió el caballo de g8 a e7.

Sonó el teléfono.

Miró el nombre que aparecía en pantalla y gruñó. Era la centralita del bufete y le tocaba guardia aquella semana. Sialguien llamaba en horario fuera de oficina para pedir un penalista defensor o consejo legal, Keera se ocupaba. Esperaba que fuera algo sencillo, que pudiera posponer hasta el día siguiente.

Keera pidió al operador que le pasara la llamada. Un clic indicó que se había transferido la comunicación, pero nadie habló.

—¿Diga?

—Pregunto por Patsy Duggan.

—Dígame su nombre y por qué necesita un penalista.

—Me llamo Vince LaRussa. Estoy en la comisaría del centro de Seattle y alguien ha asesinado a mi esposa.



A Keera le sonaba el nombre, pero no sabía ni por qué ni de qué. Le preguntó si le habían leído los Derechos Miranda, respondió que no, que la Policía decía que no era sospechoso. Pero lo era. Keera le pidió que explicara a los inspectores que, por consejo de su abogada, no respondería a más preguntas y guardaría silencio.

Colgó el teléfono y subió al coche sin llamar a Patsy ni a Ella, porque eso solo serviría para que Ella se pusiera en modo socia directora, intentara dominar la situación y, probablemente, relegara a Keera a un papel secundario. No lo haría si Keera podía evitarlo.

Estaba cualificada para defender a acusados de asesinato, aunque no lo había hecho nunca. Fue la segunda fiscal de Miller Ambrose en muchos procesos de asesinato agravado, entre los que hubo algún caso con pena de muerte, y llevó sola muchos casos de

delitos graves. Además, asistió a varios seminarios de defensa penal mientras trabajaba en la Fiscalía.

Si realmente Vince LaRussa se enfrentaba a un cargo de asesinato.

El marido siempre era el primer sospechoso.

Eso decía el cartel que un viejo fiscal guardaba en un cajón del escritorio, porque le prohibieron colgarlo en la pared:

> Regla número 1: Es el marido o el novio.
> Regla número 2: Mirar la regla número 1.

Más del sesenta por ciento de los delitos violentos contra las mujeres los cometen sus maridos o parejas. Otro veinte o veinticinco por ciento, hombres conocidos: un familiar o un amigo de la familia. Si la Policía llevó a LaRussa a comisaría era porque lo consideraba sospechoso. La Policía nunca interroga a alguien para descartarlo, independientemente de lo que diga. Nada que un sospechoso declare contribuye a su defensa. Hablar siempre es un error.

Mientras conducía, Keera escribió «Vincent LaRussa» en el buscador del móvil y revisó decenas de resultados, entre ellos uno que le recordó algo.

Seattle Magazine.

LaRussa salió en la portada de la revista por su empresa de gestión patrimonial, GPL, y por su labor filantrópica. Keera leía mientras conducía, un error, sin duda, pero los domingos por la noche casi no hay tráfico. El artículo decía que LaRussa tenía el toque de Midas y que siempre conseguía beneficios sólidos y constantes para sus clientes: recaudó más de quinientos millones de dólares con su fondo de inversión. Estaba en la junta directiva de una docena de empresas y organizaciones benéficas, entre las que se encontraba el Hospital Infantil de Seattle, al que LaRussa y su esposa habían hecho donaciones muy generosas.

Todo eso apuntaba a un caso potencialmente de alto perfil y a un cliente también potencialmente de alto perfil, que podía permitirse la

mejor representación legal si la necesitaba, y esa era Patsy Duggan, o, por lo menos, lo fue.

«Porque está empezando a perder facultades. Ha perdido confianza y se siente inútil».

Keera aparcó en la Quinta Avenida, donde había plazas de sobra. La puerta principal de cristal que se abría al vestíbulo de la Jefatura de Policía estaba cerrada. No había nadie en la recepción. Keera llamó a la Sección de Delitos Graves y habló con el detective de guardia. No reconoció el nombre, pero le explicó por qué estaba allí. El poli le aseguró que alguien bajaría enseguida a abrirle.

Mientras esperaba, Keera repasó los nombres de los dieciséis detectives de delitos graves. Tenía buena relación con la mayoría, pero algunos no la entusiasmaban. Cuando oyó el ruido de la puerta, miró al otro lado del cristal y vio al inspector Frank Rossi, se le cayó el alma a los pies.

Rossi abrió la puerta.

—Keera. —Parecía sorprendido.

—¡Qué demonios, Frank! —exclamó al entrar—. Sabes perfectamente que no deberías interrogar a nadie sin su abogado.

—Pero no está detenido.

Caminaron hacia los ascensores.

—¿Es sospechoso?

Rossi no respondió.

—Pues tengo entendido que no le han leído los Derechos Miranda.

—Como ya te he dicho, no está detenido.

Entraron en el ascensor y las puertas se cerraron.

—Entonces, ¿qué hace en comisaría?

—Han asesinado a su esposa y su casa es la escena del crimen.

Algo en el tono del inspector no terminaba de cuadrarle. Keera sabía que Rossi siempre iba de frente, incluso con los abogados de oficio. En el estrado, nunca maquillaba la verdad. No ponía en juego su integridad.

—¿Así que le has dejado pasar la noche aquí?

—Escúchame un momento, ¿vale? Ya hemos trabajado juntos en muchos casos.

Era cierto. Habían trabajado juntos en casos duros que terminaron con condenas favorables. Tuvieron buena sintonía y respeto profesional. Rossi trabajaba mucho, era de risa fácil y no se andaba con rodeos. Además, escuchaba. Pero confundió una relación profesional con algo más. Tras lograr una condena por la que pelearon muchísimo, salieron a tomar algo para celebrarlo y Rossi le dijo a Keera que sentía algo por ella. Por aquel entonces, Keera todavía no había roto su relación clandestina con Miller Ambrose, no quería empezar otra, y mucho menos con alguien con el que trabajaba. Frank Rossi no era el hombre equivocado, pero su profesión y el momento no eran adecuados.

La mañana siguiente la llamó para pedirle disculpas y le dijo que había sido por el alcohol y que esperaba que lo ocurrido no afectara a su relación profesional. Entonces, un muro invisible los separaba, y aunque no lo veían, ninguno de los dos se atrevía a cruzarlo.

—LaRussa afirma que llegó a casa de una gala benéfica y encontró a su mujer con un tiro en la nuca. Tiene un sistema de seguridad, así que todo se verificará fácilmente. Ha accedido a que se le tomen pruebas de ADN y las huellas. Le he explicado todos los procedimientos con todo lujo de detalles y él ha asegurado que quería cooperar. Ha firmado las autorizaciones.

—Entonces, ¿por qué ha llamado a Patsy?

—Mira, Keera, traerlo a comisaría para hacerle más preguntas no ha sido cosa mía, ha sido el fiscal de delitos graves.

—Entonces, ¿no lo has detenido?

Rossi negó con la cabeza.

—No.

—¿Dónde está?

—En la sala de reuniones, al otro lado del pasillo.

—¿Te refieres a la sala de interrogatorios suave? —Keera sabía cómo la llamaban en el Departamento de Policía. Era una habitación como una sala de reuniones, con una mesa redonda y algunas sillas.

Las de interrogatorios duros parecían celdas pequeñas y estaban diseñadas para intimidar, aunque el propósito de ambas era el mismo, empujar a hablar al sospechoso y atraparlo en alguna mentira o inconsistencia.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Ambos salieron.

—Para el ascensor, por favor.

—Una cosa más —añadió Rossi, aunque no llegó a terminar la frase.

Miller Ambrose apareció por el pasillo y la saludó con una sonrisa:

—Keera Duggan.

Había pasado meses sin verlo en persona y en los últimos tres días lo había visto dos veces.

—Miller es el fiscal de delitos graves que se encargará del caso —informó Rossi.

Capítulo 7

Una parte de Keera creía que Ambrose había orquestado aquel encuentro, pero solo porque estaba enfadada. Que Ambrose estuviera de guardia en la Fiscalía solo fue una mera coincidencia. Mala suerte. Pese a todo, Keera lo conocía lo suficiente para saber por su sonrisa arrogante que disfrutaba de lo irónico de la situación. Y de la incomodidad de su exnovia.

—No hemos terminado de interrogar al señor LaRussa —dijo Ambrose.

—Interrogarlo todo lo que queráis, pero no responderá nada —soltó la abogada.

—Podemos retenerlo setenta y dos horas —sentenció el fiscal.

—Solo si es sospechoso. —Keera se volvió hacia Rossi—. ¿La Policía lo considera sospechoso, inspector Rossi?

—Por ahora no.

—Entonces nos vamos. A no ser que quiera hablar de otra cosa, fiscal.

No.

—Voy a buscarlo —zanjó Rossi antes de dejar a Keera y a Ambrose solos en el pasillo.

—Ya conoces las estadísticas —dijo Ambrose—. Siempre es el marido.

—No siempre. A veces es el novio quien la maltrata, ¿no es cierto?

El comentario pareció desconcertar a Ambrose, pero solo un instante.

—Sigues enamorada, ¿eh?

Keera sonrió.

—Te equivocas, Miller.

—¿Crees que yo sigo enamorado? —soltó una risa burlona.

—No, pienso que estás enamorado de ti mismo.

Rossi apareció por el pasillo con un hombre atractivo que llevaba los restos de un esmoquin. Ambos miraron a Keera y a Ambrose; el fiscal estaba ruborizado y tenía la mandíbula tensa, como si apretara los dientes.

—¿Señor LaRussa? Soy Keera Duggan, de Duggan y Asociados. —Le extendió la mano—. Nos vamos.



En el ascensor, Keera explicó a LaRussa que era importante que hablaran de lo que había pasado mientras recordara los detalles de la noche, y le sugirió ir al bufete y encerrarse en la sala de reuniones. LaRussa respondió que solo había hablado un momento con los familiares y amigos de su esposa y que debía explicarles lo que había pasado. Sugirió ir al piso que tenía en el centro de Seattle, donde se alojaba cuando terminaba tarde de trabajar, desde allí podría telefonear, porque la Policía le había incautado el móvil.

—Tenían una orden de registro —añadió el hombre.

La fiscal que Keera llevaba dentro no podía ignorar la posibilidad de que LaRussa hubiera asesinado a su mujer, aunque también sabía que un gran porcentaje de asesinos no volvían a matar. Accedió a ir al piso, pero le dijo a LaRussa que tenía que avisar al bufete para informar de lo que había ocurrido y a dónde iban. No llamó a Patsy ni a Ella, sino que marcó el número del servicio de llamadas, se

identificó y dio la dirección del piso de LaRussa.

Cuando Keera y LaRussa salieron por la puerta de cristal de la Jefatura de Policía, Greg Bartholomew, el periodista de la Sección de Tribunales del *Seattle Times*, les hizo una foto con el móvil y soltó una ristra de preguntas. Los abogados sabían que tenían que huir de Bartholomew. Keera respondió «sin comentarios» a cada una de las preguntas, escoltó a LaRussa hasta el asiento del copiloto de su coche y corrió al asiento del conductor. Arrancó el coche y dejó al periodista solo en la acera.

Unos minutos después, aparcó delante del edificio de Rainier Square, en la Cuarta Avenida con Union Street. El edificio parecía uno de esos toboganes acuáticos alargados desde los que los niños se lanzan en colchonetas. Iluminado con luz púrpura, se alzaba entre los edificios colindantes.

LaRussa pidió a Keera que le diera las llaves al aparcacoches y luego la acompañó al vestíbulo del edificio, hasta los ascensores. Usó una tarjeta para llamar al ascensor y subieron hasta la planta cincuenta y ocho. Keera siguió al hombre al interior de un piso inmaculado de planta abierta. Echó un vistazo al espacio mientras él llamaba por teléfono desde otra habitación. Una gran sala de estar se extendía hacia el comedor, que a su vez daba a una cocina impoluta, con electrodomésticos que parecían sin estrenar. Las enormes cristaleras ofrecían una vista del agua oscura de la bahía de Elliott, cuya superficie reflejaba las luces de los edificios del centro, los cargueros anclados y un ferri que cruzaba el agua. Luces rojas parpadeaban sobre las torres de Bainbridge Island para advertir a los aviones que sobrevolaban.

LaRussa volvió a los pocos minutos.

—Ha sido muy duro —dijo con un suspiro—. El padre de Anne llamará a los demás familiares y amigos. Les he dicho que les daría más detalles a medida que los fuera sabiendo. Les he prometido ir a verlos por la mañana, pero me han dicho que espere hasta saber más.

A Keera le extrañó la reacción de la familia.

—¿Qué relación tiene con la familia de Anne?

El hombre negó con la cabeza.

—Tenemos una relación cordial, pero no de mucho trato.

—¿Por qué?

—Pues no lo sé. Al principio creo que porque eran ricos y Anne tenía un fondo fiduciario. Yo no vengo de una familia adinerada, así que creo que solo intentaban proteger a su hija.

—Pero ¿la relación no mejoró ni siquiera… cuando su carrera despegó?

—Un poco, sí. Han ganado mucho dinero conmigo en este tiempo, pero mantenemos una relación profesional más que personal.

El hombre cogió dos vasos del armario.

—¿Le apetece beber algo? —Parecía agotado.

Keera miró la botella de *whisky* escocés demasiado tiempo antes de rechazar la oferta.

—¿Le importa? —preguntó—. No sé si podré dormir.

—No.

LaRussa se sirvió un vaso y le añadió un cubito de hielo. Llevó el vaso al salón, se dejó caer sobre un sofá de cuero blanco y apoyó la bebida en el regazo. Keera se sentó frente a una mesa de centro con bloques blancos, beis y grises.

—Todavía no me lo creo —murmuró.

—Señor LaRussa, antes de que comencemos…

—Vince —la interrumpió—. ¿Es usted hija de Patrick Duggan? Lo pregunto por el apellido.

—Sí.

—¿Él se reunirá con nosotros aquí?

—Puedo llamarlo si quiere, pero creo que no hace falta avisarlo esta noche. —Y menos después de las copas de vino que había bebido en la cena. Lo más probable era que se hubiera quedado frito —. Pero tengo que confirmar que quiere usted contratar al bufete, aunque no esté detenido.

—Sí, por supuesto.

—Mañana redactaré un contrato y se lo mandaré para que lo firme, aunque la relación laboral ya ha comenzado y todo lo que hablemos queda protegido por el secreto profesional entre abogado y cliente. Estoy obligada a mantener estricta confidencialidad. Quiero que entienda que puede ser sincero. Yo no puedo compartir lo que me diga ni con la Policía ni con los periodistas ni con nadie.

—No he matado a mi mujer.

Keera se quedó en silencio. A continuación, respondió:

—Me da igual.

LaRussa la inspeccionó con la mirada.

—Al fiscal le importa, pero mi trabajo como abogada de su defensa consiste en representarlo lo mejor que pueda, independientemente de su inocencia o culpabilidad. Mi labor es asegurarme de que si se presentan cargos contra usted, se respeten todos sus derechos constitucionales y de que el fiscal cumpla las leyes locales y estatales. Usted es inocente de cualquier delito hasta que se demuestre lo contrario en un juicio justo, si llegamos a eso.

—Ya lo entiendo. Pero me parece importante que sepa que no representa a un hombre que ha asesinado a su mujer.

—De acuerdo. —Keera cogió un cuaderno y un bolígrafo de su maletín—. Me gustaría que retroceda usted y me diga con todo lujo de detalles qué recuerda. Dónde estuvo esta noche y cuánto tiempo, a qué hora llegó a casa, qué hizo al llegar y qué vio. No omita nada.

Durante la siguiente media hora, LaRussa reconstruyó la noche, empezando por su asistencia a la gala benéfica del hospital pediátrico.

—Pronuncié el primer discurso después de la subasta silenciosa. Creo que fue sobre las ocho. Pedí empezar la gala para no dejar a Anne sola en casa toda la noche.

—¿Le preocupaba su mujer por algún motivo?

—No más de lo normal. —Dio un trago al *whisky*.

Keera se humedeció los labios. Se aclaró la garganta.

—¿Qué quiere decir?

—Anne tenía cambios de humor. Algunos días eran peores que

otros. Hacía poco nos habían comunicado que, probablemente, ya no mejoraría con la rehabilitación, que cualquier posible mejoría en el futuro sería mínima y lenta.

—¿Qué tipo de rehabilitación hacía su mujer?

LaRussa cerró los ojos.

—Disculpe. He respondido la misma pregunta tantas veces hoy que he olvidado que usted no estaba presente y no lo sabe.

—No se preocupe.

LaRussa explicó a Keera que su esposa se había quedado paralítica en un accidente de equitación y que estaba en silla de ruedas. Cuando su progreso se estancó, su humor empeoró muchísimo, y más esas últimas semanas.

—¿En qué sentido?

—Estaba muy deprimida, irritable, de mal genio, frustrada y muy triste. —Se levantó del asiento y regresó al bar.

—¿Le preocupaba a usted que su mujer quisiera suicidarse?

Se sirvió otro dedo de *whisky* antes de volver a su asiento.

—Nunca hizo ningún comentario delante de mí y, francamente, no sé cómo lo haría.

—¿Qué quiere decir?

—La parálisis le afectaba a ambas manos. No totalmente… ¿Ha visto usted alguna vez las manos de alguien con artritis avanzada?

—Sí.

—No creo que Anne pudiera sostener una pistola. Apenas conseguía coger un vaso. Y luego apretar el gatillo… Dudo que tuviera fuerza suficiente en los dedos.

Nada de todo aquello ayudaba a la defensa de LaRussa, pero Keera no dijo nada.

El hombre dio un trago y dejó el vaso en la mesa que los separaba. El hielo tintineó contra el cristal.

—He llegado a casa sobre las nueve y cuarto. Las cámaras de seguridad confirmarán la hora exacta.

El interés de Keera aumentó al oír las palabras «cámaras de seguridad» y pasó los siguientes veinte minutos preguntando dónde

estaban, dónde se guardaban los vídeos y si grababan también sonido y luego anotó mentalmente revisar las imágenes. Aunque probablemente Rossi ya tuviera la copia de la grabación y se habría llevado también el portátil del señor LaRussa. Keera pensó que tenía que ver la cinta lo antes posible.

LaRussa le dijo que la Policía le preguntó por el teclado de acceso a la puerta principal y que un agente registró la casa en busca de pruebas que demostraran si se había forzado la entrada.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Keera.

—Nada.

—¿Qué hizo usted al llegar a casa?

—Llamé a Anne para avisarla de que había llegado. Fui a la sala de estar, porque la tele estaba encendida, pero no vi a Anne allí. Apagué el televisor y las luces y miré por el pasillo hacia nuestro dormitorio. La puerta estaba entreabierta y vi una rendija de luz. Supuse que Anne se habría acostado pronto. Fui a la cocina a servirme un vaso de agua, como todas las noches. Anne estaba sentada al otro lado de la encimera en su silla de ruedas, de espaldas a mí e inclinada hacia la derecha. Pensé que estaba dormida porque a veces se adormila en la silla. Dije algo, no recuerdo qué. —Hizo una pausa, parecía esforzarse por contener las lágrimas—. Pero ella no contestó. —Exhaló con fuerza—. Deme un minuto.

—Todo el tiempo que necesite.

—Y la llamé: «¿Anne?, ¿Anne?», pero no respondía. Así que pulsé el interruptor que enciende las cuatro luces colgantes de la isla y entonces la vi… —LaRussa cerró los ojos y agachó la cabeza. Dio un trago. Un rato después, abrió los ojos y levantó la mirada al techo. Se le quebró la voz. Tras otro momento de silencio, siguió—: Parecía que le habían disparado en la nuca, pero…

Algo que también, en principio, descartaba el suicidio y podía probar que Anne conocía al asesino y no le importó darle la espalda. ¿El marido?

Keera esperó un rato antes de preguntar:

—¿Qué hizo después?

—No me acuerdo. En algún momento miré al suelo y vi el arma.

—¿La ha tocado?

Negó con la cabeza.

—Juraría que no.

—Es importante, Vince.

—No. No la he tocado.

—¿Ha reconocido el arma?

—Yo no tengo pistola y Anne tampoco, así que no, no la he reconocido.

Keera hizo memoria de todos los juicios que había llevado. El asesino dejó el arma en la escena del crimen solo en dos ocasiones. En una de ellas era un asesinato en un bosque. Al asesino se le cayó el arma cuando se asustó y no la encontró en la oscuridad. En la otra, el investigador privado de Keera pensaba que el asesino llevaba guantes al cargar el arma y disparar. La pistola no tenía ningún tipo de conexión con él, no era suya ni la había comprado él. Ai dejarla allí, evitaba que la encontraran más tarde en algún sitio con el que lo pudieran vincular. Muy astuto.

En el caso del asesino de Anne LaRussa, ¿la había dejado allí por descuido o deliberadamente?

—¿Y luego qué hizo? —preguntó Keera.

—Fui a por el móvil, lo había dejado en la mesa de la entrada al llegar, con las llaves del coche. Siempre lo hago. Así que me marché de la cocina y llamé a la Policía. La persona que respondió me dijo que esperara en la puerta hasta que llegaran los agentes y se mantuvo conmigo al teléfono.

—¿Cuánto tardó la Policía en llegar desde que la llamó?

—No lo sé. Los minutos se me han hecho horas. Y no recuerdo nada más. Me hicieron muchas preguntas y las respondí hasta que apareció el fiscal, entonces me trasladaron a la comisaría del centro. Cuando se llevaron el móvil y el portátil ya no estaba tan confundido y me di cuenta de que necesitaba un abogado.

—El marido siempre es sospechoso —soltó Keera.

—Quería a mi mujer.

—Me temo que eso no cambia las estadísticas.

LaRussa hizo una mueca. Parecía agotado, exhausto, y tenía motivos.

Keera miró la hora. Era más de media noche.

—¿Tiene ordenador aquí?

—No. Suelo traer el portátil.

—Lo dejaré descansar un poco.

Esbozó una leve sonrisa, como queriendo decir «Claro, ojalá pudiera».

Keera se levantó y LaRussa la acompañó a la puerta.

—¿Tenían usted o su esposa algún enemigo? ¿Alguien que pudiera querer hacerles daño?

—La gente gana dinero conmigo, Keera, y suele estar contenta con mis servicios.

—Mañana iré al bufete y empezaré a planear nuestra estrategia. Quiero contratar a un investigador privado que trabaja para nosotros.

—¿Podemos acceder a la investigación de la Policía? ¿Tenemos derecho?

—Si no se le acusa de nada, no.

—Me pedían permiso para todo. Pensaba que compartirían conmigo los resultados de lo que hacían.

—He pedido a los inspectores que nos avisen cuando pueda volver a su casa. Si lo llaman, no hable con ellos, y no vaya a su casa sin mí. Quiero que todo permanezca intacto, en la medida de lo posible. La prensa lo atosigará, como ya ha visto. Los tiroteos en su barrio no son comunes y el asesinato de la esposa de un empresario conocido despertará mucho interés y especulaciones. Le sugiero que no vea informativos ni lea periódicos. No hable del tema con nadie ni con su familia ni empleados ni amigos. Es probable que periodistas acampen delante de su casa y de su empresa. Puede que sea buena idea que contrate usted seguridad privada. Si quiere puedo ayudarlo con eso. —Sacó una tarjeta de visita del bolso y la dejó sobre la

superficie de mármol al lado de la puerta—. Llame a la recepcionista de su empresa mañana y dígale que si alguien pregunta por usted o quiere saber dónde está, que le dé mi nombre y mi número de teléfono. ¿Alguna pregunta?

—Seguramente, pero ahora mismo estoy hecho un lío.

—Aquí está mi número de teléfono. —Keera abrió la puerta y salió al pasillo—. Siento mucho lo de su esposa, Vince.

Esperaba parecer sincera, aunque no podía ignorar la regla número uno.



Keera regresó a casa poco antes de la una de la madrugada. Como todavía tenía la adrenalina a flor de piel, estaba demasiado acelerada para poder dormir. Tenía que beber algo. Rellenó el vaso de la tarde y dio un sorbo. El sutil sabor a nectarina y a pasas le recorrió la lengua y le calentó la garganta y el estómago.

Tocó la barra espaciadora del teclado para reactivar el ordenador con la esperanza de que el Caballero Oscuro hubiera hecho la siguiente jugada.

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

Caballo a f3

Keera movió la pieza en su tablero de ajedrez y estudió el movimiento. Por fin su contrincante empezaba a presionar en las casillas centrales.

—De acuerdo —dijo—. Puede que tu estrategia no sea tan caótica como pensaba.

Movió el peón a g6.

Para su sorpresa, obtuvo respuesta. Al parecer, no era la única que no podía dormir.

En su sexto movimiento, el Caballero Oscuro enrocó al rey: una jugada especial en la que la torre y el rey cambian las posiciones en el tablero; el único movimiento de ajedrez en el que se permite que un jugador mueva dos piezas en el mismo turno. Era una estrategia que los buenos jugadores usaban en casi todas las partidas.

Keera movió el alfil a g7: una jugada conocida en el mundo del ajedrez con el nombre de *fianchetto*. El Caballero Oscuro movió el caballo de b1 a d2.

Keera respondió moviendo el peón a h6.

El Caballero Oscuro estaba estudiando el tablero o había decidido, acertadamente, acostarse. Keera dio un sorbo al *whisky* y esperó. Pensó en Vince LaRussa. Parecía sincero. Parecía decir la verdad. Claro, como muchos hombres a los que había defendido y luego resultaron culpables.

Pronto lo averiguaría.

Capítulo 8

5 de junio de 2023

Keera se despertó pronto a pesar de que no se durmió hasta pasadas las dos. Quería llegar al bufete antes que Ella y hablar con Patsy, que aparecía por allí antes de las siete, incluso después de una noche bebiendo. Sus hijas llamaban a esa habilidad para recuperarse tan rápidamente «la maldición irlandesa»: No tenía resacas, por lo que no sufría las consecuencias que disuaden a los demás de volver a excederse. Eso, además de una esposa que se cercioraba de que comiera, lo habían mantenido en pie.

Antes de salir de casa, Keera encendió el ordenador.

El Caballero Oscuro había hecho su octava jugada la noche anterior.

De: Caballerooscuro
A: Comepeonesdeseattle

Peón a c4

Sonrió.

—¿Qué tenemos aquí?

Aquello indicaba un cambio radical de estrategia. El caballero oscuro había pasado a la ofensiva y liberado el caballo y la dama para atacar. Keera tuvo una reacción visceral, como le pasaba en las partidas de los campeonatos, pero recordó las lecciones de Patsy.

Evaluar, considerar y luego mover. Así lo hizo y movió el caballo a e6. Parecía otro movimiento defensivo, pero Keera tenía otra intención: prepararse para atacar la fortaleza que el Caballero Oscuro había construido alrededor de su rey.



En cuanto Keera salió del ascensor, vio a Patsy en el pasillo, con un ejemplar del *Seattle Times* en las manos. Justo en ese mismo momento, Ella, que había llegado extrañamente temprano y llevaba el pelo todavía mojado, salió del ascensor y entró rápidamente al bufete. Llevaba vaqueros, una camiseta, deportivas y, en general, tenía un aspecto bastante desaliñado. Cargaba encima del hombro unas perchas con una blusa y un traje.

—Madre mía, ¿has visto la página interior de la sección local? —preguntó Ella.

Keera no recibía un ejemplar en papel del periódico. Su generación lee las noticias en el ordenador o el móvil. Patsy le enseñó la página. Debajo del titular, había una fotografía de Keera y Vincent LaRussa saliendo de la Jefatura de Policía.

«Gestor de patrimonios de Seattle interrogado por el asesinato de su esposa».

—¿Por qué crees que he venido antes? —respondió Keera, inocentemente—. Recibí la llamada de la centralita anoche.

—¿Y no nos llamaste? —preguntó su hermana.

—No me pareció necesario despertar a todo el mundo.

—¿No te pareció necesario? —Ella miró a Patsy y luego se dirigió a su hermana—: ¿Tienes idea de quién es Vince LaRussa?

—Sí, claro, y lo tengo todo controlado.

—Tiene un capital valorado en cien millones de dólares y dirige el mayor fondo de inversión del Estado.

—Ya lo sé —insistió Keera. Sin duda, Ella había buscado a LaRussa en Internet.

—¿Y no te pareció necesario llamarnos ni a Patsy ni a mí?

—Vamos a la sala de reuniones —sugirió Patsy.

—Tengo mucho trabajo y muchas llamadas que hacer —respondió Keera.

—A la sala de reuniones. Ahora mismo —ordenó Patsy. Se había acabado la discusión. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la sala de cristaleras.

Desde el ventanal se veía la parte occidental de la bahía de Elliott, un mar en calma total gracias a la persistente ola de calor. En el horizonte flotaba una bruma de color óxido, algo extraño para Seattle. Ella colgó la ropa de trabajo en el respaldo de la silla de cuero.

—Sentaos —ordenó Patsy.

Keera y Ella obedecieron sin rechistar. Patsy se sentó a la cabeza de la mesa.

—Cuéntanos qué ha pasado —le pidió a Keera.

Keera decidió de camino al bufete que no se extendería en explicaciones. Les dijo que había recibido la llamada y que se encargó de la situación.

—¿Le has confesado que nunca has defendido a un cliente acusado de asesinato? —inquirió Ella.

—Estás adelantándote, Ella. No está acusado de asesinato.

—Todavía no —respondió su hermana. Volvió a dirigir la atención hacia su padre—: He llamado esta mañana a un contacto. Me han dicho que Miller Ambrose será el fiscal que se ocupe del caso.

—Lo sé —anunció Keera, que no dejaría que la ignoraran—. Lo vi anoche en la Jefatura de Policía. Y puede que no lo sepas, pero estoy cualificada por la Fiscalía para llevar casos de asesinato.

Patsy y Ella intercambiaron una mirada. Patsy dijo en un tono

condescendiente:

—Pero nunca los has llevado y uno con este perfil no es el mejor para que te estrenes.

A Keera no le gustaba que la trataran como a una cría.

—No me estreno en nada. Le pedí a LaRussa por teléfono que no dijera nada a nadie, más allá de que quería un abogado. Fui a buscarlo a la Jefatura de Policía y estuve hablando con él unas dos horas.

—¿Y? —preguntó Ella.

—Que me gustaría ir a mi despacho para empezar a trabajar, comprobar su coartada y planear su defensa. Dictaré los apuntes de lo que hablé con él a mi ayudante y le pediré que os entregue una copia a cada uno.

Patsy volvió a intervenir con un tono de padre preocupado:

—Keera, estos casos a veces se complican mucho. Hay que cubrir mucho terreno.

—En caso de que lo acusen, habrá trabajo para todos. Hasta para Maggie.

—Quizá no podamos con todo —soltó Patsy con una expresión incómoda.

—¿Cómo no vamos a…? Mira, creo que, como mínimo, deberíamos reunirnos con el cliente —dijo Ella dirigiéndose a Patsy, como si Keera no estuviera delante.

—Te he dicho que ya he estado con él —insistió Keera—. Ahora está hablando con sus familiares y amigos y tiene que organizar un funeral.

—¿Y qué les va a contar?

—Solo los hechos. Me reuniré con J. P. e iremos a su casa a investigar por nuestra cuenta —dijo, refiriéndose a J. P. Harrison, el investigador privado que trabajaba con el bufete. Miró el reloj—. Frank Rossi me ha dicho que dejarán libre la escena del crimen esta tarde. Mientras tanto, tengo que confirmar que Vince LaRussa pronunció un discurso anoche, en la gala benéfica del Hospital Infantil de Seattle, en el Four Seasons, la hora a la que se marchó y

si fue directo a su casa. Tiene cámaras de seguridad, Rossi y Ford ya me llevan ventaja.

Keera y Ella miraron a Patsy. Aunque Ella era oficialmente la socia directora y llevaba el control del día a día de la empresa, Patsy seguía tomando las decisiones.

—De acuerdo, Keera. Te encargarás del caso de momento. Pero con la condición de que, si ves que te queda grande, pedirás ayuda. —Levantó una mano para impedir que respondiera—. Los clientes no necesitan héroes, necesitan un representante competente y con sentido común. Recuerda evaluar y considerar antes de hacer la siguiente jugada. No te apresures. Y no permitas que las ansias por ganar dicten tus movimientos.

—No lo haré —aseguró Keera.

—Si acusan a LaRussa… entonces decidiremos cómo actuar. — Patsy terminó la conversación. Suspiró, se levantó y se marchó.

En cuanto se fue, Ella cerró la puerta.

—Sigo siendo la socia directora del bufete. Me mantendrás informada de todo lo que ocurra.

—Acabo de decir que lo haré.

—¿Has hablado con el cliente de la tarifa?

—No.

—Perfecto. Serán seiscientos dólares la hora.

—¿Seiscientos dólares? Nunca he cobrado tanto.

—Tampoco has tenido un cliente con un capital de cien millones. Si pone inconvenientes, dile que los reclusos ganan entre doce y cuarenta céntimos por hora. Mira, Keera, necesitamos este caso. El bufete lo necesita.

—¿Se puede saber qué pasa, Ella? Ayer ibas a decirme algo, pero al final te callaste. Luego mamá me confesó que papá está perdiendo facultades. Que no es el mismo. No ha llegado ningún caso importante desde que trabajo aquí.

—Ha rechazado varios —soltó Ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no se ve capaz de llevarlos. Ha sufrido un par de

ataques de pánico en pleno juicio y desde entonces tiene miedo. Creo que por eso no se presentó para interrogar al agente en el caso de Clancy Doyle.

—Era un caso rutinario por conducir borracho. Ha interrogado a agentes de Policía cientos de veces.

Ella se encogió de hombros.

—Yo solo te digo lo que pasa.

—¿Y cómo nos afecta eso a nosotras? —preguntó Keera—. Si la reputación de Patsy es lo que mantiene el bufete a flote y rechaza casos, entonces, ¿qué nos queda?

—No lo sé. El bufete siempre ha sido suyo. Aunque lleve un «y Asociados» en el nombre. Los clientes siguen preguntando por el Luchador Irlandés. Pero no sé si aún existe, y sin él… —Se calló un momento—. Mira, el edificio es nuestro, pero acabaremos llevando casos de alcoholemia, delitos menores de posesión de drogas y hurtos.

—Entonces, necesitamos este caso.

—Tenemos que ganarlo —corrigió su hermana.

«Sin presión», pensó Keera.

Se fue a su despacho y se puso manos a la obra. Llamó a LaRussa al piso y repasó las condiciones del acuerdo. Él aceptó la tarifa por hora sin rechistar. Keera le pidió a una secretaria que redactara el contrato y se lo mandó por mensajero al cliente para que lo firmara. Cuando le preguntó por Patsy, Keera respondió que lo había informado detalladamente esa misma mañana y que discutieron el plan que seguirían a partir de entonces.

A continuación, Keera llamó a J. P. Harrison, parecía que lo había despertado. Por el ruido al otro lado de la línea, el soltero de oro tenía compañía. Harrison le dijo a Keera que en una hora estaría en el bufete. Luego Keera llamó al Hospital Infantil de Seattle y consiguió hablar con la organizadora de la gala, quien confirmó que LaRussa pronunció un discurso la noche anterior, aunque no recordaba cuándo llegó ni cuándo se marchó. Pero también confirmó que fue el primero en hablar después de la subasta silenciosa y de la

cena.

Cuando colgó, Keera llamó al Four Seasons y preguntó por el equipo de seguridad; después de varias interrupciones, consiguió hablar con el encargado, Amar Dalal. Dalal le explicó que el hotel de lujo tenía cámaras de vigilancia y que una de ellas grababa el porche de la entrada principal, donde los invitados dejan y recogen los vehículos. Keera le pidió que apartara la cinta de la noche del domingo para evitar que se borrara o que se grabara algo encima.

—Ya me he adelantado —respondió—. Me ha llamado un inspector justo antes que usted y me ha pedido que guardara la grabación. Eso he hecho.

Rossi. Keera iba por el buen camino, pero un paso por detrás de Rossi. Maldijo a Ella entre dientes, porque la había retrasado. Le dijo a Dalal que, de acuerdo con el protocolo del hotel, mandaría un requerimiento judicial para pedir la cinta y le dio su dirección de correo electrónico. Colgó, luego llamó a su ayudante y le pidió que redactara y enviara el requerimiento.

Acto seguido, se puso en contacto con el Departamento de Transporte del Estado de Washington para informarse de las cámaras de seguridad que había entre el Four Seasons y la casa de LaRussa. Un director la remitió a las cámaras de tráfico disponibles en Internet y le indicó cómo obtener las imágenes del día y la hora que necesitaba. Una vez más, Keera pidió a su ayudante que se encargara de eso. LaRussa tenía un Porsche 911, de 2022, plateado. No le costaría identificar un automóvil de ciento veinte mil dólares. Cuando tuviera las imágenes, le pediría a Harrison que hiciera la misma ruta desde el Four Seasons a la casa y la cronometrara. Las cámaras de seguridad de casa confirmarían la hora de llegada de LaRussa, así tendría la cronología. También cotejaría la información con el geolocalizador del móvil de LaRussa, cuando la Policía se lo devolviera.

Eso le daba una excusa para llamar al inspector Rossi.

—Vaya. Pasan siete minutos de las nueve. ¿Cómo has tardado tanto? —se burló Rossi.

Se imaginó a Rossi mirando el reloj.

—¿Cuándo podremos entrar en casa de LaRussa?

—Esta tarde terminamos.

—¿Y cuándo le devolveréis el móvil y el portátil?

—Cuando la científica termine las pruebas forenses. —Keera había trabajado con Andrei Vilkotski, el jefe del Departamento de la Unidad de Soporte Electrónico y Técnico. Él se encargaría de crear una imagen forense de los discos duros y memorias de los ordenadores y de los móviles de Vince y Anne LaRussa, capturando sus correos electrónicos, búsquedas en Internet, fotografías, mensajes de texto, historial de navegación, documentos, e incluso los archivos eliminados.

—Vince LaRussa quiere llamar a los amigos de su esposa y no tiene sus números de teléfono —se inventó Keera.

—Eso tampoco depende de mí, pero esperamos que la Unidad de Soporte Electrónico y Técnico termine pronto.

—¿Nos proporcionaréis copias de los informes de la Policía Científica? —Ya sabía la respuesta, pero pensó que no perdía nada por preguntar.

—Ya te lo dije anoche, tu cliente no está acusado de ningún crimen.

—Le pedisteis permiso para tomarle las huellas dactilares y muestras de ADN.

—Sí, y accedió.

—Mi cliente pensaba que le entregaríais copias de los resultados.

—No depende de mí, Keera.

Era cosa de Ambrose.

—Son informes de la Policía de Seattle —protestó Keera.

—Todo pasa por el fiscal.

—¿Y por qué lo mantiene en secreto si LaRussa no está acusado?

—Ya sabes por qué. —Desde luego. El marido siempre era el principal sospechoso. Ambrose no les daría ni una sola prueba hasta que acusaran formalmente a LaRussa y lo procesaran y se lo pondría difícil incluso si eso ocurría. Ocultaría las pruebas que Keera no

solicitara específicamente e intentaría por todos los medios desgastarla mentalmente. A Keera no le gustaba empezar a la defensiva, pero la realidad se imponía. De momento, Ambrose dominaba las casillas centrales. Pues muy bien, buscaría la ocasión de atacar.

—Lo siento, Keera. Ojalá pudiera hacer algo —se disculpó Rossi.

Estuvo a punto de decirle «Echale un par, Frank», pero sabía que eso no la ayudaría.

Capítulo 9

Cuarenta minutos después, Keera levantó la mirada al oír tres golpes secos en la puerta del despacho. J. P. Harrison llamó a la puerta como si intentara arrancarla de las bisagras, una vieja costumbre de cuando se dedicaba a ejecutar órdenes de registro como inspector del Departamento de Policía de Seattle. Entró tan elegante como siempre, con unos pantalones negros, ceñidos, remangados por los tobillos, unas zapatillas de deporte blancas sin calcetines y una camisa de vestir de color azul cielo por fuera del pantalón, con las mangas dobladas hasta los codos.

—Hola —saludó Keera, sin poder contener la risa—. Espero no haber interrumpido nada antes.

Harrison le devolvió una sonrisa, aunque más sutil. Era un afroamericano, apuesto, de unos cincuenta años, al que Maggie describía como alto, oscuro y atractivo. Tenía una sonrisa y un carisma que podría cautivar a la reina de Inglaterra y dejarla sin aliento. Nacido en Liverpool, de padres fanáticos de los Beatles y con el mismo apellido que el guitarrista, George Harrison, llamaron a su hijo John Paul, en honor de John Lennon y Paul McCartney. Después de recibir varias palizas en el colegio, el crío pidió que lo llamaran J. P. y aprendió a pelear. En Estados Unidos, se metían con él por su estilo llamativo y su acento. Terminó el instituto, estudió Criminología en la universidad y sirvió en la Unidad de Delitos Violentos del Departamento de Policía de Seattle veinticinco años.

Más tarde se retiró para dedicarse a la investigación privada, y Patrick Duggan y Asociados era uno de sus clientes más fieles.

—Habrá más mañanas. —Se sentó en una silla delante del escritorio de Keera y miró a su alrededor—. Creo que nunca había estado en tu despacho. Tienes un mobiliario discreto y no parece tan usado como el de Ella, ni el de Patsy.

—Es que Ella y Patsy viven aquí y yo intento evitarlo.

J. P. señaló la pared que Keera tenía a la espalda, una especie de galería de títulos y diplomas enmarcados, entre los que se encontraban el de la facultad de Derecho y la licencia para ejercer en el Estado de Washington.

—Te preguntaría si han escrito mal tu nombre, pero como aparece igual en todos los documentos, deduzco que no es un error.

Sus padres la llamaron Ciara Katherine Duggan, pero como nadie, al margen de la familia, sabía escribir ni pronunciar correctamente el nombre en gaélico, decidió usar la grafía fonética: Keera. Su nombre significaba «oscura» en gaélico, que encajaba con su pelo negro azabache, pero no con sus ojos de un color azul cristalino. Su madre dijo que era una «Black Irish».

—He hecho unas cuantas llamadas —dijo Harrison—. Rossi y Ford son los inspectores que llevan el caso…

Keera cogió su maletín y su chaqueta.

—Voy tres pasos por delante. Acabo de hablar con Rossi. Están registrando la casa. ¿Llevas tu equipo?

—Lo tengo en el coche.

—Te pondré al día de camino. —Cogió el móvil, llamó a Vince LaRussa a su apartamento y le pidió que se reuniera con ellos en la puerta de su casa.



Las furgonetas de los informativos seguían allí, aunque se habían alejado un poco de la entrada a la residencia. Los periodistas miraron a Keera y a Harrison cuando pasaron en coche. Dos hombres con traje y gafas de sol los recibieron en la parte alta de la entrada. Seguridad privada. LaRussa le había hecho caso.

LaRussa los esperaba en la entrada como Keera le pidió. La abogada hizo las presentaciones. Harrison ofreció sus condolencias al marido. LaRussa reiteró que había hablado con el padre de Anne, que la familia estaba comprensiblemente devastada y quería respuestas. Él le había asegurado que lo mantendría puntualmente informado.

Keera expuso rápidamente su conversación con la organizadora de la velada del Hospital Infantil de Seattle, con el equipo de seguridad del Four Seasons y con Frank Rossi, esperando que su trabajo metódico causara buena impresión al cliente.

—No tendremos acceso a los informes periciales salvo que lo acusen formalmente. Los he pedido, pero no están obligados a compartirlos con nosotros. Con suerte, eso no supondrá un problema.

—¿Y el ordenador y el móvil?

—El Departamento de Soporte Técnico está volcando toda la información, la suya y la de su mujer. Les he rogado que se apresuren.

Subieron juntos los escalones hacia la puerta principal.

—¿Entró por aquí anoche cuando llegó a casa? —preguntó Harrison. Llevaba una mochila de cuero marrón oscuro con todo el material necesario.

LaRussa asintió, introdujo el código y abrió la puerta. Harrison le preguntó quién conocía el código, si su esposa esperaba visita aquella noche y muchas de las preguntas que Keera le hizo la noche anterior. El hombre respondió pacientemente y repitió para Harrison las conversaciones que mantuvo con los inspectores hasta que su instinto le aconsejó que guardara silencio y llamara a un abogado.

En el interior, LaRussa señaló hacia la cocina, que ocultaba la

puerta batiente del comedor.

—Si no les importa, preferiría esperar aquí. Con verlo una vez ya he tenido suficiente.

—Por supuesto —respondió Harrison—. Permita que le pregunte, ¿notó algo extraño al llegar a casa?

LaRussa les explicó que el aire acondicionado estaba apagado y, por petición de Harrison, les enseñó el panel de control del pasillo.

—Noté el cambio de temperatura en cuanto entré.

Dijo que Rossi y Ford se plantearon la posibilidad de una caída de la red, pero él la desbarató porque las luces y la televisión estaban encendidas cuando llegó.

Keera anotó mentalmente llamar a la Compañía Eléctrica del Estrecho de Puget para preguntar si hubo algún apagón durante la ola de calor.

—¿Había apagado su esposa el termostato antes?

—No que yo recuerde.

Keera y Harrison se miraron. A lo mejor no significaba nada, pero tal vez sí.

—Tengo una tarea para usted —le dijo Keera a LaRussa mientras Harrison preparaba el equipo. Abrió el portátil e introdujo la contraseña—. Como la Policía tiene su ordenador y el de su esposa, quiero que abra su cuenta en la nube desde aquí y descargue las imágenes de la cámara de seguridad del domingo por la tarde desde que se marchó usted de casa hasta que volvió.

LaRussa se llevó el portátil al estudio.

Harrison y Keera se pusieron los guantes desechables y los cubrebotas antes de entrar en la cocina. La silla de ruedas seguía allí, pero el cadáver ya no estaba y Keera dedujo que el equipo forense se lo había llevado. Los azulejos blancos y negros estaban manchados de sangre junto a la silla. Harrison negó con la cabeza.

—Parece que ha pasado una manada de elefantes —protestó.

—Vince dijo que encontró a su esposa sentada en la silla, mirando hacia el ventanal.

Señaló y preguntó:

—¿Y el vaso roto y el agua que hay en el suelo?

—Preguntaré —respondió Keera y pasó a explicar el relato de LaRussa del día anterior.

—Pregunta también por la vela y el trapo de la encimera —pidió Harrison, señalando hacia el mármol con la cabeza.

Las paredes, los electrodomésticos y las superficies estaban cubiertas con el polvo negro de las huellas dactilares.

Harrison dio otro paso hacia el interior de la habitación.

—¿Dónde estaba el arma, exactamente?

—En el suelo, a ese lado de la encimera, según Vince.

La localización del arma habría quedado documentada en las fotografías del informe policial. Keera le dijo a Harrison que LaRussa aseguró que su esposa no podía sostener un arma ni apretar el gatillo por su discapacidad y que la habían disparado en la nuca.

—Ambos factores parecen descartar el suicidio.

—¿El arma no era suya ni de su esposa? Es decir, ¿el asesino la dejó en la escena? —preguntó Harrison.

—Eso parece.

—Mmm.

—¿Qué pasa?

—Es algo a tener en cuenta. —Harrison se agachó para examinar las manchas de sangre en la parte trasera de la isla de la cocina y en el suelo, aunque parecía que las habían diluido con agua—. Es probable que si el termostato estaba apagado se evaporase mucha agua por el calor del domingo. ¿Conocemos el calibre de la bala?

—Todavía no.

Extrajo una pequeña regla de la bolsa del equipo y midió el diámetro de unas cuantas gotas. El diámetro permitía determinar la distancia entre la víctima y el arma, además del calibre de la bala.

—Menos de un milímetro —murmuró Harrison—. El arma no era moco de pavo. Nueve milímetros o más. Le dispararon desde cerca.

—¿Desde qué distancia?

—No lo sé con certeza, pero más o menos entre medio metro y dos metros.

Otro factor que descartaba el suicidio, aunque Keera no lo dijo en voz alta porque no quería influir en la investigación de Harrison. Como parte de su formación en el Departamento de Policía de San Diego, Harrison, como todos los detectives, trabajó dos años en la Policía Científica. Conocía a fondo los protocolos, lo que impedía que los fiscales atacaran su técnica, método o prácticas sin criticar también a sus propios detectives de la Científica y sus conclusiones. El mantra de la Policía Científica era no presuponer nada y reunir todas las pruebas disponibles.

Harrison cogió una cámara, un cuaderno y una cinta métrica. Hizo unas fotos y midió. Luego abrió un estuche negro, sacó un escáner digital de habitaciones y lo usó para medir toda la habitación, desde diferentes puntos, y crear un modelo en 3D de la cocina.

—Te dejo trabajar —le dijo Keera, y se fue a ver cómo iba Vince LaRussa.

Harrison, que ya estaba totalmente ensimismado en su labor, se limitó a gruñir a modo de respuesta.

En su despacho, LaRussa trabajaba sentado a un escritorio ornamentado. Levantó la mirada cuando Keera entró.

—Me he metido en el sistema de seguridad. La puerta principal se abrió y cerró seis veces, entre las 18.00 y las 21.34 del domingo. He escrito las horas exactas. —Le entregó un papel—. No sé por qué se abrió y cerró la puerta las cuatro primeras veces, ni si entró alguien.

—¿Usaron el código?

—Lo desconozco. Eso no queda registrado. No se abrió ninguna otra puerta ni ventana en ese periodo de tiempo.

—¿Y qué hay de las cámaras?

—Ese es el problema. No puedo acceder al vídeo.

—¿Qué quiere decir?

—En la nube especificaba que el vídeo había sido eliminado —respondió LaRussa, visiblemente frustrado.

El cabrón de Ambrose.

—Llame a la compañía de seguridad e identifíquese… Debe de tener usted una cuenta con un nombre de usuario y una contraseña.

—Sí.

—Pregunte si el vídeo del domingo sigue disponible y si se puede recuperar desde la nube.

—De acuerdo.

Hizo las preguntas que le encargó Harrison.

—Deduzco que a Anne se le cayó el vaso cuando recibió el tiro —dijo LaRussa, confirmando que su esposa podía sujetar un vaso. Añadió que los inspectores también le preguntaron por la vela y que él les explicó que Anne practicaba aromaterapia. Keera también le preguntó por la distancia de la pistola a la silla de ruedas y el trapo que había sobre el mármol de la cocina. LaRussa contestó que la pistola estaba en el suelo, pero que no sabía qué hacía ahí el trapo ni por qué estaba mojado.

—A lo mejor se derramó algo, puede que el agua del vaso. Las tareas más simples no lo eran para Anne.

Keera volvió a la cocina maldiciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Harrison mientras fotografiaba las medidas.

Keera le trasladó la información sobre el sistema de seguridad y la eliminación del vídeo.

—No es un informe policial. El propietario tiene derecho a acceder al vídeo.

—Ambrose va a convertir esto en una guerra, como siempre. —Respiró hondo—. ¿Qué tal vas?

—¿Has dicho que dispararon a la esposa en la nuca?

—Según el marido. No lo he comprobado.

—La salpicadura lo confirma sin duda. La de la encimera es bastante grande, y la de la pared de detrás no tanto. Lo cual significa que la víctima estaba cerca de la encimera cuando le dispararon, así que, si no me equivoco, situaré al asesino al otro lado de la isla. La cuestión es: ¿por qué apareció el arma en el suelo, al lado de la silla? Si el asesino tenía prisa por irse, lo normal habría

sido que disparara el arma, la soltara y se marchara. No hay motivo para lanzar el arma cargada por encima de la encimera.

—Fingir un suicidio —especuló Keera.

—Puede, pero si esa fuera la intención, ¿por qué le dispararía en la nuca?

—Tienes razón. —Volvió a pensar dónde se situaba el arma—. Puede que rodeara la isla para asegurarse de que estaba muerta y entonces tirara la pistola.

—Quizá, aunque no parece propio que alguien tan meticuloso se arriesgue a dejar huellas de zapatos. Además, he visto otra cosa. —Harrison caminó hacia el horno superior—. Fíjate.

Keera miró desde el otro lado y vio una marca negra.

—Parece una mancha de desgaste.

—A mí me parece una quemadura. He tomado una muestra para analizarla. Además, el horno estaba bloqueado y tenemos que descubrir por qué.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Cuando trabajaba en la Policía, siempre me aseguraba de comprobar el tirador de la nevera y la manilla del inodoro. A menudo, los asesinos abren el frigorífico y usan el cuarto de baño, así que también me acostumbré a comprobar otros electrodomésticos.

—Vince me dijo que tienen una empleada doméstica. Preguntaré si bloqueaba el horno para limpiarlo. ¿Qué piensas?

—Llegados a este punto, nada en concreto —respondió Harrison —. Pero este caso no parece sencillo, Keera.

Capítulo 10

Frank Rossi activó el ordenador y abrió el vídeo de la cámara de seguridad de la casa de LaRussa, del domingo. Miller Ambrose les indicó, a él y Ford, que analizar el vídeo era prioritario. A ninguno de los dos le hizo gracia que Ambrose les señalara cómo tenían que trabajar ni qué debían priorizar. Rossi se planteó atender antes las otras cien cosas pendientes, pero debía pensar en Anne LaRussa, la víctima del brutal asesinato, no en Ambrose.

La actitud agresiva y exigente de Ambrose era uno de los motivos por los que caía mal a la mayoría de los detectives de la Unidad de Delitos Graves. Las inspectoras, en particular, lo consideraban arrogante y condescendiente. Ambrose restaba valor a las opiniones de los agentes sobre cómo investigar los casos.

Aunque Rossi tenía otros motivos para no soportar a Ambrose. En primer lugar, no le gustaba cómo trató a Keera Duggan en la Jefatura de Policía, lo que parecía confirmar la razón subyacente por la que Duggan, que en su momento fue una prometedora fiscal, dejó la Fiscalía de un día para otro. Al principio, Rossi pensó que tuvo la culpa su poco oportuna declaración, que iba más allá de lo profesional. La actitud de Keera, antes abierta y extrovertida, cambió en aquella época, pero entonces, Rossi empezó a oír rumores de que Keera y Ambrose habían tenido algo y que cuando Keera lo dejó, Ambrose, dolido, le hizo la vida imposible. Rossi suponía que la orden del fiscal de mantener la investigación en secreto tenía más

que ver con su *vendetta* personal que con hacer bien su trabajo, y a Rossi, aquello no le gustaba.

Rossi rebobinó la cinta y la fue mirando de reojo mientras leía correos electrónicos, mensajes de texto y comprobaba las llamadas de teléfono que el equipo técnico había recuperado de los ordenadores y móviles de Anne y Vince LaRussa. Un movimiento en las imágenes de la cámara de seguridad le llamó la atención, así que pausó la cinta, la rebobinó y volvió a reproducirla. Un Tesla modelo X, de color burdeos, llegó a la entrada de la casa y aparcó. Rossi apuntó la hora, 18.07, y el número de la matrícula. Un hombre con una camisa, pantalones de vestir y zapatos marrones salió del coche. Al inspector se le aceleró el pulso. El hombre parecía de una estatura media y tenía el pelo blanco con entradas. Se inclinó hacia el interior del coche, cogió un maletín de los que llevan los abogados y se dirigió hacia la puerta principal.

—Interesante.

Apenas veinticinco minutos más tarde, a las 18.31, el hombre volvió a aparecer por detrás del seto de laurel con el móvil en la oreja. Se detuvo en la entrada, miró a su alrededor unos segundos, bajó el móvil y volvió al coche. Salió marcha atrás con el coche a toda velocidad.

Rossi rebobinó la cinta. Esperaba ver el Porsche plateado de Vince LaRussa a continuación, pero en lugar de eso, llegó un BMW azul, que aparcó en el camino de acceso. Rossi apuntó la hora, las 19.03, y la matrícula. Una vez más, sintió mucha curiosidad.

En esta ocasión la conductora era una mujer rubia y alta, vestida con ropa de oficina: pantalones de vestir de color azul marino y una blusa de color crema. Abrió la puerta trasera del coche y se colgó una bolsa grande del hombro, del tamaño de una bolsa de playa más que de un bolso. La mujer pasó entre los dos leones y desapareció por detrás del seto de laurel.

Veintiséis minutos después, a las 19.29, la mujer subió apresuradamente los escalones, tiró la bolsa en el asiento trasero y estuvo a punto de chocar con el muro de contención al salir marcha

atrás con el coche. Frenó en seco, corrigió la dirección y arrancó a toda prisa de la calle. A todas luces, algo la había perturbado, pero la Policía no recibió ninguna llamada de una mujer denunciando el hallazgo de un cadáver, así que Anne LaRussa estaba viva cuando la primera visita se marchó.

LaRussa llegó a las 21.17 y aparcó en uno de los dos garajes. Salió del coche con el esmoquin, pero de espaldas a la cámara. Caminó hacia las escaleras sin prisa aparente, con la chaqueta al hombro, y desapareció detrás del seto de laurel. A las 21.34, LaRussa volvió a aparecer por las escaleras hablando por el móvil. Llamó a la policía a las 21.24 según el registro. Estuvo dando vueltas por el asfalto y frotándose la frente hasta que llegó un coche patrulla. LaRussa llevó a los dos policías rápidamente al interior.

Billy Ford se acercó al cubículo con cuatro escritorios del equipo C y se apoyó sobre el de Rossi.

—Acabo de hablar con Del y Faz. Los vecinos de LaRussa no oyeron ningún disparo y nadie tiene cámaras de seguridad con registro de sonido. Los vecinos de las casas más cercanas pasaron el día en el lago Washington o en algún restaurante con aire acondicionado. Uno estaba en casa, pero en la parte trasera, con los ventiladores encendidos viendo el partido de los Mariners en la televisión.

—Pues yo estaba revisando el vídeo de vigilancia de la cámara delantera de LaRussa.

—¿Hay algo interesante? ¿Has confirmado la cronología de LaRussa?

—Confirmada, pero la mujer recibió dos visitas antes de que llegara su marido.

—¿En serio?

—Un hombre y luego una mujer. Cuando la mujer se marchó, parecía alterada.

—El 911 no recibió ninguna llamada de mujer.

—Lo sé. Tanto el hombre como la mujer parecían gente rica, por los coches y la ropa. El hombre llevaba un maletín. —Ford se agachó

para observar la pantalla del ordenador de Rossi, que rebobinó las imágenes.

—He hecho capturas donde se ven claramente los números de matrícula. Voy a pedir que las comprueben.

—Mira el resto de la cinta, ya me encargo yo de las matrículas. Luego iremos a hacerles una visita.

Rossi le entregó a Ford el papel en el que lo había apuntado.

—¿Puedes averiguar si el equipo forense sabe ya, aproximadamente, la hora de la muerte?

—De acuerdo. Madre mía…

—¿Qué pasa?

—Pensaba que sería un caso complicado, pero empieza a parecer de manual, ¿no?

—Puede ser. Aunque, a veces, los casos de manual dan un giro de ciento ochenta grados y explotan en la cara.

—¿Te han dicho alguna vez que eres la alegría de la huerta?

—Todos los días.

—Mentiroso.

Capítulo 11

Después de hablar con los vecinos de LaRussa, Keera regresó a casa sin ninguna información nueva más allá de que los detectives de Delitos Violentos Del Castigliano y Vic Fazzio estuvieron por allí la noche del domingo y dejaron sus tarjetas de visita a los vecinos, lo que indicaba que eran el segundo equipo asignado al caso.

Harrison estaba terminando la investigación en la cocina.

—¿Tienes algo? —preguntó a Keera cuando entró.

La chica negó con la cabeza y le dijo lo que había descubierto:

—Ninguna cámara de seguridad registra el sonido. —Entonces la abogada preguntó—: ¿—Qué sabemos por ahora?

—No parece ser un suicidio, aunque no se puede descartar por completo hasta que se analicen todas las pruebas. He tomado una muestra del tirador de la puerta del horno y de lo que queda de agua en el suelo.

—¿Por qué?

—Porque estaban aquí.

—Muy profesional. ¿Te falta mucho?

—Ya casi he terminado.

—Voy a buscar a LaRussa. ¿Ha venido a la cocina en algún momento?

Harrison negó con la cabeza.

—Y no lo culpo. Creo que yo sería incapaz de entrar en mi casa si hubieran matado a mi mujer.

Keera encontró al hombre en la sala de estar. Se apartó del ordenador cuando la vio entrar.

—El investigador privado ya casi ha terminado. ¿—Ha habido suerte con la nube?

LaRussa parecía preocupado.

—No sé qué pensar. Es todo muy raro, fíjese. —LaRussa se levantó de la silla de cuero para ceder el asiento a Keera. Reprodujo el vídeo de la cámara de seguridad de la parte delantera de la casa y fue relatando, a ella y a J. P., que acababa de entrar a la habitación, lo que se veía.

—Ese es Syd Evans —dijo cuando el Tesla burdeos llegó a la entrada. Un hombre de pelo blanco aparcó y salió del coche.

—¿Quién es Syd Evans?

—El abogado de los padres de Anne.

Keera levantó la vista hacia el hombre.

—¿Y no esperaba usted su visita?

—No. Creo que nunca había estado en casa.

—¿Desde cuándo lo conoce?

—Desde antes de casarme con Anne. Él fue el encargado de redactar el acuerdo prematrimonial.

—¿—Cree que fue iniciativa de Anne?

—De sus padres.

En el vídeo se veía salir a Syd Evans de la casa menos de veinticinco minutos después, hablando por teléfono.

—¿Se ha puesto en contacto con usted?

—No. No me ha llamado. Pero eso no es todo. —LaRussa alargó un brazo por el lado de Keera, adelantó el vídeo y lo pausó cuando apareció un BMW azul en la entrada, como si tuviera prisa—. Ella es Lisa Bennet. La doctora Lisa Bennet. La mejor amiga de Anne.

Keera comprobó la hora de llegada de la mujer.

—¿Y tampoco sabía que Anne había quedado con ella?

LaRussa negó con la cabeza.

—No.

—¿De qué especialidad médica?

—Oncología, pero se involucró en los cuidados médicos de Anne desde el accidente. Le ha tratado la depresión y la ansiedad, además del dolor crónico.

—¿Y tampoco ha sabido nada de ella? ¿No lo ha llamado?

—No.

—¿Ha intentado llamarla usted?

—No. Deduje que los padres de Anne le informarían de lo ocurrido.

«Puede que para controlar la narrativa», pensó Keera.

—¿Ha hablado con sus suegros desde anoche?

—No.

A Keera le pareció raro que la mejor amiga de Anne LaRussa no se pusiera en contacto con él. No podía utilizar la excusa de no haberse enterado, el asesinato había salido en los periódicos y los informativos.

—¿Eran muy amigas?

—Se conocieron en la universidad y eran compañeras de hermandad en la Universidad de Washington.

—¿Y usted? ¿Se llevaba bien con ella?

—Creía que sí. El marido de Lisa falleció de cáncer, así que se nos hacía raro hacer planes en pareja y quedaban ellas dos solas.

Keera avanzó las imágenes. Lisa Bennet salió de la casa con las gafas de sol puestas, de modo que le tapaban la mayor parte del rostro. Lanzó la bolsa al asiento trasero y estuvo a punto de chocar con una pared de piedra al salir de allí a toda prisa.

—Mándeme una copia de las imágenes, por favor —pidió Keera, entregándole una tarjeta de visita con la dirección de correo electrónico—. Imagino que sabe dónde vive la doctora Bennet.

—Sí. Y si van a hablar con ella o con Syd Evans, yo quiero estar presente.

—No es buena idea, Vince. No demos pie a que el fiscal lo acuse de influir en sus declaraciones.

—¿Influir? Lisa era la mejor amiga de mi esposa. Quiero hacer algo más que esperar sentado. Anne era mi esposa y quiero

encontrar al responsable. Deje, por lo menos, que les presente. Si en algún momento me pide que salga de la habitación, lo haré.

—De acuerdo —respondió Keera—. Pero al margen de lo que explique, no se enfrente a ella. Tiene que entender que todo lo que diga usted acabará llegando a oídos de la Policía. ¿Queda claro?

—Totalmente. ¿La llamo para avisarla de que vamos?

—No —respondió Keera, quería ver la reacción de Bennet en persona. Evidentemente, algo la había puesto muy nerviosa en casa de LaRussa, pero, si hubiera encontrado el cadáver de su mejor amiga, no se habría quedado veinticinco minutos allí, y habría llamado a la policía.

La segunda opción era que Bennet hubiera asesinado a Anne LaRussa.



Vince indicó a Keera y a J. P. cómo llegar a casa de Lisa Bennet, en Capitol Hill. Keera aparcó en la calle, delante de un rebaje en la acera, y subieron por unos escalones de hormigón, junto al garaje, que llevaban al porche principal. Las macetas con flores de temporada estaban mustias por el calor sofocante.

Keera llamó a la puerta, oyó unos pasos en el interior de la casa y luego se hizo el silencio. Tras unos segundos, la puerta se abrió. La mujer rubia del BMW del vídeo miró a Keera con los ojos rojos y cansados y los hombros caídos. Parecía físicamente agotada. A continuación, miró a Vince LaRussa y a J. P. y suspiró.

—Vince —dijo en voz baja, cerrando los ojos, como si la hubieran pillado.

—¿Podemos hablar un momento, Lisa? —preguntó LaRussa.

Otra pausa. La mujer asintió y abrió la puerta del todo.

Entraron en una cuidada casa de estilo Craftsman, con suelos de

madera ornamentados, molduras decorativas y habitaciones pequeñas pero acogedoras. Bennet los llevó a la sala de estar. LaRussa y J. P. Harrison se sentaron el uno al lado del otro en un sofá mullido de color burdeos, de espaldas a las ventanas con cuarterones. Keera se sentó en uno de los dos sillones blancos, situado al otro lado de una mesa de centro. Bennet cogió pañuelos de una caja y se sentó en el otro sillón.

—Iba a llamarte —dijo Bennet—. Lo siento muchísimo, Vince. Lo siento —repitió, secándose las lágrimas.

—¿Por qué no lo has hecho? —quiso saber LaRussa.

—La policía me ha dicho que no lo hiciera.

—¿Han venido a verla? —exclamó Keera, aunque Bennet habría sido la primera testigo en la lista de Keera, seguida de Syd Evans.

—Se han ido hace poco —respondió la mujer.

—¿Le han dejado tarjetas de visita? —preguntó Keera.

Bennet cogió las tarjetas de la repisa de la chimenea, que estaba llena de marcos de fotos de Bennet con un hombre y tres niñas de diferentes edades. Le entregó las tarjetas. Eran las de Frank Rossi y Billy Ford.

—Doctora Bennet, yo soy… —empezó a decir Keera.

—Sé quién es. He visto su fotografía en el periódico de esta mañana, con Vince. —Miró a LaRussa—. He hablado con la familia de Anne. Me ha llamado su padre. ¿La policía no te ha arrestado?

—¿Por qué pensaba que habían arrestado al señor LaRussa? —dijo Keera.

—Supongo que… Porque la fotografía era en comisaría, ¿no?

Keera explicó:

—No lo han arrestado. Lo han llevado a la Jefatura de Policía para hacerle unas preguntas.

—¿Entonces no lo sabes? —preguntó Bennet a LaRussa.

—¿A qué te refieres? —intervino Vince.

Bennet suspiró.

—Me parece ridículo. —Se levantó del sillón, fue hacia el comedor y cogió un sobre de manila de la mesa. Regresó y se lo entregó a

Keera—. Anne me llamó ayer por la noche. Estaba muy nerviosa, pero no me dijo por qué y me pidió que fuera a su casa. Me preocupó mucho, parecía estar muy mal.

—¿Era usted su doctora? —preguntó Keera, levantando la mirada mientras abría el sobre.

—Antes que nada, su amiga.

Keera sacó unas fotografías de veinte por veinticinco centímetros del sobre. Había visto fotos como esas antes. Las hacía alguien que estaba lo suficientemente cerca para capturar todos los detalles, pero a la vez lo suficientemente lejos para pasar desapercibido. Un detective privado. Sintió un revoloteo en el estómago.

—Los inspectores se las querían llevar, pero les he dicho que haría copias. Presentía que vendrías y pensaba que tenías derecho a verlas. El inspector las ha fotografiado con el móvil.

Los objetivos de las fotos se veían perfectamente. En la primera aparecía Vince LaRussa saliendo de su Porsche, vestido con traje y el cuello de la camisa desabrochado. Llevaba gafas de sol. En otra, se lo veía cerca de un restaurante con mesas en la terraza. En la tercera salía Lisa Bennet, sentada a una mesa exterior bajo un toldo blanco. Había una copa de vino en la mesa y también se cubría con gafas de sol. En la cuarta, LaRussa parecía saludar a Bennet, estaba inclinado hacia ella, dándole un beso en la mejilla. En la última imagen, LaRussa tenía los codos apoyados sobre la mesa y sostenía las manos de Bennet. Keera le entregó las fotos una a una a J. P. Harrison, que también las fotografió con su cámara y se las entregó a LaRussa.

—¿Qué debo pensar de esto? —preguntó Keera.

—Que es la paranoia de una mente que antes fue fuerte —respondió Bennet, y luego miró a LaRussa—. Anne pensaba que teníamos una aventura. Me lo dijo anoche, en tu casa.

Capítulo 12

LaRussa levantó la mirada de las instantáneas.

—¿Qué?

—Anne estaba convencida de que teníamos una aventura —repitió Bennet.

—¿Y es eso cierto? —preguntó Keera, mirando a uno y otro—. Si así fuera, Vince, debo saberlo.

—¡No! —respondieron al unísono.

—¿Y cómo explican esto? —insistió Keera, cogiendo las fotos y levantándolas.

—Evidentemente, Anne contrató a alguien para que me vigilara —murmuró LaRussa.

Keera miró a Bennet.

—¿Por qué no llamó a Vince para contarle lo que Anne pensaba? —preguntó Keera.

Bennet expuso la situación a LaRussa:

—Anne me dijo que tenías una función benéfica el domingo por la noche. Iba a llamarte esta mañana, pero entonces he visto las noticias… y pensé que te habían arrestado. No sabía qué pasaba. Y luego me ha llamado Larry.

—¿Quién es Larry? —interrumpió Keera.

—El padre de Anne —explicó LaRussa.

—Me ha dicho que Anne ha muerto y que el domingo por la noche llamó a Syd Evans, el abogado de la familia, que estaba muy

disgustada y preguntó a Evans cómo ejecutar el acuerdo prematrimonial.

—Mierda —maldijo LaRussa en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Keera.

—Syd Evans —repitió LaRussa. Miró a Bennet—. Por su culpa los padres de Anne se mostraron tan reservados conmigo el domingo por la noche cuando los llamé, por eso no querían verme.

—Explíquese —pidió Keera.

—Anne creía que le era infiel y llamó a Syd Evans para saber qué pruebas necesitaba para ejecutar la cláusula de confiscación del acuerdo prematrimonial, y si con las fotos bastaba.

—¿Si bastaba para qué? ¿Qué especifica la cláusula?

—Que si una de las partes era infiel durante el matrimonio, perdería todos los bienes gananciales.

—¿Eso incluye los activos de GPL? —preguntó Keera.

—Todo.

J. P. miró con complicidad a Keera y ella lo entendió perfectamente, porque había pensado lo mismo. Ambrose ya tenía millones de razones para creer que LaRussa asesinó a su mujer.



Keera no quería que LaRussa siguiera hablando de Syd Evans delante de Lisa Bennet, así que cambió el tema rápidamente.

—Usted es oncóloga, ¿por qué trataba a Anne?

—Porque tengo experiencia en el tratamiento del dolor. Mi principal objetivo era ayudarla a aceptar su situación. Cuando le dijeron que con la rehabilitación ya no mejoraría, dejó todos los tratamientos y entró en una profunda depresión. Se volvió paranoica.

—¿Qué quiere decir?

—Imaginaba que la gente la perseguía, conspiraban contra ella.

Keera le mostró las fotografías.

—¿Que la engañaban?

—Eso parece. Vince y yo quedamos aquella tarde porque Anne había dejado la terapia y empezaba a excederse con los opioides para el dolor.

Keera miró a LaRussa y este confirmó lo que decía. A Keera se le ocurrió algo.

—¿Le recetaba usted los opioides?

—Sí, pero quería que volviera a rehabilitación y a terapia psicológica, y que tomara relajantes musculares para los espasmos en lugar de opioides. Prefería no mantener esta discusión delante de ella, porque estaba poniéndose agresiva.

—Sugerí que nos viéramos para comer en Madison Park, en algún restaurante de la zona —intervino LaRussa.

—¿Cuántas veces se vieron a solas? —preguntó Keera; dudaba que el detective los hubiera fotografiado justo el único día que comieron juntos.

—Dos veces —respondió Bennet, mirando su amigo para que lo confirmara.

—Hablamos sobre la mejor estrategia para reducir los opioides a Anne —aseguró Vince—. Yo propuse no decírselo, tenía tantos medicamentos en el botiquín que creo que ni sabía lo que tomaba.

Bennet añadió:

—Yo le expliqué a Vince que tenía que reducir la dosis gradualmente, por su bien, antes de que la situación fuera a peor. Y sugerí que fuera reduciendo los miligramos poco a poco.

Keera miró a J. P. porque sabía que querría hacer más preguntas para reunir todas las pruebas posibles sobre la escena del crimen.

—Cuando llegó a casa de los LaRussa, ¿notó algo fuera de lo normal? —intervino J. P.

—¿Como qué?

—Como la temperatura del interior.

—Hacía calor.

—¿Le preguntó a la señora LaRussa por qué?

—No tuve la oportunidad. Cuando entré e intenté abrazarla, Anne se apartó, y supe inmediatamente que algo no iba bien.

—Notó algo más que le pareciera extraño.

Bennet negó lentamente con la cabeza.

—No que recuerde.

—¿Dónde habló con la señora LaRussa?

—Primero en el recibidor y luego fuimos a la cocina.

—¿Qué le dijo Anne el domingo por la tarde, además de acusarla de tener una aventura con Vince?

Bennet negó con la cabeza. Las lágrimas empezaron a caerle por el rostro.

—Nada. Me preguntaba continuamente cómo había sido capaz de traicionarla así. Daba igual lo que yo dijera, no podía convencerla de lo contrario, así que al final me marché. Pensé en hablar con Vince y charlar los dos juntos con Anne cuando se calmara.



De vuelta en el coche, Keera se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. J. P. también estaba inusualmente callado. La abogada intentaba asimilar todo lo que habían oído. LaRussa, sentado en el asiento del copiloto, tenía la mirada perdida.

—Yo no he matado a Anne.

—Eso da igual. El fiscal tiene ahora el móvil y la oportunidad —soltó Keera—. Y el móvil es muy bueno. Planteará el caso en función de lo que pueda demostrar. Llamará al estrado a Syd Evans para que testifique que Anne le pidió consejo para divorciarse y ejecutar la cláusula de confiscación del acuerdo prematrimonial, porque usted la engañaba con su mejor amiga.

—Pero Lisa lo desmentirá.

—Lo que importa es lo que Anne creía. El fiscal argumentará que su mujer se enfrentó a usted y lo amenazó con quitarle todos los bienes gananciales, entonces usted la mató. —Keera tenía que calmarse. Debía pensar tranquilamente y evaluar la situación antes de actuar—. ¿Intentó usted modificar el acuerdo prematrimonial cuando se enriqueció?

—¿Cómo? —LaRussa negó con la cabeza—. No quiero parecer frívolo, pero no podía decir a mi esposa: «por cierto, cariño, ¿recuerdas la cláusula de confiscación de nuestro contrato prematrimonial que me penaliza si te engaño? Pues quiero cambiarla». ¿Qué habría pensado? Luego tuvo el accidente y… —Se le quebró la voz y soltó un suspiro contenido—. No podía tratar ese asunto después de aquello. Pero, sinceramente, nunca tuve intención de serle infiel; el acuerdo no me supuso un problema cuando lo firmé y no era algo en lo que pensara a menudo.

Puede que antes no, pero ahora sí suponía un problema.



Keera llamó a Syd Evans desde el móvil. Para su sorpresa, el hombre respondió. Lo que no le sorprendió tanto fue que se negara a reunirse con ellos para aclarar sus dudas. Su negativa podría ser motivo suficiente para solicitar una orden judicial y obligarlo a declarar bajo juramento, amparándose en la regla 4.6 del Código Penal. Pero eso ya lo decidiría cuando llegara el momento. Además, Keera imaginaba perfectamente lo que Evans testificaría, teniendo en cuenta lo que el padre de Anne le dijo a Bennet. Cuando llegaron a casa de los LaRussa, Vince dijo:

—Si no les importa, me gustaría dejarlo por hoy.

Keera no insistió. Dedujo que LaRussa, un hombre inteligente,

entendía las ramificaciones de lo que habían descubierto y también sus consecuencias. Entonces, lo confirmó:

—Les avisaré cuando sepa algo de la Policía…, cuando vengan. ¿Cree que me dejarán, como mínimo, organizar el funeral de Anne?

Ambrose se lo permitiría, pero por respeto a la familia de la víctima, no a él. El fiscal insinuaría que la asistencia de LaRussa y su interpretación de marido desconsolado delante de una mujer a la que había asesinado, solo era una prueba más de su sangre fría y falsedad. Pero Keera no quería decírselo y optó por responder:

—Ambrose esperará hasta tener el informe del forense y el análisis toxicológico. Eso lleva tiempo, aunque intentará acelerarlo. —La mayoría de los fiscales eran muy prudentes, organizaban todos los elementos antes de actuar. Pero Ambrose tenía cuentas pendientes y era arrogante porque nunca había perdido un caso de asesinato.

—Yo no he matado a mi mujer —repitió LaRussa por tercera vez, como mínimo.

Keera tampoco le explicó que, en aquel momento, las pruebas indicaban lo contrario y eso era lo único que importaba.



Acompañó a J. P. Harrison a su coche, que estaba en el aparcamiento de la parte trasera del edificio de oficinas en Occidental Square.

—Si la pena de muerte siguiera vigente en Washington, se la impondrían sin dudar. Matar a la esposa en silla de ruedas…, después de serle infiel… —soltó J. P.

—¿Crees que LaRussa y Bennet tenían una aventura?

Harrison inclinó la cabeza.

—Vince ha pasado por mucho. Su esposa no fue la única que

sufrió el trauma y el dolor de la rehabilitación. Probablemente, él estuvo a su lado en todo momento. ¿Quién más los apoyaba?

—La mejor amiga de ella, Lisa Bennet.

—Y Bennet también lo pasó mal. Ya has visto las fotos de su sala de estar. Debió de quedar devastada cuando perdió a su marido tan joven y con tres hijas.

—Ambrose no permitirá que LaRussa se entregue. Quiere un circo mediático y este caso es perfecto para alguien que aspira a una carrera política. —«Por no hablar de alguien con sed de venganza», pensó Keera, aunque no lo dijo.

Keera se fue a casa en lugar de volver al despacho, porque allí se habría celebrado una sesión de inquisición real que habría podido durar horas. Necesitaba tiempo para pensar, evaluar lo que sabía y decidir los siguientes pasos. En términos de ajedrez, Ambrose dominaba con fuerza el centro del tablero, así que ella tenía que encontrar la manera de sacarlo de esas casillas o, si no lo conseguía, engañarlo para que saliera él voluntariamente. Pensó en el Caballero Oscuro y se preguntó si, después de perder tres partidas consecutivas, habría cambiado de estrategia y cedido el centro del tablero para dar a Keera una falsa sensación de seguridad.

Una vez en casa, se cambió y salió a correr ocho kilómetros, algo que siempre la ayudaba a relajarse y a despejar la mente. Regresó una hora después, empapada en sudor. Llevó una botella de agua, pero deberían haber sido dos, por el calor incesante. Pulsó la barra espaciadora del teclado y abrió la partida de ajedrez. A continuación, llenó un vaso con agua helada del frigorífico y se sentó a la mesa del comedor.

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

Dama a a4

El Caballero Oscuro había movido su pieza más poderosa, así descubrió su intención de ir a por Keera. Ella no pudo evitar pensar

que Miller Ambrose haría lo mismo.

La jugadora enrocó al rey y lo llevó a un lugar más seguro, a la vez que ponía en movimiento la torre para protegerlo, hasta que pudiera averiguar qué tramaba su contrincante. Tendría que elaborar una estrategia parecida para defender a Vince LaRussa.

El Caballero Oscuro movió de inmediato el peón a d5 y sacó la primera pieza del tablero.

Keera tenía varias opciones, pero optó por mover el alfil para crear tensión en el lado derecho del tablero y prepararse para atacar la fortaleza que su contrincante tenía alrededor del rey.

Alfil captura peón en d5

¿Tenían LaRussa y Bennet una aventura y habían decidido hacer frente común como el alfil y la dama del Caballero Oscuro? En ese caso, Anne habría avanzado hacia ellos al llamar a Syd Evans y preguntarle por cómo ejecutar la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial para quedarse con todos los bienes. Hizo una jugada mortal y pagó el precio más alto.

El ordenador de Keera sonó. Le sorprendió que el Caballero Oscuro respondiera tan rápidamente. Pero la notificación provenía del servidor de Patrick Duggan y Asociados: un correo electrónico de un remitente que no reconocía. Cuando lo leyó, sintió que se le aceleraba el pulso.

Capítulo 13

En la mesa de la sala de reuniones de la Fiscalía, Rossi y Ford informaron a Miller Ambrose de las entrevistas con Lisa Bennet, Syd Evans y los padres de Anne LaRussa y de otras pruebas que habían reunido, como el arma fantasma. Sobraba decir que las entrevistas habían sido reveladoras.

Ambrose, sentado, con las gafas colocadas en la punta de la nariz, tomando notas. Rossi notaba que contenía sus emociones.

—¿Cuál es la hora estimada de la muerte según el forense? —Ambrose pasó unas páginas—. Arthur Litchfield. —Miró a los inspectores y preguntó—: Es nuevo, ¿verdad?

—Lleva en el Instituto Forense un mes más o menos —contestó Ford—. Viene de Tacoma. —Litchfield era uno de los cerca de doce miembros del equipo del condado de King con el título oficial de Investigador Medicolegal de la Muerte, un término rebuscado que el departamento había simplificado como «médico forense» o, simplemente, «forense».

—¿Cuál es la hora estimada de la muerte?

—Entre las 18.00 y las 21.30.

—¿A qué hora llegó a casa el marido?

—A las 21.17.

—¿Y cuándo llamó a la policía?

—A las 21.24. Afirma que no encontró el cadáver de la mujer inmediatamente. Dice que primero fue a la sala de estar, porque las

luces y la televisión estaban encendidas y luego al dormitorio, antes de ir a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Por qué no es más específico el forense con la hora de la muerte? —preguntó Ambrose.

—Según Litchfield, la temperatura en el interior de la casa, que superaba los treinta y siete grados, probablemente afectó a la pérdida de la temperatura corporal, por lo que la hora estimada de la muerte es menos fiable. Además, la mujer estaba delgada, y, otra vez según Litchfield, eso también afecta a la pérdida de la temperatura corporal —respondió Rossi.

—¿Y la lividez y el *rigor mortis*? —preguntó el fiscal.

—Coinciden con la hora estimada de la muerte —contestó Rossi.

—¿Sabemos por qué el aire acondicionado estaba apagado? —Ambrose volvió a la carga.

—El marido asegura que tuvo que apagarlo alguien —intervino Ford.

Ambrose se recostó en la silla.

—¿No hubo subidas de tensión ni cortes eléctricos ese día?

—Lo he comprobado con la compañía eléctrica —continuó Ford —. No hubo ningún corte eléctrico en la zona esa noche. Alguien tuvo que apagarlo manualmente.

—¿El marido? Para confundir con la hora de la muerte —sugirió el fiscal.

—No, a menos que lo apagara antes de salir de casa ese mismo día —le contradijo Rossi—. La casa no se habría calentado tan rápido como para notar una diferencia importante en el poco tiempo que pasó desde que llegó. Y suponemos que, si lo hubiera apagado antes de irse, la mujer lo habría encendido. Aquello parecía una sauna.

—¿Y el apagado en remoto?

—No está configurado.

—Comprobaremos ambos móviles para asegurarnos. —Ambrose cambió de tema—. ¿Ha testificado Bennet que Anne LaRussa vivía cuando ella se marchó de su casa?

—Eso ha dicho —murmuró Rossi, poco convencido.

—¿No era amiga de la víctima? —insistió Ambrose.

—Anne pensaba que la doctora se tiraba a su marido —soltó Rossi, encogiéndose de hombros—. Creo que no podemos descartarla de momento.

Ambrose cogió las fotos impresas que sacó Rossi con el móvil, del encuentro de la doctora Bennet y LaRussa.

—¿Y qué dice de esto?

Rossi lo repitió.

—De acuerdo, entonces ¿en su testimonio negará la aventura? —preguntó Ambrose—. Pero no es relevante, ¿no?

—No —asintió Ford.

—Lo importante es que Anne LaRussa pensaba que Bennet estaba liada con su marido —aseguró el fiscal, hojeando los apuntes de su cuaderno de hojas amarillas—. Además, el hecho de que contratara un detective privado es una prueba fehaciente de que la esposa estaba convencida del hecho, igual que la llamada al abogado… ¿Cómo se llama?

—Syd Evans —respondió Ford.

—Y que lo convocara para consultar la cláusula de confiscación del acuerdo prematrimonial —añadió el fiscal.

—Todavía no sabemos si la esposa contrató al detective privado —intervino Rossi, con la sensación de que intentaba detener una roca rodando cuesta abajo a toda velocidad—. Es lo que la doctora asegura que Anne LaRussa le confesó.

—Entonces, ¿quién podría ser? —preguntó Ford.

—Pues será mejor que nos aseguremos de ello —dijo Ambrose—. Hay que comprobar los cargos de la tarjeta de crédito, los cheques, los movimientos con Venmo, las llamadas. Sin duda, las fotos no las hizo ella.

—No, tienes razón —respondió Ford.

—Las fotos tampoco son muy comprometedoras —insistió Rossi —. No es raro que dos amigos se den un beso en la mejilla y se cojan las manos durante una conversación difícil.

—La cuestión es que las fotografías y la conversación con el abogado corroboran lo que Anne creía. Y eso da al marido muchos millones de razones para matarla —intervino Ambrose, haciendo referencia al valor estimado de la fortuna de los LaRussa.

—¿Y por qué le pegaría un tiro? —soltó Rossi.

—¿Cómo? —exclamaron Ambrose y Ford a la vez.

—¿Por qué haría algo tan obvio pudiendo darle una sobredosis de pastillas para el dolor y fingir un accidente o un suicidio? —Miró a Ford—. Ya has visto el armario del cuarto de baño.

—Parecía el almacén de una farmacia —concedió Ford.

—¿Qué había exactamente? —preguntó Ambrose.

—Relajantes musculares y pastillas para el dolor; opioides. Un farmacéutico forense está catalogando la medicación —informó Rossi —. Pero no hay duda de que había pastillas de sobra para cargársela.

—Centrémonos en lo que sabemos y podemos demostrar —ordenó Ambrose—. Anne LaRussa no murió de sobredosis, sino de un tiro.

—Todavía no tenemos el informe toxicológico —protestó Rossi.

Ambrose leyó sus notas ignorándolo.

—El abogado ha confirmado que Anne LaRussa le envió un mensaje pidiéndole una reunión urgente. Cuando llegó, ella le preguntó por la «píldora venenosa» del acuerdo prematrimonial, que le habría dado el control de los bienes gananciales. Esa misma tarde, la mujer se enfrentó a Lisa Bennet por las fotos y podemos suponer que en algún momento de ese mismo domingo…, quizá antes, se enfrentó también al marido, ¿no?

—Parece el siguiente paso lógico —respondió Ford.

—En cuanto a por qué Vince LaRussa no eligió otro *modus operandi* para matarla… Pensó que le bastaría con la coartada de la función benéfica donde lo habían visto decenas de personas. Por lo tanto, decide declarar que la encontró muerta al llegar a casa. El arma no puede rastrearse, así que la deja en el suelo de la cocina. Él no sabía que la doctora y el abogado pasaron por casa y le

desmontarían la coartada —resumió Ambrose—. Cree que se ha salido con la suya, pero su esposa le ha ganado la partida.

«Si no fuera porque está muerta», pensó Rossi.

—¿Cómo explicas lo del arma? Un arma fantasma implica premeditación, no un asesinato impulsivo —preguntó Rossi.

—Puede que comprara el arma por otro motivo y la tuviera a mano —argumentó Ambrose, encogiéndose de hombros.

—¿Y no hay salpicaduras de sangre en su ropa? —insistió Rossi —. No ha dejado huellas ni restos de ADN en la pistola. Alguien tan inteligente… ¿no comprobaría las cámaras de seguridad? Que nadie aparezca es peor que si aparecen dos personas, ¿no?

—A lo mejor limpió el arma. O se puso guantes. Fue todo muy rápido. Tuvo unos veinte minutos, ¿no?

—Diecisiete —corrigió Ford—. Salió de casa a las 21.34.

—Entonces, llegó a casa a las 21.17 y llamó a la Policía a las 21.24. Es muy rápido, no piensa en las cámaras de seguridad —sentenció Ambrose.

—¿Y la ropa?

—Llega a casa y dispara a su mujer. Ve que tiene la ropa manchada de sangre y se cambia antes o después de llamar al 911. Puede que eso explique por qué no salió hasta, ¿qué hora hemos dicho?

—Las 21.24 —repitió Rossi.

—¿Cuántos esmóquines tiene? —preguntó Ambrose—. Un hombre con tanta pasta tendrá media docena de camisas y pantalones de gala.

—Mierda. —Ford miró a Rossi. A ninguno de los dos se le ocurrió registrar el armario.

—No sé —dijo Rossi poco convencido.

—¡No compliquemos las cosas! —espetó Ambrose—. Tenemos el motivo y la oportunidad y a dos testigos que vieron a Anne LaRussa antes de que Vince LaRussa llegara a casa, que testificarán que estaba viva cuando ellos la dejaron. En las imágenes de las cámaras de seguridad no se ve a nadie más entrando en la casa. Fíe

conseguido condenas con mucho menos, ¿Habéis hablado con los padres?

—El padre ha confirmado que Syd Evans lo llamó y le dijo que Anne le preguntó por el acuerdo prematrimonial —explicó Rossi.

—Entonces tenemos una verificación independiente. ¿Qué ha dicho la familia del marido?

—Al padre nunca le cayó bien, pero lo toleraba por su hija. —Le tocó el turno a Ford—. Nos dijo que desconfiaba de él cuando empezó a salir con su hija, creía que era un cazafortunas. Por eso firmaron el acuerdo prematrimonial. También añadió que después del accidente, Anne se volvió más solitaria. Vince empezó a trabajar desde casa y siempre estaba presente cuando iban a ver a su hija. Al final nos explicó que presentía que algo andaba mal, pero no tuvo la oportunidad de averiguar qué, ni si su sensación era cierta. Y, según el padre, los amigos tampoco lo supieron. Nos ha dado algunos nombres. He hablado con dos y me han dicho que llevaban varias semanas sin ver a Anne. El padre no se sorprendió cuando lo llamó el abogado y le informó de que iba a reunirse con Anne.

—No era exactamente la pareja feliz que Vince LaRussa pinta —se burló Ambrose.

—Aún quedan muchas incógnitas por despejar —intervino Rossi, intentando detener nuevamente la avalancha—. Y un buen abogado defensor las utilizará como dardos para desmontar el caso.

—Uno bueno, sí —soltó Ambrose.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rossi.

—Keera Duggan nunca ha defendido a un asesino. Nunca ha procesado a un asesino.

—Pero Patsy Duggan… —empezó Rossi.

—Es un viejo borracho. He oído que ahora lleva casos de conductores ebrios y que ni siquiera se presentó a su último juicio. Seguiremos adelante con el caso. —Ambrose se levantó—. Prepararé el escrito de acusación, pero esperaremos a que pase el funeral de la víctima. Dejaremos que interprete el papel del esposo desolado. El jurado lo odiará todavía más. Hasta entonces, encargaos de los

cabos sueltos.

Ambrose se tomaba el caso como algo personal y aceleraba los procedimientos porque quería vengarse de Keera Duggan en la sala de audiencias. Además, la publicidad que le proporcionaría un caso como ese lo ayudaría en su futura carrera política. Rossi querría decirle que madurara, que estaba apresurándose, pero Ambrose haría oídos sordos y Rossi no tenía ningún interés en hablar con las paredes. El poder de la Fiscalía era casi ilimitado para tomar las decisiones importantes en un caso penal, como la de imputar a LaRussa.

«Él sabrá lo que hace», pensó Rossi.

Puede que se equivocara.

Rossi había visto a Keera Duggan en los juicios y era un reflejo de su padre: una luchadora.

Y, sin duda, alguien a quien no se podía subestimar.

Capítulo 14

Keera abrió la puerta tras oír que alguien la golpeaba con firmeza. J. P. Harrison entró.

—Gracias por venir —le dijo Keera.

—No hay de qué.

Aunque eran casi las nueve de la noche, aún había luz natural y seguía haciendo calor. Los ventiladores oscilaban y movían el aire denso por la habitación, lo que suponía un breve alivio. Harrison llevaba pantalones anchos y una camisa blanca de lino. Con esos brazos y piernas tan largos, la ropa le quedaba como un guante. Keera, que medía solo un metro sesenta, parecía un Oompa-Loompa regordete de la fábrica de chocolate de Willy Wonka. Se acercó al portátil y pulsó la barra espaciadora.

—Qué casa tan bonita. —Evidentemente, Harrison no se refería al mobiliario austero de Keera. Veía el potencial de la moldura del techo, los marcos labrados de las ventanas y el suelo de madera con incrustaciones—. ¿Juegas al ajedrez? —preguntó, señalando el tablero y las piezas de cristal de la mesa.

Keera miró por encima del hombro.

—Solo por diversión.

—Tendríamos que echar una partida. Se me daba bastante bien cuando era joven.

Keera sonrió.

—Sí, a mí también. —Abrió el correo electrónico en el ordenador

—. Mira esto. —Retrocedió un paso para que Harrison viera la pantalla del ordenador.

De: Worthing, Jack
Fecha: 5 de junio de 2023
Para: Keera Duggan
Asunto: La partida de tu vida

Tengo entendido que juegas al ajedrez. Pues esta es la partida de tu vida, así que juega como si te fuera la vida en ello… porque puede que sea cierto. No hables de este correo con nadie hasta que lo entiendas. No confíes en nadie. Todo se aclarará pronto.

Harrison examinó el correo un momento antes de decir: —¿Quién es Jack Worthing?

—No lo sé.

—¿Has respondido al correo?

—No lo permite.

Harrison lo intentó con el mismo resultado.

—Puede ser que lo enviaran por error.

—No, por las alusiones al ajedrez. No mucha gente sabe que competía, habría que rebuscar mucho para localizar esa información. Está por ahí, pero no resulta fácil de encontrar. —¿Qué quieres decir con «está por ahí»? ¿En Internet? Keera se inclinó hacia atrás en la encimera de la cocina y le explicó a Harrison que de joven jugaba al ajedrez.

—Me hice un nombre en el mundillo. Se me consideraba una especie de prodigio.

—Me alegro de que me lo digas antes de dejarme en ridículo. ¿Sigues jugando?

Negó con la cabeza.

—Ya no compito.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó, señalando con la cabeza el tablero.

—Juego en línea con un seudónimo que me puso el director de

un torneo. La comepeones de Seattle.

—Qué fino.

—A mi padre le pareció intimidante.

—¿Crees que el correo se relaciona con la partida *online*? —preguntó señalando hacia el tablero.

—Eso he pensado…, pero he jugado contra el Caballero Oscuro varias veces antes.

—¿El Caballero Oscuro? —Harrison sonrió—. Esto mejora.

—Los jugadores usan todo tipo de pseudónimos. Lo que quiero decir es que hemos jugado varias veces y nunca he recibido un correo hasta hoy. Creo que el mensaje se refiere al caso de Vince LaRussa. Es una coincidencia demasiado grande para ignorarla. Quien lo ha mandado, sabe que soy su representante legal.

—Pero eso no lo sabe mucha gente. Es decir…

—Te equivocas. —Negó con la cabeza—. Eso creía yo, pero la fotografía del periódico es una clara señal de que soy su representante legal o lo seré.

—Entonces podría haberte escrito cualquiera. Aunque yo empezaría a buscar por la gente que sabe que juegas al ajedrez.

Keera se apartó de la mesa.

—¿Puede identificarse a Jack Worthing por la dirección IP?

Harrison frunció el ceño y se frotó la barba incipiente.

—La Policía podría rastrearla, pero si la persona ha sido tan precavida, probablemente habrá usado una dirección VPN ilocalizable. Y la mayoría de las empresas de VPN ignoran las citaciones.

—Y no hay motivos reales para involucrar a la Policía. Tampoco es una amenaza.

—Bueno, dice que podría ser la partida de tu vida.

—Pero eso no es suficiente. —Keera lo sabía porque llamó de forma anónima a la Policía cuando el acoso de Ambrose se volvió insoportable y no consiguió ayuda.

—¿Qué piensas hacer?

—De momento, nada, pero si quien sea me proporciona más

información, como parece indicar en el correo, no puedo permitirme ignorarlo. Ahora mismo Ambrose domina el centro del tablero.

—¿El centro del tablero?

—Es terminología de ajedrez. Quiere decir que tiene la sartén por el mango.

—¿Quieres que intente identificar al tal Jack Worthing?

—Sí, pero no pierdas mucho tiempo. No quiero que nos distraigamos con una búsqueda inútil. Prefiero que te centres en localizar al detective privado que hizo las fotos a Lisa Bennet y Vince LaRussa y en las pruebas de la escena del crimen. Tendremos que ser rápidos. Ambrose no tardará en presentar cargos contra LaRussa, y cuando lo haga, subiré la apuesta y convenceré a LaRussa de que no hay tiempo que perder. —Eso quería decir que le aconsejaría que se acogiera a su derecho a un juicio rápido.

—Es arriesgado.

—Sí.

—No vayas tan deprisa, aprovecha el tiempo adicional.

—Es una de las estrategias de mi padre cuando cree que la Fiscalía se apresura sin tener todas las pruebas necesarias. Eso ejerce mucha presión sobre el fiscal.

—Y sobre la defensa.

—Mi padre siempre apostaba por él. En cuanto tenía las pruebas de la Fiscalía, empezaba a buscar las grietas. Ambrose cree que nos saca ventaja por las declaraciones de Bennet y Evans, y piensa que soy ingenua sin experiencia. Usaré eso en su contra.

—Subestimarte sería un error garrafal. Eres tan competitiva como tu padre. Este caso parece una partida ¿verdad?

Keera miró el correo electrónico. «La partida de tu vida».

Lo que quiera que eso significara.

Parte II

Capítulo 15

12 de junio de 2023

El lunes por la mañana, Keera estudiaba el tablero de ajedrez mientras tomaba una taza de manzanilla e intentaba calmarse. El ajedrez siempre la obligaba a concentrarse a pesar de las distracciones exteriores y esa mañana le hacía falta.

—Entrena la mente —le decía su padre—. Encuentra un único objetivo, una estrategia y luego ejecuta tu plan de juego. Si puedes concentrarte en los momentos difíciles, serás invencible.

Como Keera predijo, Miller Ambrose presentó una acusación formal y detuvo a Vince LaRussa después del funeral de su esposa, el viernes por la tarde, así se aseguraba de que LaRussa pasara, como mínimo, el fin de semana en la cárcel y que la edición del fin de semana del *Seattle Times*, la que más ejemplares vendía, publicara el arresto. Para garantizar la atención mediática tras la detención de LaRussa, el fiscal del condado de King y la jefa de Policía, Marcella Weber, dieron una rueda de prensa para anunciar los cargos y que el fiscal principal, Miller Ambrose, que estaba con Frank Rossi y Billy Ford, ejercería la acusación de LaRussa por asesinato en primer grado.

Keera presentó un aviso de comparecencia en representación de Patrick Duggan y Asociados.

Un responsable del Departamento de Operaciones Judiciales la llamó al móvil para informarle de que el juez Laurence Valle haría la

lectura de cargos de LaRussa, pero no en la sala habitual, en la planta doce, sino en la 854E, una de las más grandes del Palacio de Justicia del Condado de King. El público que no cupiera podría seguir el juicio por circuito cerrado de televisión, en una sala contigua.

Keera había comparecido ante Valle muchas veces, la mayoría como fiscal, aunque una vez como abogada defensora. Lo consideraba un juez justo, incluso lo admiraba. Por desgracia, como él presidía la lectura de cargos, no sería el juez de primera instancia, que se asignaría después de la lectura.

Cuando encendió el ordenador, a Keera le sorprendió ver que el Caballero Oscuro había hecho un movimiento a las cinco y cuarto de la mañana. Torre a b1, a lo que respondió con peón a a5. El Caballero Oscuro contraatacó con caballo a e4, ocupando una importante casilla central del tablero y liberando al alfil para unirlo al ataque. En un intento de frenar la ofensiva, Keera respondió con audacia: caballo a d4, amenazando así al peón, al caballo y al rey del contrincante y, a la vez, impidiéndole desplazar la dama al lado opuesto del tablero para ayudar en la defensa. El Caballero Oscuro, quizá tras percibir algo que no había considerado, movió al caballo y capturó al caballo de Keera en d4. El peón de Keera capturó al caballo contrario. El Caballero Oscuro movió el peón a a3, y Keera respondió con el rey a h7, como si temiera el ataque. Pero no era así, Keera tenía un plan que el Caballero Oscuro desconocía.

Por experiencia, Keera sabía que Ambrose también estaría a la defensiva en la lectura de cargos y aprovecharía la gran presencia mediática. Intentaría asustar e intimidar, pero, como el Caballero Oscuro, fracasaría. Keera pensaba ser despiadada.

Antes de salir de casa, se miró al espejo de cuerpo entero. Durante el fin de semana, Keera, Patsy y Ella se reunieron con un experto en jurados que contrataba el bufete habitualmente para los juicios importantes. El asesor les dijo que se había escrito mucho sobre la riqueza personal de Vince LaRussa y que cualquier intento de presentarlo como humilde con ropa informal se percibiría como falso. Keera vestía su mejor traje, una falda y una americana negras

de Hugo Boss, una blusa de gasa *beige* y zapatos negros de tacón, un maquillaje discreto y unos pequeños pendientes de oro. El experto les informó de que Ambrose ya estaba sembrando la semilla en los medios de comunicación, insinuando a los posibles miembros del jurado que LaRussa era un cobarde: un hombre rico y poderoso que mató a su mujer discapacitada por la espalda, cuando estaba sentada en una silla de ruedas. Si Keera no inventaba una historia mejor, la ropa que llevara no importaría lo más mínimo.

El asesor podría haber resuelto el problema más importante: ¿quién llevaría el caso? Les advirtió que, dado el género y la fragilidad de la víctima, les convenía evitar una mesa de la defensa dominada por hombres y presentar una imagen más discreta. Aseguró que al jurado le gustaría más una chica joven como Keera. En ese escenario, lo más lógico sería que Ella ejerciera como segunda abogada, pero no era una litigante destacada. Era firme, meticulosa y fiable, cualidades que también la hacían predecible. En el ajedrez, resulta muy fácil vencer a este tipo de oponente. Ella no tenía el instinto de Patsy ni su habilidad para pensar con rapidez, anticipar argumentos y adelantarse a las jugadas de la Fiscalía. Patsy tampoco temía correr riesgos calculados, por lo menos en el pasado. En el presente, eso ya no estaba garantizado. Keera sabía por experiencia que Patsy podía perder el control en cualquier momento. Como le dijo su madre, su mente y sus instintos ya no eran los de antes.

Eso planteaba varios problemas a Keera: rechazar discretamente a Ella, decir a Patsy que lo necesitaba sobrio —y lograrlo— y, lo más importante, convencer a Vince LaRussa de que ella era la persona indicada para liderar su defensa. Patsy resolvió el primer punto diciéndole a Ella que la empresa la necesitaba al frente del bufete y de los otros casos. Ella no opuso demasiada resistencia, lo que, posiblemente, indicaba que conocía sus limitaciones.

En cuanto a LaRussa, Keera y Patsy se vieron con él en la sala de la cárcel del condado de King donde se reúnen los abogados con sus clientes y le expusieron la opinión y el razonamiento del experto en

jurados. LaRussa escuchó con atención, pero dijo que prefería esperar a la lectura de cargos para decidir.

Eso significaba que Keera tenía que convencer al cliente en esa lectura de que estaba preparada para la batalla. El experto en jurados sugirió que Keera insinuara a los medios, moderadamente, que LaRussa, después de sufrir la pérdida atroz de su mujer, tenía que sufrir la humillación de ser cabeza de turco de una Fiscalía que lo había acusado apresuradamente. Puede que no consiguiera cambiar la narrativa del fiscal completamente, pero podría suavizarla.

Como si Keera no tuviera suficiente presión, Ella volvió a repetir cuánto necesitaba el bufete ganar el caso y la importancia de la cobertura mediática para el futuro de la empresa, si ellas querían ser en algún momento algo más que asociadas de Patsy Duggan.



—Toc, toc.

Keera levantó la mirada del escritorio. Patsy entró en el despacho con su mejor traje de color azul marino. Se había cortado el pelo el fin de semana y parecía el de siempre, el Luchador Irlandés.

—¿Nos vamos, hija? Keera miró el reloj de la pared, sin ser consciente de lo rápido que había pasado el tiempo desde que llegó al despacho.

—Estaba repasando los casos recientes con fianza.

—El juez Valle no la concederá.

Patsy tenía razón: al juez Valle le costaría mucho conceder fianza a un hombre con millones de dólares y avión privado. Valle, aunque justo, era un funcionario elegido por votación y no se arriesgaría a que un hombre acusado de asesinato se librara de un juicio por una decisión suya.

—Lo sé, pero quiero sentar las bases para intentar convencer al juez de primera instancia.

—En cuanto a eso… —Patsy hizo una mueca—. Mis contactos me han dicho que el caso se asignará a la jueza Hung.

—Maldita sea. Máximum Maxine no habría sido mi primera opción.

—Ni la mía.

—Pero seguro que Ambrose está encantado.

Antes de convertirse en jueza, Maxine Hung fue la fiscal del condado de King con más penas de muerte en su haber. Y la toga no la había ablandado. Desde que el Tribunal Supremo de Washington abolió la pena de muerte, la jueza Hung dictó repetidamente las penas máximas a los condenados en su sala de audiencias.

—Si al final es nuestra jueza, también hay que reconocer que no tolera sandeces ni la incompetencia de ningún bando —dijo Patsy—. Y, como mujer, te exigirá más.

—Veo que sigues teniendo a tus espías.

—Algunos me quedan.

—Vamos a comprobar si son buenos —soltó Keera, guardando el material en el maletín.

—Oye, hija. —Patsy cambió el tono de voz.

Keera imaginaba lo que se avecinaba, otra disculpa o promesa.

—No te preocupes por mí, ¿de acuerdo? —añadió—. Tú haz tu trabajo. Yo estaré para apoyarte.

Keera quería creerlo, pero conocía demasiado bien a su padre y sus promesas rotas. Antes, Patsy era valiente e impredecible, pero ahora, Keera temía que solo fuera impredecible.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Patsy. Y no me avergüences. Ganaré el caso contigo o sin ti, pero eso depende solo de ti.



Cuando Keera y Patsy doblaron la esquina hacia la Tercera Avenida, más de media docena de furgonetas de los medios de comunicación los esperaban. Los periodistas buscaban tomas en directo con el Palacio de Justicia del condado de King de fondo, y una larga fila de personas que esperaban para ver el juicio se había formado en la acera, frente a la entrada.

—Vamos, hija —dijo Patsy—. Si esperas en la cola no llegarás ni a las audiencias del lunes que viene.

Keera siguió a Patsy hacia el otro lado de la calle hasta el edificio de la Administración del condado en la Cuarta Avenida. Allí, pasaron un detector de metales, y Patsy guio a Keera por un túnel pintado de blanco y desolado hacia el juzgado. Keera sabía que existía el túnel, pero nunca lo tuvo en cuenta ni lo usó. La oficina de la Fiscalía estaba en el edificio de los juzgados del condado de King.

Cuando salieron del ascensor en la octava planta, oyeron voces que subían de volumen a medida que Keera y Patsy se acercaban al gentío que esperaba en el pasillo de mármol blanco, que llevaba a la sala de audiencias. Los periodistas no tardaron ni un momento.

—¿Cómo se declarará su cliente?

—El señor LaRussa está deseando que empiece el juicio para demostrar su inocencia —respondió Keera—. Esto es un despropósito. Ese hombre no solo ha perdido a su mujer en un crimen violento, sino que además está sufriendo la humillación de ser el chivo expiatorio de la Fiscalía, en un juicio apresurado.

—¿Qué puede decir sobre las pruebas contra su cliente?

—El fiscal no ha presentado pruebas —dijo Keera siguiendo el guión que Patsy la ayudó a redactar—. Lo único que tenemos son las declaraciones infundadas del escrito de acusación. Pediremos las pruebas a la Fiscalía y no diré más hasta que las haya evaluado

personalmente.

Keera y Patsy entraron por la puerta de madera, que custodiaba un alguacil de la Unidad de Protección de Juzgados del condado de King. Un segundo alguacil esperaba en la puerta interior con una mano levantada, que bajó al reconocer a Patsy.

En el interior, los bancos para el público estaban llenos, y había gente de pie al fondo de la sala. La familia de Anne LaRussa estaba en el primer banco, al otro lado de la sala: la madre, el padre, los dos hermanos y sus respectivas parejas. El padre de Anne fulminó con la mirada a Keera cuando entró. Eso era lo difícil para un abogado defensor. Teóricamente, todo el mundo creía en el derecho de un acusado a la mejor defensa, pero, en la práctica, se identificaba al defensor con el cliente y a veces se le detestaba más.

Miller Ambrose aún no estaba en la sala. Le gustaba llegar tarde. Patsy decía que eso era un error, a los boxeadores también les gustaba hacer esperar al contrario, como táctica de intimidación, hasta que Muhammad Ali empezó a llegar antes para ganarse al público. Patsy aconsejó a Keera que usara ese tiempo para ponerse cómoda, saludar al taquígrafo oficial y al alguacil y permitir que los espectadores y los medios de comunicación vieran su actitud despreocupada como un reflejo de la inocencia de su cliente.

Keera siguió su consejo y se esforzó por parecer relajada y calmada mientras se acercaba a la zona reservada delante del estrado elevado del juez. Mantuvo una conversación informal con el letrado de la Administración de Justicia y luego con la alguacil del juez Valle, una mujer india de aspecto elegante con la que había coincidido en otra ocasión.

Poco después de sentarse a la mesa de la defensa, la puerta de la sala se abrió de par en par. Miller Ambrose entró vestido con un traje a cuadros de color gris claro. April Richie, que llegó a las oficinas de la Fiscalía cuando Keera se marchó, lo seguía. Richie, una chica joven y atractiva, se había convertido en la última protegida del fiscal. Ambrose dejó el maletín en la mesa de la acusación y saludó a la alguacil y a la taquígrafa como si él fuera el rey de la sala

y el resto sus invitados. Keera ya había visto aquel espectáculo antes. Se le daba bien. Se le daba de maravilla.

Inmediatamente después, tres funcionarios de prisiones escoltaron a Vince LaRussa hasta la sala. Vince caminaba con la cabeza alta y una expresión neutra, como Keera le aconsejó. La sala se sumió en el más absoluto silencio; los espectadores evaluaban hasta el más mínimo movimiento del gestor financiero. LaRussa iba con esposas atadas a una cadena abdominal. Llevaba el uniforme de la prisión, calcetines blancos y deportivas. Un funcionario le retiró las esposas y se sentó entre Keera y Patsy. Siguiendo las indicaciones del experto en jurados, Keera puso una mano sobre el hombro de su cliente y se inclinó hacia él para demostrar al público que las mujeres no temían a ese hombre.

—¿Cómo se encuentra? —le susurró Keera.

—Estoy bien —respondió, asintiendo.

La alguacil, que se ausentó cuando LaRussa entró en la sala, reapareció, seguida del juez, un hombre bajito, con entradas en el pelo y gafas de montura metálica.

—En pie —ordenó la alguacil.

Valle fue al grano.

—Pueden sentarse. Buenos días a la acusación y a la defensa. Señoras y señores. Quiero recordarles a todos que, aunque estamos en una sala de audiencias ceremonial, este es un procedimiento judicial y espero el debido respeto. Señor Ambrose, puede proceder.

Ambrose salió de detrás de la mesa de la Fiscalía, con las gafas colocadas en la punta de la nariz.

—Número veintisiete del calendario de vistas de imputación, señoría. El Estado de Washington contra Vincent Ernest LaRussa…

Keera también salió de detrás de su mesa, no estaba dispuesta a permitir que su adversario se convirtiera en el centro de atención de la sala.

—Buenas tardes, señoría. Keera Duggan y Patrick Duggan, del bufete Patrick Duggan y Asociados. Comparecemos en representación del acusado, Vincent LaRussa. Ya se ha presentado el

acta de personación, señoría.

—El letrado de la Administración tomará nota de la personación de la señorita Duggan y el señor Duggan de Patrick Duggan y Asociados —instruyó el juez—. Que conste en acta que Patrick Duggan está presente en la sala esta mañana. Buenos días, señor Duggan —saludó Valle.

Patsy echó atrás la silla y se levantó como si fuera a saludar al rey de Inglaterra.

—Buenos días, señoría.

Ambrose dio un paso hacia delante, siguiendo su guión.

—El acusado se encuentra presente, bajo custodia…

Las vistas de imputación eran, a menudo, actos rutinarios, en los que la acusación dirigía la reunión y se ignoraba a la defensa, pero Patsy le ordenó a Keera que no permitiera que Ambrose la tratara como a una inútil. Keera también dio un paso hacia delante.

—Señoría, la defensa acusa recibo del escrito de acusación, acepta la notificación formal y renuncia a la lectura íntegra de los cargos. El acusado, Vincent LaRussa, es ciudadano de los Estados Unidos y se declara no culpable.

Por un momento, e intencionadamente, fue como si Keera hubiera dejado sin aliento al público de la sala. Patsy le pidió que declarara de inmediato para evitar que Ambrose leyera los cargos en público y delante de los medios.

Tras una breve vacilación, el público en la sala soltó el aire contenido y se movió con nerviosismo.

—Que conste en acta que el acusado se declara no culpable —dijo el juez Valle.

Keera continuó:

—Señoría, la defensa desea hablar sobre la fianza.

Ambrose dio otro paso hacia delante, estaba justo delante del estrado del juez. Dejó un documento sobre la barandilla que separa al letrado de la Administración, como si quisiera demostrar que aquella sala era suya.

—La Fiscalía se opone a la fianza. Se trata de un caso de

asesinato en primer grado. Ha sido un crimen premeditado, calculado y cobarde.

Keera avanzó hasta quedar codo a codo con Ambrose.

—Señoría, el fiscal se ha excedido. Todavía no hay caso, estamos aquí para discutir una imputación de asesinato, pero eso es todo, una imputación. El señor LaRussa no ha sido condenado por ningún delito ni mucho menos por asesinato. Es inocente hasta que se demuestre lo contrario, y la presunción de inocencia también rige en esta vista preliminar. En cuanto al comentario personal e improcedente del fiscal, la defensa solicita que sus palabras se retiren del acta y que se le inste a abstenerse de emitir valoraciones personales.

—Que se elimine la referencia al acusado. Señor Ambrose, por favor, absténgase de hacer valoraciones personales.

—Disculpe, señoría.

Era una victoria pequeña, pero una victoria.

—En cuanto a la fianza —continuó Keera—, la Fiscalía sabe perfectamente que todo ciudadano del Estado de Washington tiene derecho a una fianza. Los únicos aspectos relevantes en este caso son los lazos del señor LaRussa con la comunidad, si existe riesgo de fuga o supone una amenaza para la comunidad en la que lleva veinte años viviendo.

Ambrose esbozó una sonrisa burlona, como si el argumento de Keera le pareciera ingenuo e incorrecto.

—El asesinato del que se acusa al demandado fue premeditado —gritó el fiscal. Una vez le dijo a Keera que nunca usara pronombres como «eso» para un delito específico, sobre todo de asesinato—. La víctima recibió un tiro en la nuca de una pistola encontrada en la escena del crimen. Un arma fantasma, señoría.

La mención a la prueba, el arma irrastreable, la hizo para llamar la atención de la prensa, y sorprendió a Keera, pero ella se obligó a no reaccionar. Las pistolas fantasmas se habían convertido en la pesadilla de la Policía y la Fiscalía. Más importante aún para el asunto de la fianza, un arma fantasma podía indicar premeditación.

Evaluar. Considerar. Y luego responder.

Ambrose avanzó otra casilla.

—Los testigos declararán que la víctima seguía viva poco antes de que el acusado llegara a casa y aportarán el móvil para el asesinato. En cuanto a las dos cuestiones planteadas por la defensa, el acusado dispone de recursos económicos considerables y acceso a un avión privado que podría llevarlo a países sin tratados de extradición con Estados Unidos. Además, ahora es viudo y no tiene hijos ni familia en la zona.

Ambrose mencionó deliberadamente las supuestas pruebas que Keera quiso evitar que se leyeran en voz alta. El fiscal había avanzado, pero dejó una grieta y Keera movió ficha para contraatacar.

—Con el debido respeto, señoría, el fiscal se equivoca en varios datos. Aunque la naturaleza del arma sea de interés, no se ha presentado ninguna prueba que demuestre que pertenecía al señor LaRussa o que él la disparara, por lo que deduzco que el fiscal la habría mencionado indebidamente ante el tribunal y los presentes, dado su generoso repaso de otras acusaciones infundadas. ¿Premeditación? Quizá por parte del asesino, pero no por parte del señor LaRussa. —Cuando parecía que el juez iba a interrumpirla, Keera cambió de tema—. Ahora bien, en cuanto a los aspectos pertinentes para la fianza, que la Fiscalía argumente que el señor LaRussa no tiene vínculos con la comunidad es falso. El señor LaRussa forma parte de juntas directivas de organizaciones benéficas, hospitales y otras causas sociales, y contribuye a ellas con millones de dólares. Es el socio director de Gestión Patrimonial LaRussa, con sede en Pioneer Square, y sigue comprometido con sus empleados además de con sus clientes, incluso en estos momentos tan difíciles. Tampoco tiene antecedentes penales que lo conviertan en un riesgo para la sociedad. No se lo debe penalizar solo porque sea un hombre con éxito. Entregará su pasaporte. Está dispuesto a llevar un dispositivo de localización en el tobillo y a permanecer en arresto domiciliario. Desea comparecer ante el

tribunal y defenderse de la acusación para que se pueda perseguir y detener al asesino de su mujer. Se debe honrar la presunción de inocencia.

El juez no mostró en ningún momento que le incomodara el intercambio de argumentos de las partes sobre la inocencia o culpabilidad de LaRussa. Levantó una mano e impidió que Ambrose siguiera hablando.

—De momento queda denegada la petición de libertad bajo fianza. Si la defensa quiere plantear el asunto al juez que se asigne al caso, estoy convencido de que él lo considerará. —En otras palabras, Valle se lavaba las manos—. En mi opinión, debido a sus recursos, el fácil acceso a un avión privado y que no tiene familia inmediata, su defendido representa un posible riesgo de fuga. Además, se trata de un caso grave y sería una falta de respeto hacia el pueblo del condado de King no considerarlo como tal.

Keera entendió la decisión del juez Valle e incluso la previeron cuando Patsy y ella hablaron con LaRussa, aunque no por eso perder el primer asalto contra Ambrose le resultó más fácil.

—¿Quiere la Fiscalía añadir algo más? —preguntó Valle.

—No, señoría. —Ambrose se alejó del estrado.

Sin embargo, Keera no había terminado. Patsy le explicó que el juez encargado de asignar los casos a los otros jueces había implementado recientemente un sistema exprés para acelerar los procesos judiciales e intentar reducir la acumulación de personas en prisión preventiva.

—Señoría, el señor LaRussa solicita que el tribunal fije de inmediato una audiencia para programar el proceso y que esta se celebre dentro de las próximas setenta y dos horas.

Ambrose se dio media vuelta.

—Señoría. —Empezó, pero quizás al percibir el pulso estratégico de la abogada, se limitó a decir—: La Fiscalía no se opone.

Valle, sin embargo, se inclinó hacia delante.

—¿Quiere decir que su defendido no renuncia a su derecho a un juicio rápido, señorita Duggan?

—Así es. Su voluntad es zanjar este asunto cuanto antes para limpiar su nombre.

—Muy bien. —Valle fijó la audiencia para programar el juicio el jueves 15 de junio—. ¿Algo más?

Keera llamó la atención del juez sobre la moción que había presentado la defensa para acceder a las pruebas del expediente policial. Podía deducir algunas cosas, pero no quería basarse en suposiciones durante el juicio. Como le enseñó Patsy, debía conocer las pruebas mejor que nadie, y cuanto antes.

—¿Alguna objeción de la Fiscalía? —preguntó Valle a Ambrose.

—Ninguna, señoría —respondió Ambrose con cortesía—. La Fiscalía estará encantada de compartir las pruebas con la defensa… cuando estén listas.

—Entonces, se levanta la sesión —dijo Valle, golpeando el mazo.

Cuando se alejaron del estrado, Ambrose murmuró en voz baja, aunque lo suficientemente fuerte para que Keera lo oyera:

—Aunque no estoy convencido de que a la defensa le gusten.

Capítulo 16

El comentario críptico de Ambrose y el hecho de que se marchara rápidamente de la sala sirvieron para confirmar a Keera su acierto al solicitar las pruebas lo antes posible. No se fiaba ni un pelo de Ambrose y se preguntaba a qué más tendría que enfrentarse, además de al arma fantasma.

No descartaba tener que solicitar una orden judicial para la entrega de las pruebas. De hecho, esperaba hacerlo. La sexta enmienda garantiza el derecho del defendido a ver las pruebas en su contra, y Keera dudaba que la jueza Maxine Hung respondiera favorablemente si Ambrose le hacía perder el tiempo obligándola a presentar una moción.

Después de la audiencia, Keera le dijo a LaRussa que solicitaría la libertad bajo fianza cuando les asignaran un juez.

—Conseguiré los informes policiales y las pruebas lo antes posible y le mantendré informado.

LaRussa se lo agradeció.

Keera le tocó el hombro y se inclinó hacia él.

—¿Sabe algo de la pistola?

—No —respondió.

Ella le dio una palmadita en el hombro antes de que los funcionarios de prisiones volvieran a ponerle la cadena abdominal y las esposas y lo acompañaran al exterior de la sala. Keera vio que J. R Harrison, de pie al fondo de la sala, asintió con la cabeza, un gesto

que indicaba que quería hablar.

—Ve —le dijo Patsy al ver a Harrison—. Yo me encargaré de la prensa.

—Patsy… —empezó a decir Keera.

—Lo he hecho muchas veces. Hablar de todo sin decir nada. —Sonrió—. Ve.

Keera se reunió con Harrison y fueron a una esquina solitaria de la parte trasera de la sala de audiencias.

—¡Una pistola fantasma! —exclamó Harrison—. Eso complica las cosas.

—Eres un genio de la sutileza.

—Está bien ser un genio de algo.

—Voy a necesitar que revises de nuevo sus movimientos bancarios y descartes cualquier compra a terceros, en ferias de armas o por Internet.

—Ya lo tengo apuntado. Pero la falta de pruebas no lo exonerará. Ese es precisamente el propósito de las armas fantasma, no dejar rastro de su compra ni de su venta.

Tenía razón, pero Keera también podría argumentar que la Fiscalía no tenía pruebas de que Vince LaRussa comprara el arma.

—Tengo algo para ti —dijo Harrison—. Vamos a algún sitio más privado. Has venido caminando, ¿no?

—Es el único ejercicio que hago últimamente.

—Bien. Pues te llevo en mi coche.

Keera se acercó a su padre y se apartaron un momento a un lado.

—J. P. tiene algo para mí. Quiero que te encargues de que nos den las pruebas. ¿Puedes volver solo al bufete?

Patsy sonrió.

—Creo que sí.

De camino al coche, Harrison le dijo a Keera que había encontrado al detective privado que siguió a Vince LaRussa y Lisa Bennet.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Como ya he dicho, la gente habla, sobre todo cuando el caso es tan público. La publicidad es buena para los negocios.

—¿Y has hablado con ese detective privado para confirmarlo?

—¿Y arriesgarme a asustarla? No, he supuesto que querrías estar tú.

—¿Ella?

—Ella.

Como Patsy, Keera prefería hablar con la gente en persona, para evaluar su lenguaje corporal cuando respondían a las preguntas. Abrió la puerta del copiloto del BMW de 1972 de Harrison, que compró su padre por doce mil dólares y recientemente le habían ofrecido más de cien mil dólares por él. Keera pensaba que era de color rojo, pero Harrison la corrigió y le aseguró que era de color Verona. A la chica le seguía pareciendo rojo.

Ya en camino, Keera preguntó:

—¿Recibiste los vídeos que te envié de las cámaras de seguridad del Four Seasons y las de tráfico?

—Y ayer a las ocho y cuarenta y cinco hice el trayecto —respondió, confirmando que había visto las imágenes y repetido el recorrido de LaRussa cuando salió del hotel el domingo por la noche —. LaRussa llegó al hotel y se marchó de allí a las horas que dice y fue directamente a casa. No se desvió ni dio ningún rodeo.

A Keera se le ocurrió una cosa.

—Hazme un favor. Confirma que LaRussa no recibió un paquete en el hotel y que no tenía una habitación reservada.

—De acuerdo —contestó Harrison y dictó la nota al móvil.

—¿Quién miente, J. R? Alguien miente.

—No lo sé. Pero, de momento, Vince LaRussa es el único que tiene algún motivo para mentir.

—Que sepamos —corrigió ella—. Podría no ser cierto que Anne LaRussa estaba viva cuando Bennet se marchó, como asegura.

Harrison la miró.

—¿Vas a plantear una hipótesis alternativa? —preguntó el investigador con escepticismo. Culpar a otra persona era una táctica

de último recurso.

Keera hizo un gesto de desestimación con los hombros.

—Tengo que establecer dudas razonables. Podemos alegar que Anne amenazó con contar a todo el mundo que Bennet le recetaba opioides como si fueran caramelos.

—¿Y Bennet llevaba casualmente una pistola en el bolso?

—Ahora mismo no sabemos el origen del arma, así que es una posibilidad. Puede que Anne hubiera amenazado a Bennet antes, o que después de semanas de acusaciones y amenazas de Anne a la doctora, que ella no declaró, Bennet le pegara un tiro a Anne.

No era una teoría muy buena, Keera lo sabía, pero era lo único que se le ocurría de momento.

—Hablaré con Vince y le pediré una lista de amigos de la pareja. Averigüemos si alguno conocía resentimientos o fricciones. Quizá Anne le dijo a alguien, además de a Bennet, que sospechaba que Vince le era infiel.

—Insinuaste que Anne vivía recluida… por lo menos según el padre.

—Y Vince —comentó ella—. Pero es lo que hará Ambrose, no me cabe la menor duda.

—Porque tiene una oportunidad y un móvil —intervino Harrison.

—Ambrose no dejará cabos sueltos, no dejará nada a la suerte —aseguró Keera.



El despacho de la detective privada estaba en la planta baja de un edificio de ladrillo en Madison Valley, no muy lejos de la residencia de los LaRussa. En la última década, la zona se había gentrificado con bloques de pisos, dúplex, locales comerciales y un supermercado. Harrison pasó por delante del edificio para

comprobar que estaba abierto antes de dejar el coche en un aparcamiento subterráneo del edificio.

—¿Has llamado para preguntar si la detective estaba en su despacho? —preguntó Keera.

—Michelle Batista.

—¿La conoces?

—No. Y no he encontrado mucha información sobre ella ni en Internet ni en su página web. Tampoco oí hablar de ella cuando trabajaba en la Policía.

Los detectives privados, que sabían mejor que nadie lo fácil que resultaba a los delincuentes hacerse con la información personal, protegían celosamente su privacidad. La mayoría procedía del Cuerpo de Policía o del ámbito jurídico, ya que una gran parte de su trabajo consistía en presentar notificaciones judiciales y comprobar los antecedentes de la gente. Harrison afirmaba no tener ordenador, solo móvil, y se negaba a hacer transferencias bancarias si no era personalmente, en el banco. No anunciaba sus servicios en Internet ni tenía redes sociales, no compraba nada *online* a menos que supiera que podía devolverlo y se lo reembolsarían. Que Keera tuviera noticia, usaba tres apartados de correos en tres barrios.

—¿Y cómo sabes que hizo las fotos si no has hablado con ella?

Harrison le dedicó una de sus características sonrisas.

—Como he dicho, este caso es publicidad gratuita. Que es la mejor. —Harrison dejó varios espacios libres entre su coche y el vehículo más cercano para evitar golpear las puertas al abrirlas.

Subieron hasta el vestíbulo en el ascensor. Unas puertas de cristal con letras doradas identificaban las oficinas de IIS, SRL. ¿Qué significaba?

En el interior, se acercaron a una mujer negra que se sentaba a un escritorio de imitación de madera de color beis, en una oficina de aspecto anodino.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la mujer a Harrison, intentando contener una sonrisa.

—Creo que sí —respondió el aludido marcando más el acento—.

Nos gustaría hablar con Michelle Batista.

La mujer se atragantó con la siguiente pregunta:

—¿Tienen cita?

—No, pero estoy convencido de que querrá vernos.

—¿Me pueden decir sus nombres?

—Dígale que Vincent LaRussa quiere hablar con ella.

—¿Es usted Vincent? —preguntó la recepcionista.

—Soy muchas cosas. —Harrison y Keera se alejaron del escritorio y la mujer utilizó el teléfono.

—Y tan mayor como para ser su padre —masculló Keera.

—Si quieres hablar con alguien, necesitas permiso del portero —susurró J. P.

La mujer colgó el teléfono y sonrió incómoda.

—La señora Batista está ocupada —anunció.

Keera le ofreció una sonrisa a Harrison.

—Un punto para la portera. —Entonces se volvió hacia la recepcionista—. Por favor, dígale a la señora Batista que la abogada de Vincent LaRussa la espera en el vestíbulo y que querría hablar con ella cinco minutos. De lo contrario, no me quedará más remedio que pedir una orden judicial para registrar su ordenador y el móvil, además de una citación para una declaración jurada. Todo esto la distraería de los casos que le generan ingresos.

La mujer se quedó aturdida.

Keera le señaló el teléfono con la cabeza.

—Llámela, querrá que la avise.

La recepcionista cogió el teléfono y repitió lo que Keera le dijo, se quedó un momento en silencio y luego colgó.

—La señora Batista los recibirá ahora mismo.

Keera se volvió hacia Harrison y le dijo:

—A veces uno tiene que amenazar al portero para que le dejen pasar.

Dentro de un despacho tan austero como la recepción, Michelle Batista los recibió de pie detrás del escritorio. En una esquina, cerca de una ventana, había un helecho de plástico que parecía real. No

había ninguna foto familiar en el escritorio ni en la estantería detrás de la mujer. No había nada personal.

Keera se presentó e hizo lo mismo con J. P. Harrison.

—Vi su foto en el periódico y hoy la he visto en las noticias —dijo Batista—. Supuse que sería cuestión de tiempo que vinieran. —Miró a Harrison—. ¿Cómo me han encontrado?

—La gente habla —respondió él.

—Sobre todo en este mundillo. —Batista hizo un gesto con la mano para que se sentaran y ellos obedecieron.

—¿Qué significa IIS? —preguntó Keera.

—Instituto de Investigación de Seattle.

—¿Ha trabajado usted en el Cuerpo de Policía?

—No. Tengo un máster en Biblioteconomía por la Universidad de Washington.

—¿Y cómo termina una bibliotecaria trabajando de detective privada?

—Los últimos años que trabajé en una biblioteca fue casi siempre en la del centro, vigilando a sin techo y enfermos mentales. No me malinterpreten. Muchos venían a la biblioteca a buscar ayuda para conseguir trabajo y rehacer su vida. Ellos no suponían un problema. Los problemáticos eran los que usaban los ordenadores para ver porno y masturbarse, dejaban los aseos hechos un asco. Cuando intervine, me amenazaron. Me quejé a mi superior, y me dijo que me ocupara yo del asunto. Llamé a la Policía, y me aseguraron que no intervendría, por lo menos con el Ayuntamiento actual, que difunde el mantra de que cualquiera que se enfrente a las personas sin hogar es un fascista insensible. —Se encogió de hombros—. Así que me cansé de pelear. Me cansé de la terapia y decidí marcharme en cuanto tuviera garantizada la pensión. Pero me gusta trabajar. Me gusta investigar. Soy así de friki.

—¿Hizo usted las fotos a Vincent LaRussa con Lisa Bennet?

—Encargué a otra persona que las hiciera, pero… sí. El contrato estaba a mi nombre.

—Eso no es investigación exactamente —apuntó Keera.

—No, pero he aprendido que pillar a cónyuges infieles resulta mucho más lucrativo que investigar la historia de Carlomagno para alguien que está escribiendo una novela ambientada en la Edad Media. Y tengo que costear la hipoteca.

—¿Cuánto le pagaron?

—No lo diré. No me parece lógico que la competencia conozca mis tarifas y no tiene relevancia para el caso.

—¿Y si lo guardamos en secreto? —preguntó Harrison con una sonrisa.

—Como ha dicho, la gente habla.

Keera siguió:

—¿Conoció usted a Anne LaRussa?

—No.

—¿Habló con ella por teléfono?

—No.

—¿Por correo electrónico?

Batista negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo consiguió el encargo?

—Recibí un *email* preguntando si podría seguir a un marido y determinar si era infiel a su mujer. Dije que sí, por una cantidad, y recibí otro correo con el nombre del marido.

—¿Cómo le pagaron? —preguntó Harrison.

—Por PayPal. Si pretenden identificar a la persona, olvídense. Usaron una VPN para esconder la dirección IP.

—¿Conserva los correos?

—Están en el ordenador y tengo copias impresas. Como he dicho, en cuanto vi las noticias supe que la Policía y los abogados terminarían llamando a mi puerta. No quiero involucrarme, pero imagino que ya lo estoy. Ahora lo de investigar a Carlomagno me parece mucho más interesante.

—¿Ha estado aquí la Policía?

—Ustedes son los primeros.

—¿Puedo ver los correos?

Batista abrió una carpeta de manila que tenía en el escritorio y

entregó las dos páginas a Keera. El correo era de un tal Jack Worthing, ese nombre le heló la sangre a Keera. Se giró hacia Harrison, que también se había fijado. El correo decía básicamente lo que la mujer les había contado.

—Por su reacción, ¿entiendo que conocen a Jack Worthing? —preguntó Batista, mirando a Keera y a Harrison.

—No —respondió Keera—. ¿Lo ha visto usted alguna vez?

La mujer negó con la cabeza.

—Personalmente, creo que no existe. Creo que el nombre es inventado, por eso les he preguntado.

—¿Ha intentado localizarlo?

—Sí, cuando oí lo del asesinato.

—¿Y qué supo de él?

—Que tuvo una vida corta pero exitosa en 1895, en el teatro de Saint James, en Londres.

—No la entiendo.

—Porque no es usted una friki de la investigación como yo. —Batista cogió un sobre de manila de debajo de otro que tenía en el escritorio—. Jack Worthing es el protagonista de la obra *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde. Tuvo un gran éxito cuando se estrenó. Entonces, el marqués de Queensberry sudo que su hijo era gay y amante de Oscar Wilde y se encargó de arruinar la obra y la carrera del autor. Así que, si la persona que ha enviado los correos no tiene el mismo nombre, lo cual es posible, yo creo que es ficticio. Alguien lo utiliza de alias. Compré un ejemplar de la obra y la leí. Es una crítica a la institución del matrimonio y a su percepción, algo que puede resultar relevante para su caso. No tengo ni idea. En cuanto al argumento, Jack Worthing crea un hermano, Ernesto, para que disfrute de todos los placeres como Jack nunca haría. Se supone que el título es irónico[1].

—¿Tiene un ejemplar? —preguntó Keera.

Batista sacó un librito de la carpeta manila y se lo entregó.

—¿Me lo presta?

—Se lo puede quedar. No me interesa en absoluto. Solo quería

satisfacer mi curiosidad.

Keera le dio las gracias. Pensó en el correo que Jack Worthing le había enviado mencionando que Keera jugaba al ajedrez.

—¿Le pidió Jack Worthing que me investigara a mí?

—No. ¿Por qué?

—Yo también he recibido un correo suyo.

—No sé nada al respecto. Aunque, sin duda, eso añade otra capa al asunto, ¿verdad?

«Más de una», pensó Keera.

—¿Puedo hacer una copia del *email*?

—Normalmente no entrego copias de los expedientes de mis clientes sin una orden judicial, pero como probablemente mi cliente no existe, estoy libre de la obligación de proteger su identidad. —Le entregó los documentos a Keera—. Parece que ambas estemos metidas en algún tipo de juego.

Capítulo 17

Keera necesitaba un lugar tranquilo para revisar el expediente de Jack Worthing que le había entregado Michelle Batista, comprobar la poca información que había, leer la obra de teatro y pensar en el significado de toda la situación. En el coche de Harrison, de camino a la oficina para recoger el suyo, Harrison le dijo que había estado pensando:

—Tiene que ser la esposa, ¿verdad?

—Imposible. Yo recibí el mensaje de Jack Worthing cuando Anne LaRussa ya estaba muerta.

—Los correos se pueden programar para que se envíen a una hora y día concretos.

—Pero Anne LaRussa no sabía que yo iba a representar legalmente a su marido. No podía adivinarlo.

—¿Entonces es un intermediario? ¿Alguien a quien Anne LaRussa contrató?

—¿Por qué se tomaría tantas molestias Anne LaRussa en ocultar que había contratado a una detective privada? —preguntó Keera—. Se enfrentó a Lisa Bennet y a Vince.

—A lo mejor le daba miedo que su marido supiera que lo vigilaba.

—Puede ser, pero elegir ese apodo y esa obra… —Le enseñó el libro de *La importancia de llamarse Ernesto*—. O conocía la obra o eligió la obra y el personaje, después de indagar un poco. Tal vez

quería que se supiera que su matrimonio no era lo que parecía, que escondía algo tras la fachada.

—Vale, asumamos que es por eso. Entonces, ¿para qué mandaría un correo al equipo defensor de LaRussa avisándolo de que pronto recibiría más información? Si ella tuviera esa información o algún dato siniestro de su matrimonio, ¿por qué no mandarlo a la acusación? —preguntó Harrison.

Keera lo pensó un momento, pero luego se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo y energía y que no tenía para desperdiciar.

—Estamos especulando sobre una especulación —dijo, recordando otro de los mantras de Patsy: «Controla lo que puedes controlar. Resuelve lo que tienes delante»—. ¿Qué podemos controlar? Podemos descubrir qué estudió Anne LaRussa en la universidad. A lo mejor tenía experiencia en el mundo del teatro —sugirió Keera a la vez que anotaba mentalmente preguntarle a Vince.

Cuando llegó a casa, Keera recogió el correo del suelo, que el cartero había metido por la rendija de la puerta, lo dejó sobre la mesa del comedor y pulsó la barra espaciadora del teclado para comprobar cómo progresaba la partida. El Caballero Oscuro había retirado la dama a c2, quizá se había dado cuenta de que un ataque frontal la pondría en peligro. Keera movió el peón a b6. En su decimosexto movimiento, el Caballero Oscuro deslizó el alfil a f4. Keera movió la torre a a7, manteniendo su fachada defensiva, pero abriendo un camino en diagonal que estaba convencida de que el Caballero Oscuro no había previsto. El oponente movió la torre de f1 a c1, doblando la defensa en el lado del tablero donde tenía la dama. Las dos torres, una al lado de otra en ese momento, formaban una batería poderosa junto a la dama y el alfil, pero el Caballero Oscuro había sacrificado uno de sus tres defensores para proteger al rey y eso debilitó su defensa.

Keera respondió deslizando el peón a c5, otro movimiento que en principio parecía inocuo, pero dejaba libre a la torre para un futuro ataque.

Cerró el juego y repasó metódicamente los documentos de los

demás casos para despejar su horario por si Vince LaRussa la aceptaba como abogada. Hizo todo lo posible para ordenar los archivos y escribió una lista detallada de sus casos, comparecencias judiciales próximas, fechas de entrega y otras tareas que requerían su atención. Envió una copia del documento a Ella y a su ayudante y les dijo que llegaría temprano, después de hablar con Vince LaRussa en la cárcel. A continuación, comprobó diligentemente los correos electrónicos que había recibido mientras estaba fuera de la oficina. Cuando llegó a la mitad del buzón de entrada, se fijó en un nombre, abrió el mensaje y lo leyó.

Jack Worthing había hecho el primer movimiento.

Capítulo 18

13 de junio de 2023

A la mañana siguiente, el martes, Keera se reunió con Patsy y J. P. Harrison en el despacho de su padre, que estaba abarrotado de cachivaches, la mayoría regalos de los clientes agradecidos. Entre el desorden había cuadros y fotos de algunos iconos de Seattle, una figurita de un nativo americano de madera, una ballesta y unas flechas, un rifle antiguo y un trébol de cuatro hojas enmarcado.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Keera. Le había reenviado el último correo electrónico de Jack Worthing a Harrison, en el que aconsejaba a Keera, de forma críptica, que hablara con una tal Mary C. Bell de Beaverton, Oregón.

—Lo único que sé es que Mary C. Bell es una profesora de primaria jubilada que empezó a publicar en Facebook al poco tiempo de que falleciera su marido —respondió Harrison. Parecía un personaje famoso de Los Angeles, con unos pantalones de lino blancos remangados por los tobillos, sin calcetines, y unos mocasines de cuero marrón. Las mangas de la camisa fina, azul, se le ceñían a los bíceps. Llevaba unas gafas de sol Ray-Ban en el bolsillo—. Al parecer, viajaba en autocaravana antes de enviudar. Ahora le gusta leer novelas de misterio *cozy*, hacer colchas, la jardinería y cuidar a sus dos nietos.

—¿Has hablado con ella?

—Ayer por la tarde. Fue la maestra de primaria de Vince

LaRussa.

—¡De primaria! —exclamó Keera.

—Eso dijo. Y también que era la segunda persona que la llamaba para preguntar por Vince.

Aquel dato interesó mucho a la abogada.

—Deja que adivine la primera. ¿Jack Worthing?

—Bingo. Me ha dicho que Worthing la llamó hará unos seis meses y que le preguntó de todo: qué clase de niño era Vince, si se metía en líos y también por su familia. Me dijo que, aunque no podía asegurarlo, le pareció que la persona tenía la voz distorsionada.

—¿Eso se puede hacer? —preguntó Patsy.

—En Internet hay herramientas de todo tipo —respondió Harrison—. Pero como nunca había hablado antes con Jack Worthing, no lo sabía con certeza. Me dijo que Worthing le preguntó por los amigos de Vince de pequeño.

Si Jack Worthing también hablaba con Ambrose, sería un problema.

—¿Y ella mencionó alguno?

—A un chico. Eric Fields. Él también vive en Beaverton y tiene un taller especializado en coches antiguos. Solo por eso ya merece la pena ir allí.

Keera dudaba si seguir investigando el correo de Worthing. El trabajo de un abogado defensor en un juicio consistía en priorizar entre la infinidad de asuntos que rodean al caso para minimizar la pérdida de tiempo y maximizar el esfuerzo. Keera no quería mandar a Harrison tras una pista inútil, pero tampoco dejar piedras sin levantar y que después Ambrose usara esa misma piedra para destrozar el caso.

—¿Qué piensas? —preguntó a Patsy.

—Yo tiraría un poco del hilo de Jack Worthing, aunque sea solo para conocer su identidad. Iré con J. P. y evaluaré las reacciones de Mary Bell y Eric Fields a nuestras preguntas, determinaré si Ambrose ha hablado con ellos y qué tipo de testigos podrían ser si la Fiscalía o nosotros los llamáramos a declarar en el juicio. Podemos salir en

cuanto el tráfico se disperse un poco.

El viaje en coche al sur, a Beaverton, Oregón, una ciudad a las afueras de Portland, duraría unas tres horas.

—¿Qué sabes de Jack Worthing? —preguntó Harrison a Keera.

La noche anterior, Keera pasó casi una hora y media leyendo y analizando *La importancia de llamarse Ernesto*. Batista estaba en lo cierto. La obra de teatro es un debate sobre el matrimonio.

—Ya no me gusta —soltó Harrison.

—Aunque a ti no te guste, es interesante.

—¿La obra o la institución? —insistió J. P.

—El tema. En algunos aspectos, este caso va sobre el matrimonio, ¿no? Por lo menos eso parece, porque los LaRussa fingían ser una pareja muy fuerte… y Vince, el marido entregado, preocupado por su esposa discapacitada.

—¿Y no crees que fuera así? —preguntó Patsy.

—Me preocupa que el padre dijera que Anne cada vez se recluía más, puede que porque el matrimonio no iba bien.

—O porque se dio cuenta de que no mejoraría su lesión —rebatió Patsy.

—O por la naturaleza controladora del marido, que quizá sabía que Anne tramaba algo —intervino Harrison—. Las mujeres discapacitadas tienen un cuarenta por ciento más de probabilidad de sufrir violencia doméstica que el resto. El hecho de que se recluyera puede ser una señal de alerta.

—Y, sin duda, esa será la imagen que intentará evocar Miller Ambrose en el juicio —vaticinó Patsy—. También sabemos que buscará testigos que lo confirmen. Quiere contar la historia de un marido que fingía entregarse a su mujer discapacitada, cuando, en realidad, le era infiel con su mejor amiga. Yo creo que vale la pena ir a Beaverton, aunque sea solo para cerciorarnos de que estas personas no se volverán contra nosotros.

—¿Jack Worthing mata a su esposa en la obra? —preguntó Harrison.

—No. Un hombre lo encuentra recién nacido en la consigna de

una estación de tren de Londres, se lo lleva a casa y lo cría para que sea un joven aparentemente respetable y un pilar de la comunidad.

—Pero ¿es todo fachada? —insistió Harrison.

—Worthing lleva una doble vida, finge ser alguien que no es.

—Ah. La trama se complica. ¿Quién finge ser? —quiso saber Harrison.

—Su irresponsable hermano menor, Ernesto, a quien Jack siempre libra de los problemas —intervino Patsy.

Tanto Keera como Harrison lo miraron fijamente.

—¿Qué? Tengo un lado artístico —espetó Patsy—. Tu madre y yo fuimos al teatro de Seattle Rep muchos años. Y vimos esa obra.

—Podrías haberme ahorrado la molestia de leer el libro —protestó Keera.

—No recuerdo nada más —aseguró Patsy.

—Entonces, ¿quién es Ernesto? —preguntó Harrison.

—Ernesto es el nombre que utiliza Jack cuando olvida sus responsabilidades y va a Londres a hacer lo que finge despreciar —contestó Keera.

—Ah —asintió Harrison—. Como en *El portento de míster Ripley*. Tom Hanks finge ser un chico rico, pero las cosas se tuercen y acaba matando a su amigo rico en un barco.

—Se llama *El talento de míster Ripley*. Y era Matt Damon, no Tom Hanks, pero al margen de que equivocaras el nombre de la película y del actor, tienes razón —asintió Keera—. Las historias son similares.

—Un hombre que finge ser otra persona. ¿Cómo Vince LaRussa? —planteó Harrison—. Imagino que al final de la obra se descubre el pastel.

—Sí —informó Patsy—. O eso creo recordar.

—Puede que sea un presagio de nuestro caso —espetó Harrison.

—Una frase de la obra me ha llamado la atención —señaló Keera. Abrió el libro por una página doblada—. «La verdad pocas veces es pura y nunca simple».

—Parece que la frase también podría aplicarse al dramaturgo,

Oscar Wilde, ¿no? —intervino Harrison—. Un hombre gay que fingía ser alguien que no era. La cuestión es, ¿cuál es la verdad en el caso LaRussa? —Negó con la cabeza—. Sinceramente, he de decir que es la primera vez que trabajo en un caso que haga referencia a una obra literaria.

—Yo también —aseguró Patsy—. Cambiando de tema, he hablado con Rossi. Me ha dicho que nos dará los informes policiales mañana, pero que todavía no tienen el de toxicología. —Los informes toxicológicos de las víctimas podían tardar semanas.

—Hablando de informes —intervino Harrison—, he recibido el de la muestra de agua que tomamos del suelo de la cocina de la casa.

—Déjame adivinar: es agua —soltó Keera.

—Bueno, es un poco como nuestro amigo Jack Worthing; parece agua, pero tiene algo interesante.

—¿Qué es lo interesante? —preguntó Keera.

—El laboratorio ha encontrado nitrato de potasio.

—¿Y eso es…?

—Un oxidante, según mis indagaciones. Lo he buscado. Acelera la combustión cuando se enciende un fuego.

«Eso sí que es interesante», pensó Keera.

—¿Dónde aparece el nitrato de potasio?

—He tenido que buscarlo, se encuentra en depósitos que se cristalizan en las paredes de cuevas a partir del guano de murciélago.

—¿Guano de murciélago? —exclamó Keera.

—Guano de murciélago. Es uno de los varios compuestos que contienen nitrógeno y que se conocen colectivamente como salitre —continuó Harrison.

—Quiero decir que dónde se encuentra aquí, en Estados Unidos —corrigió Keera.

—En fertilizantes, eliminadores de tocones o combustible para fuegos artificiales. Es un componente básico de la pólvora. También lo he buscado —respondió Harrison.

—Entonces, puede proceder de la pistola del suelo —especuló

Keera.

—Puede. Pero eso no explicaría la quemadura de la puerta del horno, que también ha dado positivo en nitrato de potasio —añadió Harrison—. Además del nitrato de potasio, el agua del suelo también tenía trazas microscópicas de algodón.

—¿Podrían proceder de la ropa de la víctima?

—Imposible —aseguró J. P.—. La bala no le atravesó la ropa.

—¿Y es posible que alguien disparara el arma, tocara por algún motivo el horno y transfiriera así el nitrato de potasio al tirador de la puerta? —preguntó Patsy.

—Claro, pero eso no explicaría la quemadura —contestó Harrison —. Además, mi profesor de Química del instituto, el señor Cobalt…

—¿En serio tuviste un profesor de Química que se apellidaba Cobalt? —se burló Keera.

—Dios es testigo —juró Harrison—. El señor Cobalt decía: «Una teoría no es una teoría si no explica todas las variantes».

—¿Tienes una teoría? —quiso saber Keera.

—No, todavía no, pero estoy trabajando en ella.



Después de que Patsy y Harrison partieran hacia Beaverton, Keera subió caminando la colina hasta la cárcel del condado de King, rellenó formularios, presentó su identificación y dejó sus pertenencias en una taquilla. Dentro de la cárcel, el olor a ropa sucia y el ruido lo invadían todo. Se oían los gritos de los reclusos y el sonido rítmico de alguien botando un balón de baloncesto. Un agente penitenciario guio a Keera por un pasillo angosto, usó una llave para abrir una pesada puerta metálica y la invitó a entrar en una sala sin ventanas, con paredes pintadas de color gris acorazado, una mesa de unos sesenta centímetros cuadrados atornillada al

suelo y dos sillas.

—Deje la puerta abierta —ordenó el funcionario.

Pocos minutos después de su llegada, otro agente escoltó a LaRussa, que iba vestido con su uniforme carmesí de prisión, calcetines blancos y zapatillas. Llevaba una cadena de sujeción en la cintura.

—¿Puede quitarle las esposas? —preguntó Keera.

—No —respondió el guardia—. Estaré al otro lado de la puerta por si necesita algo.

Cuando el agente se marchó, Keera le preguntó a LaRussa cómo se encontraba.

El hombre se encogió de hombros y respondió:

—A veces estoy bien y otras creo que esto es una pesadilla de la que no puedo despertar.

—Siento lo de la fianza.

—Ya me dijo que era poco probable, dados los cargos.

—Volveré a reclamarla al juez del caso.

—¿Sabemos ya quién es?

—Me han soplado que será Maxine Hung. Y, honestamente, yo no la elegiría. Cuando era fiscal la llamaban Máximum Maxine en los casos de asesinatos. Ese apodo la ha seguido hasta el estrado.

—Entonces, descartamos la fianza —dijo LaRussa con una sonrisa apagada.

—Es una jueza dura, pero es justa —respondió Keera, repitiendo lo que Patsy le había dicho.

—Pero no me concederá la fianza.

—En un caso de juicio por asesinato en primer grado, dado su poder económico y sus recursos, es muy poco probable.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—La vista para programar el caso es el jueves. Me han dicho que esta tarde nos entregarán las pruebas de la Fiscalía, así que las evaluaré. Y J. P. Harrison está analizando las pruebas que recogió en su casa, para determinar si algo no encaja. Esperamos reunir pruebas que respalden nuestra teoría de los hechos.

—¿Como cuáles?

Keera negó con la cabeza.

—No le mentiré, Vince, todavía no lo sabemos. Harrison ha conseguido las grabaciones de las cámaras de las calles y las imágenes del Four Seasons del domingo por la noche, y ha hecho el trayecto para confirmar la hora a la que llegó usted a casa. También hemos localizado al detective privado que le hizo las fotos con Lisa.

—¿Y qué les ha dicho ese hombre? —preguntó LaRussa, mostrando un interés evidente.

—La mujer. La detective. Ahora se lo explico, pero antes, ¿ha pensado en el consejo del experto en jurados para que le defienda yo?

LaRussa se recostó en la silla.

—Me parece razonable, y me impresionó en la lectura de cargos. Nunca he visto a su padre en acción, pero, por lo que he oído, parecen cortados con el mismo patrón.

—No lo defraudaré, Vince. Solo puedo prometerle que daré lo mejor de mí y pelearé cada paso.

LaRussa sonrió, pero el gesto desapareció rápidamente.

—No puedo pedir nada más, ¿verdad? De acuerdo. Sigamos adelante.

Keera se sintió aliviada y estaba segura de que Ella también. No sabía cómo reaccionaría Patsy, pero por lo que Ella y su madre le dijeron de sus últimas comparecencias, sospechaba que él también se sentiría aliviado.

Keera relató a LaRussa la conversación con Michelle Batista. A continuación, añadió:

—No fue Anne quien le envió el correo.

—Entonces, ¿quién?

—Un tal Jack Worthing. —Keera había aprendido desde bien pequeña a evaluar el lenguaje corporal de sus contrincantes cuando jugaba al ajedrez: cómo se sentaban, sus expresiones faciales, si hacían algún gesto como lamerse los labios cuando estaban nerviosos o tirarse de la oreja cuando faroleaban, o una sonrisa

falsa. Estudió a su cliente.

Arrugó una ceja y entrecerró los ojos.

—¿Quién?

—¿Nunca ha oído el nombre?

—No. ¿Quién es Jack Worthing?

—Creemos que es un alias. Una de las hipótesis que barajamos es que su mujer lo usara para ocultar su identidad.

—¿Se inventó un nombre?

—No exactamente. —Keera le habló de la obra de teatro *La importancia de llamarse Ernesto* y de su protagonista—. ¿Qué estudió Anne en la universidad?

—Hizo un grado de Literatura.

—¿Sabe qué época era su especialidad?

—No.

—Puede que leyera y trabajara esa obra de teatro en clase.

—Supongo.

Keera asintió. Hubo algo en la expresión física de su cliente que le pareció un poco forzado, aunque no sabía exactamente por qué.

—Y eso no es todo —continuó la abogada—. He recibido un correo electrónico en el trabajo de Jack Worthing.

—¿Cómo es posible? Anne está muerta.

—Intentamos averiguarlo. El correo decía que hablara con alguien en Beaverton, Oregón.

—Allí me crie. ¿Con quién exactamente?

—Con una profesora de primaria que se llama Mary Bell.

—¿Mary Bell? ¿Qué diablos tiene ella que ver con todo esto?

—¿La conoce?

—Fue mi tutora de quinto o sexto de primaria. —LaRussa estaba perplejo.

—J. P. Harrison y Patsy van a hablar con ella y con un tal Eric Fields.

—Fui al colegio y al instituto con Eric.

Keera explicó a LaRussa que Worthing le preguntó a Bell por sus conocidos.

—Puede que no sea relevante, pero no quería olvidarlo y luego descubrir que la Fiscalía los utilizaba por el motivo que fuera. ¿No sabe por qué alguien me empujaría a hablar con Bell?

—No tengo ni idea. Si Anne utilizó el nombre de Jack Worthing para contratar a la detective, ¿quién lo ha usurpado?

—Buena pregunta. Lo ignoramos.

Capítulo 19

Frank Rossi daba vueltas por el reluciente suelo de linóleo de la sala de espera del forense del condado de King. Las oficinas estaban en el edificio de catorce plantas, con cristales tintados y luz natural, del Centro Médico Harborview, en la Novena con Jefferson Street. Rossi fue en coche a la oficina forense después de recibir por correo electrónico el informe de la autopsia de la víctima, redactado por Arthur Litchfield. Podría haber caminado las cuatro manzanas, cuesta arriba, para hacer un poco de ejercicio, algo poco habitual durante una investigación exhaustiva a las puertas del juicio.

Pero esa mañana no, y menos después de leer el informe de Litchfield.

Ese día quería respuestas y rápidamente. Intentó hablar por teléfono con el forense, pero saltaba el buzón de voz, algo bastante habitual. El Instituto Forense siempre estaba desbordado, así que devolver llamadas y responder correos era la última prioridad. Además, Rossi prefería no comunicarse por escrito. Los correos electrónicos y los mensajes de voz dejan rastro y el inspector sabía que era mejor evitarlos.

Rossi no pensaba encontrar nada especialmente interesante en el informe forense; ya que la causa de la muerte de Anne LaRussa era obvia: la herida de bala en la nuca. Esperaba que el informe confirmara el calibre de la bala y así ahorrarse una de las mil cosas que tenía que investigar. Ai recibir el informe, Rossi puso los pies en

la esquina del escritorio y echó un vistazo a las secciones del *rigor mortis* y la lividez, la temperatura rectal del cuerpo y a la conclusión del forense de que Anne LaRussa murió entre las seis y las nueve y media de la noche.

Sabía que Ambrose quería algo más específico, pero no lo conseguiría, manejaría ese dato en el juicio y tendría que conseguir que Litchfield explicara que la temperatura ambiental afectó a la pérdida de temperatura corporal de la víctima y quedar bien.

Rossi confirmó que Litchfield cumplió los requisitos del Departamento de Policía en la sala de autopsias, describió la ropa, las joyas y las marcas en el cuerpo de Anne LaRussa, entre ellas, las cicatrices quirúrgicas de la columna vertebral, la garganta (de una traqueotomía) y el brazo derecho, que le dejó el accidente de caballo. No encontró señales de pinchazos de inyección. No tenía tatuajes ni arañazos ni moretones, no le faltaba ninguna uña ni tenía piel debajo de ellas, lo que indicaría que intentó defenderse. En otras palabras: no había evidencia de violencia doméstica, por tanto, quedaba descartado que Anne se hubiera recluido porque Vince la maltrataba. Litchfield también había hecho radiografías y un TAC.

Rossi revisó el sumario del caso hasta llegar a la causa de la muerte. Litchfield describía los daños que la bala causó al entrar en el cráneo, y los aún peores que provocó al salir por encima de la cuenca del ojo derecho. Estableció, a partir de la ubicación de la herida, la trayectoria de la bala (representada con una línea de puntos), la ausencia de residuos de disparo en el cuero cabelludo de la víctima y que el tiro se disparó a una distancia de entre un metro y un metro y medio.

Determinó muerte por homicidio.

Hasta ahí todo parecía encajar…

La puerta de la sala de autopsias se abrió de par en par y Litchfield apareció. Se quitó el gorro quirúrgico de color azul claro, dejando la calva al descubierto, y la bata y los tiró a la basura. Los hombres no se conocían. Rossi se presentó y dijo:

—Necesito que hablemos un momento de la autopsia de Anne

LaRussa.

Litchfield se rascó la nuca visiblemente incómodo. Se ajustó las gafas redondas y, después de asentir, se giró y pidió a Rossi que lo acompañara al otro lado del pasillo, a un despacho que parecía en desuso. No había fotografías ni cuadros en las paredes ni adornos en el escritorio ni las estanterías, que estaban llenas de enormes libros de anatomía, biología, química y otras materias. Tampoco había rastro de plantas ni de objetos personales que revelaran algún detalle personal del forense. O bien Litchfield no había tenido tiempo de decorarlo o le parecía inútil hacerlo. Stuart Funk, el forense jefe del condado de King, tenía un despacho igual de austero. Rossi se preguntaba si era porque nada podía embellecer su trabajo o porque sus verdaderos despachos no estaban allí, entre esas cuatro paredes vacías, sino en la fría y estéril sala de autopsias, donde se inclinaban sobre mesas de acero inoxidable, con desagües y sifones, extirpaban y pesaban los órganos.

Rossi levantó el informe de varias páginas del forense antes de que este llegara a sentarse en la silla ergonómica.

—¿Anne LaRussa tenía cáncer de páncreas en estadio cuatro?

—Eso es lo que han revelado sus restos —respondió el forense sin un ápice de emoción.

—Explíquemelo.

Litchfield exhaló lentamente, como si la interrupción lo hubiera perturbado y se volvió a frotar la nuca.

—He encontrado varios tumores en el páncreas, con metástasis en los ganglios linfáticos y otros órganos, entre ellos los pulmones y, además, en los huesos.

—¿Algún indicio de que recibía tratamiento?

—Nada que yo haya podido determinar.

—¿Es posible que ella no lo supiera?

—Sí, pero, dado el avance de la enfermedad, que había llegado a los huesos, me sorprendería mucho. Sufriría bastante dolor y, probablemente, por eso el informe de toxicología ha revelado la presencia de analgésicos opioides.

Rossi recordó el botiquín repleto de medicamentos y se preguntó si la víctima habría confundido el dolor asociado al cáncer con el dolor crónico derivado de sus lesiones anteriores.

—¿Cuánto tiempo le quedaba?

—Eso no me compete.

—Pues mójese, doctor, y haga una estimación fundada —soltó Rossi, molesto por su actitud.

—Diría que no mucho.

—¿Y eso qué significa exactamente? ¿Un mes? ¿Seis?

Parecía que Litchfield calculaba mentalmente.

—Yo estimaría que un mes, puede que seis semanas, sin tratamiento. En caso contrario, quizá tres meses. Pero, de cualquier modo, pronto.

—Estaba muriéndose. Con o sin tratamiento, iba a morir.

—Así es.

La información retumbaba en la cabeza de Rossi. Pensó en Lisa Bennet, en la oncóloga y amiga de Anne LaRussa, o que lo fue en algún momento. ¿Lo sabría ella?

Ahora bien, de algo estaba seguro: Keera Duggan no ignoraría aquella información y argumentaría que Anne LaRussa, sabiendo que se moría, se había quitado la vida. Sería un argumento difícil de defender, teniendo en cuenta la discapacidad física de la víctima, que hacía la teoría altamente improbable, pero Rossi había visto a jurados dejarse convencer por todo tipo de teorías sin sentido.

—Yo sugiero —intervino Litchfield— que soliciten una orden para obtener su historial médico. Averigüen quién le diagnosticó el cáncer, si alguien lo hizo, y qué pasos decidieron dar, si dieron alguno. Tenía a su entera disposición un centro de referencia mundial, el Centro Oncológico de Seattle. A lo mejor buscó consejo médico allí.

—Pero ¿el tratamiento no habría servido para nada?

—Yo creo que sus probabilidades de supervivencia eran mínimas; máximo un tres o cinco por ciento. ¿Podría el tratamiento prolongarle la vida? Insisto, puede que sí. Pero hablamos de semanas. No de meses. Y habría sufrido mucho.

—Iba a morir de todos modos —repitió Rossi, intentando asimilar el giro inesperado de los acontecimientos.

—Efectivamente —respondió el forense.



Una hora después, Rossi colgó el teléfono de su despacho y giró la silla para mirar a Billy Ford, que estaba de espaldas a él, sentado a su escritorio, en la oficina común. La televisión colgada del techo daba las noticias de última hora de la tarde, y a Rossi le llegaban las conversaciones telefónicas salpicadas de improperios.

—Oye —dijo para llamar la atención de Ford—. Ambrose quiere hablar con nosotros.

—¿Le has pasado el informe del forense?

—Sí. Me ha dicho que estaba fuera de su oficina y que se acercaba.

Ford puso cara de incredulidad. Ambrose nunca facilitaba el trabajo a los inspectores.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Solo me ha preguntado si habíamos enviado el informe a la defensa.

—¿Y lo hemos enviado?

Rossi negó con la cabeza.

—Iba a hacerlo, hasta que lo he leído. He decidido no entregar nada sin que Ambrose lo autorice. —Al informe todavía le faltaban los resultados toxicológicos y de ADN—. Se habrá sorprendido tanto como yo.

—Pero Litchfield ha concluido que fue una muerte violenta —protestó Ford.

—No creo que a Ambrose le preocupe el dictamen forense, sino cómo usará la información Keera Duggan en su argumentación para

el jurado. Me parece que debería preocuparlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ford.

—¿Por qué el marido de Anne LaRussa la mataría si se estaba muriendo?

Ford pareció plantearse la pregunta.

—No soy médico.

—Desde luego.

—Pero un amigo y uno de mis tíos murieron de cáncer de páncreas. Es uno de los peores, es una sentencia de muerte casi asegurada. ¿Recuerdas a Patrick Swayze?

—¿El actor que hizo la parodia de los Chippendales con Chris Farley en *Saturday Night Live*?

—Creo que murió de cáncer de páncreas, pero no me hagas mucho caso.

—Nunca lo hago.

—Litchfield asegura que a Anne LaRussa le quedaban semanas de vida. ¿Cuánto tiempo tarda en resolverse un divorcio?

—Crees que a Anne LaRussa no le quedaba tiempo para divorciarse e invocar la cláusula de confiscación.

—Y si no tenía tiempo, el móvil de LaRussa que plantea la Fiscalía desaparece. Como mínimo, eso le da a Keera Duggan una línea de defensa plausible que el jurado puede entender.

—A lo mejor Vince LaRussa tampoco sabía lo del cáncer.

—Y a lo mejor las vacas vuelan.

—Puede que le ocultara el diagnóstico.

Rossi no lo creía.

—¿Por qué?

—Para tenderle una trampa… —Ford guardó silencio, quizá porque se daba cuenta de que cuanto más hablaba más débil se volvía el argumento.

—Como he dicho, Keera Duggan afirmará que Vince LaRussa no tenía motivos para matar a su esposa si ya se estaba muriendo. Simple y directo. A los miembros del jurado no les costará seguir el argumento y entenderlo —dijo Rossi.

—Esos son los mejores argumentos.

—Los de sentido común —añadió Rossi.

—Pero aún queda el problema que supone la discapacidad física de Anne LaRussa. ¿Cómo se dispararía a sí misma? Y menos en la nuca.

—Duggan no tiene que demostrar que fue ella. No tiene que demostrar nada. Solo tiene que sembrar dudas sobre el móvil que plantea la Fiscalía y conseguir que uno de los miembros del jurado dude.

Sonó el teléfono de Rossi en el despacho, era una llamada interna. Ambrose había llegado.

—Hablando del rey de Roma —se burló Ford.

—Nos vemos en la sala de interrogatorios —ordenó Rossi—. Yo voy a por el príncipe de las tinieblas.

Rossi se levantó del escritorio y se dirigió a los ascensores. No sonreía porque esperaba que Vince LaRussa saliera impune, si es que era culpable, como parecía. Sonreía porque sabía lo competitiva que era Keera Duggan, sobre todo en los juicios. Cuando alguien le daba una mano, ella cogía el brazo entero, y Arthur Litchfield le había dado mucho más que la mano. Le había proporcionado material para explicar por qué los técnicos no encontraron manchas de sangre en la ropa del marido ni en sus manos, por qué no se encontraron sus huellas dactilares ni su ADN en el arma y por qué en sus extractos bancarios no figuraba la compra de un arma. Keera argumentaría que LaRussa no tenía ningún motivo para matar a su mujer, ni aunque se hubiera enfrentado a él por la supuesta infidelidad. Anne LaRussa habría fallecido en cuestión de semanas, un mes a lo sumo. Puede que Litchfield le hubiera entregado a Keera Duggan la mejor amiga de un abogado defensor: la duda razonable.

Capítulo 20

14 de junio de 2023

Al día siguiente, bien entrada la tarde, después de una larga declaración para otro de sus casos, Keera se dirigió a la sala de reuniones, donde J. P Harrison sacaba comida de una bolsa marrón. Harrison también había estado ocupado con otro caso, y Patsy pasó la mayor parte del día en los juzgados, así que no tuvieron tiempo de hablar despacio del viaje a Beaverton, Oregón. Harrison le pasó a Keera una ensalada griega y se quedó él con otra ración que dejó en la mesa. Sacó una caja de poliestireno para Patsy, justo cuando este entraba con unos refrescos y botellas de agua.

Después de acomodarse, dijo:

—Bell no es tan mayor como parecían indicar sus pasatiempos.

—Es que la vejez es relativa —dijo Harrison, pinchando la ensalada—. Tiene sesenta y dos años, aunque parece más joven. Por los varios pares de zapatillas que tenía en la entrada, parece que le gusta correr. Había leído el arresto de Vince LaRussa en el periódico y lo había visto también en las noticias. Ha dicho que no lo creía. Que Vince era un niño encantador y muy inteligente. Carismático. Un líder.

Patsy dejó el *gyro* sobre la mesa y dio un sorbo a la Coca-Cola para tragarse lo que tenía en la boca.

—Las profesoras son como las madres con sus hijos. En cuanto los alumnos terminan el curso, incluso los más inútiles no les

parecen tan malos, y están dispuestas a volver a empezar en otoño. Le he preguntado si recordaba algo que no fuera tan magnífico. —Patsy dio otro bocado.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Keera.

Respondió Harrison para dar tiempo a masticar a Patsy.

—Que Vince quiso organizar una obra de teatro.

—¿Cuál? —preguntó Keera, aunque sabía que *La importancia de llamarse Ernesto* habría sido demasiado ambiciosa para los alumnos de primaria.

—Las grandes mentes piensan igual —comentó Harrison—. También se me ha ocurrido, pero me cuesta imaginar a niños de primaria haciendo una obra de teatro sobre el matrimonio.

—No lo recordaba —intervino. Patsy—. Dijo que era una obra de teatro navideña. No nos ha dado muchos detalles, pero estaba segura de que se trataba de una familia inglesa que se mudaba a una casa destartalada en el campo, que habitaba una familia de fantasmas. Recordaba que la obra tenía dos escenarios diferentes: una cabaña oscura cubierta con lonas y la misma casa, pero iluminada con velas y un cálido fuego.

—Una oscura y la otra iluminada —repitió Harrison, comiendo la ensalada—. Un poco como Jack Worthing y su hermano Ernesto. Dos caras distintas de una misma moneda. ¿O leo demasiado entre líneas?

—¿Qué más ha dicho? —insistió Keera.

—Algunos de los alumnos acusaron a Vince de robar el dinero que recaudaron limpiando coches y vendiendo pastas para pagar los materiales de la obra.

—¿Y? —lo animó Keera.

—Y nada más —respondió Patsy, que cogió el *gyro* y le dio otro bocado.

—Entonces, ¿ha sido una pérdida de tiempo? —preguntó Keera.

—No del todo —afirmó Harrison—. También hemos hablado con Eric Fields, el propietario del taller mecánico especializado en coches clásicos.

—J. P. estaba en el paraíso —bromeó Patsy—. Al parecer, Fields fue compañero de Vince LaRussa en el jardín de infancia, la escuela primaria y el instituto.

—¿Él también ha tenido noticias de Jack Worthing?

Patsy asintió.

—Hace unos seis meses, igual que Mary Bell.

—¿Tenían Fields y Vince una relación estrecha?

—Fields no lo ha dicho, pero no me ha dado esa sensación. Solo ha reconocido que tenían aficiones diferentes. Creo que estaba siendo diplomático —aseguró Patsy—. Según Fields, a él le gustaban los coches y a Vince ganar dinero. Dijo que Vince siempre ganaba dinero.

—¿Algo más específico?

Patsy asintió, abrió una página del cuaderno y leyó.

—Sí, que Vince vendía las fresas de su abuelo, las vendía a dos dólares más por cesto y se quedaba la diferencia. Fields afirma que Vince inventaba todo tipo de historias para que la gente le comprara las fresas, como que necesitaba el dinero para que su madre pudiera darles de comer o pagara el alquiler. Afirma que Vince era «muy buen mentiroso» —Patsy soltó las últimas palabras haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—Eso no nos ayuda mucho —protestó Keera.

—Si al final del día le quedaban fresas, les bajaba el precio para venderlas todas y que su abuelo se sintiera orgulloso.

—Tampoco parece relevante para el juicio. ¿Ha salido de boca de Fields alguna otra crítica negativa?

—¿Además de que Vince LaRussa era «muy buen mentiroso»? —preguntó Harrison.

Patsy repasó los apuntes del cuaderno con un dedo.

—Al parecer, a Vince se le daba muy bien el deporte, sacaba buenas notas, era el delegado de la clase y el editor del periódico, además, le gustaba a todas las chicas, pero todo eso no parecía bastarle. Fields asegura que solo lo seducía la idea de ganar dinero y que le mencionó que quería ser millonario antes de los treinta.

—Es decir, era ambicioso —intervino Keera.

—Quizá excesivamente —opinó Patsy—. Fields también recordaba un incidente en el instituto: una profesora pidió a Vince que ayudara con las matemáticas a un compañero. ¡Y Bingo! Empezó un negocio de clases particulares y contrató a los niños más inteligentes del instituto para que las impartieran.

—Y déjame adivinar: hubo algún problema con el dinero —se adelantó Keera.

Patsy asintió.

—Al terminar el curso, Vince dejó pendiente de pago unas clases a algunos de los «profesores», con la excusa de que varios padres no le habían pagado y no tenía dinero. Fields dice que uno de los alumnos no lo creyó y estuvo indagando. Al final, descubrió que los padres habían cumplido.

—Vince se quedó el dinero —adivinó Keera.

—Eso parece —afirmó Patsy.

—¿Habéis hablado con alguien más?

Patsy negó con la cabeza.

—Fields asegura que Vince no tenía muchos amigos y cree que por eso nunca asistió a las reuniones de antiguos alumnos, a pesar de haber triunfado en la vida. Y añadió que a veces los resentimientos de juventud no se olvidan fácilmente.

—Y menos cuando el tipo acaba forrándose —sentenció Harrison —. Es como echar sal en las heridas.

—¿Se ha puesto en contacto el fiscal con Bell o Fields? —preguntó Keera.

—No —respondió Patsy—. Y me parece que sus declaraciones no tienen mucho valor en un juicio por asesinato, son situaciones que se vivieron hace décadas.

Keera estuvo de acuerdo. Terminaron de comer y siguieron hablando para crear la estrategia. Mientras recogían, Patsy preguntó:

—¿Hemos recibido el informe de la Policía?

Keera miró el reloj.

—Ya debería haber llegado. Pensaba llevármelo a casa, porque allí puedo apagar el móvil y concentrarme en la audiencia de mañana.

—No me importaría leer una copia —insinuó Patsy—. A veces, dos pares de ojos ven más que uno solo.

—Pediré que te den una copia —dijo Keera—. Me gustaría que trabajaras con el experto en jurados y te centraras en el tipo de jurado que buscamos y en las preguntas para determinar prejuicios y descartar a los que tengan más probabilidades de condenar a Vince, sin que lo parezca.

Patsy sonrió y Keera supo que no le había dicho nada que él no supiera ya.

—La jueza Hung ata en corto los interrogatorios de los jurados —explicó Patsy, refiriéndose al proceso de selección del jurado—. No permitirá que ninguna de las partes se desvíe ni un milímetro del guión ni las preguntas fuera de contexto. Le gusta que se elija al jurado rápidamente, así que ella se encarga personalmente de plantear la mayoría de las preguntas. Haré un par de llamadas para saber la experiencia de otros compañeros con ella.

—Podemos esperar una avalancha de mociones de Ambrose —añadió Keera—. Nos lo disputará todo e intentará hacernos la vida imposible y distraernos.

—Pon a Ella a cargo de las mociones, es su fuerte —ordenó Patsy.

Ella era rápida, eficiente y letal a la hora de presentar o responder mociones, y los jueces valoran la concisión. No te lo agradecen, pero hacerles perder el tiempo se pagaba caro.

—¿Y qué hay de la relación matrimonial de los LaRussa? —preguntó Patsy.

—Le pediré a Vince algunos nombres —respondió Keera—. También he llamado a los padres de Anne, pero no responden a mis llamadas.

—No me sorprende —dijo Patsy.

—Y he intentado volver a hablar con Syd Evans, pero se niega. Lo

he amenazado con una orden y su respuesta ha sido que haga lo que considere necesario.

—Dudo que haya mucho más que rascar al margen de lo que sabemos —aseguró Patsy—. Pero lo citaré a declarar por si acaso.

Keera respiró hondo.

—¿Algo más?

Harrison y Patsy se miraron y negaron con la cabeza. Harrison fue el primero en salir de la sala de reuniones.

—Un momento —le pidió Patsy a Keera—. Solo quería cerciorarme de que estás bien.

—Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

Le ofreció una sonrisa cargada de dolor. Keera sabía por qué lo preguntaba. Porque antes que nada eran padre e hija.

Porque Patsy añoraba los tiempos mejores que habían compartido. Pero el pasado… pasado estaba y era absurdo echar de menos algo que ya no existía.

—Solo quería asegurarme —respondió, en lugar de expresar lo que pensaba en realidad.



Keera se llevó las sobras de la ensalada griega a casa y las dejó sobre la mesa del comedor. Echó un vistazo al armario y sintió que el alcohol la llamaba. Aquello la sorprendía y asustaba. Fue rápidamente a la cocina a por un Dr. Pepper *light* de la nevera y regresó. Le dio un trago al refresco y pulsó la barra espaciadora del portátil. Los días anteriores, el Caballero Oscuro había respondido al ataque de Keera sin miramientos. Su decimoctava jugada, peón a h4, tenía incluso un tono de arrogancia. O bien estaba asumiendo riesgos o bien esperaba distraer a Keera con la batalla en el lado derecho del tablero. Subestimarla había sido su primer gran error. La

jugadora descubrió lo que ocultaba su rival. Movió el peón a f5, señal de que nunca había estado a la defensiva. Los guantes habían desaparecido. La verdadera batalla comenzaba en ese momento, y ninguno de los dos tenía ya posibilidad de retroceder.

El pequeño descanso mental y el resto de la ensalada la revitalizaron. Apagó el ordenador y sacó el expediente policial, al menos lo que tenía. El informe toxicológico final tardaría aún en llegar. Leyó el informe inicial de la Policía, que detallaba la llamada al 911 de Vince LaRussa, la llegada de los primeros agentes, lo que vieron y escucharon y lo que LaRussa dijo. Detectó algunas pequeñas diferencias respecto al relato de su cliente, pero nada que no pudiera atribuirse al estado de *shock*. Pasó al informe que firmaba Rossi como inspector principal. De nuevo, nada alarmante, aunque había ciertos aspectos que complicaban su trabajo. LaRussa mencionó sin reparos las cámaras de seguridad tanto a Rossi como a Ford. Keera argumentaría que si hubiera tenido algo que ocultar no habría sido tan transparente.

Rossi había enviado a LaRussa con uno de los agentes a revisar el resto de la casa en busca de señales de intrusión, pero Keera sabía que aquello era solo una excusa para mantener ocupado a LaRussa y que no interfiriera. La ausencia de señales de allanamiento contradecía cualquier argumento de la defensa que insinuara la presencia de una tercera persona implicada en el asesinato de Anne LaRussa. Rossi pidió a Kaylee Wright, una rastreadora, que inspeccionara el exterior de la vivienda. No encontró huellas ni en el suelo ni en el césped que indicaran la presencia de alguna persona esperando para atacar.

Keera habría preferido que LaRussa no hubiera permitido que le tomaran las huellas dactilares ni la muestra de ADN, pero los técnicos no encontraron rastro de sus huellas ni de su ADN en el arma. Otro punto a su favor, pensó: su disposición indicaba que no tenía nada que temer. Ambrose, por su parte, alegaría que LaRussa limpió el arma, quizás incluso que se cambió de ropa, lo que apoyaría la conclusión de premeditación e intención de

encubrimiento. Keera hablaría con Harrison sobre la viabilidad de recrear y cronometrar si LaRussa pudo disparar a su esposa, limpiar sus huellas y salir de casa en el intervalo de tiempo entre su llegada y la de los primeros agentes.

Keera anotó que la Unidad de Huellas Latentes identificó las huellas de Syd Evans y Lisa Bennet en la encimera de la cocina. Rossi y Ford les tomaron las huellas, sin duda con la excusa de descartarlos como sospechosos. Keera bajó el tenedor de plástico y se inclinó hacia adelante para leer la siguiente frase. Las huellas de Bennet también aparecían en el tirador del refrigerador y en la manilla del horno superior.

Escribió un recordatorio en su cuaderno para averiguar si Harrison había reparado en ese detalle y para preguntar a Bennet por qué abrió el frigorífico y si abrió el horno o, como mínimo, si tocó el tirador. Era otra variable más que Harrison debía tener en cuenta en cualquier teoría que desarrollara.

Keera pasó a otro apartado y leyó las declaraciones que recogieron Vic Fazzio y Del Castigliano de los vecinos, todos confirmaron que no habían oído ningún disparo y que sus vídeos no grababan audio.

Revisó por encima el informe de la Unidad Técnica y de Soporte Electrónico, así como los registros financieros de los LaRussa. Ya los había examinado antes y, de nuevo, nada le llamó la atención. No había compras en tiendas de armas ni compras *online*. Tampoco registros de asistencia a ferias de armas.

Se saltó el documento de acusación y los recortes de prensa y pasó a los informes de la Policía Científica. Insertó el USB incluido en el expediente en el puerto del portátil y durante la siguiente media hora revisó fotografías, un vídeo de la escena del crimen y una simulación informática en 3D. Le pediría a Harrison que leyera detenidamente el informe, pero por lo que veía, el equipo de la científica no se había dado cuenta de la quemadura en el tirador de la puerta del horno; analizó una muestra de agua del suelo y encontró restos de nitrato de potasio, que atribuyó al arma y al

casquillo de bala.

El siguiente informe, elaborado por el Departamento de Armas de Fuego del Laboratorio Científico de la Policía Estatal de Washington, confirmaba que el arma era una pistola de nueve milímetros, disparada recientemente, y que las marcas de la bala extraída del revestimiento de madera coincidían con el interior del cañón. Barry Dillard, el jefe del Departamento de Armas de Fuego, no incluyó su valoración en el informe, pero Keera lo había llamado a declarar en otros casos y sabía que, llegado el caso, Dillard testificaría que una sola bala indica que al asesino no lo motivaba la ira, la venganza ni la furia. En esos casos, se disparan varios tiros contra la víctima. Este dato no era precisamente bueno, porque Ambrose argumentaría que respaldaba su teoría de que Vince LaRussa planeó el asesinato, que no actuó impulsivamente.

Dillard, interpretando la información de Arthur Litchfield, patólogo del Instituto Forense del condado de King, determinó, a partir del estudio del orificio de la bala, de la ausencia de residuos de pólvora, marcas de quemadura o trazas de mercurio o plomo en el cuero cabelludo de Anne LaRussa, y de la ausencia de tejido humano —por lo que se conoce como retroceso— dentro o en el exterior del cañón del arma, que esta estaba a una distancia de entre metro y metro y medio de la parte posterior del cráneo de la víctima. Keera buscó la pestaña correspondiente al informe forense. Quería comprobar si el forense indicaba una hora estimada de la muerte. Si el informe establecía que había sido una hora o menos antes de que LaRussa llamara a emergencias, es decir, después de las ocho y cuarto, la estrategia de la defensa basada en la participación de una tercera persona quedaría prácticamente descartada.

Sonó el móvil.

—No tenemos el informe del forense —gritó Patsy.

—¿Cómo? —Fue a la última pestaña del archivo, pero el documento no estaba.

—El informe de Dillard concluye que dispararon a LaRussa a una

distancia de entre metro y metro y medio según los datos del forense. ¿Dónde está ese informe? —preguntó Patsy.

—¿No nos lo han entregado?

—Eso parece. Y no entiendo el motivo. El informe de Dillard parece confirmar que no fue un suicidio, aunque eso ya lo sabíamos. Me pregunto si en el informe hay información sobre la hora de la muerte que intentan encajar.

—Eso mismo he pensado yo. O puede que aparezca información contradictoria con el informe toxicológico, aunque no se me ocurre qué. O quizá Ambrose se está portando como un imbécil y complicándonos las cosas.

La silla de Patsy chirrió.

—Pediré a Ella que prepare la moción para requerir la presentación de pruebas mañana, en la audiencia de programación del caso. Esto nos podría venir bien. A la jueza Hung no le hará gracia que Ambrose esté jugando sucio, puede que empiece con mal pie con ella.

—Llamaré para ver si llego al fondo de este asunto —dijo Keera.

—Son las nueve de la noche.

Keera miró el reloj de la pared, no se había dado cuenta del tiempo que había pasado.

—Dile a Ella que me quedaré trabajando hasta tarde y que mañana iré pronto al despacho para repasar la moción. —Keera colgó y se planteó si dar ese paso era buena idea, pero quería adjuntar en la moción una declaración que dejara constancia de su intento de resolver el desacuerdo antes de pedir la intervención judicial. Los jueces esperaban que los abogados solucionaran sus diferencias. Maldijo en voz baja y marcó el número de un móvil.

—Keera Duggan —respondió Ambrose. Oyó el ruido de los cubitos de hielo golpeando contra el cristal—. Qué agradable sorpresa.

—Es una llamada de trabajo.

—¿A mi móvil personal?

Ella lo ignoró.

—Estoy mirando el informe policial, Miller, y no encuentro la autopsia del forense.

—Porque no ha terminado el informe.

Era mentira, pero Keera no lo reconocería. También incluiría esa información en la moción de entrega de las pruebas y solicitaría sanciones.

—Entonces, ¿tú tampoco lo has visto?

—¿Qué te interesa concretamente? Ambrose era demasiado inteligente para responder a la pregunta.

—La copia del informe del forense. ¿Lo has leído?

—Preguntaré a los inspectores si está terminada y, si es así, por qué no te han mandado una copia.

Ambrose culparía a Rossi si lo consideraba necesario.

—¿Tú no lo has visto?

—Te llamaré… en horario laboral. Estoy disfrutando de mi noche libre. —Se volvió a oír el ruido del hielo—. Tú, en cambio, trabajas hasta muy tarde. Quizá deberías replantearte la decisión del juicio rápido.

—No me obligues a presentar mociones innecesarias, Miller.

—Buenas noches, Keera. Que duermas bien. Y colgó.

—Mierda —Se puso de pie, cogió la botella de Dalmore y se sirvió un dedo, a palo seco. Le dio un trago largo y sintió el calor que le recorría la garganta y que, un instante después, le alivió el subidón de adrenalina. Regresó a la mesa, cogió el móvil e hizo otra llamada, esta vez al móvil personal de Frank Rossi.

—¿Keera? —saludó Rossi.

—Hoy me ha llegado el informe policial. Pero no está completo.

—Estamos esperando al informe toxicológico.

—¿Falta algo más?

—Diría que no.

—¿Y el informe forense?

Rossi guardó silencio.

—¿No lo has recibido?

—¿Lo has incluido en los documentos?

Esta vez tampoco respondió inmediatamente.

—Déjame que lo compruebe mañana, cuando vaya al despacho.

—Ambrose me ha dicho que, si alguien se ha equivocado, has sido tú. Así que, dime, ¿lo has incluido o no?

—Mañana lo compruebo —repitió antes de colgar.

Capítulo 21

15 de junio de 2023

Keera se despertó temprano el jueves por la mañana a pesar de quedarse hasta tarde hablando por teléfono con Ella y preparando juntas la moción para la entrega del informe forense. Ella también había preparado una moción para que la jueza considerara la cuestión de la fianza, aunque parecía muy poco probable que la concediera.

Keera se duchó, se vistió, tomó una taza de café y comió un yogur con granola pensando en los argumentos que expondría, las posibles respuestas de Ambrose y cómo rebatirlas. Keera conocía a abogados que facturaban a sus clientes el tiempo de la ducha y el trayecto al trabajo. La mayoría de la gente no entendía que los buenos abogados, en muchas ocasiones, pasaban el día pensando en el caso correspondiente. Por eso había tantos divorciados y adictos en el gremio. «La ley es una amante muy celosa», oía repetidamente.

Eligió la ropa siguiendo el consejo de Patsy, que le explicó que la jueza Hung esperaba que las partes se comportaran de manera profesional y demostraran el máximo respeto al proceso legal. La jueza creía que los abogados se merecían su mala reputación y que no cambiarían la opinión de la sociedad sin esfuerzo.

Keera se dirigió a la puerta principal y miró el tablero de ajedrez por el rabillo del ojo. La noche anterior, el Caballero Oscuro hizo otra

jugada agresiva: movió el caballo a d6. Keera respondió con más agresividad. «Nunca retrocedas ante tu oponente», le había enseñado Patsy. Capturó al alfil del contrincante, en g2, con el suyo, así eliminó al último defensor del rey.

Percibía la vulnerabilidad de su oponente y se preguntaba si él se daría cuenta.



Cuando salió del ascensor, las luces del vestíbulo del bufete, con sensores de movimiento, estaban encendidas, no era la primera en llegar. Maggie solo se adelantaba si facturaba horas extra. Pensó que sería Ella, pero cuando se acercó, vio el despacho de su hermana a oscuras. Solo podía ser Patsy.

En un momento de excepcional honestidad, Ella confesó que, de niña, cuando iba a buscar a Patsy borracho, lo que más ansiedad le provocaba era acercarse a la puerta de su despacho. Lo describió como acercarse a la guarida de un oso.

«Nunca sabías si el oso estaba hibernando o despierto y enfadado».

No era de extrañar que Ella buscara ayuda psicológica.

«No pienso cargar con esa mochila el resto de mi vida —le dijo un día a Keera—. Imposible, me destrozaría como le ha pasado a Maggie».

Keera se detuvo justo delante de la puerta del despacho de su padre. El hombre estaba sentado detrás del escritorio, con la frente apoyada en las manos entrelazadas. Salía humo de la taza de café caliente que tenía en la mesa. Keera olió el aroma amargo de los granos de café. Golpeó suavemente tres veces para llamar su atención. El hombre tenía los ojos despejados y las mejillas sonrojadas.

—Hola, hija. ¡Qué pronto has llegado! —Tenía la voz firme. No parecía cansado ni ronco. Había dormido bien. No había bebido.

—Es por lo de la audiencia. —Se sentó delante del escritorio—. ¿Es la moción?

Patsy asintió.

—La estoy repasando por última vez. Tengo un mensajero esperando para que la lleve en cuanto abra el despacho de la letrada de la Administración de Justicia y le entregue una copia a la jueza Hung.

—¿Qué opinas?

—Los hechos están bien fundamentados, pero cojea un poco en el aspecto jurídico.

—Conociendo a Ambrose, no me sorprendería que nos entregara el informe del forense en el despacho de la jueza. Sabe que hemos estado despiertos hasta tarde y que la jueza Hung no le impondrá una sanción siempre que nos lo entregue.

—Así que está jugando con nosotros.

—Es lo que mejor se le da. —Keera hizo una pausa para cambiar de tema—. Tengo que preguntarte una cosa. J. P. sugirió algo el otro día. Me dijo que no me apresurara y que no presionara tanto para establecer la fecha del juicio. Que quizá necesitábamos más tiempo para valorar las pruebas. Quería saber qué piensas tú.

Patsy se reclinó en la silla.

—¿Cómo crees que lo lleva Ambrose?

—Anoche me sugirió lo mismo, así que imagino que está igual que nosotros, intentando descifrar las pruebas.

—Su caso es circunstancial, aunque, evidentemente, él tiene más pruebas para argumentar que Vince mató a Anne. Pero no sé si suficientes para una condena.

—En cualquier caso, ahora mismo domina el centro del tablero.

Patsy sonrió al oír la referencia al ajedrez.

—Sus mejores bazas son Syd Evans y Lisa Bennet —continuó Keera—. Ambos declararán que Anne LaRussa estaba viva cuando se marcharon de la casa. Con estas circunstancias, yo solo intento crear

una duda razonable. —Eso significaba que atacaría a los testigos y las pruebas de la Fiscalía para sembrar la duda como mínimo a uno de los miembros del jurado—. Me gustaría plantear una teoría propia, pero… Sigo esperando el informe de toxicología. Si resulta que en el organismo de Anne LaRussa aparecen opioides, habré conseguido una prueba circunstancial para argumentar que Bennet tenía motivos para matar a Anne.

—¿Cómo?

—Bennet tenía una aventura con Vince. Así que, Anne amenazó a Vince con la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial, y a Bennet con denunciarla por recetar injustificadamente narcóticos, por lo que la doctora se arriesgaba a perder la licencia médica.

—Eso sería un golpe fatal para una madre viuda con tres hijos.

—Pero ¿basta para convencer a uno de los miembros del jurado de que Bennet sería capaz de matar a su antigua amiga?

—Es un acto despiadado. Pero, desgraciadamente, los jurados se inclinarán por el marido asesino antes que por la mejor amiga; y eso sin contar con que él se jugaba millones de dólares y ella solo la licencia médica. ¿Has encontrado a alguien que corrobore los problemas matrimoniales?

—No. Pero la gente con la que he hablado confirma la versión del padre, que después del accidente no veían mucho a Anne, y en estos últimos seis meses todavía menos. Me preocupa que Ambrose argumente que LaRussa quería aislar a su mujer. Y Vince insiste en que no tuvo una relación extramatrimonial, igual que Bennet, aunque esta declarará que Anne lo creía.

—¿Con qué argumentario trabajas?

—Bennet es una superviviente. Perdió a su marido siendo joven y ha luchado mucho por criar y educar a sus hijas sola. Jamás permitiría que nadie le impidiera sacarlas adelante arruinando su carrera.

—No es un argumento muy sólido —dijo Patsy, aunque Keera ya lo sabía.

—¿Tú qué harías?

Patsy sonrió.

—Creo que eso ya lo sabes.

—La mejor defensa es un buen ataque. ¡Tú atacarías!

—A veces hay que avanzar con las piezas más fuertes sin temer las consecuencias. Yo también iría a por el juicio rápido. Mantendría a Ambrose contra las cuerdas, a ver quién se rinde antes. Hasta el día del juicio pueden ocurrir muchas, pero aún más durante el propio juicio. Nuestro trabajo, siempre que el cliente no se declare culpable, es utilizar lo que tenemos hasta el límite. A la gente optimista suelen pasarle cosas buenas, incluso las derrotas no le parecen tan malas. Y no digo que vayas a perder.

Keera fingió indignarse.

—Eso espero.

—Aprendí hace mucho a no apostar en tu contra, hija.

Keera se levantó.

—Gracias, papá.

Patsy sonrió.

—Gracias por preguntar. ¿Has pensado si quieres que te acompañe a la audiencia?

Keera asintió.

—Creo que sería excesivo y, dada tu reputación, parecería que me diriges. Tanto la jueza como el cliente tienen que creer que soy capaz de llevar el caso sola.

—Eso nadie lo duda, Keera. Estoy orgulloso de ti como abogada, pero sobre todo de la persona en la que te has convertido.

—Ya te contaré.

—Y yo seguiré trabajando como el mago detrás de la cortina. —Miró la hora en el reloj—. Y este mago tiene que terminar la moción para presentarla a tiempo.

Keera trabajó en su despacho hasta aproximadamente las ocho y media de la mañana y luego caminó por la colina hasta los juzgados del condado de King. Subió en ascensor hasta la novena planta, la última de los juzgados, donde se encontraban las salas de audiencias. Patsy le dijo que la broma era que nadie podía estar por

encima de la jueza Hung. Keera abrió la puerta de madera de la sala W-941 y entró. Nunca había comparecido ante la jueza Hung, pero las salas eran todas iguales: de tamaño modesto y aspecto desgastado; los bancos del público tenían arañazos y desconchones y en el suelo, de linóleo oscuro, había zonas totalmente peladas. En la pared, a la derecha del estrado de la jueza, colgaba un calendario muy grande. Una mujer, probablemente la letrada de la Administración de Justicia de la jueza Hung, caminaba apresurada por delante del estrado.

Cuando Keera dejó el maletín en la mesa de la defensa, la mujer se fijó en ella.

—¿Es usted la señorita Duggan?

—Sí.

—La jueza Hung celebrará la audiencia de programación del juicio en su despacho. El señor Ambrose acaba de llegar. La acompañaré.

A Keera le pareció poco apropiado que una jueza recibiera en privado a una de las partes sin que la otra estuviera presente, aunque fuera solo un momento, pero no quería empezar con una amonestación. Siguió a la mujer por un pasillo estrecho hasta el despacho de la jueza. Ambrose estaba sentado en una de las dos sillas de cuero sobre una alfombra roja persa al otro lado del escritorio de la jueza Hung. Detrás de él, las ventanas daban al centro de Seattle, y entre los edificios se distinguían unas manchas azules del agua de la bahía de Elliott.

—Señorita Duggan. —La jueza se puso en pie y tendió la mano a Keera.

Hung, a sus sesenta y dos años, no tenía ni una cana en la mata de pelo oscuro que se le rizaba por encima de los hombros. Con unos rasgos faciales suaves y pocas líneas de expresión parecía más joven. Era de complexión menuda, llevaba una camisa blanca y ni rastro de maquillaje o bisutería, a excepción de un reloj de muñeca plateado.

—Imagino que ya conoce al señor Ambrose —dijo con una voz

una octava más aguda de lo que Keera esperaba.

—Sí —asintió, acercándose a la silla colocada junto al fiscal.

—Keera y yo antes trabajábamos juntos. —Ambrose le ofreció la mano y ella se la estrechó a regañadientes. Ambrose sonrió, apretó la mano con más fuerza de la necesaria y lo remató con un apretón extra. A Keera se le puso la carne de gallina.

—¿Se nos unirá el señor Duggan? —preguntó la jueza.

—Hoy no —dijo Keera, sentándose.

—Su nombre aparece en el encabezado de la solicitud que tengo aquí delante —señaló Hung, indicando la moción que Ella escribió y presentó—. ¿Se encargará él del caso?

—Es el fundador del bufete —respondió Keera, aunque estaba segura de que la jueza lo sabía perfectamente—. El caso lo llevaré yo.

—¿Y el señor Duggan actuará como segundo abogado?

—Correcto. —A Keera le pareció que la jueza Hung dudaba de su capacidad para defender un caso de asesinato en primer grado. Keera resistió la tentación de justificar sus credenciales y por un momento se quedaron sumidos en un silencio incómodo.

—Empecemos entonces —ordenó la jueza, rompiendo el silencio. Miró a la taquígrafa judicial, sentada a su derecha con la estenotipia, preparada para registrar hasta la última palabra. Después de que la jueza declarara abierta la vista y que ambas partes se identificaran, Hung procedió—: Dejaré para el final la moción de entrega de pruebas de la defensa y empezaremos con los asuntos preliminares. ¿Han hablado de un acuerdo?

—No —respondió Ambrose.

—No, señoría —negó Keera.

—Entonces, ¿no habrá acuerdo?

—La Fiscalía aceptaría una declaración de culpabilidad, si el acusado estuviera dispuesto.

—No se dará. La defensa aceptaría el sobreseimiento de todos los cargos.

—¿Y su cliente no renunciará al derecho a un juicio rápido? —

preguntó Hung con un tono que parecía desaprobatorio.

—No, señoría. Mi cliente quiere ser juzgado para limpiar su nombre.

Hung emitió un sonido en voz baja, parecido a un «hum». Dirigió la mirada a los documentos que tenía sobre el escritorio, los examinó y, tras un momento, miró a Keera.

—Estamos ante un cargo de asesinato en primer grado. ¿Su cliente es consciente de que se enfrenta a cadena perpetua sin posibilidad de condicional?

—Siempre que se le declare culpable —retó Keera.

—¿Y le ha explicado que la Fiscalía aún no ha concluido la fase de descubrimiento probatorio, y que es poco probable que reciba toda la información antes del juicio si no renuncian al cómputo de plazos?

Eso no auguraba nada bueno para la moción de Keera.

—Disculpe, señoría, ¿a qué se refiere exactamente? —Se arrepintió de pedir la aclaración al instante.

La jueza Hung no tardó en hacer que Keera se sintiera ingenua e inexperta.

—Los juicios por asesinato son fluidos, señorita Duggan. A menudo no se localiza a los testigos ni las pruebas hasta el mismo día en el que los testigos declaran. Los testigos pueden enfermar o tener conflictos de agenda, y hay que alterar el orden previsto. Si su cliente se niega a renunciar a su derecho a un juicio rápido, quiero que quede claro que no veré con buenos ojos ninguna petición de aplazamiento durante el proceso.

Keera recordó el consejo que le había dado su padre esa misma mañana.

—Confío en que la Fiscalía no malgastará el tiempo del tribunal con maniobras dilatorias que obliguen a la defensa a presentar mociones para exigir la entrega de pruebas, señoría. Solo pedimos a la Fiscalía que comparta a tiempo los nombres de los testigos, lo que esperan declarar y las pruebas en las que se basan, para que la defensa pueda prepararse como es debido y como exige la

legislación del Estado de Washington.

Ambrose, que tenía las piernas cruzadas, unió las manos formando un triángulo justo por debajo de la barbilla y contestó:

—Señoría, le aseguro que no ocultamos información a la defensa, a pesar de lo que se ha insinuado. Hemos entregado el informe del inspector jefe inmediatamente después de la comparecencia inicial del acusado, aunque no estábamos obligados a hacerlo tan pronto. La moción actual de la defensa parece indicar que la Fiscalía saldrá perdiendo haga lo que haga. Así nos pagan el favor.

—Supongo que ha llegado el momento de abordar la cuestión de la moción presentada por la señorita Duggan, ya que ambos han sacado el tema —intervino la jueza Hung—. ¿Señorita Duggan?

—En los documentos que hemos recibido falta el informe de la autopsia y el de toxicología de la víctima, a pesar de que varios expertos indican en sus conclusiones que se basan en el informe del médico forense, como, por ejemplo, el experto en balística. Resulta evidente que los expertos leyeron los resultados de la autopsia, lo que plantea la pregunta de por qué la defensa no ha recibido una copia.

—Señoría —contestó Ambrose—. He mencionado el asunto a los inspectores y, al parecer, el médico forense compartió con varios expertos resultados de su examen antes de finalizar el expediente, para, insisto, agilizar la entrega a la defensa. En cuanto al informe de toxicología, la defensa ya debería saber que los resultados pueden tardar semanas.

—Señoría, el experto en balística del Estado… —comenzó Keera.

La jueza Hung levantó una mano.

—He leído su escrito, señorita Duggan. Y el fiscal tiene razón: el informe se entregó con antelación. Como ya indiqué, todos los informes periciales y escritos que identifiquen a los testigos y detallen sus posibles declaraciones deberán entregarse y actualizarse a medida que se acerque el juicio. Creo que con esta moción se ha precipitado.

Keera se mordió la lengua.

Ambrose descruzó las piernas.

—Señoría, la Fiscalía no quiere abusar del tiempo del tribunal innecesariamente. He traído una copia de la autopsia además del informe toxicológico, que recibí la tarde de ayer. —Metió la mano en el maletín que tenía junto a la silla y, como Keera previo, le entregó los documentos, de varias páginas, a la jueza, y así consiguió dar una imagen noble y que Keera pareciera mezquina. Ambrose podía haber dicho a Keera, cuando hablaron por teléfono la noche anterior, que tenía los informes y se los entregaría en la vista. La había obligado a redactar una moción innecesaria e intentaba que pareciera poco razonable. Ella sabía que discutir no serviría de nada. A veces, los jueces se veían en la misma situación que un padre entre dos hijos enfrentados y no les interesaba saber quién hizo qué a quién; solo querían resolver el asunto y acabar con la pelea.

—Entonces, ¿todo resuelto, señorita Duggan? —preguntó la jueza Hung.

—Eso creo —respondió—. Aunque todavía no he leído los informes.

—Bien. Ahora, dado que no llegarán a un acuerdo y que el acusado quiere un juicio rápido, concertaré una fecha para la audiencia preparatoria y el juicio. Tengo la agenda muy apretada, pero hace poco un acusado se ha declarado culpable y ha dejado un hueco.

—La Fiscalía no tiene objeciones, señoría.

La jueza Hung miró a Keera.

—Deduzco que la defensa tampoco.

—Ninguna, señoría.

La jueza Hung echó un vistazo a su calendario judicial.

—El juicio empezará a finales del mes que viene. Es decir, el treinta y uno de julio. ¿Alguna objeción?

Era una pregunta retórica.

—Ninguna, señoría —respondió el fiscal.

Keera abrió el calendario del móvil, que estaba sincronizado con el ordenador del despacho. Comprobó rápidamente el día. Su padre

tenía un juicio a principios de aquella misma semana.

—Patrick Duggan tiene un juicio esa semana en la sala de audiencias del juez McCormick, señoría.

—Pueden ocurrir muchas cosas hasta esa fecha, incluso que lleguen a una sentencia de conformidad —dijo la jueza con clara intención—. Si fuera necesario, seguro que el juez McCormick cambiaría sus fechas para adaptarse a nuestras necesidades. Por otro lado, según lo visto durante la vista de imputación, espero una presencia mediática importante. He informado a la administración del tribunal que no tengo intención de abandonar mi sala y trasladarme a la sala ceremonial. Esto es un juicio y no permitiré que se convierta en un circo. Ustedes deben dirigirse al jurado y a mí. Si considero que alguno de los dos habla para el público o hace teatro, lo cortaré de inmediato. ¿Entendido?

Una vez más, la pregunta era retórica. La jueza Hung no esperó la respuesta.

—¿Algo más? —preguntó.

—No, señoría. —Ambrose se levantó—. Gracias por su tiempo.

—La defensa desea tratar la cuestión de la fianza, señoría. He presentado una moción.

Ambrose se detuvo y ofreció a Keera una sonrisa divertida antes de volver a sentarse. Alzó las manos y dijo:

—El juez Valle denegó la fianza, señoría, al determinar que, debido a los considerables recursos del acusado, el acceso a un avión privado y la falta de familiares en el Estrecho de Puget existía riesgo de fuga. Creo que ninguno de los factores ha cambiado desde su ingreso en prisión.

—¿Algo de lo que menciona el fiscal ha cambiado, señorita Duggan? —preguntó la jueza.

—Señoría, la defensa necesita tener acceso libre y constante al acusado para preparar el caso.

—¿Ha tenido alguna dificultad para verse con su cliente en la cárcel del condado de King?

—No exactamente, señoría, pero concertar las visitas requiere

tiempo y la falta de privacidad y de espacio para trabajar dificultan la preparación del juicio. Se podría monitorear al acusado con una tobillera electrónica y mantenerlo en arresto domiciliario.

La jueza Hung se aclaró la garganta.

—Mi trabajo, letrada, consiste en asegurarme de que su cliente tenga un juicio justo, no en facilitarle las cosas. También estoy obligada a proteger a los ciudadanos del condado de King. Infinidad de abogados defensores han preparado los juicios con sus clientes en prisión. Y eso harán usted y su cliente. Su petición de revisar la decisión del juez Valle queda denegada. ¿Algo más?

—No —respondió Keera. Había perdido las dos primeras batallas.

—Bien, entonces hablemos de cómo gestionaré el interrogatorio de los jurados y de cómo espero que se comporten ustedes en la sala.

Veinte minutos más tarde, sin que ni Keera ni Ambrose añadieran gran cosa ni plantearan ninguna cuestión, la jueza Hung dio por concluida la vista. Tal como había dicho Patsy, ella formularía las preguntas a los candidatos para el jurado. Si alguna de las partes deseaba proponer alguna pregunta, debería ser a través de la jueza.

Cuando ya se dirigían hacia la puerta del despacho, la jueza Hung dijo:

—¿Señorita Duggan?

Keera se volvió.

—Espero ver a su padre en la próxima sesión. No quiero que, una vez terminado el juicio, se presenten recursos por supuesta asistencia inefectiva del letrado. —Alzó una mano—. No pretendo con esto cuestionar sus capacidades, pero, por mi veteranía, sé que cuando se condena a un acusado, este aprovecha cualquier resquicio para apelar el veredicto, incluso el de la inexperiencia de su abogado.

Keera casi se muerde el labio hasta sangrar.

—También cuestionan la imparcialidad de los magistrados que presiden los juicios, señoría. Y no por eso la pongo en duda.



Mientras se alejaba caminando del juzgado, Keera se reprochó el comentario. Se tendría que haber ido del despacho sin decir ni pío y demostrar a la jueza que se equivocaba en el juzgado, pero su lado competitivo la superó. Había insinuado que Hung era parcial y se arrepentía.

Al acercarse a Occidental Square, empezó a pensar en el informe del forense. No creía en absoluto la excusa de Ambrose, que Arthur Litchfield compartió con otros peritos sus resultados preliminares. Los patólogos que trabajaban en el laboratorio forense no tenían tiempo para informes preliminares y Litchfield no lo habría hecho. Un informe preliminar diferente al definitivo podría sugerir a la defensa que la Fiscalía había influido en las conclusiones de la autopsia final. Además, también estaba el silencio de Frank Rossi cuando Keera le preguntó por la autopsia, que parecía indicar que él había entregado los resultados a Ambrose.

Eso dejaba una conclusión ineludible:

Ambrose escondía algo.

Tendría que esperar para indagar y descubrir qué. En cuanto Keera salió del ascensor y entró al vestíbulo del bufete, Maggie la miró, como si hubiera estado esperando su llegada.

—Ella y Patsy quieren hablar contigo en la sala de reuniones. Los avisaré de que has llegado.

En la sala de reuniones, Keera minimizó mucho lo ocurrido en el despacho de la jueza Hung. No quería alarmar a Patsy y mucho menos alentar las paranoias de Ella.

—La jueza ya ha fijado fecha —dijo Keera—. Será el treinta y uno de julio. Y nos presionará.

Keera recordó a Patsy que tenía otro juicio esa misma semana.

—Por un cargo de drogas. Mi cliente se declarará culpable. En

caso contrario, pediré al juez McCormick un cambio de fecha. No será un problema.

—Insiste en que estés presente conmigo en el juicio. Ha dicho que no quería un recurso por asistencia inefectiva del letrado después del juicio.

—¿Eso ha dicho, y en voz alta? —exclamó Ella.

Patsy suspiró.

—¿Qué? —protestó la directora del bufete.

Por la expresión de angustia de Patsy, Keera sospechó que su hermana sabía lo que diría a continuación.

—La jueza Hung tiene una gran memoria y es muy competitiva como todos los buenos abogados litigantes. No aprecia que le ganara todos los juicios en los que nos enfrentamos, ni los medios que, tal vez, usé para hacerlo.

Eso significaba que, Patsy, el Luchador, se había salido con la suya, dejando un resentimiento persistente.

—¿Podemos recusarla? —preguntó Ella. La defensa tiene derecho a solicitar un cambio de juez por prejuicio.

—No tengo pruebas, es mera intuición —respondió Patsy—. Y ella lo negaría. Así solo conseguiríamos cabrearla.

«Como con mi comentario», pensó Keera.

Y dar la imagen de que no soy capaz de librar mis batallas.

—Puede ser. Pero también le mandaría el mensaje de que esperamos que sea ecuánime, porque, de lo contrario, presentaríamos todos los recursos posibles durante y después del juicio —dijo Ella.

—Es una buena jueza —aseguró Patsy—. Es dura, pero justa, algo que nos vendrá bien si Ambrose quiere jugar con nosotros como ha hecho esta mañana.

—Esta mañana no le ha perjudicado ni lo más mínimo —protestó Keera. Patsy seguía con una expresión nerviosa—. ¿Algo más? —preguntó.

—Sospecho que lo que ocurrió el otro día con el juicio de Clancy Doyle se ha convertido en la comidilla de los juzgados —añadió

Patsy.

—¿Y qué tiene que ver eso con la jueza Hung?

—Muchos de los magistrados, entre otros Hung, fueron fiscales a los que me enfrenté y vencí. A muchos les encantaría verme caer de bruces —murmuró Patsy.

A Keera no le parecía Hung tan mezquina, pero recordó la expresión de alegría, mal disimulada, de la jueza Ima Patel, cuando comprendió que Patsy no asistiría a las conclusiones del juicio de Clancy Doyle. Probablemente, Patsy tenía razón, aunque Keera no lo protegería como hicieron su madre y sus hermanas con el alcoholismo, escondiéndolo bajo la alfombra hasta crear una montaña tan grande como un elefante.

Patsy se había cavado su propia tumba y Keera no tenía la más mínima intención de enterrarse con él.

—Quizá tendríamos que plantearnos la posibilidad de que Ella sea la segunda abogada y apartarte del caso.

—¿Quieres reemplazarme? —Patsy parecía devastado.

—Lo que yo quiera es irrelevante. Vince LaRussa merece un juicio justo. Si tu presencia en la sala de audiencias de la jueza Hung lo perjudica, debemos plantearnos otras opciones.

—No pretendo dejarte en evidencia —protestó.

Keera no respondió. No hacía falta. Patsy sabía que tanto Keera como Ella ya estaban hartas de sus promesas vacías.

Ella miró a uno y luego al otro.

—A Keera no le preocupa que la dejes en evidencia —soltó.

—No pongas palabras en mi boca —gritó Keera.

—No estoy poniendo nada en tu boca. Soy la soda directora…

—Sí, como siempre hacéis Maggie y tú.

—Solo queremos proteger…

—Soy una mujer adulta y una muy buena abogada. Yo decidiré qué es mejor para mi cliente.

Todos se quedaron callados un instante.

Keera rompió el silencio:

—Cuando se forme el jurado, será prácticamente imposible hacer

ningún cambio. No quiero ser Marcia Clark cuando Bill Hodgman tuvo que dejar el caso de O. J. Simpson. Si quieres ser el segundo abogado, tengo que saber con certeza que estarás hasta el final.

—Allí estaré.

—Con eso no me basta. Quiero que me des tu palabra de que no beberás, ni siquiera una gota, hasta que acabe el proceso. Ni cerveza. Ni vino. Ni licores.

—Keera, no puedes… —empezó a decir Ella.

—Sí, sí puede —la interrumpió Patsy—. Me parece justo que me lo pida. —Miró a Keera y respondió—: Te doy mi palabra.

—Bien —respondió ella—. Entonces, tendrás que decepcionar a la jueza Hung una vez más.

Patsy y Ella se miraron, confundidos.

—Al no caer de bruces. Quiero que el Luchador Irlandés esté conmigo en la sala de audiencias, porque sabemos perfectamente que Ambrose no se andará con chiquitas.



Cuando salió de la reunión, Keera se pasó por la mesa de su ayudante para pedirle que hiciera copias de la autopsia de Litchfield y del informe de toxicología y se las entregara a Patsy y a Ella. A continuación, se sentó al escritorio y llamó a Harrison para decirle que el juicio ya tenía fecha.

—¿Estás de puta coña? —Por algún motivo, su acento inglés hizo que la expresión sonara menos vulgar.

—Ambrose me ha sugerido que me replantee el juicio rápido, lo que creo que sugiere que él no está preparado y que debemos seguir con el plan. Quiero que elabores una teoría de la que el señor Cobalt se sintiera orgulloso o, como mínimo, que sirva para crear el mínimo resquicio de duda. Y no disponemos de mucho tiempo.

—Ya estoy en ello. ¿Has recibido algo más de Jack Worthing?

—De momento no, pero si llega algo, serás el primero en enterarte.

Keera colgó el teléfono justo cuando su ayudante entró en el despacho y le entregó una copia de los dos informes. Keera había leído suficientes autopsias para saber qué buscar. El informe de Litchfield hacía referencia a las manchas de sangre, balística, la posición de la herida y la falta de destreza de Anne LaRussa tanto en las manos como en los dedos. Concluyó que había sido una muerte violenta.

Keera quedó decepcionada. Después de todo lo que había tenido que hacer para conseguir el informe y conociendo personalmente a Ambrose y sus tácticas, estaba convencida de que habría hecho algo perverso, pero el informe de Litchfield no contenía información que lo indicara. Dejó la autopsia a un lado y leyó el informe del jefe de toxicología del condado de King. Echó un vistazo a la metodología y datos del paciente y luego leyó con más detenimiento los resultados del laboratorio. Las pruebas toxicológicas revelaban niveles elevados de opioides en sangre, entre ellos oxicodona, también conocida como OxyContin, e hidrocodona, también conocida como Vicodin. Sin duda, aquello respaldaba su teoría de que Bennet tenía motivos para querer matar a Anne LaRussa, pero seguía muy lejos de poder crear una duda razonable.

Como Patsy dijo, algo era mejor que nada.

Aunque en ese momento, a Keera no se lo parecía.

Cuando iba a apagar el ordenador, a Keera se le ocurrió algo. Abrió el vídeo del sistema de seguridad de casa de los LaRussa y rebobinó las imágenes hasta que el coche de Lisa Bennet apareció delante de la casa. Examinó a Bennet al salir del coche, abrir la puerta trasera y coger la bolsa. Los músculos del brazo se le tensaron cuando la levantó del asiento trasero y se la colgó del hombro. Keera adelantó las imágenes, esta vez hasta que Bennet salió por la puerta principal y se fijó otra vez en el brazo de la mujer que sujetaba la bolsa, abría la puerta del conductor y dejaba la bolsa

en el asiento trasero. Keera rebobinó las imágenes y las miró varias veces.

Parecía que la bolsa pesaba mucho menos cuando Bennet salió de la casa.

Keera anotó mentalmente consultar con la doctora sobre ese detalle.

Capítulo 22

Más tarde, aquel mismo día, Keera fue a Aloha Street, cerca de Lake Union, donde estaba el edificio del Centro Oncológico de Seattle. Llamó al despacho de Lisa Bennet y le pidió unos minutos para verse. Prefería no hablar por teléfono de un asunto tan delicado y quería evaluar su reacción, si la había, cuando la presionara.

Encontró un aparcamiento en la calle y subió la cuesta hasta el edificio de ladrillos y cristal que alojaba el centro oncológico que había salvado tantas vidas. Ya dentro, subió en ascensor hasta la quinta planta y se acercó al recepcionista. Después de llamar por teléfono, el hombre dijo:

—La doctora Bennet la recibirá enseguida.

Bennet salió por una puerta interior vestida con una bata blanca encima de unos pantalones azules y unos zapatos planos. Llevaba el pelo recogido en un moño.

—Señorita Duggan —la saludó invitándola a entrar.

Bennet acompañó a Keera por un pasillo en el que había personal médico y puestos de trabajo. El despacho de Bennet era pequeño, tenía estanterías empotradas, un escritorio curvado y una pantalla de ordenador que casi tapaba por completo las vistas al noroeste del lago Union. Keera se fijó rápidamente en las fotos familiares, parecidas a las que vio en casa de la mujer.

Bennet se colocó detrás del escritorio, pero se quedó de pie.

—¿Han averiguado algo más?

—Tengo algunas preguntas más sobre la noche que fue a ver a Anne LaRussa.

—Pensaba que ese tema ya estaba zanjado.

—Entiendo que está usted ocupada, así que no le haré perder tiempo —continuó Keera—. Entró usted en la casa de los LaRussa con una bolsa grande; de aspecto pesado. ¿Qué había dentro?

Bennet apartó la vista y miró a un lado. Parecía no saber qué decir. A continuación, respondió:

—No sé. Muchas cosas probablemente innecesarias. Intento guardar todo en el mismo sitio. La cartera, la botella de agua. A veces me llevo a casa historiales médicos.

—¿Le llevó algo a Anne?

—¿Algo como qué?

—Lo que fuera.

—No —dijo Bennet volviendo a desviar la mirada. Mentía.

¿Por qué? Keera supo que no conseguiría una respuesta sincera, así que decidió dejar ese asunto de momento.

—Anne la recibió en la puerta principal.

—Así es.

—¿Y fueron directamente a la cocina para hablar?

—Creo que me dijo algo en la entrada.

—¿No se detuvieron en ninguna otra habitación?

—No que recuerde, no.

Keera repasó las dos respuestas. «Creo…» y «No que recuerde». Contestaciones mucho más rígidas y cuidadosas que cuando hablaron la primera vez. Usaba las expresiones que los abogados recomiendan a los testigos. La ambigüedad proporcionaba a los testigos un margen para desdecirse, si era necesario. Aunque podía ser que Keera exagerara un poco. Si Bennet había consultado con un abogado, lo primero que le habría dicho sería: «No hable con nadie sin mi presencia».

—¿Estaba Anne dolida?

—Mucho.

—¿La pudo calmar usted?

—Un poco. Le recordé que éramos amigas desde hacía muchos años y que yo no la traicionaría. Que nunca le haría daño.

—¿Y la creyó?

—¿Sinceramente? Creo que no. Anne se había vuelto paranoica y estaba enfadada. No pensaba con claridad.

—¿Había bebido?

—Tenía un vaso de agua. O eso me pareció. ¿Se refiere a eso?

—Cuando usted llegó, ¿ya tenía el vaso en la cocina?

—Creo que sí.

—¿No le sirvió usted el agua de la nevera?

Volvió a desviar la mirada. Después de un segundo, respondió:

—Ahora que lo menciona, puede que sí. Creo haberle servido un vaso de agua. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo intento encajar unos cuantos elementos. Había un vaso en la cocina. Quiero determinar si el vaso y su contenido eran de ella.

—Sí. Yo no bebí agua. No me quedé mucho rato.

—Veintiséis minutos.

—Se me hicieron muy cortos.

—¿Abrió y cerró usted algún mueble, tocó la cocina o algo por el estilo?

La expresión de Bennet cambió, como si acabara de entender o empezara a sospechar el objetivo de las preguntas. Keera había visto aquella expresión antes, cuando un testigo mentía. Parecía que un velo les caía por delante del rostro. Era evidente que la mujer sopesaba las consecuencias de lo que iba a decir.

—No lo recuerdo, pero podría ser. La verdad es que no lo sé.

Más margen de maniobra.

Bennet había tocado el tirador de la nevera y el de la puerta del horno y se acordaba. Aunque no quería admitirlo. Pero ¿por qué no? Independientemente del motivo, Keera no se lo sacaría allí, y menos sin nada para presionar. Bennet estaba a la defensiva.

—¿Había alguna vela en la cocina?

—Sí. Una de las velas aromáticas de Anne.

—¿Estaba encendida?

—Creo que sí.

—¿No la encendió usted?

—¿Por qué?

—¿Cómo terminó la conversación?

—Como ya le he dicho. Le aseguré a Anne que se equivocaba, que mi encuentro con Vince había sido inocente…, queme preocupaba que abusara de los opioides y le provocaran adicción. Le dije que si necesitaba ayuda para soportar el dolor, buscaría a alguien que la ayudara.

—En cuanto a los analgésicos que le recetó y renovó las recetas, usted sabía las dosis que Anne tomaba, ¿verdad?

—¿Qué insinúa exactamente?

—No insinúo nada. Es que los resultados de toxicología son muy claros —dijo Keera para que Bennet supiera que tenía pruebas objetivas—. Anne tenía unos niveles altos de opioides en sangre.

—Como ya le he dicho, me preocupaba que Anne se volviera adicta.

—Sí, no me cabe duda. Parecía muy alterada en las imágenes de la cámara de seguridad cuando se marchó de casa de los LaRussa el domingo por la noche.

La ira de Bennet explotó.

—Claro que estaba alterada. Mi mejor amiga me acababa de acusar de tener una aventura con su marido.

Una buena respuesta. Una respuesta plausible. Era una reacción razonable, aunque Keera tampoco se la creía. No del todo.



Media hora después, tras los trámites habituales, Keera entró en la sala de la cárcel del condado de King donde se reúnen los abogados con sus clientes. LaRussa llegó como las veces anteriores y se sentó

en una silla de plástico frente a Keera.

—¿Han hablado con Mary Bell?

Keera le explicó la conversación.

—Nadie de la Fiscalía se ha puesto en contacto con ella y tampoco hay nada relevante en su declaración. También hablamos con Eric Fields.

—¿Y él qué dijo?

—Nada alarmante. —Keera resumió a LaRussa la conversación—. Pero me preocupa que ese tal Jack Worthing también haya hablado con él.

—¿Personalmente?

—No, por teléfono. Bell sospecha que utilizaba un modulador de voz, pero sin base real para afirmarlo. No me asusta nada de esas dos declaraciones, pero me preocupa la identidad y el objetivo de Jack Worthing.

—¿Ha vuelto a escribirle?

—No.

—Puede que no lo vuelva a hacer.

—El tiempo lo dirá. También hemos recibido los informes periciales. El forense ha concluido que «muerte violenta» y que su esposa recibió un tiro disparado a una distancia de entre un metro y un metro y medio.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no?

—Hay algo más interesante. La unidad de huellas latentes ha encontrado las huellas de Lisa Bennet en la encimera de la cocina, el tirador del frigorífico y el de la puerta del horno.

—Puede que los abriera. ¿Por qué es interesante?

—Porque en un principio no sabía con seguridad si abrió el frigorífico para servir un vaso de agua a Anne, pero luego lo recordó. No hay ningún motivo para que abriera el horno o lo bloqueara. Creo que esconde algo. Se me da bien interpretar expresiones faciales y corporales. Y esa mujer desviaba la mirada continuamente y pensaba antes de responder. Me pregunto si las huellas que encontró nuestro investigador cerca de la quemadura del tirador del

horno son importantes. Si ella bloqueó el horno.

—¿Para qué abriría o bloquearía el horno?

—Todavía no lo sé. Otra cosa. Llegó a su casa con una bolsa grande que parecía pesada. Se le tensaron los músculos del brazo cuando la cogió y se la colgó del hombro. ¿Qué llevaría dentro?

—¿Qué ha dicho ella?

—Se ha mostrado reticente y me ha explicado que siempre lleva muchas cosas inútiles en esa bolsa. Es plausible, pero cuando sacó la bolsa de su casa, parecía pesar mucho menos. Salió de la casa y la dejó en el asiento trasero.

—¿Cree que llevó algo a casa? ¿La pistola?

—Podría ser un arma, pero no pesaría tanto. Si estoy en lo cierto. ¿Se le ocurre algo?

LaRussa negó con la cabeza.

—No.

Keera cambió de tema.

—También hemos recibido el informe toxicológico. Anne tenía altos niveles de Oxycontin y Vicodin en el cuerpo.

—Sí, como sospechábamos.

—De acuerdo, pero no entiendo por qué la doctora Bennet no le cambió la medicación si le preocupaba tanto la posible adicción de su mujer. ¿Por qué no le aconsejó que redujera el número de pastillas o las dosis? Los botes de medicamentos que le prescribió y las recetas no parecen indicar ningún cambio y por eso su preocupación parece menos convincente. ¿Y si Anne la amenazó con denunciarla al colegio médico y Bennet corría el riesgo de perder la licencia?

—Eso sería sin duda un móvil. —El tono de LaRussa era poco animado—. Aunque convencer al jurado de que mató a Anne sigue siendo prácticamente imposible, ¿no?

—Puede que no. Bennet ha perdido a su marido. Es el único sustento de sus hijas. Haría lo que fuera necesario para protegerlas.

—Me gusta. Es lógico.

—Y hablaba con Anne a menudo. Estoy preparando la teoría de

que Anne la había amenazado y por eso Bennet llevó el arma. ¿Se lo mencionaron alguna de las dos?

—No.

—No tenemos que demostrar la teoría, solo plantearla como posibilidad para que los jurados la consideren.

LaRussa soltó un suspiro.

—No parece gran cosa.

Tenía razón, Keera lo sabía.

—Cambiando de tema otra vez. Nuestro investigador mandó analizar las muestras del agua del suelo y el laboratorio encontró restos de nitrato de potasio. Es un oxidante y acelera la combustión del fuego.

—¿Y de dónde ha salido?

—No lo sabemos, pero el nitrato de potasio aparece en productos domésticos como los fertilizantes y los destructores de tocones, además de en fuegos artificiales. También es uno de los ingredientes principales de la pólvora.

—Entonces, ¿podría haber caído al suelo del arma?

—Eso pensé yo al principio, pero Harrison me ha informado de que el laboratorio encontró los mismos restos en las muestras de la quemadura del tirador de la puerta del horno, y fibras de algodón en el agua.

—¿Y de dónde proceden?

—Eso tampoco lo sabemos todavía, pero lo investigamos. Además, ya oyó a Ambrose decir que el arma del crimen era una pistola fantasma, que se puede comprar por Internet o en ferias de armas y se puede montar en casa. Estas armas no tienen números de serie y no es necesario identificarse para comprarlas.

—¿Y eso en qué nos ayuda? ¿No afirmará el fiscal que eso demuestra la premeditación?

—Sí. Pero Ambrose no puede relacionar el arma con usted y eso, una vez más, nos da margen para argumentar que Bennet la compró y la llevó a su casa la noche del asesinato. Sé que no parece gran cosa, pero todas estas cuestiones sin resolver, juntas pueden ayudar

a crear un resquicio de duda. No quiero depender únicamente de eso si lo podemos evitar, por lo tanto, estamos elaborando nuestra propia teoría sobre lo que ocurrió. Me gustaría volver a examinar su casa y su jardín, por si encontramos algo ahora que manejamos más información.

—A Anne le gustaba mucho cuidar las plantas antes del accidente. Tenía un pequeño invernadero y un huertito en el patio trasero. Hay un cobertizo. Puede que allí encuentren fertilizante, pero no encuentro explicación para que aparecieran rastros de nitrato de potasio en la cocina.

—Solo quiero asegurarme de que no se nos ha escapado nada. ¿Qué hacía Anne después del accidente?

—Cocinaba —comentó LaRussa—. Se le daba bien. Y leía muchísimo. No podía sostener los libros con las manos, pero podía pasar las páginas de un Kindle.

—De acuerdo, le avisaré si encontramos algo más. Una última cosa. La jueza Hung ha programado el juicio para el treinta y uno de julio. Solo quiero saber si necesitamos más tiempo.

—¿Usted cree que lo necesitamos?

—Lo he discutido con Patsy. Si tuviéramos más tiempo, también se lo daríamos a la Fiscalía para consolidar las pruebas. Me gustaría seguir con el juicio rápido hasta que, si se diera el caso, jugara en contra.

—Pues de acuerdo.

Keera se levantó, pero recordó algo y dijo:

—Necesitaremos los nombres de conocidos suyos, para que testifiquen sobre su relación matrimonial.

—¿Testigos de carácter?

—Tenemos que asegurarnos de que el fiscal no nos sorprende en el juicio con una declaración sobre sus peleas conyugales.

—¿Podría pasar?

—En teoría, los fiscales tienen que presentar la identidad de los testigos en la audiencia general, pero siempre encuentran algún modo de evitarlo.

—Todas las parejas tienen desavenencias. Discutíamos, sobre todo después de que Anne se deprimiera y se volviera paranoica.

—¿Se le ocurre quién podría testificar sobre su matrimonio a su favor y en contra?

—No aireo los trapos sucios fuera de casa, no me ha parecido apropiado. Pero la familia de Anne nunca me ha apreciado demasiado. Si creen que la maté…

—¿Alguien más aparte de su familia?

—Anne se había vuelto muy solitaria, sobre todo los dos últimos meses. No quería salir ni que la visitaran sus amigos. Yo diría que la única persona con la que seguía manteniendo relación era Lisa, pero dados los últimos acontecimientos, no creo que ella nos ayude mucho.

Eso temía Keera.

Capítulo 23

Más tarde aquella noche, Keera llegó a casa, sacó la jarra de té helado con limón de la nevera y se sirvió un vaso grande. El calor la dejaba sequísima. Cogió zanahorias *baby*, salami, galletitas saladas y una cuña de queso cheddar. Después de quitarle la parte enmohecida, colocó el queso en una tabla de cortar y regresó al ordenador. La mirada se le fue al mueble bar, pero resistió la tentación.

Como quería descansar unos minutos, abrió la partida de ajedrez mientras comía una zanahoria. El Caballero Oscuro seguía con su táctica agresiva. En su duodécimo movimiento llevó el caballo a b5. Un error, aunque él todavía no lo supiera. Keera movió el alfil a a8, como si se retirara, pero era un truco para que su contrincante usara el caballo y capturara la torre de Keera en a7. Y eso hizo. Keera sacrificó la torre por el bien mayor de la partida. Entonces, el caballo de su contrincante estaba atrapado, por lo que era totalmente irrelevante. Keera movió la dama a d7 y pulsó enviar.

Cortó una loncha de queso y la puso sobre la galleta salada junto con una rebanada de salami. El ordenador emitió un sonido, un correo electrónico en la cuenta del trabajo. Esta vez no estaba sorprendida sino intrigada.

Jack Worthing.

—Vaya, vaya. ¿Qué quieres ahora?



El viernes a primera hora, Keera se reunió con Harrison en la puerta de la casa de los LaRussa. Cuando terminaran de examinar la propiedad, Harrison recogería a Patsy y los dos cogerían un avión al este, a Pullman, Washington. Jack Worthing les había proporcionado otro nombre: Spencer Tickman. Harrison lo investigó. Tickman era agente de Farmers Insurance, estudió en la Universidad Estatal de Washington, abrió una correduría en Main Street y allí seguía.

Al llegar a la casa, Keera se volvió a fijar en las cámaras de seguridad sobre el alero del tejadillo del garaje. En una de sus conversaciones con LaRussa, él le explicó que instalaron las cámaras después del accidente de su mujer, porque le preocupaba su seguridad cuando se quedaba sola. También quiso colocar una verja antes del camino de entrada, pero Anne se negó, le dijo que ya se sentía prisionera en su casa. Keera no le dio importancia al comentario en su momento, porque pensó que se refería a la silla de ruedas. J. P. también le informó de que las mujeres con alguna discapacidad tenían más probabilidades de sufrir maltrato doméstico, por eso las cámaras y la verja parecían más preocupantes. ¿Para qué querría una verja?

Harrison salió del BMW con unos pantalones dorados hasta los tobillos, mocasines de cuero, sin calcetines, y una camisa blanca, holgada, con la palabra «Cuba» sobre un coche antiguo rojo en el bolsillo del pecho.

Keera marcó el código en el panel de la puerta principal y ambos entraron en la casa. Estaba todo tal y como lo habían dejado. Miró a su alrededor en el salón, la sala de estar y el comedor antes de pasar a la cocina. Entonces se dio cuenta de que en la casa no había ni plantas ni flores.

—No hay nada con vida.

—¿Qué? —preguntó Harrison.

—En la casa. No hay plantas ni flores. Es aséptica y fría. No me di cuenta cuando estuvimos aquí la última vez.

Las pinturas eran de cubismo abstracto, la cocina, de cristal, mármol y acero inoxidable. No resultaba extraño que Anne se sintiera prisionera. Las habitaciones parecían tan asépticas como la sala donde se reunía con su cliente en la cárcel del condado de King.

La silla de Anne LaRussa seguía allí, frente a las vistas: un mundo del que quizás ya no se consideraba parte. Keera dejó el maletín en la encimera de mármol, en la que aún quedaban restos del polvo para detectar huellas dactilares. Abrió el portátil e insertó el USB para examinar las fotografías de la escena del crimen antes de que se llevaran el cadáver de Anne.

—¿Se te ocurre algo? —le preguntó Harrison.

Otro detalle extrañaba a Keera y lo veía como un posible problema.

—Si estuvieras enfadado con alguien, si hubieras discutido con una persona, ¿le darías la espalda? —Levantó la mirada a Harrison.

—No, no lo haría.

—Lisa Bennet declaró que Anne estaba muy enfadada y no consiguió calmarla antes de marcharse.

—Y te preguntas por qué Anne LaRussa le daría la espalda proporcionándole así la oportunidad de pegarle un tiro.

—Hay que pensar en eso.

Harrison dudó un momento y a continuación dijo:

—Es decir ¿qué quizá llevaba el arma en la bolsa, salió de la habitación para ir a por ella y luego regresó?

—Es una teoría, pero si Anne no le reprochó la infidelidad hasta esa noche, queda sin resolver la cuestión del móvil. Y eso lo tendrá en cuenta Ambrose. Lo explotará en su alegato final, dirá que lanzamos ideas que no se sostienen solo para confundir al jurado. Es un problema.

—La teoría no explica todas las variables —argumentó Harrison —. Por lo tanto, buscamos pruebas para construirla. ¿Y si no las

encontramos?

Keera pensó en la partida de ajedrez contra el Caballero Oscuro.

—Pues permitimos que la Fiscalía avance y fingimos estar a la defensiva.

—Estamos a la defensiva.

—Pero la situación puede cambiar con un solo movimiento.

—¿Con un movimiento?

—Con una sola prueba.

—La idea en sí me gusta, pero es arriesgada.

—Me mantengo positiva. Además, ¿qué otra opción tenemos?

Harrison miró hacia el horno.

—Hablé con la señora de la limpieza. He tenido que desempolvar el español, porque no se le da muy bien el inglés.

—¿Y qué te dijo?

—Ella y otra mujer se turnaban para limpiar la casa los miércoles. Me explicó que solo se ocupaban de la habitación del matrimonio, los cuartos de baño, la sala de estar y la cocina. Que los dormitorios de invitados no se usaban. Y añadió que no limpian el horno, porque tiene una función de autolimpieza, pero le pasan un trapo por el exterior antes de bloquear la puerta y luego activan el programa de limpieza girando el mando.

—Pero el dial no estaba en el programa de limpieza.

—No.

—¿Sabe por qué estaba bloqueada la puerta?

—No. Asegura que cuando usaba la función de limpieza siempre informaba a la señora LaRussa. No recordaba haber activado la autolimpieza el último miércoles, pero dudó cuando le expliqué que el horno estaba cerrado. Dijo que quizá lo limpió.

—Pero ¿no está segura?

—No. Y si lo hizo, confirma que Anne no habría desbloqueado la puerta.

—¿Y giró el mando? No parece muy probable.

—Tampoco explica la quemadura.

—He echado un vistazo a las fotos. Los de la científica no le

hicieron al horno.

—Yo también me he dado cuenta.

Pasaron unos cuantos minutos más en la cocina.

—Vamos al cobertizo del jardín. Puede que encontremos fertilizante o algo que contenga nitrato de potasio —propuso Keera.

—Yo preferiría encontrar pólvora, independientemente de lo que implique. Si a Anne le gustaba la jardinería antes del accidente, ¿no plantea eso el mismo problema que el hecho de que Bennet llevara el arma antes de la discusión…?

—¿Para qué usaría Anne fertilizante después del accidente? —preguntó Keera al entender lo que insinuaba Harrison y teniendo su primera revelación: por qué le extrañaba que no hubiera plantas en la casa—. No hay plantas vivas.

—¿Cómo?

—Anne no usaría fertilizante dentro de casa, porque no hay plantas.

—Bien visto. Entonces, ¿por qué, según los resultados del laboratorio, aparece el nitrato de potasio en el agua?

—De todos modos, vamos a registrar el cobertizo, tenemos que comprobar todo antes de que vayas al aeropuerto a encontrarte con Patsy.

La parte trasera de la parcela bajaba en pendiente hacia un jardín con flores bien cuidado y definido, y un cantero rectangular de sustrato en el que, probablemente, alguna vez hubo un huerto. Al lado se alzaba el cobertizo amarillo de unos dos metros y medio de ancho, con molduras blancas y unas puertas como las de los graneros. Keera y Harrison se pusieron los guantes de nitrilo azules. Keera desbloqueó el cerrojo y abrió la puerta. En el interior, pulsó un interruptor y la bombilla que colgaba del techo se iluminó. Las herramientas de jardinería colgaban de ganchos o estaban metidas en unos cubos blancos de veinte litros. Había botes de pintura y recipientes con brochas y rodillos en los estantes. En unas estanterías metálicas de dos metros de altura estaba el material de jardinería bien ordenado.

—Tú empieza por un lado y yo por el otro —ordenó Keera.

Se acercó a su lado, cogió los productos de los estantes y leyó los ingredientes de los herbicidas, insecticidas y fertilizante para el césped, pero no encontró nitrato de potasio en ninguno. Harrison hizo lo mismo en el lado contrario.

Casi al final de una fila, Harrison gritó:

—Keera, mira esto.

La abogada se acercó. Harrison le señaló una botella negra de quinientos mililitros del estante superior.

—¡Destructor de tocones! —exclamó el investigador—. No he visto ningún tocón en el jardín, ¿y tú?

—Tampoco.

—Documenta dónde lo encontramos antes de cogerlo —ordenó Keera.

Harrison hizo unas fotos con el móvil de la botella en el estante. A continuación, alargó un brazo y la cogió, le dio la vuelta y leyó los ingredientes:

—Cien por cien de nitrato de potasio.

Keera notó que se le aceleraba el pulso.

—Pediremos que busquen huellas dactilares en el bote. Parece demasiada coincidencia para ignorarlo, ¿no crees?

—Eso parece. ¿Y qué diría el señor Cobalt?

—Que todavía no tenemos una teoría —respondió Keera.

—¿Y qué más? —Harrison miró el estante en el que encontró el producto contra los tocones y preguntó—: ¿A qué altura está el estante?

Keera entendió lo que insinuaba.

—Anne LaRussa no llegaría al bote a esa altura —confirmó Keera.

—Desde la silla de ruedas, no.

—¿A lo mejor usó una herramienta para tirarlo?

—Podría ser, pero entonces, ¿cómo lo colocó de nuevo en su sitio? —preguntó Harrison.

Keera miró el jardín en pendiente y dijo:

—No pudo bajar aquí. Sola, no.

—Ni volver a casa.

—¿Habría alguien más?

—Eso parece. Por lo menos, si lo que pensamos es cierto.

—Vamos a hablar con el jardinero. A lo mejor Anne le pidió que le diera y guardara en su sitio el bote. —Harrison cogió un cubo blanco de veinte litros, le dio la vuelta y se puso de pie sobre él.

—¿Qué buscas?

—No lo sé. No esperaba encontrar destructor de tocones.

Keera echó un vistazo al reloj.

—Será mejor que vayas a buscar a Patsy si no queréis perder el vuelo.

Subieron la pendiente hasta la casa de los LaRussa y volvieron a la cocina. Keera observó los fogones.

—¿Algo más?

Había algo más, Keera lo sabía, pero no lograba identificarlo. En ajedrez, a veces, los movimientos de los contrincantes la sorprendían, como el producto contra los tocones. Patsy le dijo que, en esas circunstancias, lo mejor era dejar madurar las ideas hasta que se aclararan.

—Creo que sí —respondió—. Pero no sé qué, de momento.

Capitulo 24

Justo pasadas las ocho de la noche, después de que Patsy y Harrison hubieran regresado de Pullman, Keera se reunió con ellos en la sala del bufete.

—Spencer Tickman era hermano de fraternidad de Vince LaRussa —dijo Patsy sin preámbulos—. Ha dicho que LaRussa era una serpiente, que conseguiría que Adán se comiera la manzana del árbol de la vida en el Jardín del Edén. Un fanfarrón de toda la vida.

—¿Y lo ha justificado con algo? —preguntó Keera—. ¿O le caía mal en general?

—Sin duda le caía mal. Eso lo ha dejado bien claro, pero se ha justificado —respondió Patsy—. Ha dicho que Vince fue el tesorero de la fraternidad en su último año universitario y todo el mundo pensaba que se presentaría a presidente, pero Vince lo rechazó, argumentando que no tenía tiempo, porque acababa de organizar un servicio de transporte para alumnos que habían bebido y no podían conducir.

—¡Menudo visionario! —exclamó Harrison—. Uber y Lyft están haciendo el agosto.

—Tickman nos ha explicado que Vince aprovechó un incidente en el que un alumno murió en un accidente, que provocó por conducir ebrio, cuando regresaba de Moscow, Idaho, para crear la empresa TLR, Transportes LaRussa. Según Tickman, LaRussa conducía una tartana e iba a buscar a los borrachos por el campus y los llevaba a

las fraternidades o a sus residencias. Luego intentó expandir el negocio con un servicio de recogida de los alumnos en el aeropuerto, pero los taxistas lo acusaron de competencia desleal y lo echaron de malas maneras. Aunque él no se rindió.

Harrison añadió:

—Tickman asegura que Vince contrató a alumnos para que condujeran coches, compró unos buscas y operaba desde su habitación en la fraternidad cuatro noches a la semana.

Keera recordó el negocio de clases particulares que montó en el instituto y tuvo la sensación de que ya sabía cómo terminaría aquello.

—¿Cómo funcionaba el asunto del dinero? —preguntó.

—Vince se llevaba una parte de la tarifa que cobraba cada conductor. Eran tarifas planas. Según Tickman, Vince se presentó un día en la fraternidad con un coche nuevo y cuando le preguntaron de dónde lo había sacado, respondió que el negocio funcionaba de maravilla —respondió Patsy.

—Pero ¿no era cierto? —insistió Keera.

—El presidente de la fraternidad recibió una llamada del Capítulo Nacional, el propietario del edificio de la fraternidad, no habían recibido el pago del alquiler semestral —continuó Patsy.

—Lo veo venir. —Entonces, el presidente bajó al dormitorio de Vince y le preguntó qué demonios pasaba. Y Vince le respondió que varios alumnos se habían retrasado con el pago del alquiler, pero que hablaría con ellos y se encargaría de que Capítulo Nacional cobrara. La situación se prolongó varias semanas. Capítulo Nacional reclamaba continuamente porque solo había recibido una parte del pago, el presidente se enfrentaba a Vince y este le soltaba que había recibido algún dinero por el alquiler de los alumnos y pagaría a Capítulo.

—Hasta que le faltó dinero para pagar —adivinó Keera.

—Tickman afirma que a Vince se le acabaron las excusas, recogió sus cosas en plena noche y dejó la universidad —dijo Harrison.

—¿Cuánto dinero desapareció? —preguntó Keera.

—Poco menos de nueve mil dólares —contestó Patsy.

—Tickman dijo que fue un desastre total —añadió Harrison—. Capítulo Nacional mandó un auditor para revisar la contabilidad, y concluyó que Vince usaba la cuenta bancaria de la fraternidad como si fuera la de TLR. Se pulió el dinero para mantener su empresa de transporte, firmó cheques de una cuenta sin fondos y pagaba gastos de su empresa con talones de la fraternidad, así fingía que TLR disponía de fondos. Firmaba los cheques un viernes y tardaban una semana en denegarlos. Cuando Capítulo Nacional reclamaba, pagaba una parte.

Nada mal para un universitario, eso exige mucha planificación.

—¿Qué le pasó a Vince? ¿Lo denunciaron? —quiso saber Keera.

—Al final lo detuvieron en Idaho —intervino Patsy—. La noticia salió en los periódicos locales. Tickman dijo que LaRussa contrató a un abogado para negociar una sentencia suspendida con la condición de que devolviera el dinero.

—¿Y lo devolvió? —volvió al ataque Keera.

—Según el periódico local de Pullman sí —intervino Harrison—. Probablemente vendió el coche.

—¿Ha hablado alguien más con Tickman de LaRussa?

—Jack Worthing —dijo Patsy—. Tickman recibió una llamada hace seis meses, igual que Mary Bell y Eric Fields.

—Tickman ha recordado el nombre de Jack Worthing antes de que lo mencionáramos nosotros —añadió Harrison—, porque Worthing le explicó que estaba escribiendo un artículo sobre el éxito de Vince y Tickman no lo creyó.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque Tickman pensó que si alguien iba a escribir sobre el éxito de LaRussa no hablaría con un compañero de la fraternidad a la que estafó.

—Es lógico. ¿Y se lo dijo así a Jack Worthing?

—No, pero le soltó que en la historia del éxito de LaRussa, debería incluir a los perjudicados que dejó en la cuneta para llegar a la cima.

Keera miró el reloj. Era demasiado tarde para visitar a LaRussa y hablar sobre ese asunto. Lo dejaría para la mañana siguiente.

—Investiga si Vince tiene antecedentes penales en Oregón o Washington y busca los artículos de periódico que lo mencionan —pidió Keera a Harrison.

—Ya me he adelantado —respondió. Sacó las copias del Moscow-Pullman del maletín.

—Pasamos por la redacción del periódico y por el Tribunal Superior del Condado de Whitman de camino al aeropuerto —explicó Patsy—. He leído los artículos en el vuelo de regreso y corroboran la historia de Tickman. —Patsy entregó los artículos y la denuncia a su hija—. Retiraron los cargos cuando pagó la deuda.

A Keera se le ocurrió algo más.

—También deberíamos comprobar si Vince se graduó en la universidad y cursó el máster en la escuela de negocios, porque no lo parece.

—¿No hay ningún modo de localizar al tal Jack Worthing? —le preguntó Patsy a Harrison.

—El servidor no está vinculado con ninguna persona. Sería una pérdida de tiempo y nos llevaría semanas —respondió.

—Y no tenemos tanto tiempo —añadió Keera.

—Retrasa el comienzo del juicio —sugirió Harrison.

—Cuanto más tiempo demos a Ambrose, más probabilidades tendrá de descubrir lo mismo que nosotros —respondió la abogada sujetando los artículos de periódico—. ¿Ha dicho Tickman si lo había llamado alguien más?

—De momento no —confirmó Patsy.

—Si Ambrose descubre esta información, ¿podríamos excluirla por tratarse de mala conducta anterior?

En Washington no se podían utilizar pruebas de un acto ilícito anterior para probar un delito diferente, pero había excepciones.

—Ambrose argumentaría que demuestra motivo —aseguró Patsy —. Yo haría lo mismo. Yo expondría que esos testimonios demuestran que a LaRussa siempre le ha obsesionado ganar dinero,

llegando incluso a robarlo. No es un argumento sólido, pero… No creo que la jueza Hung admitiera pruebas de una obra de teatro escolar ni de que Vince vendía fresas de niño. Pero ¿de que robara a sus compañeros de la fraternidad? Bien pudiera ser. La jueza consideraría que el valor probatorio es más importante que el prejuicio y aceptaría los testimonios. Aunque dudo de que se arriesgue a que revoquen la condena con una apelación. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Ya tenemos bastantes preocupaciones. Si Ambrose se entera, entonces ya veremos cómo reaccionamos. Por ahora centrémonos en lo que tenemos delante.

—Quizá LaRussa pueda explicar la situación —planteó Harrison.

Keera lo descubriría por la mañana.

—Ahora, algo más positivo —continuó Harrison—. He hablado con un amigo, es ingeniero mecánico e inventor, tiene en torno a cincuenta patentes registradas. Me ha prometido que echará un vistazo a las pruebas para desarrollar una teoría de los hechos.

—Espero que se dé prisa —dijo Keera.

—Vámonos a casa a descansar —ordenó Patsy.

Keera estaba segura de que no pegaría ojo, no podía dejar de pensar en todos los hilos del caso.

La amante celosa.



Keera echó el cerrojo de la puerta a las nueve de la noche. Estaba agotada. Cogió el correo del día del suelo y lo llevó a la mesa del comedor. La curiosidad venció al cansancio y presionó la barra espaciadora del ordenador, prometiendo hacer un solo movimiento y después acostarse. El Caballero Oscuro había avanzado el peón a b4, creía que sus dos torres bastarían para derrotar la defensa de su oponente. Keera pensó en Ambrose y en sus dos torres: Syd Evans y

Lisa Bennet. ¿Bastarían sus declaraciones para condenar a LaRussa? A primera vista, parecía que sí.

En una serie de decisiones bastante apresuradas, Keera capturó el peón del Caballero Oscuro en b4. Él se vengó capturando el peón de Keera de la misma casilla. Entonces, Keera atacó. Su dama capturó al caballo en a7. El Caballero Oscuro, el peón en c5, Keera, el peón de esa casilla. El Caballero Oscuro movió el alfil a d6 y atacó al caballo y al peón de Keera. Ella movió la torre a c8 y se aseguró de que el alfil del oponente tuviera que capturar al peón en c5. Así fue. Una vez más, aquello era una distracción. Keera sacrificaba piezas para distraer al Caballero Oscuro de la batalla que preparaba en el lado izquierdo del tablero. Keera movió la dama a d7, como si quisiera defender a las piezas de allí.

Pensó en la partida y en su estrategia de crear una distracción. No ganaría el juicio con distracciones, argumentando que la doctora Bennet había asesinado a Anne LaRussa. Ambrose no se dejaría engañar. Sabría que Keera no conseguiría crear un resquicio de duda. Keera no podría explicar por qué Bennet llevó el arma a casa de los LaRussa la noche del domingo, porque no tenía pruebas de que Anne la hubiera acusado de tener una relación con su marido antes de aquella visita, algo que Ambrose se encargaría de recordar. Era una batalla perdida.

—¿Hay algo que no veo? —preguntó mientras esperaba a que su contrincante hiciera el siguiente movimiento—. ¿Se me escapa algo? ¿Estoy distraída? ¿Es Jack Worthing la distracción que me impide comprender lo que realmente está pasando?

Se preguntó si Miller Ambrose estaría distrayéndola intencionadamente.

Recordó a su padre diciendo: «Nunca defiendas sin un plan de ataque».

Tenía que encontrar el modo de usar la arrogancia, la confianza excesiva y el deseo de Ambrose de vencerla en su contra. Seguiría argumentando que Bennet había matado a Anne LaRussa, fingiría no ver los vacíos en la estrategia. Así, al menos, Ambrose se confiaría

demasiado hasta que ella encontrara otro argumento o teoría. Eso, claro, si los encontraba, algo poco seguro y cada vez le quedaba menos tiempo.

Pero la batalla, independientemente de si estaba preparada o no, había empezado.

Capítulo 25

17 de junio de 2023
Cárcel del condado de King, Seattle

La mañana siguiente, Keera se reunió con LaRussa en la cárcel del condado de King. El hombre no dudó ni un momento cuando su abogada le preguntó si se había graduado.

—No terminé la carrera. Y en la web de GPL no dice lo contrario. Siempre quise terminarla, pero no me hizo falta. —Descansó una mano sobre la otra en la mesa de metal anclada al suelo—. Se me da bien ganar dinero para otros, mucho dinero. Es mi fuerte. A Bill Gates se le dan bien los ordenadores y no necesitó un título de Harvard para saberlo. Me enorgullezco de no haber terminado la carrera, mi empresa de inversiones siempre consigue mejores resultados que las de los competidores con título universitario. No presumo, pero me enorgullezco. ¿Qué problema hay?

Keera observaba a LaRussa mientras hablaba. No había nada que indicara falta de sinceridad. Movió otra pieza para presionar de nuevo y comprobar su reacción:

—La Fiscalía argumentará que mató usted a Anne porque lo amenazó con la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial, por la que ella se quedaría con todos los bienes, con todo su dinero, si usted cometía infidelidad. Dirá que el dinero es importante para usted.

—Y claro que lo es. A eso me dedico. Genero dinero para los

demás. ¿Y para eso necesito un título universitario o de posgrado?

—¿Por qué no terminó la carrera? —preguntó Keera, todavía tanteándolo.

LaRussa tampoco dudó en esta ocasión.

—Hubo un malentendido con los fondos de los miembros de la fraternidad. Yo era el tesorero y me culparon. Seguir en la universidad se volvió insostenible.

—¿Qué tipo de malentendido?

—Me acusaron de robar el dinero de los miembros de la fraternidad para la empresa de transporte que creé cuando estudiaba en la universidad.

—¿Y lo hizo?

LaRussa negó con la cabeza.

—No tenía experiencia, era joven, pero no un ladrón.

—¿Qué quiere decir?

—Que utilicé parte de los fondos de la fraternidad para sufragar los gastos iniciales del negocio. Sin embargo, cuando la empresa empezó a dar beneficios, devolví el dinero a Capítulo Nacional.

—Excepto nueve mil dólares —espetó Keera.

LaRussa la miró como si intentara averiguar qué sabía.

—Esos también los pagué, Keera.

—Cuando lo procesaron.

LaRussa negó con la cabeza.

—Siempre tuve la intención de devolver el dinero, y lo estaba haciendo, y habría devuelto el resto, pero unos tipos de la fraternidad me echaron de Pullman y amenazaron con matarme. Perdí la empresa de transportes y con ella la posibilidad de pagar la deuda. Cuando me di cuenta, ya estaba procesado. No quería poner en peligro mi futuro, así que me declaré culpable con la condición de que al saldar la deuda se retirarían los cargos y la declaración de culpabilidad.

—¿Cómo devolvió el dinero si cerró la empresa?

—Vendí el coche. —Negó con la cabeza—. ¿Cómo sabe todo esto? Me retiraron los cargos cuando devolví el dinero.

—Recibí un correo electrónico —respondió ella—, que me aconsejaba que hablara con un tal Spencer Tickman.

—Él fue quien me amenazó —interrumpió LaRussa—. Un jugador de fútbol americano. Un tío enorme, pero idiota, francamente. Le caí mal desde el principio, porque gestionaba una empresa con éxito a la vez que iba a clase y sacaba buenas notas sin estudiar mucho. Me tenía envidia y no lo ocultaba. Puso a toda la fraternidad en mi contra. Los convenció de que merecía la horca. Al final, decidí marcharme de allí y resolver el asunto por mi cuenta. —LaRussa suspiró—. No lo entiendo. ¿Por qué le envió un correo hablándole de mí? ¿Leyó que me habían arrestado?

—Sí, lo supo, pero él no me escribió.

—¿Jack Worthing?

Keera asintió.

—¿Ha sido Tickman? ¿Le envía él los correos? ¿Es él Jack Worthing? Está claro que tiene cuentas pendientes conmigo.

—Creo que no. Nos ha dicho que un tal Jack Worthing lo llamó. Además, cómo sabría él lo que pasó en primaria y en el instituto.

—Yo era un crío. —Parecía frustrado. Se apoyó en el respaldo de la silla—. Esto es ridículo. ¿Sería admisible en el juicio?

—Si la Fiscalía habla con esos testigos, argumentará que sus testimonios demuestran su amor por el dinero, que siempre le ha gustado, y que por eso mató a Anne, así que podría ser un móvil. No sé con certeza qué decisión tomaría la jueza Hung.

A LaRussa parecía que le costaba dominarse. Una vena de la sien le palpitaba y se le tensaron los músculos del cuello.

—¿Eso significa que vender fresas a dos dólares es una prueba de que sería capaz de matar a mi esposa?

—No —respondió Keera—. Yo no he dicho eso. Pero el asunto de la fraternidad resulta más peliagudo. Era usted adulto. Lo procesaron. Lo que quiero decir es que alguien cree que esos testigos tienen información relevante sobre usted y yo intento saber cuál. ¿No tiene ni idea de quién puede ser Jack Worthing?

—No, ni idea.

—Bueno, pues quien sea, hace tiempo que lo conoce o lo ha investigado a fondo. Los testigos a los que entrevistamos afirman que se identificó como un periodista que buscaba información para escribir sobre usted y su éxito en GPL. Pero no era cierto. He hablado con el periodista que firmó el artículo sobre usted, que publicó el *Seattle Magazine*, y él nunca ha oído hablar de Jack Worthing.

—¿Qué pretende y por qué quiere destruir mi reputación?

—No lo sé. Pero parece tener una cuenta pendiente con usted. Intento impedir que la cobre.

—¿Cree que podrá? ¿Podrá evitarlo?

—Haré todo lo que esté en mis manos, Vince, pero desconozco qué información circula por ahí, y qué puede sacar a relucir este personaje, quienquiera que sea. Si usted sabe algo, tiene que decirlo ahora mismo, porque, por experiencia, le aseguro que las próximas semanas pasarán volando. Todavía falta mucho trabajo por hacer y cuando nos demos cuenta será el día del juicio.

Parte III

Capítulo 26

6 de agosto de 2023
Seattle, Washington

El juicio del Estado de Washington contra Vincent Ernest LaRussa quedó en suspenso cuando otro juicio anterior, también presidido por la jueza Hung, se alargó más de lo previsto. Keera, Patsy, Ella y sus colaboradores trabajaban entre catorce y dieciséis horas diarias. Keera y Patsy se enfrentaron a las mociones previas al juicio en la audiencia general y en ninguna se mencionaba a Jack Worthing ni a las personas que les había señalado. Sus nombres no aparecían en la lista preliminar de testigos de la Fiscalía.

El viernes 4 de agosto, la jueza Hung llevó a cabo el proceso de selección del jurado, con preguntas limitadas para la acusación y defensa. Finalmente, la jueza eligió a un jurado compuesto por ocho mujeres y cuatro hombres. No fue lo que Keera esperaba. El experto en jurados les había recomendado limitar el número de mujeres, porque, aunque fueran más compasivas que los hombres, desaparecería cualquier atisbo de empatía frente a un acusado infiel que, presuntamente, había asesinado a su esposa con una discapacidad física.

A pesar de que no le entusiasmaba el jurado, Keera sentía una especie de paz, o incluso calma, porque creía estar preparada. Antes de los torneos de ajedrez, Patsy le decía que los nervios eran señal de que le importaba, que, aunque era imposible predecir o anticipar

todos los movimientos del oponente, tenía que confiar en su pericia y preparación para tomar las decisiones acertadas a medida que avanzaba la partida. Aquello también servía para el juicio.

La estrategia de Keera seguía centrada en crear un resquicio de duda y argumentar que Lisa Bennet había asesinado a Anne LaRussa. De momento, era lo único que se le ocurría. Harrison y su amigo, el ingeniero mecánico e inventor, no conseguían una teoría coherente en la que encajaran todas las pruebas que habían recopilado en el interior de la casa de los LaRussa. Hasta que, si acaso, presentaran una teoría exhaustiva, Keera defendería a su cliente desorientando a Ambrose y al jurado, aferrándose a la esperanza de poder atacar, aunque, con cada día que pasaba, eso parecía menos probable.

Jack Worthing había enmudecido.

Y el Caballero Oscuro también.

Como era el primer domingo de agosto y Keera no saldría del país ni muerta, fue a casa de sus padres para la cena familiar correspondiente. En esa ocasión, no aparcó en la calle sino directamente en el camino de acceso y pensó que no había muchos coches, por lo tanto era la primera en llegar, así que sus hermanos le bloquearían la salida. Cogió la tarta de chocolate alemán que había hecho y decorado con fresas frescas y fue a la puerta de entrada.

Esa noche no tenía la misma sensación de horror que le acuciaba a menudo cuando se acercaba a la que fue su casa. Había trabajado muy bien con su padre las semanas anteriores y disfrutado del tiempo que pasaron juntos, de colaborar con él en un caso e incluso de sus consejos. Hasta donde sabía, Patsy había cumplido su palabra, ninguna pista de que hubiera bebido: llegaba pronto al despacho y se marchaba tarde; pedían platos preparados que comían y cenaban juntos en el bufete.

Keera abrió la puerta y entró.

—¿Mamá?

Su madre salió de la cocina y se acercó por el pasillo.

—Qué pronto has llegado.

—He pensado que así podría ayudar. Puedo ir poniendo la mesa.

—Espero que eso anime un poco a tu hermana, aunque lo dudo. —Su madre cogió la tarta y volvió a la cocina—. Es precioso. ¿Dónde lo has comprado?

—Lo he hecho yo.

Bernardette no pudo disimular su asombro.

—¿Lo has hecho tú? Pues tiene buenísima pinta.

—Necesitaba algo que me distrajera del juicio.

Su madre dejó el pastel al lado de un lomo de cerdo relleno, atado firmemente con cuerda de cocina.

—¡Mi favorito! —exclamó Keera al acercarse—. ¿Con qué lo has rellenado?

—Con *prosciutto*; queso gorgonzola, trozos de beicon, ajo picado, perejil fresco y cebollas. Pon aquí la tarta —le ordenó a Keera, entregándole una bandeja.

—¿Por qué no hemos heredado ninguno tu habilidad para la cocina *gourmet*?

Bernadette hizo un gesto de desestimación con la mano, como si intentara alejar la peste bubónica.

—Imagino que porque nunca os ha hecho falta cocinar.

—Me encantaría saber cocinar este plato como tú.

—Sabes. No hay más que coger un mazo, aplanar el lomo, rellenarlo con lo que te guste y atarlo con una cuerda.

—Solo me faltan el mazo, la cuerda y el talento —respondió Keera. Su madre sonrió—. ¿Está papá?

—En el estudio, trabajando. Esta semana ha pasado allí todas las noches.

—Espero que esto no sea demasiado para él.

Su madre soltó una risa burlona.

—¿Lo dices en serio? Pero si ha rejuvenecido. Está como hace treinta años, cuando llevaba causas importantes. Este caso significa mucho para él, Keera.

—¿Te ha contado nuestro trato?

—Sí. El mueble bar del comedor está cerrado con llave y la tengo

yo. No me la ha pedido ni una sola vez. Hay agua y sidra espumosa. Le he dicho a tu hermano que como traiga una cerveza la tiraré por el retrete.

Keera soltó una risa. Sabía que era totalmente capaz de hacerlo.

—Voy a hablar con él y ahora vengo a poner la mesa.

Patsy estaba sentado al escritorio. Las estanterías eran de caoba y la decoración de madera marrón oscura y cuero. En las paredes y estantes había objetos coleccionables de los Seahawks, los Mariners, los Kraken e incluso de los Supersonics, además de unos guantes de boxeo firmados por Muhammad Ali, y unas pelotas de béisbol firmadas por Joe DiMaggio y Ted Williams en vitrinas de metacrilato.

—Se supone que las noches de los domingos son para descansar. ¿No me aconsejaste eso?

Patsy sonrió y se recostó en la silla.

—Hola, hija. —Parecía y sonaba cansado.

—¿En qué trabajas?

—Solo estoy releyendo varios escritos y revisando los puntos clave de los interrogatorios directos y contrainterrogatorios.

—¿Has tenido alguna revelación repentina?

—No. Esta es la parte más difícil, esperar a que Ambrose mueva ficha primero. Entonces, evaluamos y respondemos. ¿Cómo te sientes? ¿Preparada? —Levantó las manos como hacía cuando Keera era una cría. Ella dejó el móvil y le golpeó las palmas con los puños, como un boxeador que entrena.

—Podría perder la cabeza pensando en todo lo que puede ocurrir —dijo Keera.

—Es mejor que intentes dormir bien y que pienses en cada movimiento cuando llegue, sin olvidar tu estrategia a largo plazo.

Keera sonrió y le propinó un gancho izquierdo.

—Me gusta pensar que, en algún momento, seré yo la que daré los golpes en lugar de protegerme, pero ahora mismo no parece que vaya a ser así.

Patsy sonrió pensativo y bajó las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Keera.

—Me recuerdas a mí hace cuarenta años. No me daba miedo nada ni nadie. Aceptaba cualquier caso y esperaba ganarlo.

—Estoy nerviosa, papá. No soy ni la mitad de buena abogada que tú hace cuarenta años.

—Las historias se exageran con el tiempo. Es parte de nuestro legado irlandés; nos encantan las buenas historias. —Sonrió—. Y era otra época. Hacíamos cosas hoy impensables. Prácticamente improvisábamos en los juicios. Ahora, con todas las normas y procedimientos… —Negó con la cabeza—. Los tiempos han cambiado completamente. Pero siempre tuve el presentimiento de que tú seguirías mis pasos.

—Ella también, papá.

Patsy negó con la cabeza.

—Ella dirige el bufete y lo hace de maravilla. Pero no es la litigante en la que tú te has convertido.

—¿Cómo sabes qué tipo de abogada litigante soy? —le preguntó, intrigada.

—En el colegio de abogados se habla tanto como en la Fiscalía. Se rumorea que Keera Duggan es una luchadora y muy peligrosa cuando se la acorrala. Se dice que entonces empiezas a dar golpes a diestro y siniestro.

Keera sonrió.

—Supongo que eso lo he aprendido de ti. —Suspiró—. Ahora mismo estamos contra la pared. Odio no tener la sartén por el mango en lo que a las pruebas se refiere y estar a la defensiva.

—Los oponentes cometen errores. Mantente a la defensiva, pero busca el momento de atacar. Las partidas cambian con un movimiento, a veces en un instante. Y lo mismo sucede con los juicios.

Se oyeron unos pasos en el pasillo. Llegaban sus hermanos y sobrinos.

—Mejor que salga antes de que los diablillos rompan algo —dijo Patsy.

—Y yo tengo que poner la mesa para que Maggie no se haga la

víctima.

—Ese papel tiene muchas versiones. —Y Patsy salió de la habitación.

Keera lo seguía, pero dio media vuelta cuando se dio cuenta de que había olvidado el móvil en el escritorio. Miró hacia un rincón del despacho, donde tantas noches se había acurrucado a jugar al ajedrez con su padre, junto a la chimenea. Había un tablero. Estuvo a punto de pedirle a Patsy que jugaran una partida para desconectar un poco del caso, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando vio que las piezas estaban movidas, había una partida empezada. Se acercó al tablero y se preguntó contra quién jugaría su padre. Su madre nunca consiguió entender la mecánica del juego. ¿Con un amigo?

Examinó el tablero y vio la situación de cada pieza, incluso las capturadas de los dos bandos. Vio cómo se preparaba la trampa y entonces entendió por qué el Caballero Oscuro llevaba dos semanas sin mover ficha.

Capitulo 27

7 de agosto de 2023
Juzgados del condado de King

El lunes por la mañana, los juzgados estaban abarrotados. Patsy y Keera entraron por el túnel que conectaba el edificio de la Administración, pero no pudieron evitar a los medios de comunicación que se agolpaban delante de la sala de audiencias de la jueza Hung. Los alguaciles del condado de King, que ya habían previsto aquel gentío, custodiaban la puerta de la sala y, cuando se llenó de público, dirigieron a los demás espectadores y a la prensa a la sala adyacente, habilitada para el exceso de público. Keera respondió a unas cuantas preguntas de la prensa con respuestas breves, teniendo en cuenta que la jueza había advertido a ambas partes que no hicieran de aquello un juicio mediático.

En el interior, Ambrose y April Richie estaban sentados a la mesa de la Fiscalía con Frank Rossi en medio. Como inspector principal, Rossi representaba al pueblo del Estado de Washington. Rossi saludó a Keera con un gesto de cabeza. Ambrose, cuya chaqueta colgaba del respaldo de la silla, la ignoró y fijó la vista en la pantalla del portátil. Muy formal. Por experiencia, Keera sabía que Ambrose estaba repasando su alegato de apertura, que haría sin apuntes. Los bancos del público estaban llenos; los familiares de Anne LaRussa se sentaban en la primera fila, detrás de la mesa de la Fiscalía, parecían abatidos y cansados. En el interior de la vieja sala de

audiencias ya había subido la temperatura y un alguacil, que estaba detrás del estrado del juez, encendió los ventiladores de las esquinas.

Dos funcionarios de prisiones acompañaron a Vince LaRussa a la sala. Vestía el traje azul, la camisa blanca y la corbata azul que Keera le pidió a su ayudante que llevara a la cárcel. LaRussa se pondría tres trajes diferentes y varias camisas y corbatas. Keera y Patsy eligieron la ropa con ayuda del experto en jurados. Los agentes le quitaron las esposas y todos se sentaron.

A las nueve en punto, la alguacil de la jueza Hung entró y pidió a los presentes que se pusieran en pie inmediatamente antes de que la jueza subiera al estrado. No perdió ni un segundo.

—Buenos días, letrados. Por favor, preséntense para que conste en acta.

Ambrose habló también en nombre de Richie y Rossi. Keera lo hizo por Patsy y LaRussa.

Hung pidió a la alguacil que hiciera entrar al jurado.

Keera le había dicho al acusado que mirara al jurado cuando entrara y se sentara en el estrado, pero que no se fijara en ningún miembro en concreto. Los jurados escucharon un resumen del caso en la audiencia de selección. Un hombre acusado de asesinar a su mujer con una discapacidad física. Por naturaleza humana, los jurados se formarían una opinión, si no un juicio, solo con verlo. Se preguntarían si ese hombre, vestido con traje, habría sido capaz de asesinar a su esposa con discapacidad.

La jueza Hung saludó al jurado y leyó la declaración del caso, por la que Keera y Ambrose habían peleado, hizo referencia a unas cuantas cuestiones administrativas y miró a Ambrose.

—Señor Ambrose. ¿Desea la Fiscalía hacer un alegato de apertura?

El hombre se puso en pie.

—Sí, señoría.

Ambrose se abrochó los botones de la americana y se colocó detrás del atril. En algunas salas de audiencia, los abogados pueden

moverse libremente por delante del estrado del jurado, pero en la sala de la jueza Hung, no. Los abogados debían permanecer en el atril, salvo que quisieran acercarse al estrado de la jueza. Ambrose no cogió sus notas ni el portátil. Miró a la jueza Hung y empezó:

—Con la venia de su señoría. —Se giró hacia Keera y Patsy con una leve sonrisa—. Respetables abogados de la defensa. —A continuación, se dirigió al jurado—: Señoras y señores del jurado. Soy Miller Ambrose. Mi compañera April Richie y yo representamos al pueblo del Estado de Washington. —Presentó a Rossi y añadió—: Hace un momento, la jueza Hung ha leído una declaración estipulada de las alegaciones que la Fiscalía ha presentado contra el acusado, Vincent LaRussa. —Ambrose señaló y miró a LaRussa.

Era rutinario y Keera lo sabía muy bien. Los buenos fiscales miraban al acusado porque creían que, si ellos no estaban convencidos de su culpabilidad, tampoco lo estarían los miembros del jurado.

—La declaración que se ha leído no contenía hechos, porque todavía no se han presentado. Ese es mi trabajo. Mi trabajo consiste en presentarles los hechos a través de los testigos y las pruebas. Pediré su testimonio a las personas que se sienten en esta silla —dijo, señalando el estrado de los testigos—. Agentes de Policía, inspectores, amigos de la víctima, Anne LaRussa; el patólogo y varios peritos.

»A través de estos testigos, descubrirán que los hechos de este caso no son complicados. Y cuando la Fiscalía termine, estoy convencido de que no tendrán ninguna duda de que Vincent LaRussa mató a su mujer, Anne LaRussa, con premeditación y a conciencia.

Miller presentó sistemáticamente la lesión de Anne y la discapacidad resultante, a los testigos a los que llamaría a declarar y las pruebas que presentaría. No mencionó ni a Jack Worthing ni a las personas que señaló a la defensa. Keera escuchó con atención y tomó un par de notas. Cada tarde pediría a la taquígrafa judicial una copia de la transcripción. Tuvo ocasiones para protestar, pero Patsy

le había enseñado a contenerse, excepto si el alegato de la Fiscalía era perjudicial. Si protestaba demasiadas veces, los miembros del jurado podrían pensar que temía las pruebas e intentaba ocultarlas.

Ambrose usó imágenes aéreas que mostraban la ubicación de la casa de los LaRussa y, presumiblemente, su poder adquisitivo. Ambrose era tal y como Keera lo recordaba: metódico.

Expuso su alegato inicial en poco más de veinticinco minutos. Fue eficiente, con los suficientes detalles para despertar la curiosidad y las sospechas del jurado e impulsarlo a empatizar con Anne LaRussa, sin aburrirlo. Presentó un escenario muy plausible que incluía un móvil: la amenaza de Anne LaRussa de divorciarse de su marido y así controlar sus finanzas; una oportunidad, cuando Vince regresó a casa después de la gala benéfica; y un arma, la pistola fantasma. Insinuó que Vincent LaRussa pensaba quedar impune del asesinato, pero que el sistema de seguridad demostró lo contrario.

La Fiscalía presentaría un caso sencillo y lógico. Anne LaRussa seguía viva cuando Syd Evans y Lisa Bennet se marcharon de su casa. Nadie más entró antes de que Vince LaRussa llegara y afirmara haber encontrado a su esposa muerta.

Ambrose se sentó.

La jueza Hung miró al jurado.

—Señoras y señores del jurado, la abogada de la defensa puede decidir si hace su alegato inicial ahora o si prefiere esperar a que la Fiscalía presente a sus testigos y termine de exponer el caso. No deben sacar conclusiones si la defensa elige esperar. Señorita Duggan, ¿hará la defensa su alegato de apertura ahora?

—Sí, señoría.

—Proceda.

Keera hizo las presentaciones de rigor y fue al grano.

—La Fiscalía ha mencionado las pruebas que presentará, a través de las cuales espera que lleguen a los hechos. La defensa no cree que lo consiga. La Fiscalía afirma que Anne LaRussa recibió un tiro con lo que se conoce como «pistola fantasma», un arma comprada

en Internet o en una feria de armas, que no requiere que el vendedor compruebe los antecedentes penales del comprador ni, en algunos casos, que este se identifique. El arma no tiene número de serie que la vincule a su propietario. Pero la Fiscalía no ha dicho que el arma pertenezca al señor LaRussa, de hecho, ni siquiera ha dicho que mi defendido tuviera un arma en propiedad, ni que comprara esa arma fantasma. La Fiscalía sostiene que la compra de un arma indica premeditación. La defensa está de acuerdo. —Hizo una pausa para dar efecto a sus palabras—. Pero la Fiscalía no podrá probar premeditación en el señor LaRussa. Las pruebas demuestran lo contrario: el señor LaRussa dio un discurso en una gala benéfica, volvió a su casa el domingo, a las 21.17, y se encontró a su esposa muerta.

»La acusación asegura que los expertos periciales testificarán, pero no que estos vayan a presentar pruebas de que Vince LaRussa disparó el arma del crimen. No tiene ni un testigo, ni un vídeo de seguridad, ni una huella dactilar, ni un rastro de ADN que lo demuestre. El caso de la Fiscalía es puramente circunstancial. Sí, hablamos de una tragedia. Es una tragedia que un hombre, después del golpe devastador que supone encontrar a su esposa brutalmente asesinada, tenga que sufrir la humillación de que lo acusen de su asesinato.

»Alguien disparó y mató a Anne LaRussa, pero la defensa está convencida de que cuando oigan todos los testimonios, el jurado concluirá que esa persona no fue Vincent LaRussa.

Keera presentó a LaRussa al jurado y concluyó su alegato.

El juicio había comenzado.

La jueza Hung instruyó a Ambrose que llamara a su primer testigo. Ambrose comenzó con el operador del 911 que atendió la llamada de Vince LaRussa. El fiscal reprodujo la grabación de la llamada al jurado, supuestamente porque Vince no parecía histérico. Por otro lado, se oía decir claramente al hombre: «Acabo de llegar a casa y alguien ha disparado a mi mujer».

El operador mantuvo al otro lado de la línea a LaRussa hasta que

llegó la Policía.

Keera se acercó al testigo.

—¿A qué hora atendió la llamada? —LaRussa llegó a casa a las 21.17, y Keera quería demostrar que no tuvo tiempo de limpiar las huellas dactilares y el ADN del arma, limpiarse las manos, cambiarse y deshacerse de la ropa para eliminar cualquier posible mancha de sangre.

—La llamada se recibió a las 21.24.

Siete minutos después de que llegara a casa.

Ambrose aprovechó para explicar que, aunque LaRussa llamó a Emergencias a las 21.24, no salió de la casa hasta las 21.34. Diez minutos después de la llamada y diecisiete, de su llegada a casa.

Cuando el operador bajó del estrado, Ambrose llamó a Cari Olsen, el primer agente que llegó a la escena del crimen.

—¿A qué hora llegó, agente Olsen?

—A las 21.39.

Ambrose guardó silencio un instante.

—¿Y dónde estaba el señor LaRussa?

—Fuera de la casa, dando vueltas delante de la entrada.

—¿En qué estado lo encontró?

—Parecía nervioso, pero dominándose.

—¿No estaba fuera de sí?

—No.

—¿Lloraba?

—No.

Después de que Olsen repitiera lo que LaRussa le dijo y explicara por qué no llamó al Cuerpo Especial de Policía, Ambrose preguntó:

—¿Registraron usted y su compañero la casa para cerciorarse de que no había nadie más?

—Efectivamente.

—¿Y encontraron a alguien?

—Solo al señor LaRussa.

—¿En algún momento inspeccionaron la casa con el señor LaRussa en busca de señales de que alguien había forzado la

entrada?

—Sí, nos lo pidió el inspector jefe. Buscamos cristales rotos o alguna puerta o ventana forzada.

—¿Y encontraron algo que indicara que alguien había entrado en la casa?

—No.

Cuando Ambrose terminó, Keera se acercó al atril.

—Agente, ¿se fijó usted en la ropa del señor LaRussa?

—¿En su ropa? No.

—¿Recuerda cómo iba vestido?

—Llevaba una camisa de esmoquin remangada y pantalones de traje. Y unos zapatos negros.

—¿Encontró usted la chaqueta del esmoquin, una corbata y unos gemelos en algún sitio de la casa?

—Sí. La chaqueta estaba colgada de una silla del comedor, la corbata y los gemelos, en la mesita de centro.

—¿Registró el armario del señor LaRussa buscando otros esmoqúines?

—No, no miré.

—¿Le pareció que el señor LaRussa olía a jabón o, no sé, a desinfectante?

—No olí nada.

—¿Parecía que acabara de lavarse las manos?

—No me acuerdo.

—¿No se fijó en ese detalle?

—No presté especial atención, no.

—¿Encontró guantes de algún tipo, de látex, de jardinería, de golf, en algún lugar del interior o exterior de la casa?

—No.

—¿Tenía manchas de sangre en la ropa?

—Yo no las vi.

—Ha dicho usted que no estaba histérico, que no lloraba. ¿Tiene usted algún tipo de formación en salud mental?

—No.

—Entonces, no podría saber si el señor LaRussa se encontraba en estado de *shock* cuando llegó, ¿verdad?

—No parecía estar en estado de *shock*.

—Pero no tiene formación específica en salud mental, ¿cierto?

Olsen parecía confundido.

—No.

Keera contrainterrogó al agente durante cinco minutos más antes de volver a sentarse en su silla, obedeciendo al mantra de Patsy para los contrainterrogatorios: intervenir, hacer unas cuantas preguntas clave y retirarse, mejor que quedara alguna pregunta pendiente que preguntar demasiado.

Después de la comida, Ambrose llamó a declarar a Syd Evans. Ambrose usó los monitores del ordenador para mostrar el correo que Anne LaRussa le mandó y la respuesta del abogado. También mostró el registro de llamadas en el que se veía que Evans llamó a la familia de Anne. Le preguntó por su trayectoria profesional y el tiempo que llevaba trabajando para la familia de la víctima.

—¿Qué aspecto tenía Anne LaRussa cuando llegó usted? —preguntó el fiscal.

—Estaba triste.

—¿Le preguntó usted por qué?

—Sí. Me dijo que no por nada en concreto.

—¿Estaba Vincent LaRussa en casa?

—No.

—¿—Le preguntó a Anne dónde estaba?

—Me dijo que en una gala benéfica y que tardaría unas horas en llegar.

—¿Le pareció extraño que Anne lo citara en su casa?

—Mucho. Nunca había ido.

—¿Le explicó el motivo de la cita?

—Quería consultarme una cláusula del contrato prematrimonial que ella y Vince LaRussa firmaron.

Entonces, Ambrose mostró un contrato prematrimonial por las distintas pantallas. Syd Evans declaró que él mismo redactó el

documento y presentó las cláusulas, entre las que estaba la que penalizaba la infidelidad. Afirmó que esa cláusula se incluyó para proteger a Anne LaRussa. Explicó que, en caso de divorcio, si quedaba demostrado que uno de los cónyuges había cometido infidelidad, dicho cónyuge perdería todos los bienes gananciales, incluidos los activos empresariales. El abogado añadió que en esos bienes se incluía la empresa Gestión Patrimonial LaRussa.

Según la lista de testigos a los que Ambrose quería llamar, más adelante, testificaría un perito contable que declararía que, según la última declaración de impuestos presentada, Anne y Vincent LaRussa tenían un patrimonio que superaba los cien millones de dólares.

—Cuando redactó el contrato prematrimonial, ¿quién le pidió que incluyera la cláusula de confiscación?

—Los padres de Anne.

—¿Le dijo Anne o sus padres por qué querían incluirla?

—Los padres de Anne tenían una cuenta corriente para su hija, les preocupaba su bienestar en caso de que se divorciara de su marido.

Ambrose hizo varias preguntas preliminares antes de proceder:

—¿Le dijo Anne LaRussa por qué quería consultar con usted la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial?

—No.

—¿Se lo preguntó usted?

—Sí.

—¿Y qué le respondió?

—Me dijo, simplemente, que quería saber en qué consistía.

—¿Llegó usted a alguna conclusión sobre el motivo de la consulta?

Patsy se levantó. Evans ya había declarado.

—Protesto. Especulación irrelevante.

—Admitida —consintió la jueza.

—¿A qué hora se marchó de casa de los LaRussa? —preguntó Ambrose.

—Sobre las seis y media.

—¿Y cuando se marchó usted de allí, Anne seguía viva?

—Por supuesto, completamente viva.

Después de cuarenta y cinco minutos, Ambrose cedió el testigo a la defensa. Patsy se levantó y se dirigió al atril.

—¿Mandó usted un mensaje a Vince LaRussa aquella noche para decirle que Anne le había pedido que se reuniera con ella? —preguntó Patsy.

—No, no lo hice.

—Ni lo llamó.

—No.

—Ni le mandó un correo electrónico.

—No.

—Entonces, que usted sepa, al señor LaRussa nadie le dijo que su esposa había hablado de invocar la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial.

—Yo, desde luego, no.

—Pero llamó a los padres de Anne, ¿no es así?

—Sí.

—Es usted el abogado fiscal y de gestión patrimonial de los Collins, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sería exacto decir que le profesa lealtad?

—Supongo que sí, sí.

Ambrose se levantó cuando Patsy terminó.

—Señor Evans, después de la muerte de la señora LaRussa, ¿por qué no intentó llamar al señor LaRussa para explicarle la conversación que había mantenido con su esposa?

—No lo sé. No… no lo hice.

—¿Fue porque pensó que cabía la posibilidad de que Vincent LaRussa hubiera asesinado a su esposa cuando esta le aseguró que pediría el divorcio e invocaría la cláusula de confiscación?

Patsy se levantó inmediatamente.

—Protesto, señoría. La pregunta es sugestiva y carece de

fundamento, no hay pruebas de que Anne LaRussa dijera tal cosa. Además, la opinión del testigo es irrelevante. Solicito una amonestación para el fiscal.

—Se acepta. —Hung miró a Ambrose advirtiéndole con la expresión que no lo repitiera.

Pero el fiscal ya no necesitaba repetirlo. Al concluir la jornada, el jurado había entendido perfectamente su intención.

Capítulo 28

Después del juicio, de vuelta en la sala de reuniones del bufete, Keera y Patsy hablaron de cómo había ido el día y se prepararon para la mañana siguiente, repartiéndose los testigos para el contrainterrogatorio. Bernadette pasó por el bufete y les llevó un estofado con patatas y verduras. Patsy, Ella y Maggie, que habían trabajado hasta tarde, se sirvieron un plato. Keera se cambió rápidamente, se puso la ropa de correr, los auriculares y fue al paseo marítimo de la bahía de Elliott, donde tuvo que esquivar a turistas con cochecitos de bebés y monopatines. La ola de calor había terminado. La temperatura estaba en torno a los veinte grados centígrados y el aire era fresco. Correría hasta los silos de la punta norte del paseo marítimo y volvería. Los ocho kilómetros la harían sudar y la ayudarían a despejar la mente y aliviar la tensión para concentrarse mejor en los testigos del día siguiente.

Mientras corría, hizo balance de la primera sesión. Había ido tan bien como cabía esperar. Patsy y ella sumaron puntos con el contrainterrogatorio, no salieron más perjudicados de lo previsto con los testigos de la Fiscalía y ella estableció algunas pruebas como base de los argumentos que presentaría más adelante, a lo largo del juicio.

De regreso al bufete, cogió un plato de estofado y una bebida energética del frigorífico del comedor, que agitó mientras abría el ordenador. Comía y bebía revisando los correos electrónicos. Nada

urgente. Recibió la transcripción de la sala de audiencias y se la envió a su padre para que la revisara. Él se encargaría de señalar los testimonios más relevantes y decidiría si querían volver a llamar a algunos de los testigos de la Fiscalía durante la presentación de la defensa, cuando terminara la Fiscalía. Patsy también buscaría detalles útiles que Keera pudiera usar en el alegato final.

Después de comprobar el correo, sacó las notas de la conversación con la doctora Lisa Bennet. Bennet sería el testigo más importante tanto para la acusación como para la defensa. Si Ambrose no convencía al jurado de que Anne LaRussa vivía cuando la doctora se marchó de la casa, perdería. Y si Keera no los convencía de que cabía la posibilidad de que estuviera muerta, el caso se le complicaría. Dada la importancia de Bennet, Keera pasó días preparándose para su contrainterrogatorio y consultó con Patsy, que tenía más experiencia.

El ordenador emitió un sonido, había recibido un *email*.

Jack Worthing.

Keera miró el nombre del remitente y el asunto, que constaba justo debajo.

RE: El juego de tu vida

Se debatió entre abrirlo o no, pero decidió que podría enfrentarse a cualquier cosa, siempre que la supiera con antelación. Lo más peligroso en un juicio era lo que los abogados no sabían. Abrió el correo y lo leyó.

En cuanto terminó, llamó a J. P. Harrison.



Keera bajó rápidamente las escaleras para encontrarse con Harrison,

que estaba sentado al volante de su BMW, esperando. Abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—¿Estás segura de que no quieres que Patsy y yo nos encarguemos de esto? —preguntó Harrison.

—Llevo toda la semana preparándome para Lisa Bennet —respondió Keera—. Y esta persona está cerca.

—¿A dónde nos lleva Jack Worthing esta vez y a quién vamos a ver?

—A Somerset, al otro lado del puente 1-90 —dijo, refiriéndose al barrio situado al este del lago Washington, a apenas veinte minutos de Occidental Square—. El hombre se llama Phillip McPherson. Es un gestor de patrimonios. No sé nada más.

—Imagino que Jack Worthing no te ha dado más información.

—No. He pedido a mi ayudante que investigue a McPherson en Internet y que lo llame para asegurarme de que está en casa. Leeré lo que ha encontrado sobre él en el trayecto.

El barrio de Somerset estaba construido en una colina. Los residentes veían al otro lado del lago Washington el *skyline* de Seattle y a través de la bahía de Elliott, las montañas Olímpicas. Las casas no salían a la venta con frecuencia en ese vecindario. Quien fuera el tal Phil McPherson, le iba bastante bien.

Harrison condujo el BMW por calles flanqueadas por árboles hasta un callejón sin salida en lo alto de la colina. McPherson vivía en una casa de una planta, estilo ranchero suburbano, con detalles de piedra. Un camino de cemento dividía un jardín bien cuidado y conducía hasta un porche de madera. Keera llamó al timbre y eso desató un eco de ladridos inmediato.

McPherson, idéntico al de la fotografía que el ayudante de Keera había encontrado en Internet, abrió la puerta. Iba descalzo y vestía unos pantalones cortos y una camiseta básica blanca. El pelo marrón, canoso, grueso y rizado, le llegaba a los hombros, y tenía unas facciones angulosas y lo que la madre de Keera habría descrito como una nariz romana. A su lado, los tres perros observaban a Keera y a Harrison.

—¿Puedo…? —comenzó a decir McPherson. Pero se interrumpió y observó a Keera y a Harrison con unos ojos de color azul claro, escondidos tras unas gafas de montura metálica.

—Señor McPherson. Soy…

—Sé quién es. Me ha llamado su ayudante, pero también la he visto en la televisión y los periódicos.

Seguía el juicio.

—Me preguntaba si podía dedicarnos unos minutos.

—¿Por qué? —McPherson no parecía agresivo, solo curioso—. Su ayudante no me ha dicho qué querían.

—Alguien nos ha indicado que habláramos con usted sobre el señor LaRussa.

McPherson esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Quién ha sido?

—Jack Worthing —respondió Keera.

—No sé quién es —espetó McPherson—. ¿Qué les ha dicho?

—No mucho. ¿Le puedo preguntar si alguien en los últimos seis meses se ha puesto en contacto con usted para hablar de Vincent LaRussa?

McPherson negó con la cabeza y cruzó los brazos.

—No. Nadie.

No era como con las otras personas a las que Worthing los había llevado.

—Si les preocupa que rompa el acuerdo de confidencialidad, no tengo ni la menor intención, salvo si se me cita a declarar y el tribunal me obliga. —Otra sonrisita.

—No es nuestra intención. —Keera retuvo la información e intentó procesarla, pero sin revelar que no sabía a qué se refería—. Solo queríamos hacerle un par de preguntas. ¿Trabaja usted en el mismo sector que Vince LaRussa? Es lo que dicen de usted los artículos de Internet.

—Sí.

—¿De eso se conocen?

—Vince y yo no somos íntimos amigos —respondió McPherson

con otra sonrisa irónica. No parecía tener intención de invitarlos a entrar a su casa ni de cerrarles la puerta en las narices, así que Keera continuó.

—¿A qué se refiere con «íntimos»?

—Trabajé en GPL tres años, justo cuando Vince empezó.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Cuál era mi cargo? —Su sonrisa se ensanchó—. Era gestor y asesor de patrimonios personales. Pero la realidad es que me dedicaba a captar inversores.

—¿—Por qué lo dice así?

—Porque solo Vince trataba con los inversores después de que yo los captara. Aunque cuando empecé en la empresa no lo sabía y de lo contrario no habría aceptado el trabajo.

—¿No los asesoraba usted?

—No. Yo me limitaba a emitirles cheques trimestrales.

—¿Y el resto de asesores de GPL despachaban con los inversores?

—No éramos muchos, y a Vince se le daba muy bien compartimentar a las personas y sus responsabilidades.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que nosotros solo sabíamos lo que ocurría en nuestro cubículo. También se le daba muy bien calar a las personas y sus personalidades, así que conseguía lo que quería de cada empleado.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que el que no llora no mama. O no se lleva el dinero, en mi caso. Cada vez que preguntaba cuándo tendría mi cartera de clientes para asesorar, Vince me decía que era un proceso largo y que antes debía aprender las bases del negocio. Entonces, me daba una prima por los inversores que había conseguido, pero me obligaba a firmar un contrato de confidencialidad que me prohibía hablar de la prima con los compañeros. Ese era el trato.

—¿Terminó convirtiéndose en asesor patrimonial?

—En GPL no. Nadie lo consiguió.

—¿Cómo lo sabe?

—Los compañeros hablan. Es inevitable. Otros asesores me dijeron que ellos también hacían el mismo trabajo que yo, pero con el agravante de que cobraban primas ridículas. Ninguno gestionábamos patrimonios ni asesorábamos a clientes.

—¿Por eso se marchó?

—Al final sí, pero no fue la razón principal.

—¿Qué ocurrió?

McPherson se apartó el pelo de la frente y dejó a la vista una cicatriz que a Keera le recordó a la que tenía Harry Potter en forma de rayo, aunque la de McPherson estaba más ladeada.

—Esto.

—¿Qué le pasó?

—Imagino que como son ustedes los abogados de Vince, no importa que se lo cuente, pero aquí entra la cláusula de confidencialidad, así que tienen que asegurarme que esto es extraoficial.

Keera no era periodista y no tenía intención de difundir lo que descubriera, o no lo preveía. Si McPherson decía algo importante que Keera quisiera usar en el juicio, lo citaría a declarar con una orden judicial.

—Claro —respondió Keera.

—Cuando hablé con los demás asesores y me enteré de que todos hacíamos el mismo trabajo de mierda, me enfrenté a Vince. Le dije que me había mentido, a mí y a todos los compañeros que nos unimos a la empresa para ejercer de asesores, que habíamos desperdiciado años de nuestras carreras profesionales por su culpa.

—¿Y él le pegó?

—¿Pegarme? Qué va, le habría partido la cara. Vince era propenso a los ataques de ira. Su humor cambiaba en un abrir y cerrar de ojos. Me dijo que era un desagradecido y que ganaba más dinero del que merecía. Que era un imbécil y que tenía suerte de que él me hubiera contratado. Me dijo de todo. Le respondí que se fuera a tomar por culo y me marché de allí antes de cargármelo. Entonces, oí un grito y di media vuelta. Por suerte, giré la cabeza

justo a tiempo, porque si no, puede que la grapadora que me lanzó me hubiera sacado un ojo.

Keera se quedó atónita.

Era evidente que McPherson disfrutaba de aquello.

—Así es… Vincent LaRussa.

Keera se recompuso y volvió a pensar como abogada. ¿Habría documentación de aquello? ¿Conseguiría la fiscalía pruebas de ese hecho? ¿Perdió Vince los papeles?

—¿Lo denunció?

—Lo habría hecho, pero Vince entró enseguida en modo de supervivencia. Me pagó las facturas médicas y me ofreció una indemnización, que acepté, equivalente al sueldo de un año.

«Compró su silencio», pensó Keera. Del mismo modo que compró el silencio de Capítulo Nacional logrando que retirara los cargos.

—Tuve que firmar un acuerdo de confidencialidad para no denunciarlo y todas esas mierdas. Me daba igual. Yo ya tenía otro trabajo y no iba a denunciar a Vince.

—¿Por qué?

—Porque es muy conocido en el mundillo y hace muchos actos benéficos. Me daba miedo que denunciarlo arruinara mi reputación y me impidiera conseguir otro trabajo. Cuando Vince aceptó llegar a un acuerdo, no vi la necesidad de denunciarlo. Pero les diré qué es lo más interesante de este sórdido asunto, en mi opinión.

—¿Qué?

—Vince nunca se disculpó. Se ofreció a pagar las facturas médicas y la indemnización. Hasta me escribió una muy buena carta de recomendación, pero en ningún momento reconoció su culpa ni me pidió perdón. Actuó como si no hubiera hecho nada malo y siguió con su negocio como si nada.

—¿Sabe si alguien más vivió una experiencia parecida en GPL?

—No, aunque tampoco me sorprendería ni que Vince hubiera comprado también su silencio. Tampoco me sorprendería que tuviera denuncias penales o civiles.

No tenía ninguna. Keera lo había comprobado y no encontró nada más que los cargos archivados por malversación de fondos de la fraternidad. Decidió seguir tirando del hilo de la conversación.

—¿Cómo podría tener una empresa de inversiones si eso fuera cierto?

McPherson sonrió con picardía.

—Exacto, ¿cómo es posible?

—¿Cómo cree usted que lo consigue?

—¿Sabe usted algo de inversión de patrimonio?

Keera sonrió.

—Soy abogada defensora. No mucho.

McPherson miró a Harrison.

—He investigado delitos de guante blanco —dijo el investigador.

McPherson miró el reloj.

—Pasen. Tengo algo de tiempo antes de que mi mujer vuelva del ensayo de teatro con mis hijos. —Abrió más la puerta para que entraran.

Los tres perros olfatearon a Keera y Harrison cuando pasaron. Uno parecía ser una mezcla de border collie, tenía la mitad de la cara negra y la otra blanca. La parte negra tenía el ojo marrón con una mirada triste que pedía que lo acariciaran; la parte blanca tenía un ojo de color gris azulado que le daba al perro una apariencia más malévola. «Acaríciame. Si te atreves».

—Mi mujer siempre acoge perros callejeros —explicó McPherson —. Tiene un gran corazón para los perros y gatos. Tuve que plantarme en tres perros y dos gatos. Comen y cagan más que las personas. Aunque he de decir que son la mejor alarma que el dinero puede comprar. Les aseguro que cuando se ponen a ladrar nadie se atreve a cruzar la puerta principal.

Pasaron por una entrada sencilla y llegaron a la sala de estar. McPherson los invitó a sentarse en el sofá. Él ocupó un sillón blanco al otro lado de la mesita de centro y apoyó los codos sobre las rodillas.

—He pensado que podríamos usar la salita. Es como una de esas

habitaciones cerradas detrás de una cuerda en los museos. —Los perros se detuvieron al borde de la alfombra y se sentaron. El border collie miraba fijamente a Keera. Al ver que estaba incómoda, McPherson le dijo—: A este no hay quien lo entienda. Nunca sé si me va a lamer o a morder, pero no se preocupe, no les dejamos entrar aquí, así que no le molestará.

—Nos iba a contar cómo es posible que Vince LaRussa tenga una empresa de inversiones con antecedentes penales.

—GPL está constituida como una empresa de colocaciones privadas, eso significa que está dirigida a inversores experimentados y sofisticados y no al público general, y ni el Estado ni las autoridades federales ofrecen prácticamente ningún tipo de protección para este tipo de inversores.

—¿Por qué? —preguntó Keera.

—Porque en teoría, los inversores acreditados tienen el dinero y el conocimiento suficiente para evaluar los riesgos y beneficios de las colocaciones privadas. No necesitan la misma protección que, digamos, las viudas y los huérfanos, por lo que no hace falta registrar los valores financieros que se ofrecen. LaRussa se inscribió como vendedor de colocaciones privadas bajo la regla 506 del reglamento D de la Comisión de Bolsa y Valores. Solo tuvo que cumplimentar un formulario que certificaba que sus inversores cumplían ciertos estándares de ingresos y patrimonio neto. Al firmar ese documento, no tiene que informar de ninguna queja, si las hubiera, y no está sujeto a la regulación estatal.

—Entonces no sería ilegal si lo gestionó así —aseguró Keera.

—Así lo gestionó —espetó McPherson—. Yo conseguí los inversores de altos ingresos.

—E imagino que ellos tendrían los conocimientos suficientes para hacer las comprobaciones necesarias y que lo que vieron los convenció —dijo Keera.

—Lo que les convenció fue la promesa de intereses de hasta un doce por ciento y un ocho por ciento mensual, de media. Los beneficios procedían de fondos hipotecarios, valores respaldados por

hipotecas y préstamos privados. Los primeros clientes de GPL fueron familiares y amigos, y como el fondo funcionaba bien, corrió la voz. El boca a boca. Luego, cuando GPL ya tenía una reputación más sólida, Vince se dirigió a empresas locales de asesoría financiera para que invirtieran los fondos de sus clientes en GPL. Las ganancias eran constantes y los pagos puntuales. GPL llegó a recaudar quinientos millones de dólares de inversores de todo el país.

—Parece que conocía usted muy bien su estrategia de inversión para no haber gestionado nunca inversiones. ¿Cómo es eso?

—Presté atención. Además, la empresa que me contrató cuando me marché de GPL me pidió varias veces que duplicara los beneficios que GPL ofrecía a sus inversores y nunca lo logré. Intenté varios métodos, pero nunca pude duplicar sus ganancias. Cuando trabajaba en GPL, Vince decía que su gestión era el secreto del negocio y se basaba en no mantener las inversiones en el mercado ni mucho tiempo ni muy a menudo. Entrar, ganar dinero y salir. Si el mercado titubeaba, invertía el dinero en Letras del Tesoro a corto plazo y otros activos líquidos.

—Pues, al parecer, funcionó.

—A Vince sí. A mí no y a nadie del sector. No conozco ninguna otra empresa que generase constantemente las ganancias que GPL ofrecía a sus inversores.

—Entonces, ¿cómo cree que lo consigue?

—Si lo supiera, tendría mi propia agencia de inversiones —respondió McPherson, riendo—. Hay gente que tiene el toque de Midas y gente que solo finge tenerlo.

—¿Qué quiere decir con eso? —La pausa en la conversación expresaba que McPherson empezaba a mostrarse reticente. ¿Le preocuparía que lo denunciaran? ¿O seguía temiendo a Vince LaRussa?

—Como ya les he dicho, en este sector todo se sabe. Si hay una nueva forma de invertir y conseguir intereses de ese calibre, la voz se corre. Me da igual lo reservada que sea la empresa que haya desarrollado el modelo o los acuerdos de confidencialidad que firmen

los empleados. Los asesores cambian de empresa. Hay espionaje corporativo. Los profesionales salen a cenar, beben juntos, asisten a congresos. Si alguien hubiera encontrado la gallina de los huevos de oro, ya estaríamos todos forrados.

—Puede que por ese motivo Vince LaRussa no les permitía ni a usted ni a los otros profesionales tener una cartera propia de clientes. Quería proteger el modelo de negocio que había desarrollado.

—Puede ser, pero eso también querría decir que Vince LaRussa es la única persona lo suficientemente inteligente como para encontrar la fórmula mágica. Y no lo es, por lo menos por lo que yo sé.

—Entonces, ¿cómo ha conseguido rendimientos del ocho por ciento de forma constante? —preguntó Keera.

—Esa es, precisamente, la pregunta del millón.



Keera entregó una tarjeta de visita a McPherson y le pidió que la llamara si alguien más se ponía en contacto con él para preguntarle sobre LaRussa.

—No me interesa hablar con la prensa, si es eso a lo que se refiere. Si me citan a declarar, entonces no tendré otra opción. Si no, creo que es mejor dejar ese asunto tranquilo. —Miró a los perros—. Es como los animales que mi mujer trae a casa.

No sabemos qué han vivido, por lo tanto, tampoco sabemos qué los hace saltar. Los dejamos en paz y así no nos muerden.

Keera miró al border collie y se preguntó cuál de los dos ojos reflejaría su verdadera personalidad.

De vuelta al coche, Harrison dijo:

—Básicamente, lo que ha dicho es que Vincent LaRussa es un

farsante. Que todo en él es pura fachada.

—Esa es su opinión —añadió Keera, que no quería emitir juicios rápidos, sino entender por qué Jack Worthing los había llevado hasta esa información—. Es lo que él cree, no lo que sabe. La pregunta es si en su opinión influye la grapadora y la rabia por no llegar a repetir el modelo de inversión de Vince y no dar la talla delante de sus jefes… o si realmente hay algo de cierto en todo eso.

—¿Cómo podemos descubrir si LaRussa es un tío legal? —preguntó Harrison.

—No lo sé, pero a todas luces Jack Worthing quiere que tiremos de este hilo. Primero nos llevó a quienes lo describieron como un chaval carismático, con mucho interés por ganar dinero. Una ambición inocente. Los siguientes ya reconocieron que Vince robó a sus compañeros y a la fraternidad. Y ahora McPherson apunta a algo aún más grave, a un fraude.

—Por no mencionar los ataques de ira —añadió Harrison—. Si lo que nos ha dicho McPherson es verdad, Vince sería capaz de hacer daño o, al menos, perder los estribos para proteger su negocio… y para ocultar posibles delitos.

—Y esa información podría ser admisible como prueba, si Ambrose hablara con él.

—Aunque eso no es lo más inquietante —dijo Harrison.

—¿No? Entonces, ¿qué es? —preguntó Keera.

—Que LaRussa no quiera o sea incapaz de asumir su culpa.

—Cuando le pregunté por el incidente en la fraternidad, Vince respondió que había sido un malentendido, que no era culpa suya —recordó Keera—. Que él pretendía devolver el dinero, así que no había perjudicado a nadie.

—Aunque no lo devolvió hasta que lo denunciaron —añadió Harrison—. Lo que indica que no es consciente de actuar mal o es incapaz de reconocer que ha actuado mal hasta que se enfrenta a las consecuencias reales. En mi experiencia, las únicas personas a las que no les remuerden sus actos son los sociópatas y los psicópatas. Creen que el mundo entero está a su disposición para

que ellos lo manipulen y lo aprovechen, que son más listos que nadie y que no hay nada malo en su comportamiento: cualquiera haría lo mismo frente a la misma oportunidad.

—¿Crees que Vince LaRussa es un psicópata?

—No lo sé, Keera. No he pasado mucho tiempo con él. Pero al hombre que ha descrito McPherson…, a ese hombre… lo llamaría psicópata o, como mínimo, sociópata.



Keera llegó tarde a casa. Exhausta. Regresó al bufete para hablar con Patsy sobre Phil McPherson. Durante toda la tarde, su mente repetía una y otra vez la conversación con él. ¿Sería Vincent LaRussa un psicópata? ¿Sería una persona sin conciencia, empatía ni remordimientos? ¿Sufrió un ataque de ira cuando Anne le reprochó la infidelidad y lo amenazó con arrebatarle todo? ¿Era eso lo que Jack Worthing intentaba explicar? Sin embargo, Keera veía varios problemas. El primero: no sabía si Phil McPherson era fiable o solo intentaba vengarse de la única manera que le permitía el acuerdo de confidencialidad. Al fin y al cabo, McPherson aceptó el dinero en lugar de emprender acciones legales contra LaRussa. McPherson eligió el dinero frente a la satisfacción de un juicio. ¿Qué decía eso de él?

Además, Keera seguía sin una explicación para el arma fantasma. Si Vince compró la pistola, tuvo que ser antes de la noche del domingo, antes de que Anne LaRussa lo amenazara, si lo hizo aquella noche. ¿Se le habría enfrentado Anne antes de aquella noche y eso lo impulsó a comprar el arma? ¿Se sentiría atrapado, atado a Anne por su lesión, compró la pistola como vía de escape y aquella noche le pareció la ocasión perfecta porque no sabía que Evans y Bennet habían pasado por su casa? ¿Vince tenía una

aventura con Lisa Bennet y solo podría estar con ella sin perder el dinero si se libraba de Anne? ¿O había comprado el arma simplemente para defenderse y la utilizó aquella noche al perder los papeles?

Keera no podía dormir, no con todos los escenarios que le pasaban por la cabeza. Recurrió al tablero de ajedrez para centrarse. Sabía que a su padre también le vendría bien la distracción. Abrió la partida que tenía con él. Patsy había movido la dama a a2. Keera no había respondido todavía porque hacerlo revelaría el engaño, que su batalla se jugaba al otro lado del tablero. Movió el peón a f4.

Ese movimiento, en apariencia inofensivo, liberaba a la dama y le permitía colarse por la cadena de peones que protegía al rey de Patsy. Él pronto se daría cuenta de que, obsesionado con el ataque, no se dio cuenta de dónde estaba el verdadero frente. Minutos después, el ordenador de Keera emitió un pitido. Sonrió. Patsy la conocía mejor que nadie. Sabía que necesitaba esa partida tanto como él. Quizá incluso más.

De: Caballerooscuro
A: Comepeonesdeseattle

Dama a f7

Patsy no se rendiría. Y no la trataría con condescendencia. La obligaría a sudar la victoria. Respondió con audacia, como hacía en los juicios. Keera tendría que estar muy atenta. Iba a atacar el rey de su contrincante, pero él seguía con tres defensores en posición para protegerlo. Tendría que concentrarse en la partida para no caer en una trampa.

De: Comepeonesdeseattle
A: Caballerooscuro

Dama a h3

De: Caballerooscuro
A: Comepeonesdeseattle

Peón a f3

De: Comepeonesdeseattle
A: Caballerooscuro

La dama captura el peón en g3. Jaque.

El Caballero Oscuro no respondió. Keera oyó la voz de Patsy diciendo que mantuviera la concentración en el problema que tenía delante. De pronto, vio con claridad la estrategia del día siguiente en el contrainterrogatorio de Lisa Bennet: Mantendría el rumbo hasta que la Fiscalía cometiera un error, si lo hacía, y aprovecharía esa ocasión para atacar. Hasta entonces, haría creer al fiscal que estaba ganando la partida.

Solo podía hacer eso y rezar.

Capítulo 29

La mañana siguiente, April Richie llamó a Keera al despacho y le dijo que la Fiscalía tenía la intención de llamar a declarar a Frank Rossi antes de lo previsto. La doctora Lisa Bennet se retrasaría porque estaba trabajando. Keera sospechaba que ese no era el verdadero motivo. Además de utilizar a Rossi para jugar con ella, Ambrose quería que el inspector testificara que en el vídeo de las cámaras de seguridad solo se veía a Syd Evans y a Lisa Bennet entrar en casa de los LaRussa antes de que Vince llegara la noche del domingo. Quería dejar bien claro que nadie allanó la casa, que no hubo una tercera persona ni intrusos. Quería descartar la teoría de que el crimen lo cometió otra persona antes de que la defensa la pudiera usar.

Rossi subió al estrado de los testigos vestido como una bandera estadounidense: llevaba un traje azul, la camisa blanca y una corbata roja con estampado de cachemira. Keera no sabía si contrainterrogarlo o cuadrarse ante él. Parecía nervioso, dio un trago a un vaso de agua, el gesto que lo delataba. Ambrose lo saludó, acreditó su experiencia y le pidió que explicara qué implicaba ser el inspector jefe de una investigación.

El fiscal lo interrogó sobre su llegada a casa de los LaRussa con Ford, sobre la interacción con el marido y sobre los protocolos rutinarios que siguieron para descartar intrusos en la residencia. Le pidió una lista de los miembros del equipo forense que llegaron al escenario y que explicara sus funciones. Ambrose lo planteó todo

para que pareciera un procedimiento exhaustivo y sistemático. Dejó constancia de que no había ninguna prueba de entrada forzada.

—¿Tenían los LaRussa un sistema de vigilancia en casa?

—Sí. Tenían una cámara de seguridad sobre el garaje que cubría toda la parte delantera del jardín hasta la puerta principal, y una segunda cámara que grababa el patio trasero.

Ambrose se entretuvo mostrando las fotografías, que Rossi autentificó. A continuación, le preguntó:

—¿Revisó usted las imágenes del domingo, cuatro de junio, de dichas cámaras de seguridad?

—Así es.

—¿Y a qué conclusión llegó después de revisarlas?

—Que a lo largo del día y la noche de autos, en la cámara no apareció nadie en el jardín trasero. La cámara del garaje grabó la llegada de tres coches a casa de los LaRussa la tarde del domingo. —Procedió a explicar quién llegó y a qué hora se fue cada uno de los que pasaron por la casa.

—Señoría, queremos que el inspector Rossi muestre las imágenes de las cámaras de seguridad al jurado y que explique lo que vio.

Keera se puso en pie.

—La defensa no se opone.

Rossi reprodujo las imágenes y testificó que su compañero, Billy Ford, investigó las matrículas de los dos primeros vehículos y comprobó que pertenecían a Syd Evans y Lisa Bennet. Rossi señaló los números en la esquina inferior derecha, que documentaban la hora de llegada y salida de cada persona. Luego mostró las imágenes de Vince LaRussa llegando a casa a las 21.17 de la noche y al cabo de un rato, a las 21.34, saliendo, apenas cinco minutos antes de que llegara la Policía.

Ambrose repasó metódicamente la investigación de Ford y Rossi, el escenario horripilante que vieron en la cocina y las pruebas que él, Ford y el equipo de la científica recogieron. Rossi pasó la mañana en el estrado y Ambrose lo cedió a la defensa después de comer.

Patsy se acercó al testigo y Keera notó que Rossi estaba

nervioso, sin duda porque esperaba que Keera lo contrainterrogara. El inspector le dio otro trago al vaso de agua antes de volver a dejarlo sobre el estrado.

—Buenas tardes, inspector Rossi —saludó Patsy.

—Buenas tardes.

—Inspector Rossi, ha declarado usted que pidió permiso al señor LaRussa para registrar la casa en busca de un posible intruso y él se lo permitió, ¿verdad?

—Sí.

—Incluso ayudó al agente Olsen a registrarla, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Le dijo que había cámaras de seguridad y cómo conseguir las imágenes de aquella noche, ¿verdad?

—Sí.

—No intentó ocultar la existencia de las imágenes, ¿no?

—No, no lo hizo.

—Y cuando pidió al acusado que voluntariamente permitiera al equipo de la Policía Científica que le tomara una muestra de ADN, el señor LaRussa no se opuso, ¿me equivoco?

—No.

—¿Y permitió también que le tomaran las huellas dactilares?

—Sí.

—Incluso accedió a que le examinaran las manos y la ropa en busca de restos de pólvora, ¿verdad?

—Así es.

—Pero en su opinión eso solo fue una estratagema, algo fingido, ¿verdad?

Rossi se encogió de hombros.

—Supongo que lo podríamos llamar así.

—Hoy en día ya no se analizan los residuos de disparo porque no es una prueba fiable. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, así es.

—Sin embargo, mi cliente accedió a que se le hiciera la prueba, ¿verdad?

—Sí.

Keera y Patsy contrainterrogarían más adelante a los agentes de la Policía Científica para que declararan que no encontraron ni huellas ni ADN de Vince LaRussa en el arma, ni manchas de sangre en las manos o en la ropa del acusado. Usarían su hora de llegada a casa y la de salida para argumentar que en ese intervalo de tiempo no pudo asesinar a su esposa, limpiar las huellas dactilares y el ADN del arma, cambiarse de ropa y ponerse otra idéntica. Aunque si el asesinato hubiera sido premeditado, ese lapso de tiempo sería suficiente.

Patsy cambiaba frecuentemente de tema para confundir a Rossi e intentar sorprenderlo. Aquel era el abogado al que Keera veía de pequeña, calculador y agudo, pero cordial con el jurado. Puede que ya no fuera el de antaño, pero aquel día no lo parecía. Aquella tarde estuvo a la altura y demostró que al Luchador Irlandés todavía le quedaban unos cuantos asaltos.

—¿Le dijo el señor LaRussa que su esposa estaba deprimida e irritable? —preguntó Patsy. Había improvisado aquella pregunta y Keera no pudo evitar una punzada de inquietud.

—Sí, dijo algo al respecto.

—¿Y le dijo que su esposa tomaba analgésicos que le habían recetado, opioides?

—Sí.

—¿Y que no sabía exactamente qué tomaba ni en qué cantidad, pero que podían examinar el mueble del cuarto de baño de la habitación?

—Así es.

—Y lo hicieron, ¿verdad?

—Llamé a la farmacéutica forense para que hiciera un inventario de la medicación del armario.

—¿Por qué no lo hizo usted mismo? —Patsy sabía perfectamente la respuesta, pero quería que saliera por la boca del inspector.

—Porque había una infinidad.

Patsy mostró las imágenes que los de la científica hicieron del

armario donde se veían cantidades ingentes de medicamentos. Rossi verificó la fotografía. Después de varias preguntas más, Patsy dijo que la farmacéutica forense, Bonnie Kramer, elaboró un informe de lo que encontró y proyectó ese documento desde el ordenador, para que lo viera el jurado. Ambas partes habían acordado que el informe y las fotografías eran auténticas, así que no hizo falta que la farmacéutica testificara. Patsy entregó un ejemplar del informe a Rossi.

—¿Le importaría ir a la cuarta página del informe, donde la forense detalla los medicamentos y la cantidad recetada de cada uno? —Pidió Patsy al inspector.

Rossi lo obedeció y Patsy leyó minuciosamente la lista, donde había oxicodona, también conocida como OxyContin, e hidrocodona, también conocida como Vicodin. Patsy pidió a Rossi que leyera las fechas de los botes y la cantidad que había en cada uno de ellos. Keera comprendió por la expresión de los miembros del jurado que la larga lista estaba provocando el efecto buscado, pero también esperaban que Patsy utilizara para algo aquella información.

—¿Incluyó la farmacéutica forense una valoración pericial sobre el número de frascos o la cantidad que se encontró de cada medicamento en el botiquín de la señora LaRussa? —preguntó Patsy.

—En el informe no.

—¿Y le hizo a usted algún comentario como: «¡Madre mía, cuantísimos opioides!»?

—No —respondió Rossi, incapaz de contener una sonrisa. Los miembros del jurado también sonrieron.

—¿Ponía en algún lugar del informe que los opioides son adictivos?

—Sí.

—¿Y que los opioides pueden causar confusión y estados depresivos?

Ambrose protestó.

—Señoría, el abogado está testificando.

La jueza Hung negó con la cabeza.

—Es un contrainterrogatorio. Le daré algo de margen, señor Duggan, pero está usted rozando el límite.

—Cambiaré de tema, señoría. —Patsy había dejado bien claro su argumento. Se dirigió a Rossi—: ¿Apuntó la farmacéutica forense el nombre del doctor o doctora que había recetado los opioides?

—Estaba escrito en los frascos.

—¿Y a quién se corresponde ese nombre?

Y en ese preciso momento, Keera entendió lo que Patsy pretendía. Que Rossi testificara antes que Bennet había sido el primer error de Ambrose, y Patsy lo aprovechó. Intentando jugar con Keera, el fiscal no previo que Patsy retrataría a Bennet como la doctora que recetaba excesivos opioides a una mujer a la que consideraba su mejor amiga. Mostrar al jurado el botiquín del cuarto de baño, repleto de frascos con fechas consecutivas, proyectaba una imagen muy clara de Bennet en la mente del jurado antes siquiera de que la doctora subiera al estrado. Patsy colocó las piezas en el tablero para que Keera pudiera atacar.

—La doctora Lisa Bennet —contestó Rossi.

—Vincent LaRussa explicó a esa doctora que su esposa, Anne LaRussa, estaba deprimida, ¿verdad?

—Sí, eso declaró.

—¿Dijo también que su esposa estaba confundida?

—No recuerdo que usara esas palabras.

—¿Y la palabra «paranoica»? ¿Cree que la utilizó?

—Sí, creo que sí.

—¿Y dio el acusado alguna explicación de esa paranoia?

—No lo recuerdo.

Patsy prosiguió.

—¿En algún momento de su conversación le pareció que el señor LaRussa no quisiera cooperar?

—¿Que no quisiera cooperar? No.

—¿Se mostró reticente o evasivo?

—No.

—Cuando lo interrogó en su casa, ¿se negó en algún momento a

responder alguna pregunta?

—No.

—¿Le impidió en algún momento seguir con su investigación?

—No.

—¿En algún momento le pareció que ocultara algo o temiera lo que usted pudiera descubrir con su investigación?

Ambrose protestó.

—La defensa pide al testigo que especule sobre lo que el acusado hacía.

—No, señoría —respondió Patsy con el tono cortés y amable de un caballero sureño—. Pregunto a este curtido inspector de Policía si mi cliente hizo algo, durante la investigación, que un inspector de Policía con su experiencia interpretara como evasivo u ocultación de pruebas.

—No se admite la protesta —dijo la jueza Hung—. Puede responder a la pregunta, inspector.

—El acusado no me pareció evasivo ni que intentara ocultar pruebas.

—¿Notó al señor LaRussa afligido o conmocionado?

—Parecía afligido. No sé si conmocionado.

Patsy contrainterrogó al agente Rossi durante un cuarto de hora más, y con cada una de las preguntas Keera sonreía por dentro. Cuando ya estaba acabando, formuló preguntas que le serían útiles a Keera cuando llamara a J. P. Harrison a declarar en la fase de la defensa. Aunque se trataba de un contrainterrogatorio, Patsy planteó preguntas abiertas porque conocía las respuestas y sabía que Rossi era un agente honesto y directo.

—Inspector Rossi, ¿qué temperatura hacía el domingo cuatro de junio?

—Hacía calor. —La respuesta de Rossi se ganó la sonrisa de los miembros del jurado.

Patsy también sonrió.

—No es usted meteorólogo, ¿verdad? —Su comentario consiguió incluso más sonrisas. Era un truco que le había enseñado a Keera:

«Si el testigo hace que el jurado se ría, aprovecha la oportunidad».

—En absoluto.

—Por suerte anotó la temperatura en su informe. ¿Necesita un momento para mirarlo?

—No. Estábamos a cuarenta y un grados en el exterior.

—¿Hacía calor en el interior de la casa?

—Mucho.

—¿Diría que estaba a más de cuarenta y un grados?

—No lo sé, pero hacía muchísimo calor.

—¿Tenían los LaRussa aire acondicionado?

—Sí, pero estaba apagado, aunque el señor LaRussa dijo que tendría que haberse encendido automáticamente.

—¿Le preguntó por qué no funcionaba?

—Alguien lo había apagado desde el panel de control.

—Y el señor LaRussa le aseguró que él no había sido, ¿verdad?

—Eso dijo.

Patsy cogió una fotografía de la quemadura que había encontrado J. P. Harrison en el tirador de la puerta del horno.

—¿Reconoce esta fotografía?

—Parece la puerta del horno de la cocina.

—¿Y qué es esa marca oscura en el tirador?

Rossi miró la imagen detenidamente y respondió:

—No lo sé.

—¿Encontró agua en el suelo de la cocina?

—Sí.

—¿Cuánta?

—No lo sé. También había un vaso en el suelo, así que puede que unos doscientos mililitros. No lo sé exactamente.

—¿Le proporcionaron los agentes de la científica en la escena del crimen un análisis del agua del suelo, a usted como inspector jefe?

—¿Un análisis?

—Sí, un análisis químico.

—¿Del agua?

—Exacto.

—No estoy seguro —respondió Rossi, sonriendo.

—Había agua en la encimera de la cocina, ¿no?

—Sí. Un poco.

—¿Cómo explica eso?

—No lo sé.

—¿Había una vela en la encimera?

—Sí.

—¿Estaba encendida?

—Sí.

—¿Sabe usted qué hacía allí?

—En aquel momento no lo sabía, pero luego me enteré de que la señora LaRussa usaba velas aromáticas porque el olor la calmaba.

Patsy no dijo nada al respecto.

—¿Dónde determinó usted, basándose en los informes de la Policía Científica, que se encontraba el asesino cuando él o ella disparó el arma?

—Detrás de Anne LaRussa. El asesino sostuvo el cañón de la pistola a un metro o metro y medio por detrás de la víctima.

—¿Se situó usted a esa distancia detrás de Anne LaRussa para comprobar si era una posición viable para el asesino?

—No entiendo la pregunta.

—Déjeme ilustrarlo —soltó Patsy, mientras mostraba una imagen, previamente verificada, que había hecho el equipo de la científica en la que se incluían las medidas—. ¿A qué distancia está la encimera de la silla de ruedas de la víctima en esta imagen?

Rossi no respondió de inmediato. Observó el plano.

—Parece estar a un metro diez.

—¿Y cuánto mide de ancho la encimera?

—Unos ciento veinte centímetros.

—Entonces, según su conclusión, el tirador tendría que estar al otro lado de la encimera. Aquí —dijo Patsy, señalando con una vara —. Son dos metros veinte, ¿verdad?

Rossi sonrió.

—Sí, pero el tirador estiraría el brazo por encima de la encimera e

inclinaría el cuerpo hacia delante antes de apretar el gatillo.

—Sí, es cierto —asintió Patsy, como si considerara la respuesta. Entonces atacó, con sutileza—. ¿Encontraron algún rastro de salpicaduras de sangre en la ropa de Vince LaRussa, en su chaqueta o en la manga de su camisa, que les hicieran pensar que había estirado el brazo por encima de la encimera y disparado el arma?

Rossi se quedó en silencio un momento.

—No, no encontramos nada.

—Según su experiencia, ¿es común que los asesinos dejen el arma en la escena del crimen?

—No mucho.

—¿Recuerda más casos?

—Solo uno —respondió Rossi. Explicó el caso en el que él y Keera trabajaron juntos y encontraron un arma en el bosque porque al asesino se le cayó al huir.

—Entonces es algo inusual —afirmó Patsy.

—Mucho.

—Ha dicho usted que es probable que el asesino estuviera aquí —repitió Patsy, usando el puntero una vez más—. ¿Dónde encontraron la pistola?

Rossi señaló el lugar, junto a la silla de ruedas. Patsy mostró otra imagen de la encimera en el monitor.

—¿No sería más lógico que el o la asesina hubiera dejado caer el arma a su lado antes de salir por la puerta principal?

Rossi comprendió, o creyó comprender, la trampa que Patsy le tendía.

—Podría haber lanzado el arma por encima de la encimera.

—¡Lanzarla! —exclamó Patsy alzando la voz—. ¿Lanzar una pistola de nueve milímetros cargada a metro o metro y medio sobre un suelo de baldosas? —Cada palabra rezumaba escepticismo.

—Sí —respondió Rossi.

Patsy puso una expresión de incredulidad.

—Eso sería muy peligroso, ¿no?

—Potencialmente sí.

—Mucho más peligroso que simplemente dejar que el arma se deslice de la mano al suelo, ¿verdad?

—Pero puede que el asesino estuviera ofuscado o se asustara.

Patsy sonrió. Había conseguido que Rossi cometiera un error.

—¿Quiere decir que el asesino, que según el fiscal disparó a la víctima con premeditación y alevosía, con un arma imposible de rastrear, que llevaba guantes o se tomó la molestia de limpiar la pistola para no dejar huellas digitales ni rastros de ADN, y que fue lo bastante inteligente como para cambiarse de ropa, ponerse otra exactamente igual a la que vistió en la gala benéfica esa noche y deshacerse de la anterior…, ese tirador tan meticuloso fue tan descuidado que lanzó una pistola cargada por encima de una encimera hasta un suelo de baldosas? ¿Eso es lo que quiere decir?

—Puede que fuera al otro lado de la isla para asegurarse de que la víctima estaba muerta y dejara la pistola en el suelo —murmuró Rossi.

—El marido, que sabe que su esposa no puede usar las manos, se acerca al otro lado de la encimera y deja el arma en el suelo ¿para qué?, ¿para que parezca un suicidio? No tiene ningún sentido, ¿no cree, inspector Rossi? Rossi negó con la cabeza.

—O para asegurarse de que estaba muerta —insistió el inspector.

—Anne LaRussa era incapaz de sostener ni disparar un arma, ¿no es así?

—Eso indican las pruebas.

—Y podemos deducir que su marido lo sabía, ¿no cree?

—Protesto —dijo Ambrose, poniéndose en pie—. Especulación.

—No se admite la protesta.

—Deduzco que sí —respondió Rossi.

—Entonces, ir al otro lado de la encimera y dejar el arma habría sido una estupidez, ¿no cree?

—La gente comete muchas estupideces en situaciones de estrés.

—¿Le dio la impresión de que el señor LaRussa fuera estúpido?

—No.

—Cuando interrogó a Vince LaRussa, ¿le dijo en algún momento

que creía que su esposa se había suicidado?

—No.

—¿Le dijo que su esposa había hablado de quitarse la vida?

—No.

Patsy hizo una pausa en ese momento y puso una expresión de desconcierto por las respuestas de Rossi. Entonces, cambió de tema:

—Además de al señor LaRussa, ¿a qué otros sospechosos han investigado?

—A varios posibles sospechosos.

—¿Me puede dar sus nombres?

—Syd Evans y la doctora Lisa Bennet. Transcurrió muy poco tiempo entre sus visitas y el tiroteo.

Patsy se detuvo un momento como si pensara en sus notas. No lo hacía, pero quería que el jurado tuviera en cuenta lo que Rossi acababa de decir para que Keera argumentara que la Policía también dudó. Después de un segundo, continuó:

—¿Compró la doctora Lisa Bennet el arma fantasma que encontraron en la escena del crimen?

—No hay pruebas que lo indiquen.

—Porque ese es el propósito de las pistolas fantasmas, ¿verdad? No dejar ningún rastro del propietario.

—Puede ser, sí.

—Por lo tanto, ¿sería posible que la doctora Bennet comprara el arma sin ningún documento que lo demostrara?

—No hay documentos que lo demuestren.

—Tampoco hay documentos que demuestren que Vince LaRussa la compró, ¿me equivoco?

—No.

—¿Comprobó usted si Anne LaRussa seguía viva cuando la doctora Bennet se marchó de su casa la noche del domingo a las siete y media?

—No había forma de comprobarlo.

—Eso tampoco, ¡vaya! Entonces, la víctima podría estar muerta cuando la doctora Bennet abandonó su casa aquella noche.

Ambrose se puso de pie.

—Protesto señoría, está pidiendo al testigo que especule.

—Se admite la protesta —concedió la jueza Hung.

—No había cámaras en el interior de la casa, ¿no? —preguntó Patsy.

—No.

—Simplemente dedujeron que Anne LaRussa seguía viva, ¿verdad?

—Sí.

—Mmm —se limitó a responder Patsy. Dio las gracias a Rossi, aunque no lo excusó por si la defensa lo llamaba a declarar durante la presentación de su caso.

Cuando regresó a la mesa de la defensa, Patsy sonrió con satisfacción a Keera y le susurró:

—A ver si vuelven a atreverse a alterar el orden de los testigos para fastidiar a mi hija.

Ambrose se dirigió al atril.

—Inspector Rossi, ¿dijo el señor LaRussa que revisó las imágenes de las cámaras de seguridad antes de que usted llegara para comprobar quién había visitado a su mujer mientras él estaba en la gala benéfica?

—No. No lo dijo.

—Tampoco dijo que el abogado de los Collins, Syd Evans, y la doctora de la señora LaRussa, Lisa Bennet, visitaron a su mujer cuando él no estaba.

—No lo dijo, no.

—¿Le pareció extraño que un hombre que tiene un sistema de seguridad, llegue a casa, encuentre a su esposa muerta, según dice, y no compruebe las grabaciones para intentar saber quién pasó por su casa?

Keera estuvo a punto de protestar, pero se contuvo. La pregunta era capciosa, pero sabía que Rossi no le daría a Ambrose la respuesta que quería. Keera podría argumentar en el alegato final que el hecho de que LaRussa no revisara las cámaras

inmediatamente demostraba que no buscaba una posible amenaza, sino que se encontraba en estado de *shock*.

—No lo pensé —respondió Rossi—. Estaba concentrado en asegurar la escena del crimen y recoger todas las pruebas posibles.

—La defensa le ha preguntado si han considerado a otros sospechosos y usted ha mencionado a Syd Evans y a la doctora Bennet, porque ambos estuvieron en la casa aquella misma tarde. ¿Finalmente descartaron como sospechosa a la doctora Bennet?

—Sí.

—¿Por qué?

—La doctora Bennet declaró que la víctima la acusó de tener una aventura con su marido por primera vez aquella noche. En ese caso, la doctora Bennet no tenía motivo para comprar una pistola fantasma y llevarla encima. No tenía móvil para matar a Anne LaRussa en aquel momento. —Como Keera previo, Ambrose dejó claro que Anne había amenazado a Lisa Bennet por primera vez aquella noche.

El fiscal se sentó y, para sorpresa de Keera, Patsy se puso en pie y caminó hasta el atril.

—¿Creyó la declaración de la doctora Bennet de que Anne LaRussa no la acusó de infidelidad hasta la noche del domingo y, por tanto, no tenía ningún motivo para comprar el arma antes? —preguntó Patsy.

—Sí.

—¿Y si la doctora Bennet mintiera? Se habría equivocado al creerla, ¿no es así?

—Puede ser, pero no teníamos indicios de que mintiera.

—Que es precisamente lo que pretende una persona que miente, ¿verdad?

Rossi se mordió el interior del labio.

—Supongo.

—Es más, si la señora LaRussa no acusó a la doctora Bennet hasta aquella noche, sería lógico que tampoco a su marido y, si nos basamos en su teoría, entonces, el señor LaRussa —Patsy señaló a

Vince, sentado a la mesa de la defensa— tampoco tendría motivos para comprar un arma fantasma, ¿no?

Puede que Ambrose hubiera desmontado el argumento de la defensa, pero Patsy se acababa de cargar la base del argumento de la Fiscalía.

Ambrose se levantó.

—Protesto, el abogado pide al testigo que especule.

—Disculpe —respondió Patsy—. No quisiera ser yo quien obligara a especular al inspector.



Después de un breve receso, durante el que Keera elogió a su padre y Patsy restó importancia a los halagos, Ambrose llamó a declarar a la doctora Lisa Bennet. La sala de audiencias quedó sumida en un silencio absoluto cuando la alguacil salió por la puerta y, al cabo de un instante, regresó con la mujer alta, rubia, atractiva, de la que el jurado había oído hablar tanto durante el contrainterrogatorio de Patsy.

Bennet, con un traje discreto de color marrón y una blusa blanca, ocupó el asiento en el estrado.

Ambrose fue guiando a la mujer con delicadeza por los temas preliminares, como que su amistad con Anne empezó en la universidad y continuaba desde entonces, antes de preguntarle por qué Anne la había llamado para que fuera a su casa la noche de aquel domingo. Bennet se detuvo varias veces para secarse las lágrimas.

—¿Y la acusó de tener una aventura con su marido? —preguntó Ambrose.

—Así es.

—¿Tenía alguna prueba que sostuviera la acusación?

—Sí, unas fotografías en las que se nos veía a Vince y a mí comiendo en la terraza de un restaurante.

Ambrose compartió las imágenes en la pantalla, una a una, y Bennet confirmó que aquellas eran las fotografías que utilizó Anne LaRussa para reprocharle su comportamiento. Al oír eso, a Keera se le ocurrió algo, una idea que avivó el contrainterrogatorio de Patsy a Rossi. ¿Por qué le dio Anne las fotografías a Lisa? No era lógico, ¿no? ¿No se las quedaría para enseñárselas a su marido al que, supuestamente, se enfrentó aquella misma noche? Vincent LaRussa nunca mencionó las fotografías y se sorprendió realmente cuando Bennet se las enseñó en su casa. El equipo de la científica que registró la casa de los LaRussa no encontró copias de las imágenes.

—¿Tenían Vince LaRussa y usted una aventura? —preguntó Ambrose.

—No.

—¿Le dijo usted a Anne LaRussa que se equivocaba?

—Sí.

—¿Cómo le explicó las fotografías a su amiga?

—Le dije que Vince y yo nos vimos para comer, porque me preocupaba su posible adicción a los medicamentos que le recetaba, y entre los dos intentábamos encontrar un modo de desintoxicarla.

—¿Cómo respondió?

—Pensó que quería cambiar de tema. No me creyó.

—¿Y cómo reaccionó usted?

—No podía hacer nada más. Anne no entraba en razón, así que pensé que lo mejor sería esperar a que se calmara y regresar después de que hablara con Vince.

—Y cuando se despidió de Anne LaRussa aquella noche, ¿estaba viva?

—Por supuesto que sí.

—¿Disparó usted a Anne LaRussa, doctora Bennet?

—Era mi mejor amiga. No. Yo no le disparé.

Ambrose se giró hacia Keera.

—Toda suya.

Keera no perdió ni un segundo y lanzó la primera pregunta en cuanto llegó al estrado.

—¿Creía usted que Anne era adicta a la medicación que tomaba para el dolor?

—Sí.

—¿Su mejor amiga?

—Sí.

—¿A la medicación que usted le había recetado?

—Sí.

—¿Es usted oncóloga?

—Sí.

—¿Y trata el cáncer?

—Sí.

—Entonces, entiende de pacientes con dolor y conoce los medicamentos que les alivian, como los opioides, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Y sabe que los opioides son muy adictivos, ¿no?

—Sí.

Keera repasó los diferentes tipos y la infinidad de botes con fechas diferentes.

—Y sin embargo, creyendo que su amiga estaba cayendo en la adicción, usted siguió recetándole opioides continuamente, ¿no es así?

Bennet pasó de un estado contenido a una actitud combativa.

—Porque Anne sufría mucho. Porque me daba mucha pena ella y todo lo que había pasado. Porque no me di cuenta de inmediato del peligro que corría. Y porque a una persona adicta no se le puede cortar el tratamiento de golpe. Hay que retirarle la medicación planificadamente, poco a poco y de forma segura. —Bennet se secó las lágrimas con un pañuelo de papel—. No quería verla sufrir más —dijo, con lágrimas mojándole las mejillas—. Vi sufrir tanto a mi marido cuando falleció que no podía soportar la idea de que mi mejor amiga pasara por lo mismo.

—¿Pensó que sería mejor que se volviera adicta a los opioides?

—No —respondió Bennet con un tono más firme, aunque las lágrimas seguían cayendo.

—Es usted una madre viuda de tres hijas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Las mantiene usted sola desde el fallecimiento de su marido?

—Sí.

—Se puede retirar una licencia médica por recetar un exceso de opioides de forma consciente, ¿verdad?

—Sí, pero no creo haber recetado demasiados opioides a Anne.

—Pero, si Anne la hubiera denunciado al Colegio Médico del Estado de Washington por recetar opioides en exceso, podrían haberle retirado la licencia, ¿verdad?

—Anne no haría eso. No era una persona vengativa.

—La Anne a la que conoció antes del accidente puede que no, pero ¿la Anne paranoica, depresiva y adicta que ha descrito usted, la que contrató a una detective privada porque pensaba que usted y su marido tenían una aventura? Esa puede que fuera vengativa, ¿verdad?

Bennet agachó la cabeza.

—No lo sé —respondió en voz baja—. No lo sé.

Capítulo 30

Durante los siguientes días del juicio, Ambrose fue llamando testigos con metódica precisión. Entre ellos, el padre de Anne LaRussa, que declaró sobre el acuerdo prematrimonial y por qué lo exigieron, sobre el accidente de su hija y los problemas a los que se enfrentó la familia para relacionarse con Anne sin la presencia de su marido, en sus últimas semanas de vida.

—Parecía que Vince nunca la dejaba sola.

Patsy lo contrainterrogó, de padre a padre, y dio en el clavo. El padre de Anne admitió que su hija nunca confesó tener problemas matrimoniales.

A continuación, Ambrose llamó a los agentes de la Policía Científica y a otros testigos periciales para que declararan sobre el análisis de las huellas dactilares, las muestras de ADN y de balística. Keera y Patsy se repartieron la tarea de interrogar a los peritos y subrayaron que no se encontraron ni las huellas ni el ADN de Vincent LaRussa en el arma. La prueba de balística confirmó que el arma encontrada en el suelo era una pistola de nueve milímetros, disparada recientemente, y que las estrías de la bala coincidían con el cañón del arma y con el casquillo encontrado en el suelo. También confirmaron que no había salpicaduras de sangre en la ropa de Vincent LaRussa.

Ambrose reprodujo el vídeo de la escena del crimen, y varios miembros del jurado se estremecieron o apartaron la mirada.

Ambrose no preguntó, y ninguno de los peritos de la acusación mencionó la quemadura en el tirador del horno ni que el agua del suelo contenía nitrato de potasio. Es decir, el señor Cobalt habría suspendido el curso a los peritos de la Fiscalía, por no proporcionar una teoría coherente que explicara todas las variables.

Desafortunadamente, Harrison y su amigo inventor tampoco habrían aprobado, porque trabajaban en una teoría que explicara todas las pruebas, pero confesaron a Keera que algunas no encajaban.

Keera trabajaba con sus hermanas y Patsy hasta tarde. Se reunía a menudo con su padre en el despacho de él y hablaban de la estrategia para el juicio como antes hacían con el ajedrez: señalaban los puntos fuertes y débiles de cada uno de los oponentes a los que se enfrentaría Keera. Ella apenas recordaba a su padre así, con la mente despejada, el ingenio y el sentido del humor intactos. Ambrose había despertado al Luchador. Los contrainterrogatorios de Patsy a los peritos, a los que parecía imposible sacar algo, como ocurrió con el inspector Rossi, fueron brillantes. Eso permitió a Keera centrarse en los testigos más exigentes y planear la estrategia principal del caso, ya que la presentación de la acusación estaba a punto de terminar.

Keera sabía que Ambrose disfrutaba saltándose el orden de los testigos y que la jueza Hung no le mostraría ni la más mínima compasión. El fiscal mandó por mensajero mociones absurdas al final del día para distraer a Keera y evitar que se concentrara en los testigos del día siguiente. Pero no funcionó. Solo consiguió enfadar a Ella, y «Ella enfadada es una auténtica zorra», Keera lo decía para halagarla.

Cuando Keera regresaba al bufete, encontraba a su hermana sentada al escritorio, sonriendo.

—¿Qué tiene ese gilipollas para mí hoy? —preguntaba antes de ponerse manos a la obra.

Incluso Maggie se quedaba trabajando hasta tarde, escribiendo y formateando las mociones y respuestas, corrigiendo los borradores y

asegurándose de que todo se archivaba como era debido. Se encargaba de pedir el *catering* y comían todos juntos, como una familia. No como Patrick Duggan y Asociados, sino como Patrick Duggan e Hijas. De vez en cuando, su madre los acompañaba. Maggie no facturó las horas extra y no se quejó por quedarse hasta tarde, Keera empezó a entender lo dura que tenía que haber sido la vida de Maggie, la hija mediana. Las quejas de tantos años solo eran un grito de auxilio para que se dieran cuenta de que existía, para sentirse útil, para que la considerasen del equipo y no el patito feo, que no está a la altura de sus dos hermanas.

Ambrose consiguió lo que no hicieron las cenas de los domingos. Los unió, les presentó un enemigo común y se convirtieron en una familia en la que sus miembros se protegen y se cuidan.

Ganaron más mociones de las que perdieron y, finalmente, la jueza Hung, harta de los jueguecitos de Ambrose, una mañana en la sala, antes de hacer pasar al jurado, lo abroncó y le avisó de que no quería ni una moción más que no hubiera considerado ella personalmente antes de que cerrara la sesión del día.

Por las noches, Keera regresaba a casa y, según la hora, Patsy todavía seguía despierto y movían una o dos piezas de la partida de ajedrez. Ella no le dijo que conocía su *alter ego*, el Caballero Oscuro. Tenía la sensación de que la interacción anónima significaba mucho para él, así que seguirían la partida siendo dos jugadores y no un padre contra su hija. Además, Keera tampoco quería estropear la partida, temía que su padre se relajara y a ella le venía bien el reto para mantener la agilidad mental.

En el trigésimo movimiento, Patsy desplazó el rey a f1. El alfil de Keera, que había escondido en una esquina, salió de su escondrijo para capturar al peón en f3, un sacrificio. Patsy no tuvo más remedio que mover el peón para capturar el alfil y cuando lo hizo, la dama de Keera capturó al peón y dejó expuesto al rey de Patsy. Ahora la única incógnita era si el rey podría escapar.



El martes de la segunda semana del juicio, Frank Rossi estaba sentado a la mesa de la Fiscalía, escuchando a Ambrose interrogar al forense, Arthur Litchfield, sobre la autopsia y sus conclusiones. Ambrose quería zanjar el caso de la Fiscalía con la declaración rotunda del forense de que Anne LaRussa sufrió una muerte violenta.

Litchfield causó una buena impresión, vestía un traje ceñido de color azul marino; tenía aspecto y tono profesionales, y unas credenciales impecables.

—Basándose en la temperatura rectal del cuerpo, ¿a qué hora estima la muerte de la señora LaRussa? —preguntó Ambrose. Rossi había oído la pregunta antes y sabía la respuesta. Todo aquello era una puesta en escena para que Litchfield pareciera brillante y honesto ante el jurado.

—Con un único factor no puede determinarse con precisión la hora de la muerte fisiológica, si no hay un testigo o grabaciones que registren el fallecimiento. Siempre es una conjetura fundamentada, una estimación con base científica. Cuanto antes pueda examinarse un cadáver después de la muerte, más precisa será la estimación.

—¿Y a qué hora estableció la muerte, después de examinar el cuerpo de Anne LaRussa?

—La hora estimada de la muerte, basándonos en la temperatura rectal, es entre las seis y las nueve y media de la noche —respondió Litchfield, y después explicó el cálculo matemático para llegar a la franja de tiempo.

—¿No pudo ser más preciso?

—No, por la temperatura del interior de la casa.

Ambrose le permitió explicar que la pérdida de temperatura central del cuerpo avanza más lentamente en un entorno cálido, y

eso impide una estimación más precisa.

—¿Y respecto a los demás factores?

—El *rigor mortis* y la lividez eran consistentes con la hora de muerte estimada según la temperatura rectal.

Ambrose pidió a Litchfield que explicara ambos conceptos al jurado y Litchfield lo hizo durante los siguientes minutos, además aseguró que cada uno de esos factores confirmaron la hora estimada de la muerte.

—Pasemos a la página doce de su informe forense —dijo Ambrose.

Rossi esperaba que la cosa se pusiera más interesante llegados a este punto. Keera y su padre habían hecho lo imposible, pero Rossi dudaba que consiguieran convencer a un solo miembro del jurado de que Lisa Bennet disparó y asesinó a Anne LaRussa. El móvil, la posible pérdida de la licencia médica, no era lo suficientemente sólido ni evidente. Ambrose argumentaría que la teoría de Keera era un intento desesperado, que Keera se agarraba a un clavo ardiendo, que Bennet, oncóloga, dedicaba su vida a ayudar a enfermos y moribundos y que alguien tan compasivo no le quitaría la vida a su mejor amiga por una simple acusación. Los miembros del jurado considerarían mucho más convincente el móvil de asesinato por la pérdida de millones de dólares, lo que volvía a poner a LaRussa en el punto de mira.

Aunque había algo que a Rossi no terminaba de encajarle y llevaba tiempo dándole vueltas. Bennet era oncóloga. Según Litchfield, Anne LaRussa habría fallecido de un cáncer terminal en cuestión de semanas. ¿Por qué no declaró Bennet simplemente que administró opioides a Anne LaRussa para contrarrestar los dolores que le provocaba el cáncer? ¿Por qué no la había instruido Ambrose para que lo dijera? Parecía la forma más sencilla de neutralizar el intento de Keera de destruir la imagen de la mujer. Puede que Keera usara esa información para sostener que el marido no tenía ningún motivo para matar a su esposa, que fallecería en cuestión de semanas, pero Ambrose diría que el mismo argumento sirve para

Bennet. ¿Por qué querría matar a su mejor amiga si iba a morir igualmente?

¿Cabía la posibilidad de que Anne no supiera que tenía cáncer y, por lo tanto, Vince LaRussa y Lisa Bennet tampoco? En ese caso, volvían a la casilla de salida: Vince LaRussa mató a su mujer por miedo a que le arrebatara los millones de dólares que ganó con su empresa.

—Usted sigue las directrices de la Organización Mundial de la Salud a la hora de definir la causa fundamental de la muerte, ¿cierto? —preguntó Ambrose a Litchfield.

—Sí, así es —respondió el forense.

—¿Y cómo definió la causa fundamental de la muerte en este caso?

—La víctima recibió un disparo en la nuca, a una distancia aproximada de entre noventa centímetros y metro y medio, de una bala de nueve milímetros, y falleció a consecuencia del trauma, la pérdida de sangre y la falta de oxígeno, que provocaron el fallo de los órganos vitales. —¿Observó alguna otra herida que le pareciera contribuir a la muerte de la víctima?

—No.

—¿Observó alguna enfermedad, anomalía, lesión o envenenamiento que contribuyeran a causarle la muerte?

Rossi aguzó el oído, pero Ambrose había sido muy cuidadoso al plantear la pregunta y vincular la enfermedad con la causa de la muerte.

—No —respondió Litchfield.

Ambrose había decidido ocultar el cáncer. Argumentaría, gracias al testimonio del forense, que la enfermedad no contribuyó al fallecimiento de Anne LaRussa y que, por tanto, era irrelevante.

—¿Y dictaminó usted la muerte de Anne LaRussa como accidente, suicidio, por causas naturales o violenta? —preguntó Ambrose, cumpliendo con su obligación.

—Fue una muerte violenta.

Ambrose hizo una pausa, simulando pensar otra pregunta. No

era así, terminaría su interrogatorio en ese punto álgido. Como Rossi suponía, Ambrose se giró hacia Keera Duggan y dijo:

—Todo tuyo.

Keera se acercó al estrado con paso firme y comenzó con calma. Repasó el informe de Litchfield con él y señaló unas pequeñas incoherencias.

—No sabe con certeza si Anne LaRussa era capaz de sostener una pistola con la mano, ¿verdad?

—No al cien por cien —respondió Litchfield.

—¿Era capaz de sujetar un vaso de agua, doctor Litchfield?

—No lo sé.

Rossi esperó, pero Keera no mostró al forense las imágenes del vaso de agua roto al lado de la silla de ruedas. El inspector llegó a la conclusión de que Keera no quería que Litchfield tuviera la oportunidad de explicar nada. En lugar de eso, ella argumentaría en su alegato final al jurado que el forense se equivocaba respecto a la capacidad de la víctima para sujetar un vaso.

—Hablemos de la temperatura corporal. Indicó usted que hacía calor en el interior de la casa, ¿me equivoco?

—Más de treinta y siete grados.

—¿Y si la temperatura de la habitación es elevada, el cuerpo pierde temperatura más lentamente que si el ambiente está más templado?

—Efectivamente.

—Entonces, en este caso, la temperatura del cuerpo descendió más lentamente.

—Así es.

—Lo que significa que la víctima podría llevar más tiempo muerta del que ha estimado usted.

—Por eso presenté un lapso de tiempo para el fallecimiento de entre las seis y las nueve y media del domingo.

Por lo tanto, teniendo en cuenta la hora de la muerte, Bennet podría haber matado a Anne LaRussa. Keera interrogó al testigo unos minutos más. Rossi seguía esperando que mencionara el

cáncer de la víctima.

—Gracias, doctor Litchfield. —Terminó Keera, para sorpresa de Rossi.

—¿Queda dispensado el doctor Litchfield? —preguntó la jueza Hung.

—Con la condición de que esté disponible por si la defensa decide llamarlo a declarar durante la presentación de su caso —respondió Keera.

—Doctor Litchfield, puede retirarse, pero debe estar disponible por si la defensa vuelve a llamarlo a declarar en la presentación de su caso.

Rossi no lograba entender la estrategia de Keera. ¿Había evitado mencionar el cáncer porque no podía demostrar que Anne LaRussa se suicidara y temía que Ambrose argumentara que la defensa planteaba distintas teorías para convencer con alguna al jurado? Puede que pensara que la teoría de que Bennet mató a su amiga era la más fuerte, sobre todo, si Anne no sabía que tenía cáncer y por tanto tampoco, LaRussa ni Bennet.

No era lógico. ¿Cómo no iba a saberlo Anne? Entonces, ¿por qué ocultarlo a su marido?

¿Y cómo no estaría informada Bennet, la mejor amiga de Anne y oncóloga?

Ambrose se levantó y la mente de Rossi regresó a la sala de audiencias.

—Señoría, la acusación ha concluido la presentación de su caso.

—Muy bien. Señoras y señores del jurado, son casi las cuatro y media. Suspenderemos la sesión por hoy. La defensa empezará con la presentación de su caso mañana.

La jueza Hung repitió su advertencia habitual a los miembros del jurado de que no hablaran entre ellos ni con nadie sobre el caso o las pruebas, no leyeran prensa ni vieran los informativos. Luego los dispensó.

Las partes y el público se levantaron mientras los miembros del jurado se dirigían a la sala del jurado. Rossi miró al otro lado del

pasillo, hacia Keera. La abogada tenía una mano apoyada en el hombro del cliente y le susurraba algo al oído. Su padre, Patsy Duggan, recogía carpetas, cuadernos y ordenadores.

Ambrose y Richie recogieron sus cosas y se marcharon juntos. Como la acusación ya había concluido la presentación del caso, no necesitaba a Rossi. Tenía la tarde libre. Pero algo no encajaba. Pensó en aquel día, semanas atrás, cuando Ambrose se presentó en la Jefatura de Policía para hablar del informe del forense, lo que nunca había hecho.

Rossi bordeó la mesa de la Fiscalía hacia la salida, pero se detuvo. Volvió a mirar a Keera justo cuando salía por la puerta. Recordó la llamada de Ambrose preguntándole si había entregado el informe policial, concretamente el de la autopsia.

Miró hacia la letrada de la Administración de Justicia, que estaba ordenando unos papeles en el estrado, y sintió un cosquilleo en el estómago. Una corazonada. De esas que había aprendido a no ignorar.

—Disculpe —le dijo a la mujer—. ¿Podría echar un vistazo al último documento presentado por la acusación? El informe de la autopsia del forense. Mi copia está en la jefatura y me gustaría no tener que volver al despacho. Ya sabe cómo es eso…, si entras de día, todo el mundo te encarga tareas. Terminar pronto hoy ha sido una grata sorpresa. Me encantaría aprovechar la tarde en casa.

La mujer sonrió.

—Con el encargo de las tareas de todo el mundo, me ha convencido —respondió, y le entregó el documento de varias páginas—. Aquí tiene.

—Gracias. No tardo nada, no se preocupe.

Rossi abrió el informe del forense por la sección que le interesaba: la causa de la muerte.

Capítulo 31

16 de agosto de 2023

El miércoles, después de que Keera y Patsy llamaran a declarar rápidamente, uno detrás de otro, a ocho testigos, Keera se quedó trabajando hasta tarde, preparándose para el último testigo y añadiendo comentarios al alegato final. En ese momento se enfrentó a la realidad. Argumentaría la duda razonable y esperaría convencer, como mínimo, a un miembro del jurado de que Anne LaRussa, enfadada y paranoica, amenazó con denunciar a Bennet y dejarla sin licencia médica, y Bennet reaccionó matándola de un tiro. La cuestión de cómo y por qué Bennet compró el arma seguía sin resolverse, pero la Fiscalía tenía el mismo problema en la acusación contra Vince LaRussa.

¿Bastaría aquello para crear un resquicio de duda?

No lo sabía.

La jueza Hung dejó bien claro que quería entregar el caso al jurado el jueves, al terminar el día, para que deliberara el viernes.

Cuando Keera llegó a casa, siguió su rutina habitual: miró a su alrededor al salir del coche y agarró las llaves con la mano derecha antes de llegar al portal. Entró en su casa. Tocó con los zapatos las cartas metidas por la rendija del correo. Después de echar el cerrojo de seguridad, recogió las cartas y revistas y las dejó en la mesa del comedor, luego fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua fría de la jarra de la nevera. Estaba hinchada y deshidratada por la comida

china que cenó en el bufete.

Echó un vistazo al ordenador, pero no quería jugar. Además, seguro que Patsy, que se había marchado del bufete antes que ella, también estaría demasiado cansado para jugar. Decidió intentar dormir bien para ir temprano al despacho a preparar los últimos detalles.



Muy pronto el jueves por la mañana, Keera se preparó una taza de café bien cargada y se dio una ducha más fría de lo habitual para despertar el cuerpo y la mente. Bebió el café sentada a la mesa del comedor mientras echaba un ojo a las cartas y, entre toda la basura, encontró un sobre de manila del tamaño aproximado de un folio. No tenía remite ni remitente. Ni sellos. Alguien se lo había metido por la ranura del buzón.

Inmediatamente pensó en Jack Worthing y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Su dirección no figuraba en los registros públicos. ¿La habrían seguido? Le dio la vuelta al sobre, lo abrió y extrajo un documento de varias páginas. Al principio, se sintió confundida, pero a medida que lo iba leyendo, pasaba de la confusión al asombro.

Ambrose había cometido un error y puede que fuera un error fatal.

Había llegado el momento de atacar.



Unos minutos antes de las nueve de la mañana, Keera se reunió con Patsy en una sala vacía del juzgado del condado de King para hablar por teléfono con J. P. Harrison, al que había intentado, sin éxito, llamar antes de salir de casa. El documento que alguien había introducido por la ranura del correo era el informe forense de Arthur Litchfield, aunque no el mismo que recibió como prueba. En el nuevo expediente, el forense indicaba que Anne LaRussa sufría un cáncer pancreático en fase terminal. La información, impactante por sí misma, en la mente de Keera se convirtió en la pieza última del puzle de Harrison y su amigo ingeniero. Con esa pieza, el resto encajaría y Keera pensaba que entre los dos desarrollarían una teoría digna del señor Cobalt.

—El nitrato de potasio en el agua del suelo y en la muestra del tirador de la puerta del horno tienen que estar relacionados, ¿no? —Iba demasiado deprisa, pero no le quedaba tiempo.

—Es una teoría válida —respondió Harrison.

Keera leyó en voz alta el texto que tenía abierto en el ordenador:

—«El nitrato de potasio se utiliza como componente para diferentes fines, entre los que se incluyen los conservantes alimentarios, los fertilizantes, los destructores de tocones, los propulsores de cohetes y los fuegos artificiales». ¿Qué necesitan los fuegos artificiales para que exploten?

—¿Pólvora?

—Sí, pero ¿para prenderlos a distancia?

—Una mecha.

—Los fuegos artificiales tienen mechas. Hemos encontrado el posible origen del nitrato de potasio. Y puedes hacer una mecha con una cuerda de algodón, por eso encontramos fibras de algodón en el agua.

—Me he perdido, cariño. Anne LaRussa murió de un tiro, no por una explosión.

—Me apego al principio del señor Cobalt. Una teoría debe explicar todas las pruebas. Hemos encontrado una explicación plausible para el nitrato de potasio. Ahora tenemos que encontrarla

para la fibra de algodón. Se puede hacer una mecha con una cuerda de algodón. He encontrado un vídeo en YouTube y te he mandado el enlace. Echale un vistazo.

—Estoy en ello —respondió Harrison.

—Ahora no tenemos tiempo de verlo entero, pero es un tutorial que explica cómo hacer una mecha con hilo de algodón y nitrato de potasio —dijo Keera.

—Sigo sin entender.

El informe de la autopsia había cambiado la perspectiva de Keera del caso. ¿Era demasiado tarde para defender otra teoría? Tal vez. Pero consideró que resultaba menos arriesgado exponer la nueva teoría que confiar en que el jurado creyera que Lisa Bennet disparó a Anne LaRussa, así que decidió jugársela. Estaba convencida de que su padre haría lo mismo.

—Después del accidente, Vince dijo que Anne LaRussa cocinaba muy bien.

—De acuerdo.

Keera pensó en la cena del primer domingo de mes que organizaba su familia y recordó el lomo relleno en la encimera, que no reventaba gracias a la cuerda que lo ataba.

—Mi madre también cocina bien y siempre dice que todo buen cocinero tiene un poco de cuerda. Cuerda de algodón.

—¿Cuerda? —preguntó Harrison, que seguía sin entender a dónde quería llegar Keera.

—Se usa para atar la carne, las salchichas, o las patas de pollos y pavos después de rellenarlos. Hemos encontrado el origen del nitrato de potasio. Puede que también el del algodón.

En el vídeo de YouTube que Keera vio, la cuerda de algodón se sumergía en nitrato de potasio, se colocaba formando una cuadrícula sobre un papel de horno y se secaba a baja temperatura en el horno. En cuanto la cuerda se secaba, se encendía con una cerilla y prendía como una mecha. Por eso, cuando encontró el destructor de tocones en el cobertizo de los LaRussa aquella mañana, Keera sintió miedo e intriga a la vez. Intriga porque intuía que había descubierto

algo. Miedo porque quizá no consiguiera saber qué.

Puede que ya lo hubiera identificado.

—De acuerdo, y… —empezó Harrison.

Keera lo interrumpió.

—Ya lo sé. Anne murió por herida de bala, no porque explotara una bomba a su lado. —Miró el reloj. No tenía más tiempo—. Solo intento seguir el principio del señor Cobalt. Mira el vídeo de YouTube y lee el informe del forense que acabo de mandarte. Anne LaRussa se moría de cáncer. Ambrose ocultó esa información. Su esperanza de vida era de entre cuatro y seis semanas. ¿Quién lo sabía? —No esperó a que Harrison respondiera y continuó—: La doctora Lisa Bennet, oncóloga y mejor amiga de Anne. Cuando la contrainterrogué, declaró… —Patsy le entregó la transcripción, abierta por la página marcada, con la declaración de Bennet subrayada—. Cito: «No podía soportar la idea de que mi mejor amiga pasara por lo mismo», fin de la cita. Además, Bennet también tenía las fotografías en las que aparecía con Vince. Algo que no me encajaba, pero no entendía el porqué. Ahora lo entiendo. ¿Por qué no se las quedaría Anne para enseñárselas a Vince? La Policía Científica no localizó más copias, lo que significa que Anne le dio los únicos originales a Bennet. ¿Por qué? —Una vez más, Keera no esperó a que respondiera—. Para que los tuviéramos el fiscal y nosotros. Estamos de acuerdo en que Anne LaRussa no pudo coger el destructor de tocones del estante superior del cobertizo sin ayuda, ni moverse por el jardín sola. De manera que estamos de acuerdo en que alguien la ayudó. El jardinero no. Bennet. Bennet ayudó a Anne a suicidarse.

—Pero ¿cómo? Y ¿por qué?

—No lo sé exactamente, J. P. De algún modo, hizo una mecha con la cuerda y el destructor de tocones y puede que no para prender algo. Quizá usó la cuerda para apretar el gatillo de la pistola y quiso deshacerse de ella después para que Vince pareciera culpable. Eso es lo que pretendo que descubráis tu amigo ingeniero y tú. Y deprisa. —Miró el reloj—. Id a casa de los LaRussa y buscad

cuerda de algodón en los cajones de la cocina. Si la encontráis, averiguad cómo pudo Anne colocar la pistola con la cuerda para simular un asesinato.

—Necesitamos tiempo, Keera.

—Pues no lo tenemos. Se supone que termino esta noche. Y quiero acompañar el interrogatorio directo con una reconstrucción que presentéis vosotros para impactar al jurado.

—No sé qué decirte —respondió Harrison—. Con suerte, y si conseguimos una solución, podríamos presentarla como muy pronto mañana, viernes. ¿Sería posible que ganaras tiempo con otro testigo?

Patsy miró el reloj.

—Venga, ve —le dijo a Keera—. Ve al juzgado si no quieres cabrear aún más a la jueza Hung. Yo me encargo de esto.

—Necesito tiempo, Patsy.

—Ahora mismo necesitas estar en la sala de audiencias antes de que la jueza Hung te sancione. Deja que intente conseguir algo de tiempo.

Keera salió de la sala de reuniones y entró en la del tribunal. La jueza Hung ya presidía la sala. Ambrose, Richie y Rossi se giraron para ver llegar a Keera, y Vince LaRussa, sentado solo a la mesa de la defensa, con dos alguaciles apostados cerca, también.

—¿Es consciente de la hora, letrada? —preguntó la jueza Hung mientras Keera ocupaba su sitio.

—Mis disculpas, señoría —dijo Keera.

—No haré esperar al jurado. ¿Lo entiende? —advirtió la jueza Hung.

—Sí, señoría. Reitero mis disculpas.

—¿Se nos unirá el señor Duggan esta mañana?

—No, señoría.

La jueza entrecerró los ojos y ofreció a Keera una mirada inquisitiva.

—Empecemos, pues.

Keera no se sentó.

—Me gustaría consultar un asunto con usted, señoría.

La jueza Hung parecía estar a punto de comer su plato favorito cuando alguien le arrebató el tenedor.

—¿Qué asunto?

—Quiero llamar a otro testigo esta tarde. Ha surgido algo nuevo y quiero pedir que el doctor Arthur Litchfield vuelva a declarar. Lo he llamado esta mañana y le he informado de la intención de la defensa. Está disponible y esperando en el pasillo.

Ambrose se levantó.

—No se ha notificado a la Fiscalía. La letrada no se ha molestado en comunicarlo a este fiscal ni anoche ni esta mañana.

—La necesidad del cambio ha surgido esta mañana, señoría —dijo Keera—. Pido disculpas a la Fiscalía y a su señoría, pero dado que el doctor Litchfield ha testificado para la acusación, no la perjudicará. Y, como su señoría dijo en el despacho, los juicios son imprevisibles y a veces hay que llamar a los testigos fuera del orden del día. Ambas partes deben estar dispuestas a continuar sin protestar.

Pareció que la jueza Hung se atragantara con sus propias palabras. Se balanceó varias veces en la silla antes de mirar al fiscal.

—Señor Ambrose, puede presentar una objeción si lo desea, pero seguiremos adelante con la petición de la señorita Duggan. El doctor Litchfield es un testigo de la acusación, así que no le perjudicará. Y la Fiscalía ha llamado a declarar a testigos fuera de orden en múltiples ocasiones. Tendrán que adaptarse, tal y como advertí a ambas partes.

Dicho esto, la jueza Hung pidió al alguacil que hiciera pasar al jurado. Una vez sentados, dijo:

—Señorita Duggan, puede continuar con la presentación de su caso.

Keera llamó a declarar a los agentes de la Científica, se centró en detalles menores y alargó los interrogatorios todo lo que se atrevió. Luego presentó a varios amigos de los LaRussa, a los que J. P. Harrison localizó, quienes testificaron que nunca vieron señales de

problemas en el matrimonio LaRussa ni de infidelidad por ninguna de las partes. Dijeron maravillas de Vince, aseguraron que desde el accidente mostraba mucha empatÍa y compasión hacia Anne. Eran inversores de GPL.

Ambrose protestó con frecuencia alegando la irrelevancia de los testimonios o testimonios de oídas, y la jueza Hung admitió varias de las protestas. Aun así, Keera hizo todo lo posible por alargar las declaraciones y ganar tiempo.

A primera hora de la tarde, durante un receso, Keera salió al pasillo y encontró a J. P. Harrison. Llevaba su mejor traje azul.

—Ya casi lo tenemos, Keera. Estamos probando algunas ideas basadas en el vídeo que has enviado, pero aún no hay nada concluyente. Lo siento. Tendrás que conseguir más tiempo.

No se lo iban a conceder.

—Lo pediré, pero prepárate para entrar después de Litchfield.

—¿Puedes alargar su declaración?

—Lo intentaré. ¿Dónde está Patsy?

—No lo sé —respondió Harrison—. Pensaba que estaba en la sala de audiencias.

Keera miró hacia el otro lado del pasillo, pero no tenía tiempo de ir a buscar a Patsy. Volvió a la sala y reanudaron el juicio.

—La defensa llama a declarar al doctor Arthur Litchfield, el forense de la Fiscalía —anunció Keera.

Cuando Litchfield entró en la sala, parecía que no se había cambiado de ropa desde la última vez que testificó. Se sentó y se ajustó las gafas con la yema del pulgar.

Keera se acercó al atril.

—Doctor Litchfield, como parte de su trabajo, extrajo usted sangre a la fallecida e hizo un examen toxicológico, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y podría compartir con el jurado qué reveló ese análisis?

Ambrose se puso en pie.

—Protesto, señoría. Sobre eso el perito ya declaró en el turno de la Fiscalía.

—Es cierto, señorita Duggan —dijo la jueza Hung.

—Solo para establecer un contexto, señoría. Seré rápida.

—Por favor.

—¿Puede responder a la pregunta, doctor?

—El análisis reveló altos niveles de opioides, especialmente oxicodona e hidrocodona.

—También conocidos como OxyContin y Vicodin.

—Sí.

—¿Son ambas sustancias altamente adictivas?

—Lo pueden ser, sí.

—¿Los altos niveles de los fármacos podrían haberle causado la muerte?

—No. En mi opinión, no.

—¿Para qué se recetan los opioides principalmente?

—Para aliviar el dolor.

—¿Y podrían ser para combatir el dolor de los enfermos de cáncer terminal?

Ambrose se levantó rápidamente.

—Protesto, señoría. Pide al testigo que especule. Hay muchos motivos por los que se recetan…

Hung levantó la mano.

—El doctor Litchfield es un testigo pericial y patólogo. No se admite la protesta.

La objeción de Ambrose confirmó lo que Keera sospechaba. Se dirigió a Litchfield confiando en su sinceridad, quizá hasta ansiaba decir la verdad.

—¿Quiere que le repita la pregunta, doctor? —preguntó Keera.

—No. La recuerdo. La respuesta es sí, los opioides se recetan para mitigar el dolor que sufren los enfermos de cáncer.

—¿Sintió curiosidad sobre por qué Anne LaRussa tenía niveles tan elevados de opioides en sangre?

—No.

—¿Por qué no?

—Mi trabajo consiste en determinar la causa de la muerte y

concluí que Anne LaRussa murió a consecuencia de un disparo en la nuca y la pérdida de sangre asociada, que le provocó un fallo multiorgánico, no de sobredosis.

—¿Padecía la víctima cáncer?

—Sí.

Keera notó que se le aceleraba el corazón.

—¿Sabe usted de qué tipo?

Ambrose volvió a levantarse.

—Protesto, señoría. El testigo no es oncólogo.

—Señoría —intervino Keera—. La Fiscalía ya ha establecido que el doctor Litchfield es licenciado en Patología y especializado en diagnóstico de las enfermedades y causas de muerte.

—No se admite la protesta —respondió la jueza Hung. Keera vio interés en Hung—. Puede responder, señor Litchfield.

—Tenía cáncer de páncreas con metástasis.

—¿Puede explicar a los miembros del jurado qué quiere decir con «metástasis»?

—El cáncer se originó en el páncreas, pero se había extendido a otros órganos y a los huesos y a los ganglios linfáticos.

—¿Anne LaRussa padecía un cáncer terminal, doctor?

Ambrose volvió a levantarse y objetó que la pregunta superaba las competencias del testigo. La jueza desestimó la protesta y Keera pensó en la cita de Hamlet: «El hombre se queja demasiado, me parece». Esperaba que el jurado opinara igual que ella.

—En mi opinión, sí. Era un cáncer terminal.

—Según su experiencia como patólogo titulado, basándose en la autopsia que realizó, ¿cuánto tiempo de vida cree usted que le quedaba a Anne LaRussa?

—Protesto —gritó Ambrose.

—No se admite.

—En mi opinión, entre cuatro y seis semanas —respondió Litchfield.

Keera regresó a la mesa de la defensa y cogió el informe de Litchfield que la Fiscalía le entregó como prueba. Vince LaRussa

estudió a Keera. La abogada no tuvo tiempo de hablar con su cliente antes de la sesión de la mañana y no pudo contarle su último descubrimiento. El hombre parecía atónito a la vez que curioso, y Keera concluyó por su expresión que Vince desconocía que su mujer sufría un cáncer terminal. Le pidió a la letrada de la Administración de Justicia que le entregara el documento admitido como prueba a Litchfield.

—Doctor, ¿podría indicarme en qué parte del informe se menciona que Anne LaRussa tenía cáncer de páncreas con metástasis y que le quedaban entre cuatro y seis semanas de vida?

—No puedo.

—Esa información no figura en este informe, ¿verdad?

—No. No aparece.

—Pero fue una de las conclusiones que extrajo al practicar la autopsia, ¿es así?

—Sí.

—Y no la incluyó en su informe.

—No, en este no.

Ahí estaba la grieta por la que Keera podía colarse.

—¿Figura en algún otro informe?

Ambrose se puso en pie.

—Protesto, señoría. Pide al testigo que especule sobre lo incluido en otro informe.

—Permítame que sea más específica —añadió Keera.

—Por favor —respondió la jueza.

—¿Mencionó usted el cáncer de páncreas con metástasis en otro informe, doctor Litchfield?

—Sí. Así es.

Keera hizo una pausa para que la respuesta tuviera mayor impacto.

—¿En qué informe especificó que la víctima padecía cáncer de páncreas?

—En el informe de la autopsia original.

—¿Hizo constar que la fallecida tenía cáncer de páncreas en fase

terminal, con metástasis en su primer informe?

—Sí.

—¿Redactó dos informes de la autopsia?

—Sí.

—¿Más de dos?

—No.

—¿Es habitual que redacte más de un informe de autopsia?

—No.

—Entonces, ¿por qué no aparece en este documento, la prueba número 126 de la acusación, que la víctima sufría cáncer de páncreas con metástasis?

—Porque se me pidió que eliminara cualquier referencia al cáncer.

Podría haberse oído caer un alfiler. Varias sillas del jurado crujieron cuando los miembros se inclinaron hacia delante.

—¿Quién se lo pidió?

—El fiscal, el señor Ambrose.

Keera hizo una pausa, luego señaló a Ambrose, que seguía sentado fingiendo indiferencia. Pero lo conocía demasiado bien como para ignorar que apretaba la mandíbula y tenía las pupilas oscurecidas. Estaba furioso. Furioso porque alguien había filtrado el informe original que acabó en manos de Keera. Furioso porque Keera lo había puesto en evidencia públicamente, en un juicio. Y furioso porque el tono objetivo y directo del testimonio de Litchfield solo magnificó la verdad de lo ocurrido. El ego de Ambrose y su ardiente deseo de vencer a Keera Duggan lo llevaron a cometer un error de juicio colosal. Keera no necesitaba mirar al jurado para saber que todos observaban a Ambrose y se preguntaban por qué se había esforzado tanto en ocultar el cáncer de Anne LaRussa.

—¿Le dijo el fiscal por qué quería que eliminara usted las referencias al cáncer?

Ambrose protestó.

—Protesto. Señoría, esa cuestión atañe a la preparación del caso por parte del Estado y está protegida como estrategia procesal.

—No si la Fiscalía involucró a un testigo pericial —soltó Keera.

—No se admite la protesta —respondió la jueza en un tono seco y severo.

—El señor Ambrose dijo que, si el cáncer de la víctima no había contribuido a su fallecimiento, no quería que constara en el informe.

Keera se arriesgó con la siguiente pregunta, pero sabía que Patsy la habría hecho sin dudar.

—En sus más de veinte años como forense, ¿alguna vez le ha pedido el fiscal que elimine de un informe de autopsia un hecho relacionado con el fallecido?

—No.

—Entonces, entiendo que esto fue algo inusual.

—Sí.

—¿Muy excepcional?

—Protesto —insistió Ambrose, sin convicción.

—Denegada.

—¿La primera y única vez?

—Sí.

Keera miró sus notas, a modo de estrategia para que el jurado reflexionara sobre la declaración de Litchfield y para ganar tanto tiempo como la jueza Hung le permitiera. Después de un largo minuto, Keera dio las gracias a Litchfield y concluyó el interrogatorio. Al volver a la mesa de la defensa, miró hacia las puertas de la sala, pero Patsy no entró.

Ambrose se levantó rápidamente y se dirigió al estrado. Con un poco de suerte, haría muchas preguntas y ganaría tiempo para Keera.

—Señor Litchfield, en su opinión, ¿contribuyó el cáncer pancreático con metástasis de Anne LaRussa a su muerte?

—No. En mi opinión, no.

—¿Y no es cierto que, al emitir una opinión sobre la causa de la muerte, si existe una enfermedad o afección ajena e independiente de dicha causa, no es necesario que conste en el informe?

Keera estuvo a punto de levantarse y objetar que era una

pregunta dirigida, pero decidió no llamar más la atención sobre el tema. Además, tenía una intuición sobre Litchfield. Era como jugar a la ruleta, viendo cómo la bola giraba y rebotaba, esperando que cayera justo en el número en el que había apostado.

—No es necesario que se incluya como causa de la muerte —aceptó Litchfield.

Ambrose pareció aliviado.

—Pero debería haberse incluido como dato —añadió el doctor.

Keera agachó la cabeza para esconder una sonrisa.

Tras una pausa, Ambrose logró recomponerse y preguntar:

—¿Cambia eso en algún sentido su conclusión de que Anne LaRussa sufrió una muerte violenta?

—No, en absoluto.

—Gracias —dijo Ambrose. Regresó a su asiento con una expresión de enfado y vergüenza.

Litchfield bajó del estrado y cruzó la sala hacia la puerta. Un agente judicial que custodiaba la entrada se la abrió y él se marchó. La jueza Hung miró a Keera.

—Llame a su siguiente testigo, letrada.

Keera se puso de pie y justo cuando iba a llamar a J. P. Harrison, las puertas de la sala se abrieron y Patsy entró dando tumbos y tambaleándose de un lado al otro.

A Keera se le encogió el corazón.

—Keera —dijo Patsy con un tono demasiado alto y arrastrando las palabras—. No se preocupe. Estoy aquí, señoría. Estoy aquí. Siento llegar tarde.

La jueza Hung se quedó petrificada unos segundos, pero enseguida se recompuso y golpeó con fuerza el mazo.

—Se suspende la sesión. Agente, acompañe al jurado a la sala de deliberaciones.

Cubrió el micrófono con la mano y dijo algo en voz baja a uno de los agentes que tenía junto al estrado, quien se apresuró a sacar a Patsy de la sala.

Cuando el jurado abandonó la sala, la jueza Hung se puso en pie,

golpeó de nuevo con el mazo y dijo:

—Letrados, a mi despacho.



La jueza Hung dedicó el mismo tiempo a reprender a Ambrose que a Keera. Patsy, supuso Keera, estaría esperando en el pasillo a que Ella o Maggie lo llevaran de vuelta al despacho.

—Señor Ambrose —dijo la jueza—, en mis cuarenta años de ejercicio profesional y de magistrada, jamás he oído que un fiscal se atreviera a pedir a un perito que manipule su informe.

—Señoría, no fue una manipulación… —empezó Ambrose.

—Guarde sus argumentos para el comité disciplinario —lo interrumpió Hung—. Le harán falta. —Se volvió hacia Keera— ¿Tiene la defensa intención de solicitar la anulación del juicio, señora Duggan? Está en su derecho.

«Ni hablar», pensó Keera.

—No, señoría. La defensa no tiene esa intención.

Entonces la jueza descargó su furia sobre Keera por el escándalo de Patsy en la sala, en pleno juicio. No mostró compasión ni ninguna empatía con él. A Keera no le sorprendió. Como decía el propio Patsy, se había ganado demasiados enemigos en la Fiscalía, muchos de los cuales habían llegado a ser jueces y deseaban cobrarse la deuda. Después de la reprimenda de la jueza, dada la hora que era, despidió al jurado y suspendió la sesión hasta la mañana siguiente, cuando esperaba que ambas partes presentaran sus alegatos finales.



Keera bajó la colina hacia Occidental Square. El sol brillaba y el tráfico era escaso. La gente seguía con su vida, iba a restaurantes, a bares, o al transporte público para regresar a casa. Pensó en las cenas que había compartido recientemente con Ella, Maggie y Patsy; en lo agradable que había sido ser una familia y llevarse bien. Por primera vez desde que tenía memoria, aquellas noches no se sentían con la espada de Damocles colgando encima de sus cabezas, amenazando con caer y decapitarlos en cualquier momento. Pero, otra vez más, Patsy empañó los recuerdos. Su madre se equivocaba al decir que el derecho era la amante celosa de Patsy. La amante celosa de Patsy era el alcohol.

Keera se deshizo de aquel pensamiento para centrarse en el juicio: cuál era la situación y a dónde querían llegar. Había conseguido dar un golpe importante a Miller Ambrose, puede que incluso le hubiera arruinado la carrera o, como mínimo, acabado con sus aspiraciones. Keera no se enorgullecía. Él se lo había buscado. Pero aún estaba lejos de ganar el caso. Había establecido que Anne LaRussa sufría un cáncer terminal, pero la conclusión de Arthur Litchfield seguía siendo que su muerte fue violenta, no un suicidio. Además, no había garantías de que Harrison y su amigo ingeniero consiguieran una teoría viable que explicara todas las pruebas y respaldara el planteamiento de Keera; ni de que el jurado aceptara el argumento de que Anne LaRussa se había suicidado.

Después de recibir la bronca de la jueza Hung en el despacho, Keera habló con LaRussa en la cárcel del condado de King. Vince le dijo que no sabía que Anne tenía cáncer terminal. Ni Anne ni Lisa Bennet se lo habían dicho. Keera no tuvo tiempo de explicarle que Harrison estaba intentando demostrar su teoría, pero el testimonio de Litchfield de que Anne estaba muriéndose era la pieza clave que

les faltaba. Si lo hubiera sabido, la defensa habría enfocado el caso desde esa perspectiva y habría intentado averiguar cómo se había suicidado. Por qué lo hizo y por qué quiso inculpar a su marido seguía siendo un misterio, que probablemente solo Anne LaRussa y la doctora Lisa Bennet conocían. Prefirió no hablar con su cliente de la conversación con Phillip McPherson, porque la consideraba irrelevante para el caso.

Cruzó Occidental Square envidiando a la gente que, sentada a las mesas de las terrazas, disfrutaba de una cena, una copa o, simplemente, de la luz del sol. La terraza del Paddy Wagon estaba a rebosar, el interior del bar y el restaurante bullían de actividad. Liam la vio y la invitó a una copa cuando Keera pasó junto a la valla de hierro forjado.

—Estoy en pleno juicio. Pero mañana termino. Puede que me pase entonces.

—Te tomo la palabra.

Le vendría bien una bebida cuando terminara el juicio. Y, sin duda, que Liam se lo recordaría.

Entró al ascensor y una parte de ella deseó que cayera las tres plantas, pero la máquina se alzó sin incidentes y se detuvo en el tercer piso. Keera salió y sintió que se le revolvía el estómago cuanto más se acercaba al bufete de Patrick Duggan y Asociados. Maggie estaba sentada al escritorio de recepción.

—¿Todavía sigues aquí? —le preguntó Keera.

—Sí, aquí sigo. He tenido que ir a buscar a Patsy a los juzgados, como en los viejos tiempos.

—Maggie, lo siento.

—Ahórratelo, Keera. Es lo que hay.

Keera decidió olvidar el asunto.

—¿Dónde está Ella?

—En el despacho de Patsy, intentando entender su material para el juicio mientras él duerme la mona.

La puerta del despacho de Patsy estaba cerrada. Keera se debatió entre abrirla o caminar hasta el final del pasillo, hasta su

despacho, ponerse la ropa de deporte y salir a correr para despejarse. Suspiró. No estaba enfadada, solo triste. Su padre tenía una enfermedad. Puede que no fuera culpa suya. A lo mejor Keera tenía que aprender a perdonarlo, pues el rencor no le había servido de nada. Respiró hondo y abrió la puerta. Ella estaba sentada al escritorio de Patsy mientras Patsy descansaba en el sofá con los ojos cerrados.

—¿Cómo está? —preguntó Keera.

Ella se encogió de hombros y le respondió:

—Pregúntale a él.

Su padre se incorporó de repente y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja, tenía los ojos totalmente despejados.

—He pensado que por una vez en mi vida podría sacar ventaja de mi reputación de mierda —estalló, hablando claramente y sin signos de haber bebido—. Como bien dijiste, todos esperaban que me estrellara y ¿quién soy yo para negar al público lo que quiere?

Maggie se acercó por el pasillo y rompió a reír cuando se asomó al despacho.

—¿Estabas fingiendo? —preguntó Keera.

—Tengo muchos años de práctica, ¿no? ¿Has conseguido la prórroga?

Keera sonrió, sin acabar de entender qué pasaba.

—Sí. Pero, Patsy, ¿qué hay de tu reputación? ¿Y tu carrera?

—El final de mi carrera se acerca, hija. Lo sabemos todos.

—Tu contrainterrogatorio a Rossi ha sido una maravilla.

—Pues que sea el último. Mi fuerte es lo que tú me pides: aconsejar. Ofreceré ayuda como consejero. Ahora los juicios son cosa tuya. Tuya, de Ella y Maggie. Yo solo me alegro de haber podido despedirme a mi manera.

—El Luchador Irlandés —dijo Ella, a punto de llorar.

—El Luchador Irlandés —repitió Patsy.

Capítulo 32

18 de agosto de 2023

El viernes por la mañana, después de una larga noche preparándose, Keera llamó a declarar a J. P. Harrison. Ella, Patsy, Harrison y su amigo ingeniero elaboraron una teoría sobre el suicidio de Anne LaRussa con todas las variables, y grabaron un vídeo. Hasta ahí todo bien, pero Ambrose suponía un problema. Se opondría rotundamente a que mostraran una prueba en vídeo y ni siquiera Patsy sabía a ciencia cierta si la jueza Hung admitiría la reconstrucción grabada. Puede que la recompensa después de una noche tan larga fuera mínima.

Cuando Harrison entró en la sala, Keera no tuvo más remedio que admitir que tenía una presencia imponente. Llevaba un traje de un color dorado oscuro y una camisa blanca que quedaba perfecta con su piel negra y le daba un aspecto elegante a la vez que profesional. Acaparó la atención de todos los presentes en la sala.

—Buenos días, señor Harrison —saludó Keera.

—Buenos días —respondió él con el acento inglés muy marcado. Perfecto.

—¿Puede compartir con el jurado su experiencia?

Harrison habló de manera informal. Parecía relajado, seguro. Explicó al jurado que estudió en Inglaterra y Estados Unidos. Que se graduó en Justicia Penal en la Universidad de Washington, la universidad local, y luego pensó en estudiar derecho y ser abogado.

—¿Y por qué no lo hizo? —preguntó Keera.

—Me llamó el Departamento de Policía. Quería servir y proteger la vida de las personas e intentar cambiar alguna.

Keera le pidió que compartiera con el jurado su experiencia profesional durante los veinticinco años de servicio en el Cuerpo de Policía de Seattle. Él dijo que fue agente uniformado cinco años hasta que pasó las pruebas para inspector. Keera repasó la trayectoria del testigo como inspector de la Unidad de Policía Científica, donde aprendió los entresijos del departamento: la recogida y análisis de huellas dactilares y muestras de ADN, balística y la ciencia forense. Después de eso pasó por varias divisiones, con cargo de inspector, del departamento, en la sede central y acabó sirviendo quince años en la Unidad de Delitos Graves.

—¿Y entonces se retiró? —preguntó Keera.

—Eso es lo único que no se me dio muy bien —respondió Harrison con una sonrisa—. Soy una de esas personas a las que les gusta mantenerse ocupada. Probé el golf, pero me pareció tedioso; la pesca, muy lenta. Así que finalmente decidí que me encantaba mi trabajo, la ciencia forense, resolver rompecabezas y crímenes.

—¿A qué se dedicó después?

—Obtuve la licencia de detective privado, pero en realidad ejerzo como investigador forense privado.

—¿Trabaja para la defensa?

—Trabajo tanto para la defensa como para la Fiscalía, pero normalmente la Fiscalía tiene sus propios peritos, como los hombres y mujeres que han testificado en este juicio. También colaboro con diferentes departamentos de Policía cuando necesitan otra perspectiva.

Era una respuesta ensayada para que el jurado supiera que el trabajo de Harrison no tenía ningún sesgo. Había sido Policía. En su etapa de inspector metió en la cárcel a muchos delincuentes y seguía haciéndolo.

Keera pidió a Harrison que describiera la tarea que le encargó la defensa y él compartió con todo tipo de detalles su trabajo en casa

de los LaRussa.

—Observé unas cuantas piezas que no parecían encajar. Mi trabajo, al fin y al cabo, es resolver el rompecabezas.

—¿Puede explicar al jurado qué pruebas no encajaban?

—Con mucho gusto.

Keera mostró las diapositivas mientras Harrison hablaba. A medida que él mencionaba una variable, Keera la complementaba con una fotografía.

—En primer lugar, la huella dactilar de Lisa Bennet en el tirador de la puerta del horno, que estaba bloqueada. En segundo lugar, había una quemadura en el tirador.

Keera mostró la fotografía y Harrison confirmó al jurado que se correspondía con la escena del crimen.

—El inspector Rossi no ha podido explicar la marca. Ha dicho que podría ser del uso. ¿Está de acuerdo?

—No. Tomé muestras de la quemadura que rebaten esa conjetura.

—¿Por qué? ¿Qué reveló la muestra?

—Nitrato de potasio.

Keera le pidió que explicara de dónde procedía y en qué productos se podía encontrar.

—¿Qué otra prueba le resultó desconcertante?

—En tercer lugar, había agua en el suelo.

—En la imagen se muestra un vaso roto en el suelo —dijo Keera —. ¿Podría ser que a Anne LaRussa se le cayera?

—Sin duda. De hecho, creo que la víctima sostenía un vaso y se le cayó, eso explicaría el charco. Pero pedí que analizaran el agua y los resultados me parecieron interesantes.

—¿Qué descubrió?

—El agua contenía restos de nitrato de potasio, además de fibras microscópicas de algodón.

—¿Hay alguna otra pieza sin resolver del rompecabezas?

—La cuarta es la pistola, ¡cómo no! Si alguien hubiera disparado a Anne LaRussa, el asesino o asesina se habría situado detrás de la

encimera de la cocina, por la localización de la mancha de sangre y la distancia estimada entre el lugar del disparo y el de la víctima.

Entonces Harrison hizo un análisis detallado de la mancha de sangre. Ambrose no objetó porque su perito declaró lo mismo.

—Si el asesino hubiera querido dejar el arma en la escena del crimen, lo más lógico habría sido que la tirara sin más y saliera por la puerta principal. El hecho de que el arma estuviera en el lado opuesto de la isla, cerca de la silla de ruedas, resultaba, por tanto, desconcertante. Incluso los propietarios de armas con nociones básicas saben que lanzar una pistola cargada a una superficie dura es muy mala idea.

—¿Qué otras pruebas no le terminaban de encajar?

—La número cinco: el domingo resultó ser uno de los días más calurosos que se han registrado en la historia de Seattle. La temperatura excedió los treinta y siete grados y medio en gran parte del Estrecho de Puget. En Seattle, la temperatura alcanzó los cuarenta y un grados. La residencia LaRussa tenía el aire acondicionado programado a través de termostato del sistema de climatización, es decir, que el aire se encendía automáticamente si la temperatura en el interior de la casa superaba los veintidós grados. Ese día, el aire acondicionado estaba apagado, a pesar de que la temperatura era muy superior. ¿Qué día mejor que ese para aprovechar el aire acondicionado?

—¿Algo más?

—La número seis: la vela encendida en la encimera.

—¿Qué le resultó curioso de la vela?

—Nada en absoluto, aunque sin duda era una prueba a tener en cuenta, sobre todo, porque el informe de la Científica indicaba que estaba encendida pero no había cerillas ni mechero en la cocina.

—¿Y consiguió usted encajar todas las piezas del rompecabezas?

—No de inmediato. Tuvimos que hacer muchas pruebas, aunque creo que finalmente lo compusimos.

—¿Podría usted justificar cada una de las pruebas? —preguntó Keera con un tono escéptico.

—Tenía un profesor de Química en el instituto, el señor Cobalt, que siempre decía que una teoría no lo es hasta que justifica todas y cada una de las variables. Que, si no las incluía todas, solo era una hipótesis. Si construíamos teorías nos ponía excelente. Con las hipótesis conseguíamos un aprobado raspado o un suspenso.

—Repasemos las pruebas una a una. En primer lugar, las huellas dactilares de Lisa Bennet en el tirador del horno. ¿Qué concluyó?

—Pues, evidentemente, que tocó la puerta del horno.

Varios miembros del jurado sonrieron.

—Pero Lisa Bennet declaró que no abrió la puerta del horno.

—Creo que no la abrió. De hecho, la puerta superior del horno estaba bloqueada, como en fase de limpieza, aunque el mando no estaba en el programa de limpieza. —Keera mostró otra fotografía y Harrison continuó—: En mi opinión, la doctora cerró el pestillo y bloqueó la puerta.

—Luego seguiremos con este tema —dijo Keera, intentando mostrarse natural—. ¿Qué me dice de la quemadura en el tirador de la puerta? ¿Puede explicarla?

—Como he dicho, encontramos nitrato de potasio en las muestras de la puerta del horno y en el agua del suelo.

—¿Y puede explicar la presencia del nitrato de potasio?

—Creo que sí.

Harrison expuso, con ayuda de las fotografías, que regresó a casa de los LaRussa y registró el cobertizo del jardín trasero, donde encontró un bote de destructor de tocones. Keera mostró una foto con la localización. Ambrose tomó notas. Seguro que objetaría que la víctima no podía coger el bote sola.

—¿Cuál es la composición del destructor de tocones? —preguntó Keera.

Otra fotografía mostró la parte trasera del producto mencionado.

—Cien por cien nitrato de potasio.

—Ha mencionado que también aparecieron fibras de algodón. ¿Cómo las justifica?

—En el cobertizo no encontré nada que explicara las trazas de

algodón, pero, al volver a registrar la cocina, encontré un ovillo de cuerda de algodón para cocinar en uno de los cajones.

—¿Documentó la cuerda?

Harrison mostró al jurado las imágenes del ovillo de cuerda en el cajón de la cocina. Ambrose estaba sentado con las piernas cruzadas y el bolígrafo apoyado en el cuaderno, con una expresión de seguridad. No sabía cómo encajaba todo aquello y era evidente que querría contradecir a Harrison con las limitaciones físicas de la víctima. Keera estaba a punto de hacer la pregunta que cambiaría la actitud segura y serena del fiscal.

—El arma apareció junto a la silla de ruedas de Anne LaRussa. ¿Cómo explica que estuviera allí?

—Creo que sería mejor que se lo mostrara.

—¿Cómo?

—Tengo un vídeo que justifica la función de todas las pruebas y demuestra visualmente mi teoría de lo que ocurrió.

—¿Y cree que ayudará al jurado a entender mejor las pruebas?

—Sí.

Ambrose descruzó las piernas y se sentó en el borde del asiento cuando Keera solicitó a la jueza Hung permiso para reproducir el vídeo.

Ambrose se levantó.

—Protesto, señoría. No se nos notificó la existencia del vídeo y la Fiscalía no ha tenido la oportunidad de analizarlo antes del testimonio del señor Harrison. Es altamente perjudicial.

—Señoría, el vídeo se terminó de grabar anoche —contraargumentó Keera—. La defensa no tiene ningún inconveniente en que la Fiscalía lo revise antes de mostrarlo en la sala.

—Haremos un receso —ordenó la jueza Hung—. Quiero ver a las partes en mi despacho.

Después de que saliera el jurado y la taquígrafa, Keera y Ambrose rodearon el estrado y bajaron por el pasillo hacia el despacho de la jueza Hung.

—Esto es una mierda —murmuró Ambrose entre dientes.

—No —replicó Keera—. Los juicios son así.

La jueza Hung estaba de pie, detrás de su escritorio.

—Explíquese, señora Duggan.

—Como bien dijo usted, señoría, a veces el orden de los interrogatorios cambia y a veces surgen cosas. Debemos estar dispuestos a adaptarnos.

—¿Y el vídeo mencionado es una de estas situaciones?

—Puede preguntarle al señor Harrison, señoría…

—Se lo pregunto a usted.

Keera consideró la pregunta y preparó la respuesta:

—Las piezas del rompecabezas que el señor Harrison identificó no tenían una explicación sencilla. Todo cobró sentido cuando nos dimos cuenta de que el informe médico se había censurado para ocultar el cáncer terminal de la señora Anne LaRussa. Hasta entonces no consideramos la teoría lógica de que Anne LaRussa se hubiera suicidado.

—Señoría, esto no son más que especulaciones absurdas —protestó Ambrose.

Keera siguió a pesar de la interrupción:

—Al descubrir ese dato, la teoría del señor Harrison empezó a tener sentido y el vídeo cobró importancia. La Fiscalía ni siquiera ha intentado explicar todas las pruebas. Pero la defensa se encargará de ello, con la ayuda del vídeo. El señor Harrison ha estado trabajando día y noche en una teoría que reúne todas las variables. La demostración no se puede hacer en la sala de audiencias, por varias razones, principalmente porque disparar un arma resultaría peligroso.

—¿Por qué no se entregó el vídeo a la Fiscalía para que lo analizara previamente? ¿Por qué han esperado hasta el juicio?

—Insisto, señoría, y el señor Harrison lo confirmará, pero la única respuesta es que las piezas no encajaron hasta que conocimos el cáncer terminal de la víctima, un dato que se ocultó intencionadamente a la defensa. Ha sido una noche muy larga.

La jueza Hung se inclinó hacia atrás y respiró hondo. Las fosas

nasales se le dilataron y sus ojos eran dos puntos negros.

—Señorita Duggan, si descubro que las proezas del señor Duggan en mi sala ayer fueron de algún modo una estratagema para conseguirles tiempo a usted y a su investigador, la sancionaré y la denunciaré ante la comisión deontológica del Colegio de Abogados de Washington.

—Creo que el problema de mi padre con el alcohol está bien documentado y todo el mundo en este edificio lo conoce, incluso los jueces que presiden estas salas, entre ellos, usted, señoría —dijo Keera, sin responder a la pregunta implícita ni mentir a la jueza.

—Y sus excentricidades también —soltó la jueza.

—El alcoholismo de mi padre no es una excentricidad —protestó Keera—. Es una enfermedad. Si lo desea, puedo llamar a mi madre, a mis hermanas y hermanos para que lo acrediten ante usted.

La jueza frunció los labios, visiblemente escarmentada. Luego dijo:

—Veremos el vídeo en mi despacho y entonces decidiré si se admite o no como prueba. Vaya a por su testigo y tráigalo.

Keera salió del despacho y suspiró. Sentía mariposas revoloteándole en el estómago, pero se deshizo de ellas. El vídeo era, en esencia, la dama de esa partida de ajedrez. La pieza más importante. En ese momento tenía la oportunidad de atacar. Ambrose había hecho la apertura. Si perdía la discusión, Keera perdería el juicio. Si la ganaba, puede que todavía le quedara una oportunidad.

Fue a buscar a J. P. Harrison y el portátil a la sala de audiencias y regresaron juntos al despacho. Después de prepararse, Harrison reprodujo el vídeo ante la jueza y el fiscal. Cuando terminó, Ambrose protestó con vehemencia.

—Es todo pura especulación.

—En absoluto —contradijo Keera—. Se basa en las pruebas recogidas y en hechos científicos. Pero si la acusación desea plantear ese argumento durante el contrainterrogatorio o en el alegato final, está en su derecho. El señor Harrison ha sido reconocido como

perito y, por tanto, puede dar su opinión al testificar. Esta es su opinión sobre lo que ocurrió. Es relevante, y este vídeo ayudará al jurado a entender lo que la defensa sostiene que ocurrió la tarde del domingo.

—Anne LaRussa jamás habría podido preparar todo eso, dadas sus limitaciones físicas —espetó Ambrose, adelantando parte de su contrainterrogatorio—. Sería imposible.

Keera se encogió de hombros.

—De nuevo, la acusación es libre de plantear ese argumento durante el contrainterrogatorio y en el alegato final ante el jurado.

—Esto no debería haberse ocultado —replicó Ambrose—. Si la Fiscalía lo hubiera tenido a tiempo, nuestros peritos habrían podido analizarlo en detalle y realizar sus propios experimentos para determinar si es siquiera fiable.

—Y si la defensa hubiera tenido el informe original de la autopsia del doctor Litchfield antes de que la Fiscalía le pidiera modificarlo, habríamos sabido desde el principio del juicio que Anne LaRussa se estaba muriendo de cáncer, en lugar de tener que cambiar de estrategia a última hora —respondió Keera.

Ha sido el comportamiento de la Fiscalía lo que nos ha retrasado. No puede tenerlo todo.

Ambrose abrió la boca para responder, pero la jueza Hung alzó la mano y lo hizo callar. Cerró los ojos y exhaló, los volvió a abrir y se quedó mirando su escritorio durante un largo minuto. Después alzó la vista hacia Ambrose y Keera.

—Permitiré que el vídeo se muestre al jurado —concluyó.

Keera sintió una gran sensación de alivio.

—Siempre que la señorita Duggan pueda establecer una base adecuada. Señor Ambrose, podrá contrainterrogar al perito para cuestionar sus conclusiones y opiniones. Si no está de acuerdo con mi decisión, puede presentar un recurso. Lo que ya no puede hacer es alegar el principio de equidad. Uno cosecha lo que siembra. Hemos terminado aquí. No pienso hacer esperar al jurado ni un minuto más.

De vuelta en la sala, J. P. Harrison volvió al estrado. Keera estableció los fundamentos para la presentación del vídeo, Ambrose protestó, y la jueza Hung dictaminó que el vídeo era admisible. Luego se dirigió a los miembros del jurado:

—Quiero advertirles que el vídeo que van a ver es una demostración de lo que el perito de la defensa considera la explicación de las pruebas presentadas. Representa la teoría de la defensa sobre lo que ocurrió.

Con esa advertencia, Keera reprodujo el vídeo y Harrison lo presentó al jurado.

—Verán ustedes un maniquí de la altura de la víctima, Anne LaRussa, sentado en su silla de ruedas. —Harrison explicó que tuvieron en cuenta las medidas de Anne LaRussa y la altura de la silla de ruedas para los cálculos. Luego continuó—: Si uno coge cuerda de algodón y la empapa en nitrato de potasio, en este caso del destructor de tocones del cobertizo de Anne LaRussa, y seca la cuerda a baja temperatura en un horno convencional, consigue una mecha totalmente funcional.

Harrison mostró el proceso en el vídeo en el que también se veía cómo la cuerda prendía como una mecha.

—En cuanto a la pistola. Había que resolver cómo sujetar el arma recta sin manos humanas.

Varios miembros del jurado parecían perplejos ante lo que oían.

—Después de varios intentos fallidos, me di cuenta de que ignoraba dos pruebas: el agua en el suelo también contenía nitrato de potasio y alguien había apagado el aire acondicionado.

—¿Y eso qué significaba?

—Una forma sencilla de asegurarse de que el arma queda recta es congelar la empuñadura en un bloque de hielo.

—¿Encontró algún recipiente que se pudiera haber usado para congelar el agua?

—En el cobertizo había muchísimos contenedores con esas características. Debería tener el tamaño suficiente para que el arma se sostuviera recta y el cañón paralelo al suelo.

El vídeo mostraba una pistola con la empuñadura incrustada en un bloque de hielo dentro de un recipiente.

—Una vez preparado, el hielo se extrae del recipiente y se coloca sobre un trapo para que no resbale por la encimera. —El vídeo mostró lo que el experto describía—. Entonces, ¿cómo apretar el gatillo? —preguntó Harrison—. Lo primero que hay que entender es que para apretar un gatillo no hace falta mucha presión. Una pistola de nueve milímetros, como la que se usó en este caso, apenas necesita una presión de un kilo y medio.

—¿Cómo presionaría Anne LaRussa el gatillo desde la silla de ruedas y de espaldas a la pistola? —intervino Keera.

—No le hizo falta apretar el gatillo. Le bastó con tirar de la cuerda.

Varios miembros del jurado se inclinaron hacia delante.

Harrison mostró una pistola de nueve milímetros del mismo modelo que el arma fantasma, con la empuñadura incrustada en un bloque de hielo sobre una encimera de madera, cuya altura, según explicó, era la misma que la de la encimera de la cocina de los LaRussa. Las medidas tomadas lo confirmaron. El bloque de hielo estaba colocado sobre un paño de cocina. El maniquí, sentado de espaldas a la encimera. En el brazo de la silla de ruedas descansaban los dos extremos de un cordel de algodón que se había empapado en nitrato de potasio y luego secado. Uno de los extremos del cordel salía del brazo de la silla, cruzaba la encimera y se enrollaba alrededor del tirador del horno, que estaba bloqueado, antes de volver hacia la pistola, donde se ataba al gatillo, y luego regresaba de nuevo a la silla de ruedas.

—Ya solo falta deshacerse del cordel y del bloque de hielo. En un día tan cálido, con el aire acondicionado apagado, el hielo simplemente se derrite. El cordel es algo más complicado. Pero entonces recordé el nitrato de potasio y la vela. La persona desde la silla de ruedas solo tendría que prender fuego al extremo final del cordel, que ardería como una mecha. Colocar el extremo en la llama de la vela, soltarlo, dejar la vela sobre la encimera cercana, y luego

tirar del otro extremo del cordel. El tirador del horno sirve de punto de apoyo, como un sistema de polea; el gatillo se acciona y el arma se dispara. Con el tiempo, el cordel se consume por completo, y no deja rastro visible, salvo una marca de quemadura en el tirador del horno.

—¿Y realizó usted algún experimento para demostrar que su teoría es cierta?

—Sí. ¿Puedo?

Ambrose se levantó.

—La Fiscalía hace constar su objeción total a que el jurado vea la grabación.

—Consta en acta —dijo la jueza Hung.

Con eso, Harrison reprodujo el vídeo y explicó que, en la demostración, el cordel se tiraba desde detrás de un panel de plexiglás antibalas. En el vídeo se veía cómo su amigo inventor encendía la mecha con una vela. Luego tiraba del otro extremo del cordel, que pasaba por el tirador del horno. El cordel accionaba el gatillo, y el arma se disparaba. Al maniquí le volaba la cabeza y caía hacia delante y luego a un lado. Por el retroceso del disparo, la empuñadura del arma salía del hielo, daba una vuelta en el aire sobre sí misma y caía al suelo, cerca de donde se encontró la pistola fantasma en la escena del crimen.

Los miembros del jurado parecían totalmente aturdidos, así que Keera decidió terminar el interrogatorio con aquella información tan impactante.

Ambrose se levantó y se dirigió al estrado.

—Es un experimento muy elaborado —dijo—. ¿Cuánto tiempo le dedicaron usted y su amigo, el inventor e ingeniero mecánico, creo que ha dicho?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo tardaron usted y su amigo?

—Llevamos trabajando en una teoría que explique todas las pruebas varias semanas.

—Semanas. ¿Y cuántas veces…? —Ambrose hizo una pausa—.

¿Cuántas veces realizaron el experimento antes de que funcionase?

—Desarrollamos esta teoría y el experimento anoche, cuando supimos que la víctima tenía cáncer terminal. Funcionó al primer intento.

Ambrose cambió de tema rápidamente.

—No creerá usted que Anne LaRussa, reducida a una silla de ruedas, elaborara este plan sola, ¿verdad?

—Me parece bastante probable.

—¿Qué estudió la señora LaRussa?

—Lo desconozco.

—¿Cree usted que alguien con una carrera de Literatura Inglesa podría desarrollar un ingenio tan elaborado como usted y su amigo el ingeniero mecánico?

Ya. La arrogancia de Ambrose lo empujó a formular una pregunta que no debía, una pregunta cuya respuesta desconocía.

—Pues sí, siempre que supiera usar Internet —respondió Harrison—. Por desgracia, este mecanismo aparece en YouTube, y está al alcance de cualquiera que pueda pulsar un par de teclas de un ordenador.

La nuez de Ambrose subió y bajó, pero el fiscal siguió como si esa información no le afectara.

—Los estantes del cobertizo donde encontró usted el eliminador de tocones estaban a unos dos metros diez de altura, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Y el destructor de tocones estaba en la balda superior, ¿verdad?

—Así es.

Ambrose no formuló la siguiente pregunta. Argumentaría en el alegato final que una mujer en silla de ruedas no podría coger el destructor de tocones.

—Y el jardín trasero tiene pendiente. Creo que en una de sus imágenes se ve el jardín y la localización del cobertizo. —Harrison encontró la fotografía y la mostró por la pantalla del ordenador—. La pendiente habría complicado mucho el desplazamiento en silla de

ruedas, ¿no cree? —preguntó Ambrose.

—Sin duda alguna.

—Y el bloque de hielo, ¿cuánto pesaba?

Harrison respondió y Ambrose no se molestó en preguntarle si una mujer parcialmente paralizada podría levantar y colocar el bloque de hielo sobre la encimera de la cocina sin ayuda. Una vez más, reservaba el argumento para el jurado.

Ambrose terminó y se sentó.

Keera se levantó. Era el momento de mover a su reina y volver a poner a Ambrose en jaque.

—Señor Harrison, el fiscal insinúa que Anne LaRussa no llegaría a la balda superior de la estantería, a más de dos metros de altura, donde se guardaba el nitrato de potasio.

—Probablemente sería un reto para ella.

—Y que no podría manejar la silla de ruedas por la cuesta del jardín.

—De nuevo, no puedo saberlo con seguridad, pero sin duda le resultaría complicado.

—Y levantar el bloque de hielo.

—Desde luego que no.

—Entonces, su experimento no tuvo en cuenta una variable: la limitación física de Anne LaRussa, ¿verdad?

Por el rabillo del ojo, Keera notó que el jurado giraba la cabeza hacia ella, con expresiones que indicaban que quizá habían entendido mal la pregunta.

—Sí la tuvimos en cuenta. Llegamos a la conclusión de que Anne LaRussa tuvo ayuda. Tal vez un amigo que no soportaba verla sufrir por el cáncer que acabaría matándola.

Un chasquido hizo que Keera dirigiera brevemente la mirada hacia la mesa de la defensa. La rabia contenida desencajaba el rostro de Vincent LaRussa. Keera le miró las manos, apoya das sobre el regazo.

LaRussa había partido en dos el bolígrafo que tenía entre los dedos.

Capítulo 33

Ambrose pasó el resto de la tarde repreguntando a sus testigos, especialmente a los peritos, para rebatir el testimonio y el experimento de J. P. Harrison. La jueza Hung no tuvo más remedio que permitírselo, aunque eso suponía que los alegatos finales se harían el lunes. El problema al que se enfrentaba Ambrose era la buena respuesta del experimento de Harrison, con todas las variables justificadas. En este caso, una imagen, o un vídeo realmente valía más que mil palabras.

Keera decidió no contrainterrogar a los testigos de la Fiscalía, aunque hizo un par de preguntas como:

—¿Supongo que admitirá usted que el experimento ha funcionado?

Los peritos no tenían mucho margen, con el vídeo y los miembros del jurado, mirándolos a la cara. Cualquier intento de negar la evidencia los desacreditaría. Keera agradecía el tiempo adicional para preparar su alegato final. Argumentaría que Anne LaRussa, aquejada de cáncer terminal, se había quitado la vida. Diría que, debido a sus limitaciones físicas, alguien la había ayudado, como ya había testificado Harrison, ella sola no podía preparar aquel montaje. Diría que la teoría de Harrison también explicaba por qué Lisa Bennet, la mejor amiga de la víctima, cargaba una bolsa muy grande aquella noche y por qué parecía tan pesada. Alegaría que, con toda probabilidad, llevaba dentro el bloque de hielo con el arma.

Diría al jurado que la teoría también explicaba por qué Bennet salió de la casa llorando, evidentemente afectada, y por qué la bolsa pesaba menos que antes. Que con el informe sin censurar del forense podía deducirse que la mejor amiga de Anne LaRussa la ayudó a suicidarse, y se entendía mejor la declaración de Bennet. Después de ver sufrir tanto a su marido, Bennet no podía soportar que su mejor amiga pasara por la misma situación durante sus últimas semanas de vida. Por eso le recetaba cantidades ingentes de opioides y analgésicos, que más tarde aparecieron en el informe toxicológico de Anne LaRussa. Keera defendería que a Lisa Bennet la impulsaba la compasión, no la maldad.

Después de que la Fiscalía ocultara el dato del cáncer terminal de Anne LaRussa a la defensa, Ambrose no podría acusar a Keera de cambiar de estrategia en pleno juicio.

Lo único que a Keera le faltaba averiguar era el motivo por el que Bennet y Anne LaRussa se esforzaron tanto para incriminar a Vince LaRussa e intentar que pasara el resto de su vida en la cárcel. Anne LaRussa no lo hizo porque creyera que Vince hubiera sido infiel, y, desde luego, no con Lisa Bennet. ¿Habría alguien más? Y, en ese caso, ¿tan vengativas eran Anne LaRussa y su mejor amiga, Lisa Bennet? A Keera le costaba creerlo.

Cuando terminó el juicio, Keera le dijo a J. P. Harrison que la esperara en su despacho. Quería hablar con LaRussa. Se reunió con él en la sala de la cárcel del condado de King después de que se pusiera el mono carcelario. Entró en la sala con una sonrisa sombría y se dejó caer en la silla frente a Keera.

—Ha sido magnífico —dijo.

—Es evidente que alguien ayudó a Anne, Vince. ¿Lisa Bennet?

—Sin duda —respondió.

—¿Por qué, Vince? ¿Por qué querrían su mujer y su mejor amiga encerrarlo en la cárcel de por vida?

—No lo sé. —Negaba enérgicamente la cabeza—. Yo me he preguntado lo mismo.

A Keera no le pareció suficiente la respuesta, así que insistió.

—No tenía una relación extramatrimonial, por lo menos con Lisa Bennet. ¿Había alguien más?

—No. Nadie. Tendrá que hablar con Lisa.

—No, no será necesario para crear un resquicio de duda.

—De todos modos, probablemente mentiría.

Keera percibió algo en su tono.

—¿Por qué?

Pareció darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Bueno, porque no ha dejado de mentir durante todo el juicio, ¿no?

—¿Qué tiene contra usted, Vince?

El hombre se puso de pie rápidamente y alzó la voz.

—No tengo ni idea, Keera. Ojalá supiera algo, pero… lo desconozco. Todo esto la ha sorprendido, ¿verdad? Pues imagínese a mí. Que mi mujer me hiciera algo así. —LaRussa respiró hondo y tardó un momento en recomponerse. Keera recordó que Phil McPherson dijo que los arrebatos de LaRussa eran como un interruptor. El hombre se calmó—. Siento haberme puesto así. Todo esto me sobrepasa y me entristece mucho pensar que he podido hacer algo para que Anne respondiera de una manera tan drástica. Pero no sé qué. Sinceramente.

Keera se fijó en su expresión y en su postura. Nada evidenciaba que mintiera u ocultara información. Sin embargo, la intuición de Keera decía lo contrario.

Había algo raro. Faltaba algo.

—De acuerdo —dijo Keera levantándose, caminando hacia la puerta—. Lo veré el lunes en el juicio.

—¿Keera?

La chica se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—Ha sido magnífico. —El hombre sonrió y añadió—: Verdaderamente magnífico.

Un escalofrío recorrió la espalda y los brazos de Keera, fue una sensación parecida a la que sentía cuando Miller Ambrose la acosaba.



Keera regresó al despacho.

—He oído que tú y J. P lo habéis bordado —dijo Maggie cuando Keera salió del ascensor y entró al bufete.

Keera le restó importancia:

—Hemos conseguido que admitan el vídeo como prueba, pero no hemos acabado todavía.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Maggie.

—No quiero que adelantemos acontecimientos. —Se dirigió hacia el despacho, pero se detuvo a medio camino y regresó al escritorio de recepción—. De todos modos, Maggie, al margen del resultado, no podríamos haberlo hecho sin tu ayuda. Te lo agradezco. Sé que no habéis pedido nada a cambio, pero propondré que Ella y tú recibáis una gratificación por las horas extra que habéis dedicado al caso. Una bonificación.

—Gracias —respondió Maggie con un tono de incredulidad—. Significa mucho para mí, Keera.

—Has sido esencial preparando y presentando todos los escritos, encargándote de la comida, coordinando a los testigos. Gracias por todo tu trabajo.

—Vale. —Maggie no sabía qué decir.

Keera se acercó y, tras un momento incómodo, le dio un abrazo a su hermana. No recordaba la última vez que se habían abrazado. Maggie se mostró incómoda y rígida. Keera la soltó y preguntó:

—¿Ha llegado J. P.?

—El bombón atractivo, esbelto, de piel oscura está en el despacho de Patsy, informándolo. ¿Crees que tardará mucho en quedarse soltero?

—Con J. P. nunca se sabe. Pero, sinceramente, podrías aspirar a más.

—¿En serio? —preguntó Maggie—. Pero si es un once en una escala del uno al diez.

—No puede ofrecerte lo que quieres, Maggie. Lo que mereces. —Otra vez, su hermana quedó confusa.

Keera encontró a Harrison, Ella y Patsy en el despacho del jefe.

—Anda, aquí está. —Patsy se levantó de la silla y rodeó el escritorio con un puño en el aire, como si fuera un boxeador en un *ring*—. Me hubiera encantado estar en el juicio.

Keera sonrió.

—Y a mí que estuvieras allí, papá.

—¿Sabes qué supondría un veredicto de inocencia para la empresa? —preguntó Ella—. Tendremos que contratar a más socios para ocuparnos de todos los casos que lleguen.

—No cantéis victoria tan pronto —protestó Keera—. Todavía nos queda el alegato final.

Harrison sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Patsy lanzó un par de ganchos y un golpe directo.

—Tendré que renunciar a mi apodo y cedérselo a la nueva luchadora irlandesa de la ciudad.

—Tú siempre serás el Luchador Irlandés, papá. ¿Ha llegado ya la transcripción de la sesión de hoy?

—No lo he comprobado —respondió Patsy, bajando los puños—. ¿Va todo bien?

—Sí, pero…

—¿No sabes por qué Bennet y Anne LaRussa querían acusar a Vince? —preguntó Patsy.

—Precisamente, de eso hablábamos. ¿Qué ha dicho Vince? —intervino Harrison.

—Que no lo sabía, pero yo no lo creo.

—¿Y eso te preocupa? —insistió Patsy.

—Entre otras cosas, sí.

—Anne estaba muriendo de cáncer —afirmó Harrison.

—Sí, pero eso no explica que, con la ayuda de su mejor amiga, intentara culpar a su marido de asesinato y encerrarlo de por vida. Eso es más que venganza. Nos falta algún dato —aseguró Keera.

—¿Crees que la engañaba con otra persona? —preguntó Ella.

—Es lo primero que se me ha ocurrido. LaRussa lo ha negado, pero podría ser. —Se volvió hacia Harrison—. ¿Te fijaste en su reacción cuando se estableció que Bennet había ayudado necesariamente a Anne?

—No. He visto que te girabas…

—Vince ha roto el bolígrafo con las manos.

—He oído el chasquido, pero no sabía qué era.

—Me ha venido a la cabeza lo que dijo Phil McPherson, de que LaRussa perdía los nervios en cuestión de segundos. Que se le iba la cabeza. Y se ha enfadado en la cárcel, cuando lo he presionado para que respondiera.

—Pero no estalló. No mató a su mujer. Has demostrado que no lo hizo. ¿Qué más te preocupa? —dijo Patsy.

—Quiero saber qué pasó. Esto parece un resultado de tablas en ajedrez. Luchas con todas tus fuerzas y al final no hay resolución.

—Solo tienes que demostrar la duda razonable para ganar —insistió Patsy.

—No se trata de ganar. Hablamos de conocer la verdad. Voy a buscar a Lisa Bennet. Quiero saber por qué lo hizo.

—Lo negará —aseguró Patsy.

Keera sabía que su padre tenía razón. Sin más pruebas, Bennet no tenía ningún motivo para decir la verdad y muchos para no hacerlo.

—Vale. Cuando has llegado estaba invitando a todos a cenar en el Paddy Wagón. Paga el bufete —propuso Patsy.

—Tentador —respondió Keera—. Id vosotros. Yo solo quiero llegar a casa, correr un rato y darme un baño caliente para relajarme.

—¿Seguro? —insistió Patsy.

—Sí. —Se volvió hacia Harrison—. Hazme un favor. No te sientes

al lado de Maggie en la cena.

—¿No?

Keera negó con la cabeza.

—No.

Harrison sonrió.

—Le gusto a tu hermana.

—Si sales con ella y…

Él levantó las manos.

—Tranquila. No quiero líos con la Luchadora Irlandesa.



Keera volvió a su casa vacía y, de repente, se sintió muy sola.

Estaba sola.

No se había casado y no tenía pareja ni hijos.

Pensó en Ella y Maggie, también solteras, y en sus dos hermanos divorciados. Su hermana Ella estaba sola por elección. Un día decidió no exponerse y no arriesgarse a que le hicieran daño. En el otro extremo estaba Maggie. Intentaba llenar el vacío con encuentros sin sentido, que nunca la ayudarían a sanar ni a sentirse completa. Keera no quería que su vida fuera como ninguna de las dos. No quería huir de la intimidad ni culpar al alcoholismo de su padre de sus problemas. Se dio cuenta de que hacía lo mismo que su padre: había estado buscando excusas para beber y tomando malas decisiones. Salir con Miller Ambrose fue una pésima idea y Keera tenía la culpa de las consecuencias, no él. Nunca debería haberse puesto en aquella situación.

«Una persona con el traje empapado de gasolina no debe jugar con cerillas», pensó.

Su padre era alcohólico. Igual que sus dos hermanos. Keera sospechaba que Ella sufrió el mismo problema, pero que con ayuda

logró superarlo, de la manera en la que Ella supera todo: plantándole cara. El alcoholismo estaba en los genes de la familia. El traje de Keera estaba empapado de gasolina. Caminó hacia el mueble bar, cogió la botella de Dalmore Scotch y la llevó a la cocina. Abrió el tapón, giró la botella y dejó que el líquido cayera por el fregadero.

No seguiría prendiendo la llama.

Metió la botella en el cubo de reciclaje y regresó al comedor. Deseaba hablar con alguien. Tener hijos para prepararles la cena, el baño, ayudarlos con los deberes, lo que fuera con tal de olvidar aquella tarde de juicio. Tenía la extraña corazonada de que Vince LaRussa había conseguido lo que quería. Quizá no con el asesinato de su esposa, pero en definitiva, sí.

¿Una aventura?

¿Algo turbio como había insinuado Phil McPherson? Pero, entonces, ¿por qué querrían Anne y Lisa incriminarlo?

Como necesitaba distraerse, Keera salió a correr un buen rato. Cuando volvió, se sentía mejor. Fue a la cocina a por un gran vaso de agua. Al pasar por el comedor, pulsó la tecla espaciadora del portátil. Patsy sabría que Keera necesitaba olvidarse del juicio. Habría hecho el movimiento treinta y dos.

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

Rey a g1

Estaba huyendo, tratando de evitar lo inevitable. Pero Keera tenía a la dama.

De: Comepeonesdeseattle
Para: Caballerooscuro

Dama a e3. Jaque.

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

Rey a g2

En lugar de lanzar un ataque total con las piezas que le quedaban, incluso con las que en algún momento parecían atrapadas, Keera movió el caballo.

De: Comepeonesdeseattle
Para: Caballerooscuro

Caballo a f5

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

El alfil captura el peón en d4

Un movimiento desesperado para escapar.

Con cada movimiento, Keera mantenía en jaque al rey para evitar que su contrincante moviera la dama y capturara a su alfil, cosa que pondría fin a la partida. Si no cometía un error garrafal, no podía perder.

De: Comepeonesdeseattle
Para: Caballerooscuro

El caballo captura el peón en h4. Jaque.

No había escapatoria. Ni descanso. Patsy podía correr, ganar algo de tiempo, pero no huir. ¿Qué haría? ¿Rendirse? ¿Un movimiento desesperado?

De: Caballerooscuro
Para: Comepeonesdeseattle

Rey a f1

De: Comepeonesdeseattle
Para: Caballerooscuro

La dama captura al peón en d3. Jaque.

Patsy estuvo tan cerca de ganar que no se le ocurrió la posibilidad de perder. ¿Planificó mal? ¿Desarrolló una mala estrategia? ¿O su ego lo puso en esa situación? Keera volvió a pensar en Vince LaRussa y no pudo evitar ver el paralelismo: él también huía convencido de ganar.

El ordenador emitió un sonido. Un nuevo correo electrónico. Antes siquiera de mirar, Keera sabía de quién era.

De: Worthing, Jack
Enviado: 18 de agosto de 2023
Para: Keera Duggan
Asunto: Última jugada

Keera miró fijamente la línea del asunto.

Había llegado hasta allí. La partida de su vida. La jugada final.

La jugaría con todas sus fuerzas, claro que sí, hasta el final.

Capítulo 34

19 de agosto de 2023

Harrison recogió a Keera el sábado por la mañana.

—¿A dónde vamos? —le preguntó.

—A Beaverton —respondió. Sin interrogatorios ni contrainterrogatorios que preparar, con las instrucciones del jurado ya terminadas y ante la jueza Hung, y el alegato final prácticamente terminado, Keera decidió hacer ese viaje con Harrison.

—¿Otra vez? —preguntó él.

—Jack Worthing afirma que esta es la última jugada.

—¿Y lo crees?

—Hemos seguido el juego hasta ahora. Vamos a ver qué descubrimos. A dónde nos lleva.

—Me temía que dijeras eso. Abre la guantera.

Keera obedeció.

—¿Traes una pistola?

—Si esta va a ser la última jugada, preferiría que no fuera la definitiva.

—No necesitamos una pistola.

—¿Estás segura?

No. Keera cerró la guantera y miró por la ventana.

—¿Qué has encontrado sobre esta mujer?

—Nada —respondió Harrison—. No utiliza las redes sociales, no tiene vivienda ni coche registrados a su nombre. Tampoco

antecedentes penales, ni demandas civiles. He consultado todas las fuentes habituales, pero no la he localizado. Puede que Stephanie Bowers como Jack Worthing solo existan en la literatura.

—Eso ya lo he mirado. He vuelto a hojear el libro, pero en la obra de teatro no aparece. O no la he encontrado.

—¿Crees que podría ser la amante de LaRussa?

—Lo he pensado, pero… no encaja por la dirección.

—¿Por qué?

—Es de un parque de autocaravanas.



El Red Rock Mobile Estates, un parque de autocaravanas y casas prefabricadas, estaba a treinta minutos al oeste de Beaverton. Keera había visto algunos de esos parques y le gustaron, tenían casas relativamente nuevas y los espacios comunes estaban limpios y ordenados, pero este no era de esos. Las casas en Red Rock eran viejas y decrépitas, algunas no tenían revestimiento inferior y estaban oxidadas. Había coches averiados, bicicletas destartaladas y bolsas de basura por todas partes. No abundaban los árboles, así que no había mucha sombra. Cuando Harrison entró con el coche al parque, los residentes, algunos sentados en la calle en sillas plegables, bebiendo cerveza y fumando cigarrillos, miraron el coche como si se tratara de un cajero automático.

Harrison se detuvo frente a la caravana estacionada en la parcela catorce, parecía que no se había movido en años. En la parte delantera había una mesa plegable y dos sillas. Un toldo roto sobresalía de la caravana. Estaba atado con una cuerda a la rama de un árbol y ofrecía una sombra triangular.

Harrison alargó el brazo hacia la guantera y cogió la pistola, la colocó en la funda oculta bajo la chaqueta fina de lino, que llevaba

remangada hasta los codos.

—Esto es normal en Estados Unidos —dijo Keera con una sonrisa viendo lo incómodo que parecía su compañero.

—Yo diría que es una invitación al atraco. En esto se ha convertido Estados Unidos.

Keera y Harrison salieron del coche. Harrison se apoyó en el capó con los brazos cruzados y los ojos escondidos tras las gafas de sol. Vigiló a los residentes desde allí mientras Keera subía los escalones de madera y llamaba a la puerta.

—Así no te oirán —le dijo Harrison por encima del hombro—. Llama con más ganas.

Keera apretó el puño y golpeó la puerta con la parte carnosa de la mano. Al cabo de un momento, apareció una mujer con los ojos entrecerrados, como si la luz le dañara. Keera calculó que tendría setenta y muchos años y que su vida habría sido dura. Vestía una camiseta blanca, vaqueros cortos e iba descalza. Definitivamente, Vince LaRussa no tenía una aventura con ella.

—¿Quién coño eres? —gritó la mujer, aún con los ojos entrecerrados.

—¿Stephanie Bowers? —preguntó Keera, intentando entender la situación.

—Pagué el alquiler ayer por la tarde, puedes llamar al gerente del parque. Es más, ve a verlo. El cabrón me cobró un recargo de veinte dólares.

—No vengo por el alquiler —dijo Keera.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Por Vincent LaRussa.

De repente, la mujer pareció asustada. Los ojos se le agrandaron y la piel, ya de por sí pálida, se volvió traslúcida.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Creo que no es cierto.

—Bueno, pues te equivocas, cielo. Así que lárgate de mi parcela de hormigón antes de que llame a la Policía.

—No hará falta. —Keera señaló a Harrison—. Tenemos a un

policía, aquí mismo.

Harrison le enseñó la identificación de detective privado como los policías enseñaban sus placas. Se abrió la chaqueta y el arma quedó a la vista. Varios de los residentes que los observaban desde el otro lado de la carretera decidieron ocuparse de otros asuntos. Stephanie Bowers se debatía sin saber qué hacer.

—No he venido porque tenga usted problemas, señora Bowers. Solo quiero hacerle un par de preguntas. Soy la representante legal de Vincent LaRussa.

—¿Por qué?

—¿No ha visto las noticias ni leído los periódicos últimamente?

—¿Es que parezco Barbara Walters?

—Pero ¿conoce a Vince LaRussa?

—Mira, me vas a traer problemas y dolores de cabeza, ¿vale? Además de poner en peligro el techo bajo el que vivo y la comida.

La neblina se desvaneció.

—¿Vince le paga el alquiler y la comida?

—Yo no he dicho eso.

—Sí. ¿Y por qué?

A la mujer parecía dolerle la garganta cada vez que tragaba.

—¿Por qué de repente os interesa tanto quién soy, después de todos estos años?

—¿Ha venido alguien más a hablar con usted? —preguntó Keera.

—Su esposa.

—¿La esposa de Vince?

—Vino hace unos siete u ocho meses. Yo no la conocía.

Keera vio de reojo que Harrison giraba la cabeza. Calculó mentalmente que la persona que visitó a Stephanie Bowers lo hizo antes de hablar con Mary Bell, Eric Fields o Spencer Tickman.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alta. Rubia. Bien vestida.

Keera y Harrison volvieron a mirarse. Lisa Bennet. El asunto se ponía cada vez más interesante.

—¿Qué quería?

—Lo mismo que tú. Vino a preguntarme por Vince. —Bowers negó con la cabeza y entró en la caravana, pero no cerró la puerta. Cogió un paquete de cigarrillos arrugado y un mechero de butano de una encimera llena de trastos, y se sentó en una de las sillas raídas que había debajo del toldo improvisado—. Acabemos con esto.

Keera se sentó con cuidado, poco convencida de que las sillas aguantaran su peso. Las tiras de nailon cedieron. Stephanie Bowers se sentó delante de ella y le alargó el paquete de cigarrillos. Keera negó con la cabeza.

—No, claro que no —dijo Bowers—. Oye. —Se dirigió a Harrison, que giró la cabeza por encima del hombro. La mujer le ofreció un cigarrillo.

Harrison levantó la mano.

—Lo estoy intentando dejar.

—¿Por qué? De todos modos, morirás de algo, pues que te mate el tabaco. —Encendió un cigarrillo, dio una calada e inclinó hacia atrás la cabeza para soltar el humo. Dejó el encendedor sobre el paquete de tabaco y lo colocó en el frágil reposabrazos de la silla—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué vino su mujer a hablar con usted?

Bowers se echó a reír, lo que le provocó un ataque de tos. Cuando se le pasó, respondió:

—Pensó que Vince y yo estábamos liados.

—¿Le dijo por qué motivo?

—Porque descubrió que Vince me enviaba dinero desde hacía muchos años y pensó que era su novia.

—Imagino que se sintió aliviada al ver que no era así.

—Pues no mucho.

—¿No? ¿Por qué no?

—Mejor cuéntame primero a qué has venido. Para no ser la única que habla.

—Me dijeron que viniera a hablar con usted.

—¿Quién? ¿Su mujer?

—Jack Worthing.

Bowers movió la cabeza enérgicamente.

—Imposible.

—¿Por qué?

Dio otra calada al cigarrillo, para alargar la situación. Tenía amarillentas las uñas de la mano izquierda y le faltaban dientes.

—Explícame qué pasa —insistió la anciana.

Keera lo hizo. Bowers escuchó, a veces apartaba la mirada y la dirigía al suelo o a un lado. Estaba incómoda. Para cuando Keera terminó, Bowers había matado dos cigarrillos en el suelo.

—¿Por qué no empieza confesando por qué Vince le paga el alquiler y la comida? —preguntó Keera.

—Porque soy su madre —respondió con una mirada desafiante—. Y ni se te ocurra decir que es un gesto maravilloso y amable. No me paga por amor ni por compasión.

—Entonces, ¿por qué?

—Por vergüenza. Se avergüenza de mí, lo abochorno. Me paga para que me quede callada y en la sombra. Para que me mantenga fuera de su vida.

—Lo siento —dijo Keera, que no sabía qué más añadir.

—¿Por qué? Joder, lo tengo superadísimo. Es lo que hay.

—¿Bowers es su nombre de casada?

—De mi segundo matrimonio… No. Tercero. Ya ni lo sé. —Rompió a reír y le dio otro ataque de tos. Era tos de fumadora.

—¿Y el apellido LaRussa?

—El del padre de Vince. Ese sí era mala persona. Prefería el cinturón y la botella. Cuando vivimos juntos las cosas se pusieron feas, muy muy feas. Vince y yo acabamos en el hospital varias veces.

—¿Pegaba a Vince?

—Bienvenida al mundo real, cielo.

—¿Qué le pasó? —Keera pensaba que, quizá, ese hombre era Jack Worthing.

—No lo sé. Vince y yo nos fuimos un día. Si no lo hubiera hecho, nos habría matado, a uno o a los dos. No lo he vuelto a ver ni he

sabido nada de él desde entonces.

—¿Cuántos años estuvieron juntos?

—Madre mía. No lo sé. ¿Qué más da? ¿Me vas a decir que soy idiota? Adelante. Ya lo he oído todo.

—No. La entiendo perfectamente.

—¿Cómo me vas a entender? Mírate con tu ropa cara. Tu coche caro. No entiendes nada.

—Mi padre es alcohólico.

—Así no suena mal. La próxima vez diré eso y no que era un borracho y un hijo de puta.

—¿Cuántos años tenía Vince cuando dejó usted a su padre?

—No lo sé. No éramos mucho de celebrar los cumpleaños. Supongo que once o doce años. —Entonces su padre no podía ser Jack Worthing. Vaya, no era muy probable.

—¿Cómo le afectó?

—¿A Vince? No le importó una mierda. Siempre tenía la nariz metida en un libro. Parecía no prestar mucha atención al mundo real. Supongo que así la vida era más fácil.

—¿Vince leía?

La mujer río, tosió y siguió hablando a pesar de la tos.

—Iba a la biblioteca, caminando o en bici, cuando no tenía las ruedas pinchadas, y volvía a casa con la mochila a rebosar de libros.

Keera intuía por dónde iban los tiros.

—¿Leía teatro?

—Teatro, cómics, revistas, libros. Leía de todo. Se pasaba el día leyendo.

—Cuando le dije que venía de parte de Jack Worthing, me contestó que imposible. ¿Por qué?

—Porque Jack Worthing era el nombre que Vince se inventó y usaba en su mundo imaginario.

—¿En su mundo imaginario?

—El crío tenía la cabeza en las nubes la mitad del tiempo. Siempre se imaginaba todo tipo de cosas: que era rico y que caía bien a todos los del colegio. Supongo que así se sentía importante. Y

decía que se llamaba Jack Worthing. No sé de dónde sacó el nombre. Siempre supuse que de algún libro, pero… No lo sé. Yo nunca he sido mucho de leer. Mi padre leía con Vince.

—¿Su abuelo?

—Vivía cerca de nosotros y trabajaba de taxista en la ciudad, normalmente por las noches. Pasaba gran parte del día durmiendo, pero cuando despertaba recogía a Vince del colegio y leían juntos mientras yo trabajaba.

—¡Su padre era taxista! —exclamó Keera, pensando en el negocio de coches que Vince empezó en la universidad.

—Vince lo idolatraba. —Bowers sonrió—. Su abuelo compraba cestas de fresas y encargaba a Vince que las vendiera. Todos los sábados lo mandaba a vender fresas. Pensaba que así no se metería en lío y aprendería el valor del dinero. Cuando Vince llegaba a casa, su padre le exigía el dinero y le daba una buena paliza si no obedecía. Creo que Vince se quedaba con algo, pero no lo sé.

Eso explicaba por qué Vince vendía las fresas más caras. No quería darle todo lo que ganaba a su padre.

—Cuando creció, le dijo a su abuelo que algún día tendría su propia empresa de taxis y que la dirigiría él. —Volvió a reír ya toser otra vez—. Era un niño muy resuelto, eso lo tengo que admitir… Pero yo no le servía de mucho para llegar a donde quería, así que se marchó cuando mi padre murió.

—¿Le habló a la mujer de Vince de Jack Worthing?

—No lo recuerdo. Puede que saliera el tema. Me preguntó muchas cosas. Pensé que como era su mujer…, además ya me había encontrado. —Se encogió de hombros—. Así que no tenía por qué ocultarle nada.

—¿Le contó a Vince que su esposa había venido a verla?

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—Sí, claro, encendí el portátil y le escribí un correo electrónico. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera tengo móvil, cielo. No me lo puedo permitir. Además, a lo mejor se enfadaba y me cerraba el grifo. No me la quería jugar. Me quedaría bien jodida.

—¿Le dijo eso a su esposa?

—Claro que no. Le pedí que no le contara a Vince que me había localizado.

—La verdad pocas veces es pura y nunca simple.

Bowers se detuvo a media calada.

—Vince soltaba frases de ese estilo.

—¿Vince o Jack Worthing?

Bowers la miró, pero en esta ocasión no corrigió a Keera diciendo que Jack Worthing no era real.

—No lo sé.



Ya en el coche, de vuelta a Seattle por el norte, Harrison dijo:

—Lisa Bennet suplantó a Anne LaRussa. Creo que eso demuestra su complicidad.

—Pero ¿por qué? Seguimos sin saber por qué querrían incriminar a Vince.

—¿Crees que Lisa te mandó los correos?

—No estoy segura, pero sería lógico, ¿no?

—En este caso no hay nada lógico.

—Sabemos que Anne no fue. ¿Y por qué motivo los mandaría Vince?

—No se me ocurre ninguno.

—Y si damos por cierto que fue Bennet, ¿qué quiere decirnos?

—Esa parece ser la pregunta del millón, ¿verdad? —Harrison miró el reloj—. Podríamos pasar por casa de Bennet y hablar con ella, exponer lo que sabemos y preguntarle sin rodeos.

—Tal vez. —A Keera no le parecía buena idea—. Por supuesto, ella quería que tuviéramos esta información. Pero no estoy tan segura de que le guste que sepamos que entre las dos incriminaron

a Vince. Como dijo LaRussa en la cárcel: podría negarlo y ¿qué habríamos conseguido?

—Puede que Ambrose vuelva a llamarla a declarar. Que consiga que niegue que ayudó a Anne a preparar la pistola. Si lo hiciera, podrías…

—Ambrose no lo hará. No querrá darme la oportunidad de contrainterrogarla otra vez. Lo más seguro para él es seguir manteniendo los mismos argumentos en el alegato final. Le dirá al jurado que la teoría del suicidio es desesperada porque no podemos demostrar que Lisa Bennet disparó a Anne.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Seguimos adelante y terminamos el juicio. Tú has hecho tu trabajo, ahora me toca a mí hacer el mío. Diré el alegato final y aseguraré al jurado que las pruebas no respaldan la conclusión de que Vince LaRussa matara a su mujer.

Harrison no respondió. No hacía falta.

Keera sabía perfectamente qué estaba pensando. Las pruebas del juicio exoneraban a Vince LaRussa por el asesinato de su esposa, eso lo sabía con certeza. Sin embargo, las pruebas que había proporcionado Jack Worthing en sus correos indicaban algo mucho menos cierto.

Capítulo 35

21 de agosto de 2023

El lunes por la mañana, Keera estaba sentada a la mesa de la defensa, con Vince LaRussa entre ella y Patsy. Patsy se presentó en el tribunal a pesar de que la jueza Hung lo denunció al colegio de abogados por aparecer ebrio en un juicio. Probablemente lo condenarían a asistir a algunas sesiones de terapia, lo cual no era malo, pero no perdería la licencia para ejercer. Patsy le aseguró a Keera que nada habría impedido que asistiera al juicio esa mañana.

LaRussa se inclinó hacia ella hasta que sus hombros se tocaron.

—¿Todo bien? —susurró. La calidez de su aliento iba aderezada con el aroma a huevos. Lo que Keera no percibió fue el olor ácido de los nervios—. Parece nerviosa.

—Es que estoy concentrada en el alegato final —respondió. De momento, no le había hablado de Stephanie Bowers. No quería hacerlo hasta saber mejor qué ocurría.

—No me defraudará —dijo LaRussa—. Sé que solo puede prometerme que dará lo mejor de sí y peleará a cada paso.

Keera volvió la cabeza y lo miró, pero, sobre todo, le impresionó la frase. Acababa de repetir casi palabra por palabra lo que ella dijo cuando se reunieron el primer día en el apartamento de su cliente.

LaRussa sonrió, luego se recostó y miró hacia delante. Keera sintió que un escalofrío le recorría los brazos. Tuvo que contenerse para no temblar.

La alguacil pidió orden en la sala. Todos se pusieron en pie a la vez cuando entró la jueza. Hung miró a la mesa de la defensa, sin duda le sorprendió ver a Patsy, aunque se abstuvo de hacer comentarios. Le ordenó a la alguacil que hiciera entrar al jurado. Una vez en la sala, la jueza Hung hizo un breve comentario a los miembros del jurado sobre los alegatos finales, les explicó en qué consistían y cómo debían interpretarlos. Los informó de que primero actuaría la Fiscalía y luego, la defensa. Entonces, la Fiscalía tendría derecho a la última palabra. Los miembros del jurado se mostraban inexpresivos y con posturas rígidas. Sus movimientos eran robóticos. Estaban nerviosos.

Ambrose se acercó al estrado. Saludó y agradeció al jurado que cumplieran con su deber civil. Les aseguró que el sistema jurídico no funcionaría sin ellos. Era una costumbre y Keera lo había oído en muchas ocasiones.

—En mi alegato inicial dije que este caso es una tragedia y que las pruebas demostrarían que Vincent LaRussa disparó en la nuca a su esposa, una mujer discapacitada, porque amenazó con quitarle todo lo que había conseguido con su trabajo. No es algo intrascendente. Han oído a un perito contable testificar que los bienes del acusado alcanzan un valor de varios millones de dólares. ¿Qué sabemos ahora? ¿Qué ha demostrado la Fiscalía? Estos datos no se pueden discutir.

Mientras Ambrose hablaba, April Richie fue añadiendo puntos en los ordenadores de la sala.

—Dos personas se presentaron en casa de los LaRussa el domingo cuatro de junio por la tarde, entre las 18.07 y las 19.20. Ambas invitadas por Anne LaRussa. La primera, el abogado de la familia, Syd Evans. El señor Evans ha testificado que Anne quería consultar la cláusula de confiscación del contrato prematrimonial que firmó con su marido antes de su boda. Syd Evans también declaró que cuando salió de aquella casa, Anne LaRussa seguía viva.

»La segunda persona que llegó a la casa fue la doctora Lisa Bennet, la mejor amiga de la víctima. Llegó a las 17.03. La doctora

Bennet declaró en el estrado, como testigo, so pena de perjurio, que Anne LaRussa le pidió que fuera a verla porque creía que su marido tenía una aventura con ella, aventura que activaría la cláusula de confiscación del acuerdo. Lisa Bennet negó la aventura, pero Anne LaRussa le enseñó unas fotografías donde se veía a la doctora y al acusado, Vince LaRussa, en un restaurante de Madison Park. Lisa Bennet declaró que se reunieron para discutir sobre el bienestar de su amiga. Le preocupaba su excesivo consumo de analgésicos y, por tanto, su posible adicción a los opioides.

»Señoras y señores, les confieso que da igual que la doctora Bennet tuviera, o no, una aventura con Vince LaRussa. —Ambrose hizo una pausa para dar efecto—. Lo que importa es que Anne LaRussa lo creía. ¿Estaba paranoica? ¿Irritable? ¿Deprimida? ¿Tenía una enfermedad terminal?

»¡Qué más da! Lo que aquí importa es lo que pensaba.

Mientras Ambrose hablaba, Keera intentaba con todas sus fuerzas mantenerse atenta, y tomar notas para rebatir al fiscal en su alegato final. Pero se distraía, algo que no le pasaba nunca. Su capacidad para concentrarse intensamente mientras analizaba las posibles consecuencias de cada movimiento en el ajedrez era lo que la convertía en una jugadora temible. Sus pensamientos volvieron a la primera reunión en el piso de LaRussa, y a las palabras que su cliente acababa de repetir. Deseó con todas sus fuerzas llevar ese caso, demostrar su valía no solo a Ella y Patsy, sino también a Ambrose. Pero entonces se sentía atrapada. Pensó en la verja que Vince quería instalar al final del camino de entrada. Aseguró que era para proteger a Anne, pero ella no la quería. Decía que se sentiría todavía más prisionera. Ese pensamiento la llevó a recordar que la familia de Anne declaró que, en los últimos meses, casi nunca veían a su hija sin que Vince estuviera presente. Él había trasladado su despacho a casa, con la excusa de que no le gustaba dejar sola a Anne, pero tal vez no quería que se reuniera con nadie sin él. ¿Qué temía? Anne LaRussa, claramente, había husmeado. Encontró los pagos mensuales a Stephanie Bowers y creyó que su marido tenía

una amante, pero, descubrió que tenía una madre y una vida anterior que ella no conocía. Seguramente se plantearía quién era el hombre con el que había compartido cama tantos años. ¿Qué más habría descubierto? Entonces Keera tuvo una idea que le revolvió el estómago. ¿Habría matado Vince LaRussa a Anne y simulado un suicidio? ¿Drogó a su esposa con los barbitúricos del botiquín y preparó el sistema convencido de quedar impune del crimen que cometería? Jack Worthing se aseguró de que Keera comprendiera con la información de sus testigos que Vince LaRussa era un superviviente: sobrevivió a las palizas de su padre, aprendió a mentir para quedarse el dinero que ganaba, y sobrevivió a un juicio por robo.

Ambrose seguía hablando:

—La doctora Bennet ha testificado que no logró convencer a Anne de lo contrario. Ha dicho que Anne estaba preocupada, desconsolada. Declaró que cuando se marchó, a las 19.29 del domingo, Anne seguía viva.

»La defensa primero argumentó la teoría de que Lisa Bennet asesinó a Anne, su mejor amiga. Sostuvo que Lisa Bennet la mató porque, tal vez Anne, para vengarse de su traición, la amenazara con denunciarla por prescribirle demasiados opioides y entonces perdería la licencia médica. —Ambrose hizo una pausa para enfatizar. Luego siguió—: Esa teoría tiene muchos vacíos. Muchísimos.

Ambrose los enumeró y April Richie los presentaba en viñetas en las pantallas del ordenador.

—Si Lisa Bennet no conoció las sospechas de Anne hasta la tarde del domingo, ¿para qué compraría un arma antes y por qué la llevaría esa noche? No lo habría hecho.

»Con esta enorme incoherencia en su teoría, la defensa decidió dar marcha atrás e inventar una teoría alternativa. En esta, Anne LaRussa, una mujer confinada en una silla de ruedas, urdió un plan, lo preparó y construyó un complejo mecanismo para quitarse la vida; un mecanismo que el perito de la defensa tardó, ni más ni menos, semanas en reproducir. La defensa ha compartido con

ustedes una teoría que justifica todas las pruebas que encontró la Policía Científica en casa de los LaRussa.

»Pero… —Otra pausa—. Esa teoría no resuelve las cuestiones más importantes. Anne LaRussa no era físicamente capaz de instalar el elaborado mecanismo por sí sola. La defensa tampoco ha explicado por qué Anne LaRussa querría suicidarse y culpar a su marido.

»Así que la defensa inventó *otra* teoría. Y esta vuelve a centrarse en la doctora Bennet. La defensa ahora quiere que crean que la *mejor amiga* de Anne la ayudó a suicidarse. ¿Estamos hablando de la misma amiga a la que acusó de tener una aventura con su marido? —preguntó Ambrose con una voz cargada de incredulidad —. Señoras y señores, estos son cuentos chinos, fábulas, fantasía, desesperación. La defensa está intentando todo, lo que sea, para que algo cale en su mente y así crear un mínimo resquicio de duda, con el objetivo de que un asesino quede en libertad.

Aquello fue como una puñalada en el pecho de Keera. ¿Iba a dejar libre a un asesino?

—Olvídense de los cuentos y las fábulas. Recuerden los hechos. Cuando Vince LaRussa llegó a su casa aquella noche, su esposa vivía. ¿Cómo lo sabemos? Porque la doctora Bennet ha afirmado que Anne LaRussa seguía viva cuando se marchó, a las 19.29. Eso es irrebatible. También podemos suponerlo porque sabemos que Anne LaRussa consultó con Syd Evans detalles de la cláusula de confiscación, que la víctima reprochó a su marido, Vince LaRussa, su relación extramatrimonial y lo amenazó con arrebatarle todos sus bienes. Esto no son especulaciones, sino sentido común. Las intenciones de Anne LaRussa se hicieron realidad esa noche. ¿Vamos a creer que no discutió también con su marido? De lo contrario, ¿para qué se esforzó tanto? ¿Por qué contrató a una detective privada para conseguir fotos, pruebas, que demostrarían la infidelidad? Por supuesto que se enfrentó a Vince LaRussa.

»La defensa, además, insinúa que la Fiscalía ha intentado ocultar el cáncer de Anne LaRussa. Ya oyeron al forense. El cáncer no tuvo

nada que ver con su muerte. Es más, puede que la situación estallara aquella noche precisamente porque Anne LaRussa sabía que se moría, que no le quedaba mucho tiempo. Así que se enfrentó a su marido y le juró que lo dejaría sin nada. Y Vincent LaRussa —Ambrose lo señaló— reaccionó disparándole y matándola. Le pegó un tiro en la nuca, como un cobarde. Esto, señoras y señores, es la única conclusión lógica basada en las pruebas. —Ambrose hizo una pausa, como para recomponerse, y luego siguió—: Repasemos todos los datos, uno a uno.

Media hora más tarde, Ambrose estaba a punto de concluir el alegato final. Había sido una presentación convincente, dadas las circunstancias, meticulosa, detallada, como siempre. Demostraba lo mucho que quería ganar el caso. Cuánto deseaba vencer a Keera. Pero las pruebas no demostraban que Vince fuera el asesino. Keera estaba convencida de que J. P. Harrison explicó y describió lo que pasó; su teoría justificaba todas las pruebas. Y estaba convencida de que Vince LaRussa no apretó el gatillo de la pistola. Las pruebas no encajaban, por mucho que Miller Ambrose lo afirmara al jurado.

Sin embargo, ¿podría Ambrose haber preparado la pistola?

Si no era así, ¿por qué tenía Keera tantas dudas?

—Haremos una breve pausa —dijo la jueza Hung.

Keera levantó la vista y volvió a la realidad. Miller Ambrose regresaba a la mesa de la Fiscalía. La expresión de los jurados era inescrutable.

—Y cuando retomemos la sesión, la defensa procederá con su alegato.

A Keera le invadió un sudor frío, de repente sintió náuseas. Echó hacia atrás la silla.

—Necesito ir al baño —dijo, y salió de la sala.

Corrió por el mármol blanco y gris hasta llegar al baño y empujó la puerta. El baño, como el edificio, con más de cien años, tenía el suelo de baldosas de terrazo en blanco y negro, cabinas de madera y lavabos de porcelana. Keera abrió el grifo del primer lavabo y se echó agua fría en la cara para que le refrescara la piel. Sintió que

alguien se acercaba al lavabo de al lado. Cuando alzó la vista, el reflejo de Lisa Bennet en el espejo observaba el agua que salía del grifo contiguo. Keera no había visto a Bennet en la sala de audiencias. Probablemente, seguiría el juicio desde la sala contigua, donde estaba dispuesto el circuito cerrado de televisión.

De cualquier modo, Keera tenía la sensación de que aquel encuentro fortuito había sido orquestado.

—Es usted Jack Worthing, ¿verdad? —preguntó Keera.

—No. —Bennet se enjuagó el jabón de las manos—. Yo solo soy la mensajera. Sabe perfectamente quién es Jack Worthing.

La puerta del cuarto de baño se abrió y entraron otras personas, algunas de ellas eran parte del público de la sala. Bennetse giró hacia el dispensador y se secó las manos con una toalla de papel marrón, áspero, que luego lanzó a la papelera. Miró una vez más al espejo y sus ojos se encontraron con los de Keera.

Entonces se marchó.

«Yo solo soy la mensajera». Bennet envió los correos.

«Sabe perfectamente quién es Jack Worthing».

Según Stephanie Bowers, Jack Worthing era Vince LaRussa. ¿Qué significaba todo aquello?

Keera regresó a la sala y se sentó, consciente de que Patsy y LaRussa la observaban atentamente. La jueza Hung todavía no había regresado al estrado. La pregunta la invadía y crecía en su interior hasta que no pudo contenerla ni un minuto más. Se volvió hacia LaRussa. Él no parecía sorprendido ni confundido. La miró como si hubiera estado esperando ese momento.

—Usted conocía a Jack Worthing desde el principio. No me refiero a la persona que enviaba los correos, sino el nombre. Usted conocía ese nombre.

Esperaba que el hombre lo negara, que frunciera el ceño y la mirara con perplejidad, como la primera vez que Keera mencionó ese nombre en la sala de la cárcel del condado de King. Esperaba que le preguntara a qué se refería. Era muy buen mentiroso.

Pero no lo hizo. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Lo que yo sepa es totalmente irrelevante para el trabajo que usted ha jurado hacer, letrada —susurró—. Usted prometió que me defendería a capa y espada en todo momento. Hasta el final. —Se inclinó hacia ella. Los ojos se le oscurecieron y la mandíbula se le tensó—. Haga su trabajo.

—Señora Duggan —la jueza Hung había vuelto al estrado—. ¿Desea la defensa presentar su alegato final?

LaRussa rompió el contacto visual y miró hacia delante.

—¿Señorita Duggan?

Keera miró al otro lado de LaRussa, a Patsy, que parecía preocupado. Respiró hondo y se dirigió a la jueza.

—Sí, señoría.

Llevó el portátil al atril, la cabeza le daba vueltas. Miró a los miembros del jurado y consiguió de algún modo recomponerse. El movimiento en la sala pareció ralentizarse. Keera veía cada movimiento del juicio desarrollarse delante de ella, como antes preveía los movimientos en una partida de ajedrez.

—Con la venia, señoría. —Dio las gracias al jurado por su servicio y luego dijo—: Como muchos de ustedes, yo también he tenido dificultades con las pruebas de este caso, aunque nunca he dudado de la inocencia de Vincent LaRussa. Precisamente participamos en este juicio porque las pruebas son desconcertantes. —Su vena más competitiva despertó—. Mi cliente, Vincent LaRussa, es inocente. Entró en esta sala siendo inocente hasta que se demuestre lo contrario, y es tarea de la Fiscalía demostrar su culpabilidad…, pero no basta con demostrarla. La Fiscalía tiene la obligación de demostrar su culpabilidad más allá de toda duda razonable y convencer de eso a cada uno de ustedes.

Ofreció su explicación habitual sobre el concepto de duda razonable, un recurso que utilizaba con frecuencia en sus juicios. La jueza Hung daría al jurado instrucciones específicas al respecto después de los alegatos finales.

—He tenido dificultades con las pruebas porque parecen contradictorias. Me ha costado encajar todas las variables en una

teoría coherente. Ya han oído al perito de la defensa, J. P. Harrison, declarar algo parecido. Ha dicho que una teoría no lo es si no explica todas y cada una de las variables. Lo aprendió en el instituto, en la clase de Química de su profesor, el señor Cobalt. Si una teoría justificaba todas las variables, sacaba un sobresaliente. Pero en caso contrario, la teoría pasaba a ser una mera hipótesis, no una teoría válida.

Varios miembros del jurado sonrieron al recordar a Harrison y su testimonio.

—La acusación ha fracasado —continuó Keera—. La teoría de la Fiscalía para este caso no explica todas las pruebas y, por tanto, no es una teoría, sino una hipótesis. Mera especulación.

Hizo una pausa para dar énfasis y luego añadió:

—Repasemos las pruebas que el señor Ambrose no ha explicado. —Tocó la pantalla del ordenador y aparecieron las viñetas que Ambrose había mostrado y las usó como piezas de ajedrez, para atacar y mermar la versión de la Fiscalía con cada movimiento. Se detuvo para dar al jurado la oportunidad de pensar. Patsy le explicó que muchos abogados decían a los miembros del jurado qué pensar. Los buenos abogados les daban la oportunidad de sacar sus propias conclusiones.

Era un arte. Un don.

—La Fiscalía les pide que usen el sentido común, pero no les da una respuesta sensata a esas preguntas. Estoy segura de que las pruebas les desconcertaron a algunos de ustedes hasta que J. P. Harrison les ofreció una teoría respaldada por un experimento que explicaba todas y cada una de las pruebas. J. P. Harrison les ha mostrado pruebas que indican que Anne LaRussa se suicidó. Les ha mostrado cómo lo consiguió. Ha aprobado el examen del señor Cobalt con sobresaliente.

»La Fiscalía les ha pedido en su alegato final que rechacen la teoría del señor Harrison porque no tiene sentido. La Fiscalía afirma que Anne LaRussa era físicamente incapaz de preparar ella sola el mecanismo. La Fiscalía argumenta que Anne LaRussa no tenía

ningún motivo para culpar a su marido. La Fiscalía se ha anticipado al argumento de la defensa de que Anne LaRussa no podría instalar sola el mecanismo, que su mejor amiga, Lisa Bennet, la ayudó.

Keera respiró hondo. Separó las manos y las mostró con las palmas hacia arriba.

—Anne LaRussa se moría. Tenía un cáncer terminal. Le quedaban semanas de vida, como mucho. La Fiscalía no quería que se divulgara esa información. La Fiscalía se esforzó mucho para que el forense, Arthur Litchfield, no compartiera esa prueba crucial con ustedes. ¿Qué intentaba ocultar? ¿Quizá el hecho de que la doctora Lisa Bennet, una oncóloga que perdió a su marido por cáncer y conocía tanto profesional como personalmente el dolor y el sufrimiento que su mejor amiga soportaría esas últimas y horribles semanas, considerase una bendición para Anne y su familia su muerte rápida? ¿Intentaba ocultar que Lisa Bennet haría lo que su mejor amiga le pidiera y que la ayudaría a marcharse de este mundo como ella quisiera?

»En lugar de eso, en el alegato final, la acusación decidió plantear otra pregunta: ¿Por qué Anne LaRussa y Lisa Bennet instalarían el sistema que la mató e intentarían inculpar al marido?

Keera se giró y miró a Vince LaRussa, sus ojos se encontraron por un instante.

—No lo sé —dijo. Miró a los miembros del jurado—. Puede que nunca lo sepamos. Pero no es mi trabajo averiguarlo. Y tampoco lo que se les ha pedido a ustedes. Les dije en mi alegato inicial que mi tarea era convencerlos de que existía una duda razonable sobre si Vince LaRussa mató a su esposa.

»La Fiscalía no ha podido probar más allá de cualquier duda razonable que Vince LaRussa matara a su esposa con alevosía y premeditación. Pero eso no tengo que decírselo. Ustedes han sacado sus propias conclusiones, como es su deber. Saben que Vince LaRussa no lo ha hecho. Vince LaRussa no ha asesinado a su esposa y eso es lo único que deben responder. Les pido que hagan su deber y declaren no culpable al acusado.

Después de una breve pausa, Keera dio las gracias al jurado. Cuando regresó a la mesa de la defensa se sentía agotada física y mentalmente. La adrenalina y la satisfacción que tantas veces sentía al final de los torneos de ajedrez no llegó.

Ambrose se levantó para el turno de la última palabra. Keera pensó que intentaría responder a las preguntas que dejó en el aire, pero no lo hizo. No podía.

—La defensa quiere que crean que este es un caso complicado —dijo Ambrose—, que las pruebas son complicadas, nos enfrentamos a un caso difícil, así que lavémonos las manos y declaremos al acusado no culpable. —Negó con la cabeza y miró al jurado—. La defensa intenta confundirlos. La Fiscalía, no. Este caso es muy simple.

»Anne LaRussa pidió a Syd Evans que fuera a su casa la tarde del domingo para consultar con él la cláusula de confiscación del acuerdo prematrimonial. Anne LaRussa pidió a Lisa Bennet que fuera a su casa la tarde del domingo para acusarla de tener una aventura con su marido, una aventura que permitiría ejecutar la cláusula de confiscación. Ya han oído a la doctora Bennet declararlo en el turno de los testigos, bajo juramento. —Otra pausa. Resultaba evidente que a Ambrose le costaba dominar la ira—. Nadie más entró en aquella casa esa noche. Nadie rompió una ventana ni forzó una puerta antes de que Vincent LaRussa llegara a casa. Anne LaRussa le presentó unas pruebas que le costarían al acusado decenas de millones de dólares y él le disparó en la nuca.

Ambrose miró a los miembros del jurado y habló con una voz tranquila.

—Es trágico, pero simple.

No permitan que la defensa los confunda. Declaren culpable de asesinato en primer grado a Vincent LaRussa.

Ambrose se sentó.

El destino de Vincent LaRussa quedaba en manos del jurado.

Entonces, ¿por qué Keera tenía la sensación de que estaba en las suyas?

Capítulo 36

La jueza Hung mandó al jurado a deliberar justo después de la hora de la comida. Los funcionarios de prisiones escoltaron a Vince LaRussa a la cárcel para que esperara allí al veredicto del jurado. Keera no habló con él. Dejó que Patsy se encargara. Luego regresaron al bufete. Ambos estaban seguros de que la deliberación se prolongaría. Dos horas más tarde, la letrada de la Administración de Justicia de la jueza Hung se puso en contacto con ellos para decirles que el jurado tenía varias dudas. La jueza Hung quería que los letrados las resolvieran, es decir, que argumentaran sus posiciones con términos legales, lo que indicaba que la deliberación se alargaría.

—Yo me encargo —se ofreció Ella en el despacho de Keera, donde también estaban Patsy y Maggie—. Tengo esa investigación y conozco la transcripción del juicio mejor que nadie.

—Gracias, Ella —dijo Keera cuando se marchaba hacia la puerta.

—No hay de qué.

—Lo digo de corazón —insistió Keera.

Ella se detuvo y giró la cabeza. Sus ojos pasaron de Keera a Patsy, luego a Maggie y otra vez a Keera.

—Para eso está la familia —sentenció.

—Y los bufetes de abogados —exclamó Keera, sonriendo.

—Yo prepararé la cafetera y pediré unos bocadillos —propuso Maggie—. ¿Queréis algo especial?

—Yo no tengo hambre —soltó Keera.

—Te pediré un bocadillo y te lo comerás —ordenó Maggie—. Y tú también, papá.

Keera sonrió.

—De acuerdo. Pero primero saldré a dar un paseo para despejarme un poco.

—Llévate el móvil —le pidió Maggie antes de marcharse del despacho.

—¿Quieres compañía? —preguntó Patsy.

—Hoy prefiero ir sola.

—Tienes esa expresión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keera, fingiendo no saber a qué se refería su padre.

—La mirada del abogado inexperto cuando cae en la cuenta de que la persona a la que ha defendido con todas sus fuerzas es culpable, cuando se plantea qué ha hecho y qué clase de persona quedará en libertad.

—A ti también te ha pasado.

Patsy sonrió con tristeza.

—Claro. Y te garantizo que es peor cuando declaran culpable a un cliente de cuya inocencia estás seguro.

—Imposible.

—¿Qué te preocupa, hija? LaRussa no ha matado a su esposa, creo que eso es evidente.

—¿De verdad? Porque yo no estoy tan segura. Puede que no apretara el gatillo, pero dudo que sea inocente, papá. Sencillamente, no sé de qué es culpable.

—¿Esto es por Jack Worthing y todas las personas a las que nos empujó a entrevistar?

—Me he encontrado con Lisa Bennet en el cuarto de baño justo antes del alegato final y la he acusado de ser Jack Worthing.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que ella era una mera mensajera y yo conocía perfectamente la identidad de Jack Worthing.

—¿Vince?

—Creo que quería decir que ella escribió los correos electrónicos y ayudó a Anne a preparar el artefacto. Ella me envió a hablar con toda esa gente y con la madre de Vince para que supiera que él es Jack Worthing. Justo antes del alegato se lo pregunté a Vince mirándolo a la cara.

—¿Y qué te dijo?

—Que hiciera el trabajo que le prometí. —Keera suspiró—. ¿Recuerdas que mencioné una cita del diálogo de *La importancia de llamarse Ernesto*?

—Sí, sé que dijiste algo, pero no recuerdo qué.

—«La verdad pocas veces es pura y nunca simple». Me parece una cita completamente apropiada para nuestra situación. Pero creo que no sé cuál es la verdad en este caso.

Patsy no respondió de inmediato. Después de un momento, dijo:

—Debes recordar siempre una cosa, hija. A ti te han contratado para un trabajo. No puedes fustigarte por hacerlo bien. Meter a los criminales en la cárcel es responsabilidad de la Fiscalía. Creo que te quedan rastros de fiscal en la sangre, por eso te cuestionas tu trabajo de defensora. Hace falta tiempo para comprender que la labor de un abogado defensor no es permitir que las personas salgan impunes, sino asegurarse de que se respetan los derechos de sus clientes. Si desempeñas bien tu tarea, da igual el veredicto: culpabilidad, inocencia o sin acuerdo. —Patsy caminó hacia la puerta —. Ve a dar un paseo, te sentará bien. Yo voy al despacho y tu hermana me obligará a comer un bocadillo.

Keera bajó a la planta baja en ascensor, pero solo llegó al Paddy Wagon. Se sentó a una mesa en la parte trasera, donde trabajaba con el portátil cuando quería escapar de los teléfonos del bufete.

Liam apareció.

—¿Comes sola? No es muy saludable.

—Solo voy a beber.

—Peor me lo pones.

—Un agua con gas y lima.

El chico miró el reloj.

—¿Demasiado pronto para un Dalmore?

—Estoy pendiente del jurado.

—He seguido el juicio en los periódicos.

—Ahora está en manos del jurado.

—Pues te dejo con tus pensamientos.

El chico regresó al cabo de unos minutos con el agua con gas y lima, una ensalada, unas rebanadas de pan y unas porciones de mantequilla.

—No es bueno beber con el estómago vacío. —Sonrió antes de marcharse para respetar su intimidad.

Keera respondió los correos electrónicos urgentes desde el móvil. No sabía qué era peor, si estar en pleno juicio o intentar actualizar el trabajo retrasado de otros casos.

Agradeció distraerse.

De pronto, notó una presencia y levantó la mirada esperando ver a Liam.

—Imaginaba que te encontraría aquí —dijo Frank Rossi—. Parece que estás poniéndote al día del trabajo retrasado de las últimas semanas. Conozco muy bien esa sensación.

Keera, curiosa, se apoyó en el cojín del respaldo del banco. Igual que el encontronazo con Lisa Bennet en el cuarto de baño, sabía perfectamente que aquello no era casualidad.

—Creo que deberías estar haciendo lo mismo.

—No soy tan responsable como tú. —Rossi señaló el banco al otro lado de la mesa, y Keera lo invitó a sentarse con un gesto.

Liam regresó.

—Tomaré lo mismo que ella. ¿Qué es? ¿Vodka? ¿Ginebra?

—Agua con gas y lima —respondió Keera.

Rossi miró el reloj y Keera hizo lo mismo. Eran más de las cinco de la tarde. La jueza Hung habría ordenado a los miembros del jurado irse a casa. Casi en ese mismo momento, sonó el móvil de Keera, un mensaje de Ella. La letrada de la Administración de Justicia les avisaba de eso.

—Ponme un agua con gas y lima —pidió Rossi.

—¿Andabas por el barrio y has pensado pasar por aquí? —preguntó Keera.

Rossi sonrió.

—He llamado a tu despacho y me han dicho que habías salido a dar un paseo. He recordado que me dijiste que venías aquí a menudo cuando querías huir del teléfono. —Miró a su alrededor—. Siempre me ha gustado este sitio.

Keera y Rossi trabajaron algunos casos juntos en el Paddy Wagon o celebraron veredictos.

—Sí, a mí también. —Hizo una pausa—. Gracias por el informe del forense.

Rossi cogió una rebanada de pan de masa madre de la cesta y le dio un mordisco.

—Lo negaré.

—Lo sé.

—Ambrose ya no tendrá ninguna posibilidad de convertirse en fiscal del condado de King. La jueza Hung lo crucificará por mala praxis. Aunque me importa un bledo, él estaba dispuesto a echarme a los leones.

—Patsy dice que la jueza Hung no tolera nada que ensucie la profesión —dijo Keera.

—¿Cómo la actuación de un abogado que finge estar borracho para dar más tiempo a sus peritos? —preguntó Rossi.

—Lo negaré —respondió Keera.

Liam regresó con la bebida de Rossi, pero sin ensalada ni pan.

Rossi dio un trago y dijo:

—No está nada mal. Podría acostumbrarme a esto. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Qué locura de caso, ¿no? Nada que ver con los que llevamos juntos. Por cierto, has hecho un alegato final excelente.

—Gracias. —Keera seguía esperando que Rossi le explicara el motivo de su visita.

—Billy Ford dijo que este caso era un acertijo. Y vaya si tenía

razón.

—¿Qué acertijo?

—El del tío que entra en una habitación y se encuentra la ventana abierta, un charco de agua en el suelo, un cristal roto y a Mary asfixiada. ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy demasiado cansada para acertijos, Frank.

—Mary es un pez dorado. El viento entró por la ventana y tiró la pecera al suelo. —Comió más pan—. Tú has resuelto el acertijo.

—¿Eso crees?

—Harrison dio una explicación tan buena como cualquier otra de lo que pasó.

—No estoy convencida de haberlo resuelto.

—Se librará de la cárcel —sentenció Rossi—. Lo sabes, ¿verdad?

Keera consideró la pregunta de Rossi antes de responder.

—Ya veremos.

—No pareces alegrarte. ¿Qué ocurre?

La pregunta llamó la atención de Keera. ¿Por eso había ido a verla?

—¿Crees que es inocente?

—¿Del asesinato de su esposa? Yo pensaba que él la mató. Quería más tiempo para demostrarlo, pero Ambrose estaba histérico y tu cliente se negó a renunciar al derecho a un juicio rápido. Por cierto, muy bien jugado, otra vez. Yo lo consideraba culpable. Sin embargo, después de escuchar la teoría de Harrison y de ver el vídeo…, en mi opinión, LaRussa es inocente. O, mejor dicho, él no ha matado a su esposa.

Keera pasó el dedo por el vaso húmedo de condensación. Levantó la vista y miró a Rossi directamente a los ojos. Parecía que no quería añadir nada más.

—Pero no dejo de preguntarme lo mismo que tú. ¿Por qué querría Anne inculparlo? —continuó hablando Rossi—. ¿Por qué querría preparar la trampa que Harrison describió para que su marido pareciera culpable de su asesinato? ¿Y por qué participaría Lisa Bennet? Deberían tener un buen motivo, ¿no crees?

—¿Has hablado con Bennet sobre esto?

—Todavía no.

—Ojalá supiera la razón.

—¿No la sabes?

—No —respondió Keera, moviendo la cabeza.

—Pero piensas lo mismo que yo, ¿verdad?

—Lo negaré. —Keera no pudo contener la sonrisa.

—Alguien lo sabe.

—Jack Worthing —dijo Keera sin darle importancia. La expresión de Rossi se congeló como una máscara—. ¿Qué? —le preguntó.

—¿De qué conoces ese nombre?

Keera estudió la expresión facial y el lenguaje corporal de Rossi. Él también lo conocía.

—¿Y tú?

—No lo hemos hecho público, Keera. ¿Dónde has oído ese nombre?

—¿Qué no habéis hecho público? ¿De qué hablas, Frank? ¿Conoces el nombre o no? ¿Te suena?

—Tienes que decirme quién te habló de ese nombre.

—No sé si puedo.

—Mira, Keera, hace tiempo que nos conocemos, el tiempo suficiente para que sepas que soy honesto. No intento sonsacar información a la defensa.

Keera recordó el primer correo electrónico de Jack Worthing, el que decía que se jugaba la partida de su vida.

—No puedo, Frank.

Una mirada de comprensión cruzó el rostro del inspector.

—Conoces el nombre desde que representas a Vince LaRussa. ¿No puedes hablar de eso por secreto profesional?

—Me resulta complicado. Solo sé que no puedo hablar de eso.

—Keera…

—Pero conozco a alguien que sí.

Capítulo 37

Fueron en coches diferentes y aparcaron delante de la casa de Lisa Bennet. Rossi se reunió con Keera delante de los escalones que daban a la puerta principal.

—Debería ocuparme de esto yo solo.

—Ni lo sueñes, Frank —respondió Keera—. Ella quería que yo tuviera la información y estoy intentando averiguar por qué. Si se lo cuenta a alguien, será a mí. Pero tú tienes que oírlo con tus propios oídos, yo no puedo decírtelo.

La luz del verano se había difuminado, aunque todavía quedaban horas para que la ciudad se sumiera en la oscuridad. Rossi golpeó la puerta principal con el puño. Se oyeron unos pasos acercándose y luego solo silencio. Lisa Bennet se debatía entre abrir o no la puerta principal, puede que contemplara la idea de que la habían pillado y le diera miedo. Rossi estaba a punto de llamar por segunda vez cuando la puerta se abrió.

Bennet parecía cansada, exhausta tanto física como mentalmente.

—¿Doctora Bennet? —Rossi le mostró la placa y la identificación —. Me gustaría que me concediera un momento.

Bennet miró a Keera y luego a Rossi. No les preguntó de qué querían hablar ni fingió ignorarlo. Parecía resignada. Sin mediar palabra, retrocedió para que pasaran.

Fueron al salón. Rossi se sentó y se inclinó hacia delante, con los

codos apoyados en las rodillas. Keera se sentó en el sillón contiguo.

—Iré directo al grano, doctora Bennet, porque creo que estamos todos agotados —comenzó Rossi—. ¿Le suena el nombre de Jack Worthing?

Bennet asintió.

—Dígame de qué —le pidió Rossi.

—Me lo dijo Anne.

—¿Qué le dijo?

Bennet suspiró.

—¿Por dónde quiere que empiece? —Tenía una voz cansada.

—Por el principio, por mi experiencia, siempre es mejor así —respondió Rossi.

Bennet miró a Keera.

—Si ha seguido las indicaciones de los correos, entonces, usted ya lo sabe.

—Dígamelo a mí —pidió Rossi—. Tengo que saberlo.

—Vince LaRussa no es quien dice ser.

—¿A qué se refiere? —preguntó Rossi—. ¿Quién es?

Una vez más, Bennet miró a Keera.

—Vince creció en un hogar desestructurado con un padre abusivo que lo maltrataba y una madre adicta. Anne descubrió, por casualidad, que Vince mandaba dinero cada mes a una mujer que se llamaba Stephanie Bowers. Todo comenzó de forma inocente. Anne estaba en el despacho de su marido buscando algo y encontró un registro de pagos mensuales en el escritorio. Siempre la misma cantidad. Al principio pensó que sería un inversor, pero entonces se fijó en que la dirección era de un parque de caravanas a las afueras de Beaverton, Oregón. No exactamente la dirección de una persona con el perfil de cliente rico que Vince buscaba. A Anne le picó la curiosidad, pero dadas sus limitaciones físicas, no podía ir a hablar con Bowers, y Bowers no tenía teléfono. O por lo menos registrado.

—Así que fue usted —se adelantó Keera—, y le dijo a Bowers que era Anne LaRussa.

—Sí.

—Y descubrió que Stephanie Bowers es la madre de Vince LaRussa —continuó Keera.

Bennet asintió.

—¿Qué quiere decir con que encontró a la madre de Vince? —preguntó Rossi, levantando la mirada del cuaderno donde tomaba apuntes—. ¿Vince desconocía que su madre estaba allí?

—Vince lo sabía, pero Anne no —respondió Bennet—. Cuando se casaron, Vince le dijo a Anne que sus padres habían muerto y que no tenía familia. Era mentira. Una de muchas. Pagaba el alquiler y la comida a su madre para que mantuviera el pico cerrado. Fui al parque de caravanas, fingí ser Anne y hablé con ella. Bowers me explicó que huyó con su hijo en plena noche después de que el padre de Vince casi la matara. No volvieron a verlo nunca más. La mujer dijo que vivían en un hogar horrible y que Vince escapaba de la realidad leyendo las vidas de otras personas e imaginando vivirlas él. Una de esas personas era Jack Worthing, un personaje de una obra de teatro con un *alter ego*. No es de extrañar que un niño sometido a maltratos constantes desde tan pequeño tuviera problemas para desarrollar una identidad propia y que creara una alternativa o quizá más de una totalmente diferente de su realidad.

—¿Cómo un trastorno de personalidad múltiple? —preguntó Rossi.

—El término correcto es trastorno de identidad disociativo, aunque el sector sanitario no lo acepta universalmente. En dos palabras, la teoría dice que niños con esas experiencias vitales crean una o varias identidades diferentes para no enfrentarse al trauma. Los niños crean recuerdos diferentes, familias diferentes e incluso amigos. Vince, en su realidad alternativa, caía bien a la gente y tenía mucho dinero, o pronto lo ganaría, pero esa persona también tenía un lado oscuro que hacía las cosas perversas que la identidad real no se atrevería. Vince asoció la riqueza con el éxito desde muy pequeño y ganar dinero se volvió fundamental para él, porque lo consideraba el indicador de felicidad. Bowers me contó todo de Vince, todo lo que Anne desconocía. Me habló de sus años en el

colegio, de sus amigos. En definitiva, me enteré de todo lo que una esposa debería saber, pero Anne desconocía.

»Le expuse a Anne toda la información de Bowers y ella siguió investigando por su cuenta. Fue tirando del hilo y finalmente llegó a los colegios de Beaverton, y a la universidad de Washington State. A medida que hablaba con más personas del pasado de Vince, fue comprendiendo que Vince era un fraude y, probablemente, un sociópata. Supo que robó dinero a sus compañeros de primaria, que escondía el dinero que ganaba vendiendo fresas para que no se lo quitara su padre, que malversó fondos de la hermandad y que agredió a un trabajador y compró rápidamente su silencio para que no lo denunciara.

—¿Y Anne LaRussa no sabía nada de esto cuando se casó con él? —preguntó Rossi.

—Las personas con este trastorno mienten muy bien porque creen que lo que dicen es cierto.

Keera recordó lo difícil que le resultó distinguir si LaRussa mintió cuando le preguntó por las personas con las que se había entrevistado, y Keera sabía leer el lenguaje corporal. Pero LaRussa era indescifrable.

—Cuando Anne le preguntaba cómo era su familia, Vince le hablaba de ella con total convicción, como si hubiera existido realmente. Cuando lo conocí, no supe a qué atenerme. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Atractivo, ambicioso, carismático. Pero cuando le hacía preguntas personales, cambiaba de tema o respondía escuetamente sin decir nada. A mí me preocupaba Anne. Su familia era rica y ella, la heredera.

—Sospechó que LaRussa era un cazafortunas —afirmó Rossi.

—Sí —dijo Bennet—. Y el padre de Anne también.

—Por eso firmaron el acuerdo prematrimonial —continuó Rossi—. ¿Habló con Anne de ese asunto?

—Anne estaba enamorada. Quería a Vince con locura y creía que su marido se había hecho a sí mismo. También decía que el dinero no supondría un problema, porque sus padres insistían en el acuerdo

prematrimonial y Vince lo aceptaba. —Se giró hacia Keera—. Ya sabe cómo son estas cosas. Si me hubiera opuesto totalmente habría corrido el riesgo de perder a mi amiga, así que no dije nada esperando que todo saliera bien.

—¿Y qué relación tiene esto con el asesinato de Anne LaRussa? —preguntó Rossi.

—¿Conoce a Bernie Madoff? —dijo Bennet a modo de respuesta.

—Por supuesto —contestó el inspector.

—Vince siguió el modelo de Madoff para crear Gestión Patrimonial LaRussa.

—¿Está usted hablando de una estafa piramidal? —soltó Rossi, poco convencido—. ¿Qué GPL es una estala piramidal?

—Por eso nadie ofrece los mismos intereses que GPL —intervino Keera al recordar que Phil McPherson le dijo que fracasó en todos sus intentos de levantar empresas con diferentes modelos de negocio—. Y también por eso Vince impedía el contacto entre sus empleados y los clientes. El dinero no lo invertía ni en bolsa ni en ningún lado. Le urgían nuevos inversores para pagar mensualmente a los anteriores.

—Vince solo necesitaba que Anne convenciera a sus padres para que invirtieran en GPL y luego ellos convencieran a sus amigos ricos. Y la familia lo hizo, por Anne —dijo Bennet—. Quería que Vince triunfara. Y así fue. GPL ofrecía a sus inversores beneficios constantes cada mes. Se corrió la voz. Nadie investigó a Vince porque era el marido de Anne, tenía un despacho precioso en Pioneer Square, era miembro de las juntas directivas de varias organizaciones benéficas e incluso salió en la portada de *Seattle Magazine*.

—¿Todo una farsa? —preguntó Rossi.

—Al principio no. Al principio Vince tenía algunas propiedades legítimas y hacía inversiones legítimas. Es muy, muy inteligente y aprende muy deprisa. Pero quería más y necesitaba más dinero para seguir pagando un ocho por ciento a sus inversores.

Rossi se inclinó hacia delante.

—Tiene que haber documentos, auditorías, préstamos, informes de títulos de propiedad y demás papeleo de las operaciones. Si no, ¿cómo GPL habría conseguido los documentos necesarios para legitimar sus inversiones y aprobar las auditorias anuales?

—Falsificaba los documentos de la mayoría de las propiedades y los de las hipotecas —explicó Bennet.

—¿Cómo superaba las auditorías? —insistió Rossi.

—Contrató a empresas auditoras para que enviaran solicitudes de validación de sus propiedades, pero las direcciones postales eran apartados de correos que él había abierto.

—Recibía las solicitudes y cumplimentaba los documentos él mismo —murmuró Rossi.

—Vio lo fácil que era y eso le dio alas. Cada vez falsificaba más documentos.

—¿Y sus empleados sabían algo? —preguntó Rossi.

—Vince era muy hábil compartimentando empleados —respondió Keera, repitiendo lo que había oído a McPherson—, y la gente necesita trabajar. Su gran oportunidad llegó cuando las mayores y más prestigiosas empresas de inversión empezaron a confiarle el dinero de sus clientes.

—Eso dio credibilidad a GPL —continuó Rossi, y Keera recordó que el inspector había estudiado contabilidad y procedía de una familia de profesionales de ese ámbito—. Y esas empresas invierten en fondos de pensiones y valores de ese tipo. El inversor no puede retirar su dinero sin penalización, lo que garantizaba un flujo constante de efectivo a Vince.

—¿Y nadie de las empresas prestigiosas investigó? —preguntó Keera.

—¿Para qué? —respondió Rossi—. Esas empresas cobran un porcentaje sobre los activos que gestionan. Si en papel esos activos crecen un ocho por ciento anual, sus comisiones crecen en la misma proporción.

—¿Y los inversores? —insistió Keera, recordando la conversación con McPherson—. Eran personas con formación, y, seguramente,

alguno se daría cuenta de que la gestión no era muy legal y lo denunciaría.

—Si recibieras un ocho por ciento de rentabilidad fija al mes por tu dinero, con disponibilidad inmediata, ¿tú te quejarías? —dijo Rossi —. Muchos de estos grandes inversores no se han hecho ricos porque les importe la justicia social, la igualdad para todos ni un sistema que ofrezca a los inversores las mismas condiciones. Ganan dinero porque solo les importa ganar más. Y con Vince LaRussa ganaban mucho. Era la gallina de los huevos de oro. —Se giró hacia Bennet y le preguntó—: ¿Cómo sabe todo esto?

—Anne lo descubrió y me lo contó.

—¿Anne? ¡Estudió Literatura! —Se extrañó Keera.

—Siempre fue muy muy inteligente —respondió Bennet—. Ella gestionaba sola el negocio de los caballos: pagaba las facturas, se encargaba de la administración…, de todo.

Estaba ocupada y satisfecha. Ni le interesaba ni tenía tiempo para investigar el negocio de GPL. Pero después del accidente se quedó en casa y empezó a ver cosas extrañas. Como ya he dicho, todo empezó por casualidad: encontró los pagos a Stephanie Bowers y luego vio solicitudes de validación con sus apartados de correos. Y al investigar más a fondo, comprendió que las solicitudes se enviaban a direcciones distintas, pero todas acababan en el despacho de Vince. No lo entendía. Después encontró informes de títulos de propiedad y solicitudes de préstamo sobre determinados bienes, los buscó… y descubrió que GPL no tenía intereses en ellos.

—Vince conseguía préstamos utilizando informes de titularidad falsos, solicitudes de crédito y otros documentos de operaciones que nunca llegaron a realizarse —explicó Rossi—. Inventaba activos y propiedades ficticios para justificar el dinero desaparecido, y buscaba nuevos inversores para pagar con su dinero los intereses mensuales de los inversores iniciales. Una estafa piramidal de manual.

—En una ocasión, Anne, tanteando el terreno, le preguntó a Vince por las propiedades —afirmó Bennet—. Su respuesta fue que ella no entendía el negocio y no se metiera. Cuando insistió, se

enfadó. Anne le aseguró que solo quería proteger a sus padres y a los amigos que habían invertido con GPL, pero Vince se puso desafiante y le soltó que era lo mejor que les había pasado, que gracias a él ganaban mucho dinero.

—¿Por qué guardaba la documentación en casa si no se fiaba de Anne? —preguntó Keera.

—Probablemente para que su secretaria y los empleados de GPL no los encontraran en la oficina —supuso Rossi—. En una estafa piramidal, es fundamental limitar al máximo el número de personas con acceso a la información sobre las inversiones. Sin lugar a duda, tendría dos libros contables: uno en la oficina, para enseñar a futuros inversores, y otro real en casa.

»Después de que Anne hablara con él, mandó poner un cerrojo en la puerta de su despacho —dijo Bennet—. Y eso aún preocupó más a Anne. —Bennet miró a Keera—. Vince la subestimó. Físicamente se deterioró, pero tenía la mente intacta. Llamó a un cerrajero, le explicó que había olvidado las llaves del despacho dentro y le pidió una copia. La gente suele ser comprensiva con una mujer en silla de ruedas. No hacen muchas preguntas. Encontró los apartados de correos de veinte propiedades falsas y descubrió que Vince respondía personalmente a las preguntas de los auditores. También encontró la factura de una empresa de contabilidad de Pioneer Square que devolvió la fianza a GPL, porque se negó a hacer la auditoría.

—Asesoría Cliff Larson —soltó Rossi—. Bernie Madoff elegía empresas pequeñas con nombres parecidos a los de las grandes, para simular que estas últimas aprobaban sus auditorías. Por eso me sonaba el nombre. LaRussa hizo lo mismo.

—¿Y por qué el contable no denunció a GPL? —preguntó Keera.

—Muchas auditoras no se arriesgan a que las veten en el sector. No es raro que cuando una detecta alguna anomalía, dé un paso atrás y se niegue por escrito a hacer la auditoría. Eso le pasó también a Madoff.

—Cuando se publicó que un contable había sido asesinado en

Pioneer Square, Anne leyó el nombre en el periódico y supo que Vince estaba implicado en aquella muerte, que el contable había descubierto la estafa piramidal y quizá amenazado con denunciar a la empresa —dijo Bennet—. Anne no estaba segura, solo sabía que lo habían asesinado.

—¡Está asegurando que Vince LaRussa asesinó al contable del antiguo edificio Pioneer! —exclamó Keera.

Rossi la miró.

—Jack Worthing fue la última cita de Cliff Larson la tarde que falleció. Al menos, eso creemos. Encontramos su nombre en la agenda de la recepcionista. Por eso lo recordaba. Llevamos más de un año intentando vincularlo a algún cliente o exempleado descontento.

—Dios mío —murmuró Keera—. Y yo conseguiré que lo absuelvan.

Sintió náuseas, la misma sensación que la invadía de adolescente cuando su padre aparecía borracho en los torneos de ajedrez. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Está bien? —preguntó Bennet.

Keera respiró hondo, mantuvo el aire unos segundos y lo soltó lentamente.

—¿Keera? —insistió Rossi.

—Pasará en un momento. —Necesitaba una ducha larga y caliente para quitarse la suciedad. Volvió a sentarse y asintió para que los otros siguieran.

—Anne tenía otro problema —continuó Bennet—. ¿Con quién hablarlo y cómo demostrarlo? No le quedaba mucho tiempo. Estaba muriéndose. —Se secó una lágrima—. Anne me confesó que sospechaba que Vince había matado al contable, pero no tenía pruebas. Estaba desesperada.

—¿Entonces por qué fingir un suicidio tan elaborado? —preguntó Rossi.

Bennet soltó un suspiro.

—Anne sufría mucho dolor, pero lo atribuía a su parálisis. Cuando

el dolor fue a más, en lugar de remitir, le recomendé un PET. Entonces descubrimos los tumores. Le expliqué que le quedaban semanas de vida. Anne se mostró estoica. Me respondió que no quería vivir cuarenta años así, y menos con Vince. Como no tenía tiempo para demostrar con pruebas que él había asesinado al contable, decidió una alternativa: incriminar a Vince por su asesinato. Esperaba que así lo encerraran de por vida, para que no pudiera hacer daño a nadie más. Juntas ideamos un plan que podía funcionar y Anne escribió varios correos por si los necesitaba. —Se volvió hacia Keera. Esos son los correos que le envié.

—¿Por qué a mí? —preguntó Keera. Eso le intrigaba desde el principio—. ¿Por qué no mandó los correos a la Fiscalía o a la Policía, a los inspectores del caso del contable?

—Cuando Anne decidió quitarse la vida y culpar a Vince, no quiso que me procesaran a mí por colaboradora necesaria. Después de que me comprometí a ayudarla, diciendo que me había acusado de tener una aventura con Vince, creando así el móvil de su asesinato, ya no podía acudir a la Policía ni a la Fiscalía sin implicarme.

—¿Entonces la aventura era falsa? —quiso saber Rossi.

—Anne me pidió que comiera con Vince, que lo cogiera de la mano, de manera que sugiriese algo íntimo.

—Vale, así que le tendió una trampa para incriminarlo por su muerte. Pero, entonces, ¿por qué mandó los correos a cualquiera? —preguntó Rossi.

—Anne fue un paso más allá. Sabía lo listo que era Vince y lo difícil que sería condenarlo. Tampoco quería arriesgarse a que algo fallara con el mecanismo y que Vince saliera impune. Así que redactó varios correos explicando lo que había averiguado del pasado de Vince. Si era necesario, yo tenía que enviarlos a la persona adecuada después de la muerte de Anne. Como ya he dicho, no podía acudir a la Fiscalía ni a la Policía sin desvelar que Anne se había suicidado y que yo la ayudé. Envié los correos con el nombre de Jack Worthing, usando una VPN imposible de rastrear, porque sabía que Anne utilizó ese nombre para hablar con las personas del pasado de Vince.

Esperaba despertar su interés, incitarle a pensar que esas personas tenían pruebas de que Vince había matado a Anne.

—Se arriesgó a que ignorara los correos —dijo Keera.

—Lo sé. Pero investigué sobre usted en cuanto supe que defendería a Vince. Descubrí que había competido en ajedrez, lo que significa que es calculadora y competitiva. Por eso lo mencioné en el primer correo. Esperaba despertar su curiosidad para que investigara a esos testigos.

—¿Aún tiene los correos que mandó con el nombre Jack Worthing? —preguntó Rossi.

—Sí.

—Quiero hablar con la madre de Vince —soltó Rossi—. Puede confirmar de forma independiente que Vince usaba ese nombre, que era un nombre de su pasado. —Rossi cogió el móvil e hizo una llamada.

—Billy —dijo—. Quiero que busques en el expediente de Cliff Larson la lista de sus clientes. Ya sé que es tarde. Déjalo para mañana. Averigua si Gestión Patrimonial LaRussa aparece en la lista. Y localiza la agenda de citas de la recepcionista. Te lo explicaré con más calma cuando tenga tiempo.



Después de la visita a Bennet, Keera se fue a casa y llamó a Patsy. Le explicó lo que había descubierto: el significado del nombre Jack Worthing.

Patsy la escuchó con atención y luego dijo:

—Como te dije, hija, si sale impune de este cargo, no es porque tú hayas dejado libre a un culpable, la Fiscalía no lo condenó. Tú has hecho tu trabajo. Cómo utilice Rossi esa información es asunto suyo. Nuestro sistema de justicia es así.

—Eso no lo hace más fácil de aceptar, papá.

—Lo sé. ¿Estás bien?

Le aseguró que sí y le pidió que no hablara del asunto con Ella, no serviría de nada.

Dejó el móvil sobre la mesa y, de forma instintiva, se dirigió al armario que había debajo del aparador, hasta que recordó que había tirado el *whisky* por el fregadero. Inspiró profundamente, soltó el aire y se volvió hacia su otro salvavidas: el ajedrez. Ganar era ya cuestión de tiempo, pero Keera estaba alargando la partida. No quería que el vínculo con su padre se rompiera otra vez. Aun así, era inevitable. A Patsy se le acababan las casillas para retirarse. Si hacía una jugada que no encajaba con el estilo de la legendaria Comepeones de Seattle, Patsy sospecharía que lo dejaba ganar, tal vez, incluso, que había descubierto quién era y le daba pena. Eso no les convenía a ninguno de los dos.

Estudió el último movimiento de Patsy: rey a e1. Keera movió la torre a e8. Jaque. Tenía varias formas de acabar la partida, pero decidió usar la torre para provocar a la dama de Patsy y mantener la partida viva, para que no se rindiera.

Poco después, Patsy hizo su trigésimo séptimo movimiento. Capturó con la dama la torre de Keera en e8.

Keera movió el caballo a g2 y volvió a hacer jaque al rey.

En su trigésima octava jugada, Patsy movió el rey a *f2*. Keera capturó con su alfil el de Patsy en d4. Jaque.

Casi había terminado. Casi.

Capítulo 38

22 de agosto de 2023

El martes por la mañana, Keera llegó pronto al despacho, pero no logró concentrarse en los otros casos. No dejaba de pensar en Frank Rossi y se preguntaba si habría hablado con Stephanie Bowers o con cualquier otro testigo y qué habría averiguado.

Justo después de comer la llamó la Abogada de la Administración de Justicia. Esperaba oír que los miembros del jurado tenían más preguntas.

—El jurado ha tomado una decisión. La jueza solicita la presencia de ambas partes a la una de la tarde.

Keera se levantó de la silla. El estómago se le llenó de mariposas. Colgó el teléfono y corrió al otro lado del pasillo para informar a Patsy.

El hombre pareció completamente sorprendido.

—¿Tan rápido?

—Eso parece.

Normalmente, un veredicto tan rápido iba acompañado de una declaración de culpable. Cuando uno o más miembros del jurado están en desacuerdo, los demás tienen que convencerlos o desistir. ¿Estaban todos de acuerdo? ¿Creyeron la teoría simple de Miller Ambrose de que Anne LaRussa seguía con vida cuando Lisa Bennet la dejó, pero muerta cuando Vince LaRussa llamó a emergencias? ¿No convenció, ni siquiera a uno, la teoría y el vídeo de Harrison?

—Independientemente del resultado —dijo Patsy—, recuerda que tú has hecho tu trabajo. Nada más y nada menos.

Normalmente, Keera era incapaz de dominar su instinto competitivo, pero esta vez, no podía dejar de pensar en el contable que, según Frank Rossi, recibió una paliza de muerte. A lo mejor este era el castigo de Vince, exactamente como deseó su esposa. Puede que, después de todo, Anne consiguiera justicia desde la tumba.

Keera, Patsy, Ella y Maggie se apresuraron a subir la colina hacia los juzgados. Ninguno de ellos habló mucho. Fin de la cháchara, era hora de escuchar.

Las furgonetas de los informativos y los periodistas que anduvieron yendo y viniendo durante el juicio se congregaban en la Tercera Avenida. Aunque Keera y su familia fueron por el túnel del edificio de Administración, no conseguirían evitar a los periodistas del interior de los juzgados. La jauría estaba al acecho en la novena planta, a la espera de un comentario sobre la rapidez de la deliberación del jurado. Keera se negó a responder. Patsy hizo lo mismo. A Keera no le parecía necesario especular ni posicionarse después de que el jurado hubiera deliberado. La decisión ya estaba tomada y pronto la conocerían.

Unos agentes del condado de King les abrieron camino entre los periodistas y los escoltaron hasta la sala. Ella y Maggie se sentaron en los asientos para el público, que pronto se llenaron; la sala estaba abarrotada. Había gente de pie en la parte de atrás. Los parientes de Anne LaRussa ocuparon su lugar detrás de Miller Ambrose y April Richie. Parecían nerviosos. Frank Rossi no se sentó a la mesa de la acusación, en la que no había ordenadores, ni cuadernos, ni pruebas o documentos. Entonces ya no se trataba del espectáculo de unos abogados. Ambrose se sentó con las piernas cruzadas y las manos dobladas sobre el regazo. Cuando Keera y Patsy apartaron las sillas para sentarse, Ambrose miró brevemente al otro lado del pasillo, pero no dijo nada.

Después de que Keera y Patsy se sentaran, la funcionaria de la

sala desapareció detrás del estrado. Unos momentos más tarde, los funcionarios de prisiones acompañaron a Vince LaRussa al interior de la sala y le quitaron las esposas. El acusado se sentó. Keera notó que el hombre la miraba, pero ella mantuvo la vista fija al frente. La idea de lo que podía haber hecho le revolvió el estómago. LaRussa se inclinó hacia la izquierda para que sus hombros se tocaran. Una vez más, a Keera se le puso la piel de gallina.

—Dijo usted que una deliberación rápida solía ser mala señal. —Keera olió el toque ácido de los nervios. Bien.

—Nunca se sabe —respondió Keera sin mirarlo y agradeció que entrara la funcionaria del juzgado.

—Todos en pie.

La alguacil anunció la llegada de la jueza Hung. Todo el mundo se levantó a la vez y volvió a sentarse cuando la jueza ocupó su puesto en el estrado. La magistrada también parecía sorprendida por la rapidez con la que el jurado había alcanzado un veredicto. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Entiendo que el jurado ha llegado a un veredicto. En un momento pediré al alguacil que lo haga entrar. Quiero advertir a ambas partes de la sala que hay que respetar la decisión del jurado. Si veo que alguien no lo hace, si se produce el menor altercado, expulsaré de la sala al responsable y lo sancionaré.

Después de eso, la jueza pidió al alguacil que hiciera entrar al jurado.

El ambiente de la sala se volvió más denso. Todo se ralentizó. Los zapatos del alguacil resonaron sobre el suelo de linóleo. Una puerta en la parte trasera de la sala chirrió al abrirse. La voz del alguacil rompió el silencio:

—Todos en pie para recibir al jurado.

Los miembros del jurado pasaron entre los bancos y ocuparon sus asientos en el estrado. Algunos mantuvieron la vista fija en el suelo. Otros miraron directamente a la jueza Hung. Ninguno de ellos miró a Ambrose ni hacia el lado de la sala donde se encontraba la defensa. Keera no distinguió ningún tic revelador.

—Señores del jurado, entiendo que han llegado a un veredicto —repitió la jueza. Abrió un sobre sellado y leyó las hojas para sí misma. El tiempo pareció una eternidad. Finalmente, miró al jurado.

—Miembros del jurado, la Abogada de la Administración de Justicia leerá ahora el veredicto en el caso del Estado de Washington, la parte demandante, contra Vincent Ernest LaRussa, el acusado.

La letrada se puso en pie.

—Primer cargo. Asesinato en primer grado, RCW 9A. 32.030. —Hizo una pausa—. El jurado del presente caso declara al acusado no culpable.

Keera se quedó petrificada.

LaRussa cerró el puño y golpeó la mesa suavemente. Patsy se giró hacia él y le dio una palmada en la espalda. Keera oyó que los familiares de Anne LaRussa ahogaban gritos y rompían a llorar. Un murmullo se extendió por el público, pero no hubo ningún altercado. A la izquierda de Keera, Miller Ambrose agachó la cabeza, pero esa fue su única reacción. Richie tenía una expresión de incredulidad, con los ojos abiertos como platos.

La jueza Hung se dirigió al jurado:

—Señoras y señores del jurado, ahora les preguntaré uno a uno si el veredicto les representa y es correcto. Por favor, respondan sí o no.

La jueza Hung preguntó a los miembros del jurado, que, uno a uno, ratificaron el veredicto. Vince LaRussa cerró los puños por debajo de la mesa de la defensa y agachó la cabeza, como si la emoción lo abrumara. No lloró. Cuando terminaron de preguntar al último miembro del jurado, LaRussa se volvió hacia Patsy y le estrechó la mano.

La jueza anunció al jurado que el alguacil los acompañaría a la sala del jurado para recoger sus pertenencias. Después, se reuniría con ellos para hablar del veredicto y resolver cualquier posible duda. También les dijo que, aunque, tal vez, ambas partes quisieran hablar con ellos, no tenían la obligación de hacerlo. Dicho esto, los despidió

y levantó la sesión.

Cuando la jueza se marchó del estrado, la sala de juicios estalló. Desde la mesa de la defensa, Keera oyó a los periodistas comunicando por teléfono el veredicto. La familia de Anne LaRussa se reunió con Ambrose y Richie y hablaron en voz baja.

Keera se volvió, Vince LaRussa la miraba fijamente. No tenía los ojos llorosos, sino una mirada decidida. Sonrió y alargó la mano. Keera la aceptó y él tiró de ella y la abrazó con fuerza. Keera se puso rígida.

Él le susurró al oído:

—Ha mantenido la promesa.

Ella se apartó y procedió según el protocolo.

—Los agentes lo acompañarán a la cárcel para hacer los trámites. En una hora debería estar en libertad. Patsy y yo nos encargaremos de los medios de comunicación.

—Es importante que mis clientes conozcan el veredicto cuanto antes y que sepan que vuelvo a estar al mando. ¿Puede organizar una rueda de prensa para esta tarde? Mándeme un mensaje con el sitio y la hora.

Keera asintió. A Vince LaRussa no le preocupaban los familiares de Anne, solo que el negocio siguiera a flote. Había sobrevivido, una vez más. Sonreía mientras los agentes lo acompañaban hacia la puerta.

Los medios de comunicación le gritaban preguntas y LaRussa se detuvo.

—Me alegro de que esta pesadilla haya terminado —contestó. Los familiares de Anne lo miraron y él siguió hablando como si no existieran—. Dadas las lesiones de Anne y su adicción, ya no era la persona con la que me casé. Se había vuelto paranoica y vengativa. No entiendo por qué hizo esto.

LaRussa lo dijo con sinceridad, como si realmente lo pensara, y sin ningún tipo de miramiento con la familia apesadumbrada de su esposa. Sin empatía. Keera volvió a pensar en lo que le había dicho Phil McPherson. «Vince nunca se disculpó. Actuó como si no hubiera

hecho nada malo y siguió con su negocio como si nada».

Un psicópata.

Y saldría de la cárcel del condado de King siendo un hombre libre.

Porque Keera había ganado el caso.



Cuando Keera y su equipo regresaron al bufete, los teléfonos no dejaban de sonar. Maggie se puso rápidamente manos a la obra y pidió a un asistente legal que la ayudara a responder llamadas. Patsy habló con los medios y avisó de que darían una rueda de prensa a las tres en punto, en Occidental Square, delante de la entrada del bufete.

Cuando Maggie consiguió un momento de respiro, pidió comida y sidra con gas para celebrar el veredicto después de la rueda de prensa.

—Deberíamos repasar lo que vas a decir —le sugirió Ella a Keera —. Es un veredicto muy importante, Keera. Saldrá en todos los periódicos y canales de televisión. Será un empujón importante para la empresa y para ti.

Keera sabía que Ella lo decía con la mejor intención. Con ese veredicto, ambas podrían dejar de vivir por fin a la sombra de su padre y labrarse su propia reputación. Keera no podía calcular lo que significaría para el bufete. Le dio las gracias a Ella y dijo que iba al despacho.

—¿Estás bien? —le preguntó Ella.

Asintió y se marchó a su despacho. Cerró la puerta, se acercó a las ventanas arqueadas y observó el viejo edificio Pioneer entre las ramas de los arces de la plaza, cuyas hojas tapaban parcialmente el tótem y la pérgola. Pensó en el contable, en Cliff Larson, al que

mataron de una paliza en aquellas oficinas: una muerte brutal y despiadada. Las emociones la abrumaban. El estómago se le revolvió. Se apartó de la ventana y vomitó lo poco que había comido, en la papelera que tenía al lado del escritorio.

Capítulo 39

A las tres en punto, Keera reconoció los tres golpes suaves en la puerta del despacho. Patsy entró.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Keera, volviéndose de la ventana a la puerta.

—Todavía no. —Patsy cerró la puerta al entrar—. Pero ya lo han soltado. —Se adentró un poco más en el despacho y, al ver el mal aspecto de Keera, le dio un abrazo.

—¿Y si mata a alguien más, papá?

Patsy respondió:

—Los inspectores reunirán las pruebas necesarias para arrestarlo, Keera. Y le corresponderá al fiscal condenarlo, no a ti.

—¿Y si no consiguen las pruebas?

—Entonces se librará. Así funciona nuestra justicia, Keera. Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Todos tenemos derecho a la mejor defensa.

—La teoría resulta más fácil de aceptar.

—Tienes razón. En teoría, la gente cree en ambas reglas, pero cuando la realidad le da de bruces, como en el veredicto de O. J. Simpson, no tanto. El sistema no es perfecto, pero yo sigo creyendo que es el mejor del mundo y lo seguiré defendiendo ejerciendo mi profesión. Mi trabajo ha sido defender a mis clientes y ahora es el tuyo.

Keera no sabía qué decir, así que guardó silencio.

Patsy miró el reloj.

—Le he pedido a Maggie que me avise cuando llegue Vince. ¿Quieres que repasemos lo que vas a decir?

Keera negó con la cabeza.

Patsy abrió la puerta.

Bajaré a la rueda de prensa y avisaré a los medios de que estamos esperando a que Vince LaRussa llegue. Sin duda, querrá hacer una entrada triunfal. Avísame si lo localizas.

Unos segundos después de que Patsy cerrara la puerta, sonó el móvil de Keera. Pensó que sería Vince LaRussa, pero vio el nombre de Frank Rossi en la pantalla.

—¿Dónde estás? —preguntó la abogada.

—En la plaza con todos los demás, esperando la rueda de prensa. ¿Dónde está tu cliente?

—¿Has hablado con Stephanie Bowers?

—Anoche —respondió Rossi.

—¿Y?

—Y esperaremos unos cuantos días hasta que pase todo esto. Vamos a involucrar a los federales. La oficina del síndico solicitará que un administrador judicial tome el control de GPL, congele sus cuentas y activos, y trate de localizar el dinero antes de que LaRussa pueda fugarse con él. Reunirán todos los documentos para demostrar la estafa piramidal.

—¿Y el contable, Cliff Larson?

—Estoy preparando una acusación con Rick Cerrabone —Rossi mencionó a otro fiscal destacado del Proyecto para Delincuentes Peligrosos. Cerrabone tenía buena reputación y los inspectores lo respetaban—. No queremos que lo sepa aún. Detendremos a LaRussa por fraude, corrupción y otros cargos. Luego presentaremos la acusación para asegurarnos de que no salga jamás de prisión. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Keera.

—Intenta localizarlo y me llamas.

Keera colgó y buscó el número de teléfono de LaRussa. El

hombre no contestó y la llamada fue al buzón de voz. Keera volvió a llamar a Frank Rossi.

—No responde al teléfono.

—Esto no me gusta nada.

—Tiene acceso a un *jet* privado en el aeropuerto de Boeing Field —dijo Keera—. Sospecha que sé algo y está seguro de que Lisa Bennet ayudó a Anne. Podría estar huyendo en este mismo instante.

—Tengo a gente en Boeing Field para impedir que huya. Y también estamos vigilando el piso en Rainier Square y la casa. ¿Se te ocurre algún otro lugar?

Keera pensó en el juego de ajedrez contra Patsy, en el rey, que no tenía a dónde huir. LaRussa también se quedaba sin casillas para retirarse, pero, a diferencia de Patsy, LaRussa no se rendiría ni estando acorralado. No admitiría la derrota. No era un hombre de honor y haría algo drástico, lucharía hasta el final.

—No se rendirá, Frank. No está en su naturaleza.

—¿Qué quieres decir?

Si LaRussa no podía escapar, tendría que luchar.

—Atacará.

—¿Cómo?

—Yendo a por la pieza que considere más peligrosa, en un último intento por sobrevivir.

—¿La pieza?

—La persona, Frank. —La idea la golpeó con tal fuerza que casi se le cayó el teléfono de las manos—. Stephanie Bowers o Lisa Bennet —gritó—. ¿Tienes el coche? —Keera ya caminaba hacia la puerta del despacho.

—No, pero puedo conseguir uno de la jefatura.

—No hay tiempo. Nos reuniremos detrás del edificio, en el aparcamiento de pago.

Keera salió a toda prisa hacia el pasillo, primero caminando rápidamente, luego corriendo y finalmente esprintando. Se oían voces animadas a sus espaldas, gente que hablaba a todo volumen. Pasó corriendo por la recepción. Maggie levantó la vista del teléfono

y tapó el auricular.

—¿Ha llegado?

—Avísame si llama —gritó Keera de camino al vestíbulo—. Desvía la llamada a mi móvil.

—¿A dónde vas, Keera?

Keera bajó por la escalera interior tan deprisa como pudo. En el vestíbulo, miró a través de las puertas de cristal hacia Occidental Square. Se había reunido una multitud. Se dirigió hacia la parte trasera del edificio, golpeó la barra de la puerta bajo el letrero rojo de salida de emergencias y corrió hacia el aparcamiento. Rossi la esperaba. Keera desbloqueó las puertas con el mando de la llave, se sentó en el asiento del conductor y salieron de allí, hacia el oeste, hacia Elliott Bay. Giró a la derecha hacia Alaskan Way y condujo en paralelo al mar para evitar el tráfico del centro de Seattle.

Rossi hablaba por teléfono con la central, les informó de su destino y pidió que contactaran con la Policía de Beaverton y mandaran una unidad a la caravana de Stephanie Bowers. También dio la dirección de la casa de Lisa Bennet y pidió que cualquier unidad disponible se reuniera con él allí.

Keera tomó un atajo por Denny Way y fue sorteando coches y girando cada vez que encontraba tráfico. Torció a la izquierda en la Décima Avenida, avanzó una manzana, giró a la derecha y a continuación otra vez a la izquierda. No había coches patrulla.

—¿Dónde están, Frank?

—De camino.

—No podemos esperar.

Se detuvo en un hueco en la acera y salió del coche. Rossi la agarró por el brazo cuando Keera rodeaba el capó.

—Ni se te ocurra. Tú espera aquí.

Ella se zafó de un tirón.

—Ni hablar. —Salió corriendo hacia las escaleras de cemento y Rossi la siguió.

La puerta principal estaba abierta. Mala señal.

Rossi se colocó delante de Keera, cogió el arma y entró en la

casa. Registraron las habitaciones de la planta baja. Rossi avanzaba con cautela, girando, apuntando en cada esquina, pero no había nadie. Keera no oía nada.

Cruzaron la cocina hasta un pasillo con una escalera estrecha. Keera vio algo en la moqueta y lo señaló. ¿Sangre? Rossi indicó con la cabeza que lo había visto y se acercó con cuidado a la barandilla. El inspector apuntó con el arma hacia la parte alta de las escaleras. Nadie. Subió el primer escalón, luego el segundo, con los ojos y el cañón de la pistola apuntando hacia arriba, hacia la segunda planta.

A medida que subían, Keera vio más sangre en la moqueta. Al llegar al piso de arriba, recorrieron un pasillo. Rossi se apoyó contra una pared llena de fotografías enmarcadas, muchas de ellas torcidas. Una estaba en el suelo con el cristal hecho añicos. Lisa Bennet y sus hijas miraban a Keera a través del vidrio resquebrajado mientras ella pasaba por encima.

Rossi siguió el rastro de sangre hasta la habitación al fondo del pasillo, cuya puerta también estaba entreabierta. Por la rendija, Keera alcanzó a ver una cama con un edredón blanco. Rossi estiró el brazo y empujó la puerta con cuidado, revelando poco a poco el resto del dormitorio. Entró con cautela y apuntó hacia la persona sentada en la cama.

Lisa Bennet.

La doctora giró la cabeza, pero no levantó el arma que tenía en la mano. Sobre la cama había una maleta, mal cerrada, con ropa amontonada. En el suelo, yacía Vince LaRussa. Cerca de su mano extendida había una barra metálica. La moqueta estaba empapada de sangre.

Bennet, que parecía en estado de *shock*, volvió la vista hacia la ventana de su habitación. Keera oyó coches frenando en seco y vio las luces rojas y blancas de la Policía reflejadas en el cristal. Rossi se acercó a Bennet despacio, con cautela. Le quitó el arma de la mano con delicadeza. Ella alzó la vista hacia él. Rossi dio un paso atrás, se agachó y tomó el pulso a LaRussa con dos dedos en el cuello.

Luego se incorporó y guardó el arma.

—Voy a bajar a informar a los agentes —dijo Rossi—. No toques nada. —Salió de la habitación.

Keera se sentó en la cama, junto a Bennet.

—Sabía que vendría —dijo Bennet en voz baja—. Usted también lo sabía.

Keera asintió.

—Lo sospechaba.

Hubo una pausa.

—Fue idea de Anne que comprara otra pistola —añadió Bennet—. Puede que, en el fondo, nunca creyera de verdad que conseguiría atrapar a Vince, y si no lo hacía…, quería que estuviera protegida. —Dejó que el pensamiento se esfumara—. He pensado en marcharme. Pero ¿a dónde iba a ir? Mis hijas están aquí. Mi trabajo también. —Negó con la cabeza—. Si me hubiera marchado, la muerte de Anne no habría servido de nada. Anne podría haber huido, pero no lo hizo, se quedó y luchó hasta el final. —Bennet se limpió las lágrimas que le mojaron las mejillas—. He esperado a que viniera. Sabía que tarde o temprano llegaría. —Miró a Keera, suspiró y negó con la cabeza—. Cuando pierdes a tu marido…, te vuelves más dura. Las cicatrices te hacen más dura. Tienes que proteger tu casa y a tus hijos. —Volvió a suspirar y se limpió más lágrimas—. Ha entrado en casa. Creía que no le dispararía, que no era capaz.

Miró a Keera a los ojos.

—La primera vez he apretado el gatillo por mí y le he disparado en el hombro. Eso no lo ha detenido, me ha seguido por las escaleras, hasta mi dormitorio, y entonces he vuelto a apretar el gatillo. El segundo tiro ha sido por Anne.

Epílogo

Había pasado más de una semana desde el veredicto del caso LaRussa y su posterior muerte a tiros, pero la situación no se había calmado para Keera. Lisa Bennet contrató a su bufete, concretamente a Ella, para que la representara en el proceso posterior, por el que se la acusaba de ayudar a Anne LaRussa a suicidarse y de matar a Vincent LaRussa. En las primeras conversaciones de Ella con la Fiscalía del condado de King, los fiscales informaron de que no pensaban imputarla por ninguno de los dos cargos.

Los periodistas seguían llamando a Keera sin parar y se lanzaban a cubrir la historia de Vince LaRussa como palomas a por migas de pan. Y con motivo. Las primeras investigaciones revelaron que la estafa piramidal de GPL era, probablemente, la mayor en la historia del Estado de Washington. Un administrador judicial, designado por las autoridades federales, embargó las cuentas bancarias de GPL y todos los bienes personales de Vince LaRussa, entre ellos su casa, su piso, su avión privado y sus coches, pero según la tasación inicial, informó Frank Rossi, faltaban millones. Los inversores de GPL, tanto los ingenuos que actuaron de buena fe como los que guardaron silencio a sabiendas de las irregularidades mientras cobraban cheques mensuales, perdieron miles y, en algunos casos, millones de dólares. Solo eso ya justificaba la atención de los medios.

Pero el foco principal se centraba en la infancia de LaRussa. A

medida que se conocía la verdad, crecía el interés, varios reportajes ya se ocuparon de su historia, y había más en producción. Las pocas personas que conocían a LaRussa, sus clientes y empleados, se mostraban consternados ante el alcance del fraude. Quienes lo conocieron de joven no se sorprendieron. Aseguraron que la estafa piramidal se adecuaba perfectamente a ese hombre.

Los organismos reguladores pidieron controles más estrictos en el ámbito de la inversión para proteger a los inversores. Frank Rossi no se mostró optimista. *The Seattle Times* lo citó:

«La codicia empuja a las personas a cometer actos impropios de ellas y a mirar a otro lado. Mientras estas estafas proporcionen dinero, no desaparecerán».

Keera respondió y desvió numerosas llamadas antes de encargar la tarea a Maggie. Era una secretaria despiadada. Los medios querían saber si Keera disponía de esa información cuando defendía a Vince. Siguiendo el consejo de Patsy, hizo una única declaración pública asegurando que desconocía absolutamente que LaRussa fuera el presunto culpable del asesinato violento de Cliff Larson y que conoció su pasado al investigar para su defensa legal, y que, mientras lo representaba, no recibió ninguna información sobre los actos fraudulentos de GPL. Rehusó responder a más preguntas y remitió a todos los periodistas a los inspectores encargados de la investigación: Frank Rossi y Billy Ford.

Patsy le aseguró que, con el tiempo, Vince LaRussa desaparecería de la memoria colectiva y solo sería otra nota a pie de página en la historia de Seattle. Keera pensó que probablemente eso ocurriría, pero ella no lo olvidaría tan fácilmente.

Pasó mucho tiempo en casa, contemplando el tablero de ajedrez y sus opciones. En el movimiento treinta y nueve, el rey de Patsy capturó a su caballo en g2. Ella movió la dama a g3. Jaque. Le correspondía a la reina el honor de terminar la partida.

Pero Keera no tenía el corazón puesto en ello.

En su jugada número cuarenta, Patsy retiró su rey ahí.

Keera pensó su siguiente jugada. Alargó la mano hacia la pieza…

y retiró la mano.

Veinte minutos después, aparcó en la entrada de casa de sus padres, salió del coche y se dirigió a la puerta principal. Le abrió su madre. Parecía sorprendida, y su voz también lo reflejaba.

—¿Keera? ¿Qué haces aquí un sábado por la tarde?

—¿Está papá?

—En el despacho, leyendo. ¿Todo bien?

En casa de los Duggan, por defecto, siempre se suponía que algo iba mal. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Sí, mamá. Solo quiero hablar con papá.

—Pasa, voy a avisarlo.

—No hace falta —dijo Keera—. Ya sé el camino.

Keera sonrió para tranquilizar a su madre, pero sabía que eso solo funcionaba hasta cierto punto en una familia que siempre temía lo peor… y acertaba con demasiada frecuencia.

Caminó por el pasillo hasta el despacho. Patsy estaba sentado en su enorme sillón de cuero marrón, con los pies apoyados en el reposapiés y la luz del sol entrando por el ventanal. Leía un *thriller* jurídico, una de sus pasiones.

Sonrió al verla entrar, pero la sonrisa se convirtió en expresión de preocupación.

—Hola, peque. ¿Qué te trae por aquí en un día tan bonito? ¿Todo bien?

—Todo bien, papá. Solo quería hablar contigo.

—Claro —dijo, cerrando la novela—. ¿Ha pasado algo?

Ella sonrió.

—¿No hemos tenido ya suficiente?

Su padre soltó una carcajada.

—Eso mismo digo yo.

Patsy bajó los pies y Keera se sentó en el reposapiés.

—He visto que el mueble bar sigue cerrado con llave. ¿Va a seguir así? —preguntó ella.

Su padre no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Si quiero seguir vivo, sí.

Keera lo observó con atención. No era una broma.

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre lleva tiempo insistiendo en que vaya al médico. No me hago una revisión anual desde…, ni me acuerdo. Hace décadas. Fui después del juicio.

—¿Y? ¿Te encuentras bien? No estarás enfermo, ¿verdad?

—El médico asegura que estoy sorprendentemente bien para mi edad…, salvo el hígado, que, según sus propias palabras, me lo he encurtido.

—¿Eso es un término médico? —preguntó Keera, buscando algo de luz en todo aquello.

Él sonrió.

—He destruido células del hígado y tengo cicatrices importantes. Cirrosis que podría derivar en cáncer.

—¿Podría?

—Me ha dicho que, si quiero vivir hasta los ochenta, y ojalá más, tengo que dejar el alcohol inmediatamente. De un día para otro.

—¿Y podrás?

—He estado un mes sin beber.

—Ya lo habías hecho antes…

Su padre dejaba de beber durante la Cuaresma, cuarenta días, y luego pasaba tan borracho en Semana Santa, que no podía celebrarlo con la familia.

—Lo sé, cariño. Y he decepcionado a tu madre y a vosotros. Soy un bebedor compulsivo. Desde que tenía diecisiete años. Soy así.

—Pareces un poco derrotista. No suenas como el Luchador Irlandés.

—Quizá debería decir, «Era así». A veces hace falta el temor a Dios para cambiar el comportamiento. Como digo, llevo un mes sobrio. Eso es un comienzo.

—Yo he tirado por el desagüe una botella de Dalmore Port Wood.

—Esa es una declaración de intenciones muy cara.

—Y tampoco he bebido nada en un mes.

—No sabía que bebías.

—Tomé muchas malas decisiones cuando bebía, papá. —Se secó una lágrima que la sorprendió a ella y a Patsy también. Ver llorar a su hija le hizo llorar a él.

—¿Miller Ambrose?

No la desconcertó que su padre lo supiera, con los ojos y oídos que Patsy aún tenía en el juzgado, la Fiscalía y la Policía. Asintió, pero las palabras se le atragantaron.

—Pues no acabó tan mal —dijo su padre, con una sonrisa débil —. Eso te trajo al bufete.

—Tienes razón. —Keera se recompuso—. Puse muchas excusas para justificar que bebía, papá. Demasiadas. Ninguna válida. Haré un trato contigo. El tribunal te obligará a ir a terapia por el circo que montaste. Yo iré contigo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—¿Tú?

—Encontré un grupo que se reúne cerca de aquí los martes por la noche. Puedo pasar a recogerte, cenaríamos antes y charlaríamos como en los viejos tiempos, cuando jugábamos al ajedrez.

Su padre contuvo las lágrimas. Su labio inferior tembló y se frotó la boca con la mano.

—La he cagado, ¿verdad?

—Como bien has dicho, eso es el pasado, papá. Podemos mirar al futuro.

—Me gustaría. Pero no sé, Keera… No quiero decepcionaros otra vez.

Ella le cogió las manos.

—Nadie quiere, papá. Hacemos lo mejor que podemos. —Miró a la derecha, hacia el rincón de la chimenea y el tablero de ajedrez—. Parece que tienes una partida entre manos. —Se levantó y se acercó al tablero—. ¿Juegas con las blancas o las negras?

—Blancas.

—No pinta bien, papá.

—Mi contrincante es mejor que yo.

—Debe ser muy bueno para ganarte.

—Buena. Juego contra una mujer.

Keera sonrió.

—¿Qué te parece si terminamos esta partida y empezamos otra?

—La partida no ha terminado.

—Creo que sí. —Alcanzó y tumbó el rey negro a un lado—. Me rindo.

Él la miró fijamente, hasta entenderla.

—Lo sabías.

—Me di cuenta en la última cena del mes. Vi el tablero y reconocí las jugadas.

—Podrías haber ganado. Dama a h3. Jaque mate.

—Jugar al ajedrez nunca fue cuestión de ganar o perder, papá. Y sigue sin serlo. Solo quería pasar tiempo contigo. Solo quería jugar.

Bernadette entró en la habitación. Parecía preocupada, y aún más al notar los ojos rojos de Patsy.

—¿Está todo bien?

—Sí, mamá. Papá irá conmigo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, ¿verdad, papá?

Patsy asintió.

—Pero luego… Ahora vamos a echar una partida.

Su madre bajó la cabeza, conteniendo las lágrimas. Los irlandeses eran duros, de vida difícil. Se aclaró la garganta.

—¿Te quedarás a cenar, Keera?

—Depende de cuánto tarde en ganarle al Luchador Irlandés —dijo, colocando sus piezas para empezar otra partida—. ¿Qué te parece, papá? Es hora de retirar al Caballero Oscuro.

Agradecimientos

A menudo me siento con mi editora Gracie Doyle, en Thomas & Mercer, y hablamos de mi próximo proyecto: tema y género. Gracie me propuso volver a mis orígenes, al *thriller* legal, un género que no había tocado en mucho tiempo. Me gusta bromear con mis amigos diciendo que soy un abogado en proceso de rehabilitación, y lo cierto es que empecé mi carrera como escritor con una serie protagonizada por un abogado de Seattle, que ahora se conoce como la serie de David Sloane. Me encanta la dinámica que se genera en la sala de vistas y admiro a los abogados realmente buenos, quizá porque yo tuve pocas oportunidades de ir a juicio y nunca llegué a sentirme experimentado. Pero también me interesan mucho las dinámicas familiares, tal vez porque tengo nueve hermanos. Quería combinar ambos mundos.

Con demasiada frecuencia, las novelas nos muestran a los abogados, combatientes dentro de las salas de juicios, pero rara vez nos hacen partícipes de su vida cotidiana. Un buen ejemplo fue una declaración a la que asistí: el abogado encargado se había olvidado de ayudar a su hijo a montar un coche para una carrera de coches caseros sin motor. Así que allí estaba, haciendo preguntas mientras pegaba pesos y grafito a las ruedas para que el coche de su hijo fuera más rápido. Nunca supe si ganó la carrera.

La adicción es un problema serio en la abogacía. Muchas organizaciones estatales ofrecen clases para quienes sufren este tipo

de problemas. No sé si el porcentaje es más alto que en la población general o en otras profesiones, pero también vi muchos divorcios durante mi etapa de abogado. Ser abogado no es un trabajo: es una profesión y no termina al salir del bufete. Cuando no están trabajando en sus casos, muchos abogados siguen dándoles vueltas, pensando estrategias, buscando soluciones. Además, dedican muchas horas a labrarse una reputación, conseguir clientes y participar en asociaciones profesionales. Es mucho trabajo, y admiro a quienes lo desempeñan bien.

Cuando un abogado está en pleno juicio, todo lo demás deja de existir. El mundo real desaparece durante los días, o semanas, que pasa en el juzgado. Es una carga tremenda, no solo para él, sino también para su bufete y su familia.

No puedo imaginar ser fiscal o abogado defensor. En los casos civiles en los que trabajé ya había mucho en juego, a veces millones de dólares, pero nada comparado con la presión de saber que tu cliente puede acabar en la cárcel… y muchos años. Pero más aún me aterraba la posibilidad de que una persona culpable saliera libre por no hacer bien mi trabajo. He asistido como espectador a varios juicios penales, incluso uno con pena de muerte. Los hechos eran espantosos: un hombre había cometido varios asesinatos y ni siquiera conocía a la familia que mató. Salía cada día del tribunal con el estómago revuelto y tenía pesadillas sobre cómo proteger a mi propia familia. No puedo imaginar lo que supone vivir en ese mundo todos los días. Tiene que cambiarte. Debe de ser muy difícil desconectar de un caso y hacer vida normal. De nuevo, admiro profundamente a quienes se dedican a los casos penales, incluidos varios amigos míos de la facultad.

Este último año perdí a mi mentor legal, Doug Harvey. Doug fue el abogado con quien trabajé durante trece años en el bufete Gordon & Rees, en San Francisco. Era un tipo duro, de los de antes, lo que algunos llamarían un hombre hecho y derecho. Cuando dejé la abogacía para dedicarme a escribir novelas, Doug hizo lo mismo para dedicarse a su otra pasión: el vino. Junto con un socio, compró

un terreno, plantó viñedos y fundó la bodega Dumas Station, en Walla Walla, Washington, donde se había criado con sus hermanos. Como en el derecho, Doug convirtió aquella aventura en un éxito. Los vinos de Dumas Station están entre los mejores del Estado. Su hija, Ali, participa de forma activa en el negocio. A Doug también le apasionaban el golf y la pesca con mosca, y había planeado disfrutar de ambas en Walla Walla, con sus hermanos y su esposa, Jane. Pero las cosas no siempre salen como uno espera.

Recuerdo que Doug me contó que había perdido un hermano por un cáncer inesperado. Poco después, él mismo empezó a tener problemas de visión. Le diagnosticaron un tumor cerebral agresivo y pasó casi una década luchando por su vida. Solía ir a Seattle con Jane para recibir tratamiento. Muchas veces lo recogía en el aeropuerto y lo acompañaba al médico, o nos veíamos para cenar. El cáncer lo fue desgastando. Me entristecía verlo así. Más aún cuando Jane me llamó para decirme que, al final, había fallecido. Recuerdo una cena en la que Doug me soltó: «Nada está garantizado. Si hay algo que quieras hacer en la vida, hazlo. No esperes».

Es una buena filosofía de vida.

Lo extrañaré mucho.

Muchos de mis lectores saben que en cada novela me marco un reto. En *Un juego mortal* quise crear una protagonista que viniera de una familia disfuncional, pero que hubiese logrado escapar gracias a su talento como prodigio del ajedrez. ¿Por qué ajedrez? Porque conocí a abogados excelentes, como mi primo Maurice Fitzgerald, que también eran grandes jugadores. ¿Están relacionados? Ellos creen que sí. Me decían que, tanto en derecho como en ajedrez, no solo piensas en la siguiente jugada, sino en todas las que el oponente podría hacer, y en cómo responderías. Eso evita que te sorprendan y te permite trazar una estrategia a largo plazo. Estoy seguro de que esas habilidades se aplican también a otras profesiones y a la vida misma. No te centres en el problema: céntrate en su solución.

Pero había un problemilla: que no sé jugar al ajedrez. ¿La

solución? Confiar en la amabilidad de amigos y desconocidos. Un buen amigo mío, Rourke O'Brien, pasó muchos años al frente de una fundación de ajedrez sin ánimo de lucro. Rourke me puso en contacto con Elliott Neff, fundador y director ejecutivo de Chess4Life, además de maestro nacional. Sí, un tipo muy inteligente. Fue el contacto perfecto. Le expliqué lo que quería: crear una partida dentro de la partida, es decir, un juego de ajedrez que representara el juicio entre mi protagonista, Keera Duggan, y el fiscal. Elliott fue muy amable y paciente. Me escuchó y luego diseñó la partida jugada a jugada, movimiento a movimiento, para ambos jugadores. Podéis echar un vistazo a la web de Chess4Life. Hacen una labor estupenda con niños y seguro que agradecen vuestro apoyo: Chess4Life.com.

Espero sinceramente que, como lectores, disfrutéis del juego dentro del juego. He hecho todo lo posible por incluir cada jugada, pero quienes escribimos sabemos que el proceso de edición es tan duro como el de escritura, y a veces se eliminan o cambian cosas. Si hay algún error en la partida, la culpa es mía y solo mía, no de Elliott.

Estoy muy agradecido a Elliott y Rourke por formar parte del equipo. Gracias a ellos, escribir esta novela ha sido aún más divertido.

También quería el reto de escribir una novela con un giro importante. Un giro sobre cómo había fallecido la víctima. No destriparé nada, pero creo que lo he conseguido, y no lo habría logrado sin la ayuda de Alan Hardwick, exagente de Policía y buen amigo. Alan es un hombre polifacético: un músico excelente, miembro del grupo One Love Bridge, y también escritor. Fue inspector en Boise, Idaho, donde fundó la Unidad de Inteligencia Criminal del departamento. Más tarde, en Edmonds (Washington), fue sargento y jefe adjunto en funciones. También formó parte del FBI Joint Terrorism Task Force y de la Asociación de Investigadores de Homicidios de Washington. Ahora dirige Hardwick Consulting Group. Le conté mi idea, y me dijo que conocía a un ingeniero mecánico con varias patentes. Se ofreció a consultarle y ver qué se

le ocurría. Y tuve suerte una vez más: pocos días después me llamó con la solución que su amigo había ideado. Era brillante. Supe entonces que podía usar mi propio proceso de descubrimiento para el proceso de descubrimiento de Keera Duggan en la novela.

Una colaboración desafiante, pero también muy gratificante.

Como en todas las novelas de la serie de Tracy Crosswhite, esta no habría sido posible sin la ayuda de Jennifer Southworth, del Departamento de Policía de Seattle, Unidad de Delitos Graves. Tras una carrera distinguida que incluyó trabajar en la Unidad de Criminalística y después como investigadora de homicidios, Jennifer se ha jubilado. Pero sigue siendo una fuente de información imprescindible para dar forma a las ideas, entender la rutina policial diaria y detallar los procedimientos específicos que se siguen en la investigación de un crimen. Aunque esta novela tiene más de drama judicial que de procedimiento policial, he aprendido que hay una enorme interacción entre los inspectores y los fiscales, y que suelen colaborar estrechamente dentro del sistema de justicia penal. Espero haber retratado esa relación de forma fiel.

Cualquier error en los aspectos policiales de la novela es únicamente mío. Para poder contar la historia de manera entretenida, he condensado algunos tiempos procesales, en especial los que hacen referencia al tiempo que tarda un caso en llegar a juicio y otros elementos similares.

Gracias a Meg Ruley, Rebecca Scherer y todo el equipo de la agencia literaria Jane Rotrosen. Hacen prácticamente todo lo necesario para facilitarme la vida, y estoy profundamente agradecido por su constante apoyo. Me acompañan en cada paso del proceso: desde las ideas iniciales hasta los borradores, los títulos y el diseño de las cubiertas.

Gracias también a Thomas & Mercer, Amazon Publishing. Ya he perdido la cuenta de cuántos libros he escrito con ellos. La gente me pregunta cómo es posible que publique más de una novela al año. La respuesta es sencilla: trabajo cada día, me encanta inventar historias y recibo mucho apoyo tanto de mi agencia literaria como

del equipo editorial de Amazon Publishing. Me han asesorado para gestionar varias series en paralelo, y trabajan sin descanso para que cada novela sea lo mejor posible. Han promocionado mis libros por todo el mundo, y he tenido la suerte de conocer al equipo editorial de Amazon en Reino Unido, Irlanda, Francia, Alemania, Italia y España. Son personas entregadas que consiguen que hasta el trabajo más difícil resulte divertido. Lo que mejor saben hacer es promocionar y vender mis novelas, y por eso les estoy muy agradecido. Puede que hayáis visto en redes sociales fotos de las cubiertas de *The Extraordinary Life of Sam Hell y The World Played Chess* en pantallas gigantes en Times Square, en Nueva York. Nadie se emocionó más que yo al verlas allí. Fue una sorpresa y una alegría inmensa. Pero eso es solo una pequeña parte de todo lo que hace este equipo por mí y por mis novelas.

Gracias a Sarah Shaw, del departamento de relaciones con autores. Gracias a Rachel Kuck, jefa de producción; a Rachael Herbert y Nicole Burns-Ascue, responsables de producción; y a Adrienne Krogh, directora artística. Sí, sé que me repito, pero me encantan las cubiertas y los títulos de cada novela. Gracias a Dennelle Catlett, y enhorabuena por su ascenso a jefa de prensa en Amazon Publishing. Dennelle siempre está disponible cuando la llamo o le escribo porque necesito algo. Promociona activamente mi trabajo, me ayuda a colaborar con causas benéficas y facilita todos mis viajes. Gracias al equipo de *marketing*: Andrew George, Lindsey Bragg y Erica Moriarty, por su dedicación y sus ideas innovadoras para seguir construyendo mi plataforma como autor. Su energía y creatividad son maravillosas. Convierten cada idea nueva en una gran experiencia. Gracias a Mikyla Bruder, directora de Amazon Publishing, y a la editora Hai-Yen Mura por crear un equipo tan comprometido con su trabajo y por dejarme formar parte de él. Estoy sinceramente agradecido, y aún más sorprendido con cada millón adicional de lectores que conseguimos alcanzar.

Estoy especialmente agradecido a Gracie Doyle, directora editorial de Thomas & Mercer. Como ya mencioné antes, Gracie y yo

trabajamos codo con codo desde las primeras ideas hasta que el libro está impreso. Además, lo pasamos muy bien cuando nos vemos. Recientemente hemos podido retomar nuestra cena navideña anual con nuestras parejas, y ha sido estupendo.

Gracias a Charlotte Herscher, mi editora de desarrollo. Todos mis libros con Amazon Publishing los ha editado ella: desde las novelas policiales hasta los *thrillers* legales, de espionaje o la ficción literaria. Charlotte puede editar cualquier cosa y mejorarla. Me sigue sorprendiendo la rapidez con la que capta el núcleo de la historia y me ayuda a sacarle el máximo partido. A menudo logra convencerme para hacer recortes difíciles. Siempre sufro un poco cuando recibo su carta editorial, pero al cabo de un día reconozco que tiene razón, y que el libro será mejor gracias a ella.

Gracias a Scott Calamar, corrector de estilo, a quien necesito desesperadamente. La gramática nunca ha sido mi fuerte, así que siempre hay mucho que pulir.

Gracias a Tami Taylor, que gestiona mi página web, redacta mis boletines y diseña algunas de las cubiertas para ediciones en otros idiomas. Gracias también a Pam Binder y a la Pacific Northwest Writers Association por su apoyo.

Gracias a todos vosotros, incansables lectores, por descubrir mis novelas y por vuestro increíble apoyo en todo el mundo. Recibir vuestros mensajes es una bendición y disfruto de cada uno. Podéis encontrarme en www.robertdugonibooks.com, en Amazon.com/robertdugoni, en Twitter como @robertdugoni, en Facebook como AuthorRobertDugoni y también en Instagram: RobertDugoni.

Gracias a mi madre y a mi padre por una infancia maravillosa y por enseñarme a apuntar alto… y a trabajar duro para llegar. Echo mucho de menos a mi padre. Como a Doug, lo perdí por culpa del cáncer.

Gracias a mi mujer, Cristina, por todo su amor y su apoyo. Y gracias a nuestros hijos, Joe y Catherine, que han empezado a leer mis novelas, lo que me llena de orgullo.

No podría hacer esto sin todos vosotros y tampoco querría.



ROBERT DUGONI es un autor aclamado por la crítica, *best seller* del New York Times, Wall Street Journal y Washington Post, y número 1 de Amazon, con más de 9 millones de lectores en todo el mundo. Autor de multitud de novelas y series, su libro *The Extraordinary Life of Sam Hell* recibió el premio Suspense Magazine's 2018 Book of the Year, y la narración de Dugoni ganó un AudioFile Earphones Award. El Washington Post nombró su libro denuncia de no ficción *The Cyanide Canary* como Mejor Libro del Año.

Varias de sus novelas han inspirado películas y series de televisión. Dugoni ha recibido el premio Nancy Pearl de ficción y ha ganado tres veces el premio Friends of Mystery Spotted Owl a la mejor novela ambientada en el Pacífico Noroeste. También ha sido finalista de otros muchos premios, como el International Thriller Award, el Harper Lee Prize for Legal Fiction, el Silver Falchion Award for mystery y el Mystery Writers of America Edgar Award.

Los libros de Dugoni se han traducido a más de treinta idiomas.

Notas

[1] La obra en inglés se titula *The Importance of Being Earnest*, un juego de palabras que significa a la vez «la importancia de llamarse Ernesto» y «la importancia de ser sincero». *(N. de la T.)* <<